



Evelyn Deucá

DOS CORAZONES EN ITALIA



Copyright

EDICIONES KIWI, 2024
www.grupoedicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, agosto 2024

© 2024 Evelyn Deuca
© 2024 Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Mercedes Pacheco

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

A quienes van en busca de la libertad,
la calma y sus sueños.

Capítulo 1

—Bethany Fisher, preséntese en el despacho del director.

Las miradas iban dirigidas a Anny.

Ella no había permitido nunca que alguien la llamara Beth, y la razón era algo que se guardaba para sí misma. Algo que le costaba contar, porque formaba parte de uno de sus mayores miedos.

Todos se giraron con el rostro fruncido, inescrutable, porque nunca la habían llamado por megafonía, a no ser que fuera para alguna recogida de premios. Así que, en cuanto sus compañeros de clase dejaron de centrar la atención sobre ella, recogió sus pertenencias y se marchó con rapidez por la puerta.

Anny no entendía para qué la habían llamado. Es decir, el tono serio del director no le había causado una buena impresión, y todos se habían dado cuenta.

De camino, mientras sus ojos aguamarina observaban las baldosas blancas del suelo y las taquillas que amurallaban las paredes, su mente pensaba en cada una de las posibilidades, habidas y por haber, porque, si por algo se caracterizaba, no era solo por sus buenas notas, sino también por su obsesión por tenerlo todo bajo control; y por cuestionarse cada escenario para ir preparada.

Como si aquello sirviera de algo, como si no le dejara en el cuerpo la ansiedad más insoportable.

Sin embargo, no podía controlarlo.

Desde que tenía memoria, Bethany siempre había sido muy correcta y perfecta para todo el mundo; ella no quería dar problemas, debía sacar buenas notas y, quizá, solo quizá, mantener todos sus sentimientos encerrados. Fueran de la clase que fueran.

Minutos después, ya con varias posibles conversaciones en su cabeza, Anny tocó a la puerta del director, antes de preguntar:

—¿Se puede?

—Adelante, Bethany —respondió el director, mientras gesticulaba, para darle mayor profundidad a sus palabras—. Toma asiento, por favor.

Ella lo hizo, y adaptó una postura tensa. Era algo que hacía de manera automática.

—Quería hablar contigo porque, como bien sabes, estamos a finales de mayo, lo que significa que las clases terminan en nada. —Suspiró—. Y he estado revisando tus notas, y, como de costumbre, todas son excelentes. —Al ver la mirada clara, pero fría de Bethany, él continuó hablando. Ella sabía que no la había llamado para eso; no, especialmente, al menos—. A pesar de ello, hay una asignatura que no te da para la media, Bethany. —Enseguida supo cuál era—. Italiano —indicó él—. Y, como alguien que está estudiando Traducción e Idiomas, necesita... Necesitas tenerla aprobada. —Ella intentó decir algo en su defensa, pero no le convenía. Anny estudiaba, además del italiano y el suyo, que era el inglés, alemán, francés, chino y español—. Sé cuánto te esfuerzas y sé que, aun con esta suspendida, podrías pasar a segundo curso sin problema. Pero —hizo una pausa—, yo te recomiendo que este verano estudies italiano, para que no tengas que llevarla a cuestras. Además, a una persona con tus notas —«o para la universidad, querrás decir», pensó Anny— no le conviene que baje su media.

—¿Tendré que estar los tres meses de verano estudiando? —preguntó ella devastada—. Me

paso todo el año intentando...

—Lo sé —la interrumpió el director—. Lo sé, Bethany. No lo mires como un castigo, por favor. De hecho, te voy a explicar cómo quiero que lo hagas, para que no suponga algo... malo. Ya luego, tú decides si es lo que quieres hacer, ¿de acuerdo?

—Está bien, dime.

—Los tres meses: junio, julio y agosto, estudiarías solamente italiano, pero no aquí. No, en la universidad —la miró—, sino en Italia.

—¿Qué? —exclamó Anny. Estaba realmente sorprendida.

—Sí, hay una facultad en uno de los pueblos más bonitos de Italia, Tropea, que ofrecen clases esos tres meses. Habrá más alumnos. Tanto de allí, como de todo el mundo, que vayan a aprender italiano u otro idioma. Incluso, cualquier disciplina. Es una facultad muy amplia. —Empezó a sonreír—. Irías con todo pagado, debido a que se ha conseguido una beca, por tus excelentes notas —explicó—. Si fuera yo, lo aprovecharía. Es una experiencia única. Por la mañana, tendrás las clases, pero, por la tarde, puedes hacer lo que quieras.

Anny no supo cómo reaccionar. Realmente, era mucha información en muy poco tiempo. O, más bien, era un cambio muy grande, en muy poco tiempo.

—Lo pensaré —fue lo único que dijo, pues su mente no podía dejar de pensar en lo que debería hacer, y en que, si se marchaba..., lo que tenía con Roy...

El director llamó su atención.

—Es una muy buena oportunidad, Fisher. No lo olvides —le recordó—. Nos veremos aquí el lunes a primera hora, para que tengas el fin de semana para pensarlo. Espero que tomes la decisión correcta, por tu futuro.

Ella asintió y se despidió un par de minutos más tarde.

Entonces, en vez de dirigirse de nuevo a su clase, se fue directa hacia la cafetería. Quedaba relativamente poco para que sonara la campana, así que pensó que le vendría bien un momento a solas para poder ordenar sus ideas.

Y así lo hizo.

Un par de minutos más tarde tomó asiento en la mesa en la que siempre almorzaba, junto a sus amigos. Ellos aún tardarían un poco en llegar, así que eso le dio varios minutos para pensar y pensar... y pensar.

Si se marchaba, estaría tres meses sin ver a sus padres. Tres meses sin ver a sus amigos y tres meses lejos de Roy. No podía evitar pensar en qué haría él cuando le contara que iba a irse porque, aunque no lo tenía claro, debía irse.

Roy estaba en el mismo grupo que ella, compartían amigos. Eran amigos, pero hubo un día, concretamente en una fiesta, que las cosas cambiaron.

Se besaron.

Eso fue hace más de un año, en el último curso del instituto. Después, hicieron muchas cosas, además de besarse, y, aunque su relación empezó siendo totalmente placentera, ella acabó enamorándose de Roy.

Anny le había confesado, en más de una ocasión, lo que sentía por él, pero Roy había sido claro: solo quería divertirse.

Cuando empezaron a ir a la universidad, Anny creyó que la posibilidad de que él cambiara de opinión podía hacerse más grande.

Sin embargo, estaban a unas semanas de terminar el curso, y no solo Roy no había dejado claro su relación, placentera-amistosa con Anny, sino que, además, inició el descenso de un

probable amor, pues él siguió conociendo chicas y haciendo... de todo.

Un día, Anny decidió cerrarse en banda, y, a pesar de que no pudo negar que su corazón pertenecía a Roy, se negó a seguir yendo detrás de él. Se dio cuenta de que era una auténtica tontería que le estuviera esperando, cuando otras chicas estaban con él continuamente.

Por lo tanto, se dijo: «si él hace lo que quiere, yo también lo haré»; y, desde ese mismo instante, Bethany había estado con un montón de chicos.

Antes, no quedaba más de un par de veces con cada uno, pues se aburría.

Se aburría porque no eran Roy, y porque en el fondo sabía que, lo que hacía, era para ponerse en las mismas condiciones del juego que él había montado, más que por otra cosa.

Ahora, era distinto. Ahora ella también quería solo divertirse.

Sus sentimientos continuaban ahí; lo sabía, cuando lo veía, y lo confirmaba cada vez que compartían momentos íntimos, pero, sí había conseguido cogerle el gusto a disfrutar o... a desechar a los chicos. Conseguía pasar un buen rato y después... desaparecía.

Así que, pensar en Roy no debía de ser un impedimento para marcharse esos tres meses, ¿no? De verdad, ¿lo quería o solamente se enganchó a él porque sabía que no tenía ninguna oportunidad a su lado? ¿Quizá porque eso le permitía mantener su línea de vida?

Se autoconvenció de que no, pero, en cuanto sus amigos entraron por la puerta y vio sonreír a Roy directamente hacia ella, ya no lo tuvo tan claro.

Sintió una mezcla extraña en su estómago. Su corazón dio un vuelco y tuvo que apretar los dientes para serenarse. Para mantener su muro. Ese candado que se había puesto a sí misma por razones que, hasta ese día, casi ni comprendía.

Estaba hecha un lío, pero no dudó en devolverle la sonrisa, cuando él preguntó:

—¿Te vienes a mi casa este finde? —Seguido de un guiño y una mirada cómplice.

Ella se perdió en sus ojos azules, en su pelo castaño, en su piel cálida, en su cuerpo alélico... En todo. No pudo evitarlo. Estaba segura de que, incluso él, tuvo que darse cuenta de lo fácil que lo hacía.

—Haremos una fiesta y habrá alcohol —añadió Isobel, como si eso ayudara.

Isobel Owen podría haber sido su mejor amiga, pero la mejor amiga de Anny era Ellie Mills. Ambas tenían una relación muy pero que muy estrecha. A pesar de ser totalmente dispares en cuanto a personalidad.

Una era tajante, y la otra todo lo contrario.

Isobel lucía una larga melena oscura, la cual casi siempre llevaba trenzada con un lazo, y sus ojos azules eran los más claros que había visto en su vida.

Al contrario que Ellie, que tenía los ojos verdes y el cabello rubio muy corto; y, de normal, era bastante tímida y reservada. Sin embargo, tenía momentos en los que parecía que se sentía realmente cómoda. Algo que le costaba mucho desde hacía bastantes años, pues Ellie contó abiertamente que se sentía una mujer, al principio del semestre.

Era algo que nadie había vuelto a mencionar, porque no había nada que decir, a menos que ella quisiera hacerlo.

Si Ellie se sentía mujer, nadie tenía que opinar nada al respecto.

Alguna vez, estando con Isobel y Anny, sí que había contado ciertas cosas; como que estaba en el proceso del cambio y cómo se sentía de confundida. No, por su identidad, sino por cómo la trataba la gente desde entonces.

Por suerte, el resto de sus amigos, incluido Ethan, no hizo ningún comentario imbécil, y ese día fue maravilloso para Ellie.

Esta no dudó en bromear al respecto, cuando escuchó la risa de Isobel:

—¿Cómo no va a haber alcohol si la fiesta la ha montado Roy?

—¿Quieres decir que tengo un problema con la bebida? —preguntó este indignado.

—Lo tienes, capullo —afirmó Ethan, mientras lo agarraba por el cuello como saludo, y se sentó a su lado.

Ethan Barker era el mejor amigo de Roy, de toda la vida. Tenía la cabeza recién rapada, pero podía apreciarse, por su incipiente barba, que su cabello era oscuro. Sus ojos color miel se fundieron al ver a Isobel.

—¿Qué tal, preciosa?

Pero ella puso los ojos en blanco.

—Hasta que has llegado tú, de maravilla —soltó, cortante.

Roy y Ellie se rieron de él.

Al parecer, Ethan llevaba detrás de Isobel desde principios de curso, pero a ella no le interesa nada en absoluto.

Él había llegado a hacer algún comentario bastante homófobo sobre que no quería nada con él, porque le gustaban las chicas, e Isobel le había respondido muy directamente con: «no te confundas, que me gusten las chicas, no hace que no quiera nada contigo. Me gusta tanto un género como el otro. Lo que hace que no quiera nada contigo es que eres un machito estúpido y engreído».

Estuvieron un tiempo algo irritantes entre sí, pero, ahora, ya habían vuelto a estar como antes. Ethan intentaba ser mejor persona cada día, pero su familia lo había criado de una forma un tanto... troglodita, digamos, y salir de esas cosas, normalmente, llevaba su tiempo.

Al menos, lo intentaba, y eso a Isobel le gustaba, porque lo quería mucho, puesto que era su amigo. Siempre era bueno ver cómo un buen amigo trataba de mejorar. A pesar de que a veces era totalmente insufrible.

Anny, simplemente, continuaba pensando en Italia y en esa facultad.

Cuando el resto que quedaba por sentarse, lo hizo a su alrededor, Roy se dio cuenta de que ella estaba, pero solo físicamente. Así que, se cambió de silla, a su lado, y le apartó un rizo rojizo sigilosamente. Se acercó a su oreja y la mordió.

La joven volvió en sí, enseguida, y lo miró avergonzada, pero nadie lo notó. Ya no, pues había aprendido cómo disimularlo. Simplemente, soltó:

—Si vas a hacer eso, a la próxima, que sea en la cama. —Sabía que eso no cambiaría nada de lo que sentía, igual que sabía que comportándose de aquella forma no serviría para sentirse más unida al resto. Anny lo dijo igualmente—. No vuelvas a dejarme con las ganas.

Roy sabía que había adoptado una posición receptiva. Rio y le acarició el resto de sus rizos cobrizos. Estaban igual de sedoso que siempre, y Bethany insinuó que era momento de volver a la conversación.

Escuchó cómo Ellie preguntaba:

—¿Dónde está Gray?

—¿Isaac? —dedujo Ethan—. ¿Dónde va a estar? Haciendo horas como un tonto en el laboratorio.

—Que a ti no te guste la ciencia, no significa que sea un tonto por emplear horas en ella —lo defendió Isobel—. No a todo el mundo le gusta estar chutando un balón durante quince horas seguidas.

—Eh, no te metas conmigo. Solo era un comentario.

—Lo mío también.

—Además —agregó Ethan—, el fútbol es algo muy importante donde vivimos. Lo sabrías si te interesaras por las cosas de nuestra ciudad.

—Bibury es la mejor ciudad de Reino Unido, pero hay miles de cosas que la definen, y el fútbol no es una de...

Bibury, en realidad, era un pueblo, y era tan pequeño que no había mucha más gente, además de los que estaban allí en esa universidad.

Los turistas eran casi los principales habitantes, y sus colores verdes predominaban toda la zona.

Sin embargo, y a pesar de ser hermoso y acogedor, Bethany no lo sentía como su verdadero hogar. Sabía que algo la esperaba más allá de esos muros.

No escuchó la discusión de sus amigos, pero, cuando empezó a hacerlo, no se cortó un pelo en detenerlos.

—Chicos —les llamó la atención—, cortad ya...

—Perdón —dijeron ambos a la vez.

Siempre hacían lo mismo. Si uno de los dos sacaba un tema, el otro quería demostrar lo contrario; fuese o no verdad. Blanco y negro. Eran tan odiosos juntos...

—Entonces —indagó Roy, acercándose a Anny, otra vez—, ¿vendrás?

—¿Adónde? —quiso saber ella, aunque ya se lo habían dicho.

Isobel arrugó el rostro y saltó diciendo:

—¿Qué te pasa? Te noto un poco distraída.

—Es... bueno, quería hablaros de una cosa. —Todos se quedaron mirándola, expectantes. No sabía cómo decirlo. Ni sabía cómo serían sus reacciones, pero lo haría. Lo diría sin más, como si realmente no fuera tan importante. Lo era—. Me han ofrecido irme a Italia los tres meses de verano.

—¿Qué? —preguntó Roy, sobresaltado, aunque fue más una expresión.

Se quedó mirando un punto fijo durante todo el tiempo que Anny estuvo explicándoles la situación.

Roy no quería que se marchara. Por su reacción, era obvio, pero Bethany no tenía tan claro que los motivos fueran buenos. Tal vez egocéntricos.

—Tienes que ir —indicó Isobel, realmente contenta por la noticia—. El director tiene razón: es una muy buena oportunidad. —Casi suspiró más que Anny, y le quiso hacer ver más allá—. Sí, por la mañana estarás estudiando, y es verano... Es un rollo, sí. Pero... —enfaticó sus palabras—, conocerás a mucha gente, verás Italia y tendrás toda la tarde y la noche para hacer lo que te apetezca. Desde hacer boxeo, como haces siempre, o retomar la pintura. —Empezó a fantasear en su lugar, imaginándose en aquel hermoso lugar—. Paseos en barca, un amor de verano... —Miró a Roy, a propósito—. Quién sabe. —El chico gruñó e Isobel se rio—. ¿Te has puesto celoso, Roy? —A ella no le gustaba demasiado cómo la trataba, y no se cortaba ni un pelo en hacerlo ver.

—¿Por qué iba a estarlo? —se defendió él, haciendo como que no le importaba en absoluto. A lo mejor era cierto.

—Has hecho un ruidito chocante —repuso ella, alzando una ceja.

—Me estaba aclarando la garganta —señaló su nuez.

—Quizá tengas más cosas de las que aclararte —soltó Isobel, tan tranquila, cruzándose de brazos.

Esperó el ataque, pero no lo hubo. Roy miró a otro lado, como siempre hacía.
Ellie contuvo su risa. Era bastante tímida.
Ethan alzó las cejas y vaciló:
—Y es así —anunció, como si fuera un espectáculo—. Con esa sutileza —miró a Isobel—. Con el arte que las suelta todas.
—Aprendí de la mejor. —Quiso darle el mérito a Bethany, pero ella llevaba mucho tiempo sin estar de humor, y no le hizo demasiado caso al chiste.
Tenía siempre tantas cosas en la cabeza que ya no había ni pizca de gracia en sus comentarios. Y, cuando lo había, se sentía forzado.
Isobel ladeó la cabeza, analizando a su amiga.
—Bethany... —llamó su atención y preguntó, sin tapujos—: ¿qué piensas hacer?
—Bethany dice, se ha puesto seria... —bromeó Ethan.
Isobel le dio un manotazo.
—Lo decidiré después de esa fiesta —declaró Anny y después suspiró.
Había afirmado su asistencia. Sin embargo, una parte de ella estaba deseando que ocurriera algo en esa fiesta. Algo que le hiciera mandarlo todo a la mierda, aunque otra parte de ella se intentaba aferrar a su normalidad.
Bethany no quería esa vida. Nunca la había querido.
—¡Fiesta! —gritó Ethan y luego abrazó a Anny—. Esta es mi chica.
—Nadie es tu chica —obvió Ellie, casi con maldad.
Ethan entrecerró los ojos.
—Para una vez que hablas... —replicó con la misma maldad, y sorprendido al mismo tiempo, por su respuesta—, y sueltas eso. ¡Qué dolor, Ellie! ¡Qué dolor...!
Ella observó a Isobel y ambas rieron.
Miraron hacia atrás, a la puerta, en busca de su amigo.
Seguía sin haber ni rastro de Isaac. ¿Dónde se había metido? A Bethany le habría gustado que estuviera, al haber dado la noticia, pero ya no había marcha atrás. Se lo diría en otro momento.
Ellos continuaron hablando.



—Entonces, nos vemos en mi casa este sábado a las seis —anunció Roy.
Alzó la barbilla de Anny y le guiñó el ojo.
Ambos sabían lo que eso significaba. Lo que siempre había significado.
Se comportarían como amigos, hasta que él se soltaba demasiado.
Bethany sabía que iba a estar más que tensa en esa fiesta, porque vería cómo él se pasaba bebiendo y después, cuando se le hubiera pasado el pedo del todo, acudiría a ella en busca de sexo.
Y ella, como siempre, aceptaría, porque no quería no hacerlo, porque, en cuanto Roy la rozaba, todo en ella se alteraba.
Él añadió, antes de irse:

—Poneos guapos. Será la despedida de Anny.

Esta frunció el ceño. Lo había dicho en un tono que no le había gustado en absoluto, y todavía le enfadó más el hecho de que decidiera por ella.

—¿Cuándo he dicho que vaya a aceptar? —musitó Bethany, ofendida.

Roy ni la miró, cuando asumió:

—Todos sabemos que lo harás.

Capítulo 2

Las palabras de Roy lograron apagar en Bethany el último y minúsculo rayo de esperanza, que quedaba para ella, sobre su relación. Sobre lo que fuera que tuvieran. Pues, en el fondo, no le quedaba ninguna duda de que aquello no iba ningún lado. A ninguno.

«¿Cómo podía importarle tan poco el hecho de que fueran a estar tres meses sin verse? De verdad, ¿no notaría la diferencia al no estar allí? Pero ¿acaso la había en la actualidad?», se preguntó a sí misma con seriedad.

Había momentos en los que pensar en Roy se sentía maravilloso: su mirada punzante y azul rebosaba felicidad, cuando se encontraba con la suya aguamarina. Eso tenía que significar algo, se decía ella cada vez que ocurría. O eso había estado pensando, con la inocencia y la esperanza de que algún día aquello cambiara.

Pero eso no significaba nada.

Pues a veces las miradas se malinterpretaban o eran realmente dudosas. Al fin y al cabo, todo era cuestión de perspectivas, ¿no?

Sin embargo, en otros momentos, Bethany no podía ocultar el hecho de que pensar en Roy se volvía angustiioso. La ansiedad la recorría sin freno, cada día que pasaba sin saber de él. Cada maldita hora era un pensamiento destructible. La angustia en el estómago y el nudo en la garganta, por la inestabilidad y la incertidumbre de saber qué era lo que podía decirle, en cualquier instante.

Y eso no era sano. Nunca lo había sido.

Roy pasaba de decirle cuán importante era ella para él, a no mostrarle ni una pizca de atención, y eso... eso no podía seguir tolerándolo.

Todo el mundo tenía su tope, su límite, y él ya lo había sobrepasado hacía demasiado tiempo.

Entonces, si Anny sabía lo que quería y no lo obtenía con Roy, ¿qué sentido tenía estar esforzándose por alguien que no hacía lo mismo? ¿Qué sentido tenía darlo todo por alguien que no te daba nada?

Bethany lo tuvo claro en ese instante.

En el mismo en el que se dio cuenta de que ella valía mucho más. En el que se dio cuenta de que merecía un amor en el que no tuviera que mendigarlo. En el que no existiera el desprecio o las faltas de respeto. En el que la valorasen.

Y si no encontraba eso, entonces, prefería no tener nada. Nada en absoluto.

En la fiesta, se prometió a sí misma, en esa maldita fiesta, le diría a Roy todo lo que pensaba, y si no la escuchaba, ella no volvería a estar para repetírselo.



Al día siguiente, la madre de Bethany la despertó, corriendo la cortina de golpe. El sol entró sin aviso alguno por la ventana y la voz de esta lo inundó todo.

—Buenos días, señorita.

—Mamá... —gruñó Bethany, al mismo tiempo que se tapaba de la luz con la almohada—. Apaga eso, mamá.

—¿El sol? —quiso saber, hastiada—. Me parece que no es posible.

—Mamá... —masculló Bethany, una vez más contra su almohada. Levantarse se le hacía un mundo.

En realidad, Anny quería hacerlo, y no se trataba de pereza sin más. Era... que no le veía ningún sentido.

Era otro día más, en el que debía ser como todos esperaban que fuera. Roy. Sus amigos. Incluso sus padres.

Los amaba con todo su corazón, pero a veces no los soportaba.

Todos esperaban que Bethany fuera alguien que no era. Alguien perfecto, y eso no existía.

No, al menos, en ella.

Su madre tiró de sus sabanas, sin cuidado.

—Ni mamá, ni leches —replicó ella—. ¿Sabes qué hora es? —Puso los brazos en jarra, esperando a que la mirara—. Llegas dos horas tarde a clase.

—¡¿Qué?! —exclamó, realmente sorprendida, y se levantó de un salto.

Mientras buscaba la ropa que ponerse, su madre comenzó a reírse.

—Es broma, cielo —soltó de repente, mirándola con una sonrisa de oreja a oreja—. Pero era más fácil así, ¿no crees? —No hubo respuesta, por parte de su hija. Le había dado un susto de muerte. Ella nunca llegaba tarde. No podía permitírselo, claro—. Así podrás desayunar con tiempo.

Le dedicó una sonrisa y Bethany suspiró, sentándose de nuevo en la cama.

—Me causas estrés —indicó, casi en mitad de otro suspiro. Uno que se mezcló con un bostezo, a mitad camino. Su madre renegó, y Anny la miró con cara de pocos amigos. Después, se volvió a tumbar—. Y sabes que no desayuno, mamá...

—Por eso mismo, hija —repuso, frunciendo el ceño—. Cuando yo tenía tu edad, desayunaba siempre dos platos de comida, antes de irme a clase, y yo no hacía ejercicio, porque no me dejaban.

«Oh, no. Cuando yo tenía tu edad... Me da igual», pensó ella.

Anny tenía un cuerpo alélico, puesto que hacía boxeo, y, por ello, y por todo el ejercicio que hacía, tenía los músculos bien definidos.

A pesar de lo que decía su madre sobre desayunar, se alimentaba más que bien; quitando aquello, claramente. Pero es que solo pensar en la comida nada más abrir el ojo, le daban ganas de vomitar.

Sin embargo, su madre había sido siempre muy delgada. De joven había sido modelo, y, por eso mismo, no la habían dejado que su cuerpo obtuviera otra forma. A estas alturas, ya lo había cogido más como una excusa, que otra cosa, porque llevaba años sin ejercer como tal.

Además, parecía que le molestaba que Bethany hubiera logrado obtener ese cuerpo tan poco femenino, según ella.

«Ni que fuera el hermano de Hulk o Hulka, por favor...», se dijo ella a sí misma, y a sus padres en muchas ocasiones, ya que tan solo tenía un cuerpo atlético. Nada más. Era sumamente desesperante ese tema de conversación. Y muchos otros también.

Muchas veces ni siquiera les parecía bien que Bethany hiciera ese tipo de deporte. Había tenido que llevarse muchas broncas, y años, para lograr salirse con la suya.

Holly Fisher era más que conocida en todo el pueblo. Todavía nadie creía que hubiera abandonado su carrera como modelo por su padre.

Pero, volviendo al tema principal, ¿qué tenía de malo el boxeo? Es decir, ella ni siquiera peleaba contra otras personas en serio. Era solo una afición.

Y no era ese el motivo por el que sus padres lo veían tan mal. Porque solo lo veían en ella. En ella. Porque debía ser una señorita. Agh...

Las arcadas volvieron de nuevo, y esta vez no fue a causa del pensamiento de la comida, sino por lo machista que era eso. La rabia que le daba que eso saliera por la boca de sus padres...

Puso los ojos en blanco.

Su madre continuó hablando:

—Por eso, como por la tarde irás a boxeo, deberías tener la máxima energía posible.

—Está bien. Ahora comeré alguna cosa, pero para ya, por Dios...

Su madre sonrió, satisfecha. Como siempre que lograba convencerla de cualquier cosa.

—¿Y papá? —preguntó ella.

—Trabajando —respondió. Era lo único que hacía—. A ver si consigue venderles a los Gray esa dichosa casa.

El padre de Anny, Arthur Fisher, estaba trabajando casi todo el tiempo. En esos momentos, tenía entre manos la venta de una casa. La más apestosa del pueblo, pero su padre era realmente bueno en lo suyo. Era el mejor del barrio, y conseguiría esa venta.

—¿A los padres de Isaac? —se sorprendió Bethany, al oír su apellido.

—Sí, ¿Isaac no os ha dicho nada? —preguntó su madre, curiosa.

—Ayer no lo vimos en todo el día —indicó, moviendo la cabeza en forma de negación—. Está completamente embaucado por la ciencia.

—Por lo menos él no da puñetazos a un saco... Como un chico... —Anny la miró fría—. A tu padre tampoco le hace gracia, pero, claro, como yo te lo digo, la mala soy yo.

Bethany apretó los dientes.

—No hay deportes que vayan ligados al género, por Dios. Ni al sexo. Ni a nada.

—Si Ellie juega a videojuegos tanto... —soltó—, por algo será.

Anny se mordió la lengua, y después soltó:

—Que Ellie sea transexual, no tiene nada que ver. Joder, mamá, sal de tu cueva un rato.

—¿No va ligado? —se sorprendió ella—. Mira a Isobel. Es superfemenina, y le gusta el balé, y es heterosexual, como se debe ser.

Bethany se rio en su cara.

—Pues, para tu información, Isobel es bisexual.

Su madre se calló.

—Bueno, no todo el mundo es perfecto.

—No te soporto... —gruñó, mientras la intentaba echar de su habitación—. Te quiero mucho. De verdad que sí, pero va siendo hora de que empieces un poco a cambiar esos pensamientos, porque...

—Ya me echarás de menos, ya —dijo ella indignada, antes de cerrar la puerta.

¿Cómo podían pensar sus padres de esa forma? ¿Cómo podían estar tan ciegos?

Odiaba aquello. Odiaba esa manera de ver a la gente. De creerse con el derecho de opinar sobre sus vidas.

Anny se quedó mirando el techo durante un par de minutos, pensando en cómo había gente, como sus padres, que a veces fueran tan... ¿modernos? ¿Sensatos? Y otras veces fueran tan...

¿antiguos? ¿Estúpidos?

En fin.

—Tal vez, ese viaje a Italia... —susurró en voz alta— no estaría tan mal.

Bethany necesitaba salir de allí. De cualquier lado, en realidad.

Y su mente volvió a pensar en Roy.

Era viernes, solo debía de aguantar un día más para ir a la fiesta y hablar con él.

Los viernes, Roy y Ethan desaparecían para ir a jugar al fútbol, a las afueras, así que no los vería hasta que llegara la fiesta. Ese ansiado momento.

Antes de salir hacia la universidad, Anny había hablado con su madre y con su padre —por videollamada— de la oferta para estudiar en Italia, en verano.

Él le había dicho que aceptara, que disfrutara de la oportunidad, y que por ellos no se preocupara. Todo estaría bien.

Para sorpresa de Anny, su madre apoyó la idea de su padre.

Ambos estuvieron de acuerdo.

Eso le sorprendió tanto, que no supo cómo manejar esa situación.

Tenía la aprobación de los dos, y era justo lo que estaba buscando.

Aun así, una pequeña parte de ella esperaba que alguno se negara, para aferrarse a su negativa, y no a la suya propia.

Para poder aferrarse un poco más a su ciclo vacío sin sentido, pero del que salir era terriblemente complicado.

Sus amigos la apoyaban, sus padres la apoyaban, su director la apoyaba... ¿El problema? Que Anny no sabía si quería ir o no. No estaba segura, y la duda no paraba de hacerse más y más grande.

Si a todos les parecía bien, y a Roy no le suponía un problema estar lejos de ella... ¿Por qué no ir? ¿Por qué no aprovechar para estar en un sitio nuevo?

Nueva comida, nuevas vistas, nueva gente, nueva rutina... Nuevo todo. Eso era lo que ansiaba con tantas ansias.

Bethany Fisher necesitaba empezar de cero consigo misma.



Las clases del viernes se hicieron bastante amenas, a pesar de tener la cabeza llena de cosas.

Después, Anny se fue a comer con Isobel y Ellie, y no dudaron en hablar del tema.

Isobel le dijo, como en más de una ocasión había hecho, que tenía que dejar de ver a Roy, por su bien.

Tenía razón. Ella lo sabía. Pues, aunque intentaba disimularlo, se le notaba. Llegaba un punto que, cuando le gustaba tanto alguien, se le notaba. Como a casi todo el mundo, y ese también era el caso de Bethany.

No era una de las excepciones, muy a su pesar.

—No puedes conformarte, Anny —le aconsejó Isobel. Ojalá pudiera llevársela si decidía irse...—. Te mereces a alguien que te valore y que te quiera de verdad. No te conformes con ser algo de un rato, si no es lo que tú quieres.

—La vida es demasiado corta como para estar constantemente intentando demostrar lo que valemos —Ellie hablaba desde su experiencia. Lo había pasado muy, e injustamente, mal, por su cambio de sexo. Por su verdadera identidad. Ellie siempre se había sentido mujer; entonces, ¿qué problema tenía la gente en considerarla como tal? La gente era odiosa, no había más—. La vida es demasiado corta como para conformarse con algo o alguien que no nos hace realmente feliz.

Ojalá pudiera llevárselas a las dos, porque, a pesar de que a veces se sentía fuera de lugar, Isobel y Ellie lo hacían un poco mejor.

Mucho mejor.

—Tiene razón, Anny —continuó diciendo Isobel—. Si alguien no te hace feliz, si la ansiedad es más fuerte que el amor que le tienes a Roy, no sigas, por favor. No debería haber ansiedad, directamente —repuso con rapidez y volvió a mirarla—. Solo estás haciéndote daño.

Anny no dijo nada. No soltó siquiera un sonido, pues sabía que tenían razón.

Ellie e Isobel pidieron el postre, pero Anny no quiso comer más. Tenía el estómago revuelto, y en un rato iría a boxear, así que era mejor empezar a hacer la digestión cuanto antes, pensó.

—Bethany, recuerda lo que vales. Recuerda que tienes derecho a ser feliz. Deja a un lado lo que piensen los demás. Ponte por delante, por una vez en tu vida, y vete a Italia. Descubre cosas nuevas, descubre qué quieres. Descúbrete a ti —insistió Isobel, una vez más.

—Nosotras estaremos aquí para cuando vuelvas, sean tres meses o tres años. Somos tus amigas y siempre lo seremos, pase lo que pase —aportó Ellie al final.

Eran las mejores.

Bethany no pudo evitar emocionarse con sus palabras e inmediatamente se fundieron en un fuerte abrazo.



Bethany Fisher.

Su nombre aparecía en la lista de mejores jugadores del boxeo del pueblo, y no era para menos, pues en todas las peleas que estuvo como entrenamiento en esa tarde, y en todo el año, no había perdido ni una sola. Ninguna. Las ganó todas.

Quizá era por la rabia que llevaba dentro, o eso habría dicho su madre, pero, en realidad, era por la agudeza de sus sentidos, por la pasión que le ponía en cada movimiento, y porque ganar, fuera en lo que fuera, era su especialidad.

A eso, su padre le habría dicho que era su responsabilidad, y poco más.

Puede que, por eso mismo, le diera tanto coraje el tema de Roy. Puede que por eso se había negado a sentir otra vez. Puede que por eso Bethany no quisiera ser el segundo plato de nadie.

Ella era el primero y único. El premio. El gordo.

Y Anny se tuvo que recordar que nadie la subestimaba.

Puede que no tuviera que ver con nada. O puede que tuviera que ver con todo, pero, fuese como fuese, no podía seguir permitiendo que sus victorias, sus triunfos, sus avances en la vida y sus sueños, fueran más de cualquiera de ellos que de ella misma. No podía seguir dándole el control al resto. Debía tomar las riendas.

Y debía de hacerlo ya.



Para la cena ya se había duchado y había dejado todo listo para el día siguiente. Las tareas de clase y de casa. Había empezado una rigurosa rutina de piel, y la estaba siguiendo al dedillo. Intentó hacer un par de ejercicios de italiano, para ver... Para convencerse de que, quizá, con un par de horas de estudio intenso, lograba sacarse la asignatura sin necesidad de tratarla profundamente en Italia.

Qué desastre. No tenía ni la más mínima idea del idioma. Apenas entendía lo que era *Mamma mia*, aun habiendo miles de cosas sobre ello.

Debía hacerlo. Quería hacerse a la idea. Quería...

Tenía que irse a Italia.

Antes de meterse en la cama, revisó su teléfono móvil, para comprobar si Roy le había escrito algún mensaje a lo largo del día. Sabía que la mañana la había pasado con Ethan jugando al fútbol, e intuía que por la tarde se habrían ido a comer y a comprar las cosas para mañana. Con cosas para mañana, con Roy, significaba: el alcohol para mañana, y puede que para pasado también.

Odiaba esa parte de él.

No, porque ella no bebiera, sino porque no soportaba a la gente que necesitaba beber para pasárselo bien. No soportaba que Roy pusiera a sus amigos en un compromiso, porque, si algo le ocurría y ellos no se daban cuenta, sería horrible.

No era justo.

Anny tenía suficiente con cuidarse a ella. No tenía por qué cuidar a nadie más. No, al menos, más allá de lo corriente y lo normal.

Revisó una vez más el chat, pero no había nada nuevo. Ni un solo mensaje.

Pensó que ojear los antiguos podía ser una buena idea, pero no supo para quién, porque definitivamente para ella no.

Pero lo hizo, desafortunadamente.

En ello, Roy solo le hablaba de si quería alguna cosa en concreto, y, normalmente, era un favor o sexo.

Nunca le preguntaba cómo estaba o algo por el estilo.

Ella sabía que habían dejado de ser amigos al poco tiempo de empezar... lo que quiera que tuvieran. Pero, aun así, tenía dudas... «Estúpida», pensó para sí misma.

Anny suspiró mientras dejaba su móvil en la mesita y se disponía a dormir.

Cuando tenía el sueño ya prácticamente adueñándose de sus párpados, escuchó cómo su móvil vibraba, y, al ver la lucecita led, pensó que podía ser él.

Así que, obviamente, se levantó y lo cogió.

Y, efectivamente, era Roy.

Al ver su nombre en la notificación, su corazón comenzó a alterarse. Dio un vuelco y algo subió por su garganta.

Bethany conocía bien lo mucho que lo somatizaba todo, y, por eso mismo, sabía de sobra

que esa reacción ya no era de emoción. Era de nervios. De angustia por sobre pensar en qué podría haberle dicho que fuera malo.

Era a lo que se había acostumbrado, y no debería ser así. Nunca.

Sin embargo, en cuanto vio lo que había escrito, ni siquiera respondió.

Roy:

Ponte mañana algo sexi.

Tenemos que despedirte como es debido: en mi cama.

Ese mensaje habría estado bien en otras circunstancias, en otro juego de roles, pero, conforme estaban. Conforme estaba ella, no quería jugar a eso. No podía seguir con la fachada de aparentar que no lo quería, de fingir que no le importaba que se acostara con otras y que la viera a ella como a una más.

Dejó el móvil donde estaba y se metió en la cama.

Había hecho un esfuerzo sobrehumano para no responderle. Era más que consciente de ello, y, en cierta manera, estaba orgullosa de poder hacerlo.

Sin embargo, eso significaban ciertas cosas. Y algo, algo muy dentro de ella, traqueteó.

Por primera vez en mucho tiempo, supo que necesitaba dejar a Roy. Supo que le dolería, pero que la paz que ganaría sería mucho más placentera. Supo que le costaría un tiempo, y que pronto encontraría esa calma que llevaba tanto tiempo buscando.

Capítulo 3

La fiesta se iba a realizar esa misma tarde.

Las horas transcurrían y Bethany sabía que cada vez estaba más cerca de enfrentarse a esa conversación. Esa conversación tan dolorosa que la llevaría a un cambio desastroso con Roy.

No, porque para él doliera en el mismo sentido que para ella, sino porque para él, tuvo recordarse en varias ocasiones Bethany, no lo sería. E, incluso, si eso era cierto, de una manera u otra, se lo hacía un poco más sencillo a ella. O eso intentaba creer para armarse de valor.

No era nada fácil terminar con alguien con el que realmente sí querías estar. Solo que no de la misma manera que él. Solo que... Bethany tuvo que recordarse otra cosa más: habría mucha gente en esa dichosa fiesta, así que tendría que aguantar hasta el final de esta.

No podía fastidiarla, se dijo, como si una fiesta importara más que su dolor.

Bethany ya había arreglado su habitación y había realizado las tareas de la casa, cuando se disponía a ducharse y a prepararse la ropa.

No se pensó demasiado qué iba a vestir y se metió en la ducha.

Con la toalla enrollada todavía en el cuerpo, cuando salió de esta, con la sensación del vaho en el espejo y en todo el cuarto de baño, y su piel aún goteando, ojeó su móvil. Lo hizo como pudo. Con una mano mientras que con la otra se secaba el cabello mojado.

Intentaba hacer la forma de sus rizos rojizos, al mismo tiempo que deslizaba la pantalla hacia abajo, viendo un par de vídeos sobre sus amigos, que habían decidido enviar algunas poses de cómo lucían su vestimenta.

Bethany rio, al ver lo divertidos que parecían.

De repente, sus ojos aguamarinas se hicieron más grandes, y se dirigieron inmediatamente a la notificación de chat que había aparecido en la parte superior.

Esta tenía solo un nombre.

El único nombre que podría hacerla estremecer por dentro de una manera tan contradictoria.

Roy.

Su mensaje decía:

Roy:

No me has respondido porque, como te vas a pirar, ya no te interesa intentarlo más...

¿Verdad?

Todo su mensaje era cierto.

No le había respondido a la estupidez esa, como tampoco pensaba responderle a esta.

Tenía razón. Roy estaba en lo cierto. Bethany ya no quería intentarlo más.

¿Se suponía que tenía que caer con ese sucio truco?

Bethany negó con la cabeza y apretó los labios.

—Imbécil —susurró en voz alta y se dispuso a bloquear el teléfono móvil. Sin embargo, otro mensaje llegó entonces, y decía:

Roy:

No sé si estás molesta o lo que sea... pero no te enfades, Bethany.

Solo estoy bromeando.

—Sí, ya, claro —continuó diciendo para sí misma. Debería haberlo pensado, pero su boca la traicionó diciéndolo en voz alta. Solo esperaba que nadie le hubiera oído en su casa—. Como si no te conocieran.

Esta vez sí que logró bloquear el móvil y lo dejó sobre el lavabo, pero vibró una vez más. Lo miró, y se maldijo por hacerlo, pero lo hizo.

Roy:

Quiero verte.

Mierda.

Sabía que algo dentro de ella se había ablandado con eso.

«¿Cómo puedes ser tan estúpida?», se preguntó, y le llegaron dos más seguidos:

Roy:

Me gustaría que vinieras antes que el resto a la fiesta.

Vente a comer.

Anny cogió aire y lo soltó. Un largo suspiro y después se miró al espejo.

Intentó hablar consigo misma.

¿De verdad iba a hacerlo? ¿De verdad iba a tirarlo todo por la borda? ¿Acaso importaba?

Pero no se escuchó.

No, desde luego que no debía hacerlo. Desde luego que iba a tirarlo todo por la borda. Y, aunque sí importaba, a ella en ese instante no se lo pareció.

Al final, solamente abrió el chat y respondió:

Anny:

En un rato estoy ahí.

Sin responder a nada más. Absolutamente a nada más.

«Joder», pensó. «Joder, Anny».

¿Dónde quedaba todo el sermón de la paz y la ansiedad? ¿Dónde quedaba aquello sobre no conformarse y luchar por estar?

Había vuelto a caer.

Joder.



Más tarde, Bethany se encontraba tocando al timbre de la puerta de Roy.

Nerviosa a más no poder, se colocó el pelo de la mejor forma que pudo: sus rizos cayendo sobre el lado izquierdo de su cabeza, creando más volumen todavía y dándole una mirada totalmente felina.

El aguamarina de sus ojos se oscureció en cuanto Roy abrió la puerta y la devoró de un simple vistazo.

Recorrió todo su cuerpo mucho antes de saludarla siquiera. No pudo apartar la mirada de sus carnosos labios y de la curvatura de una de sus comisuras.

Ambos sabían lo que habían ido a hacer. Lo que realmente iban a hacer.

«Vente a comer», había dicho él en uno de los mensajes.

Anny sabía que, en realidad, era un «vente a comerme». Y lo haría. Siempre lo hacía.

Él miraba el corto y ceñido vestido que se había enfundado Bethany. Era totalmente negro, sin contar el fino cinturón verde que rodeaba su cintura, de la misma forma que había pasado él a hacerlo, mientras tiraba de ella hacia dentro de su casa.

Roy vivía en una casa bastante amplia, con jardín y piscina. Lo que todo el mundo soñaba... o eso decían, pues para Anny era una casa más. Sus padres nunca estaban, pero nunca, nunca. Y eso él lo aprovechaba siempre.

De la misma forma que pensaba hacer en ese mismo momento.

—Hola, Bethany... —le susurró sutilmente al oído mientras se acercaba más y más a ella—. Bethany Fisher... ¿Cómo puedes hacerme esto? —preguntó en un leve ronroneo, mientras le hacía comprobar a lo que se refería. A la dureza que emergía de sus pantalones—. ¿Cómo? ¿Cómo es posible que cada día estés más buena? —siguió ronroneando, mientras recorría con las manos cada una de las partes del cuerpo de Anny. El cuerpo de Roy era delgado, y Bethany estaba mucho más en forma que él, pero eso no impedía nada. Se palpaban con un amplio deseo inhumano—. Vamos a mi habitación...

—Roy —le colocó una mano en el pecho, tirándolo un poco hacia atrás—, ¿y la comida? —señaló ella, aun sabiendo que fue un simple juego.

—En cuanto subamos, me pongo a devorarla —afirmó, y lanzó una mirada directa a su... —. No te preocupes por eso.

Anny tragó saliva, consciente de a lo que se referían sus palabras, y el ardor dentro de ella la inundó.

Se dejó arrastrar hacia arriba, y, al llegar a la habitación, Roy se deshizo de su camisa blanca, lanzándola sobre la silla del escritorio, sin acertar, desde luego. Rodeó con ambas manos el cuello de Anny y la besó ferozmente. Sin cuidado.

—¿Cómo es posible que después de tanto tiempo haciendo esto... —gruñó en su cuello— ... quiera siempre más, Anny?

—Lo que nos gusta es difícil de soltar —respondió ella con doble sentido, a pesar de que no creía que él fuera a entenderlo.

Si era su despedida, se dijo Anny, haría que ese momento fuera ella... Sinceramente ella. Así que, se desenvolvió con él como nunca lo había hecho, demostrando cuánto le gustaba mandar.

Cuando Roy intentó darle la vuelta para tumbarla en la cama, Anny lo frenó, poniendo una de las manos en su pecho.

Este la miró con asombro, pero con inquietud, todo al mismo tiempo.

Ella hundió las manos en su cabello castaño, y fijó sus ojos en los azules de él. Después, le susurró:

—Es mi turno, Gibson.

Roy puso los ojos en blanco por el placer que le hacía el simple hecho de verla de esa forma: dominante. Pronunciando su apellido. Y alzó los brazos, separándolos del cuerpo de Anny, para hacerle entender que adelante; que podía hacerle absolutamente de todo. Lo que le diera la gana.

Bethany lo apretó contra ella y comenzó a besarlo.

Introdujo su boca en el hueco de su cuello, y comenzó a bajar. Besó cada músculo, hasta que el descenso se vio interrumpido por el cinturón de sus pantalones. Entonces, sus miradas conectaron, y Anny, mientras lo desabrochaba, volvió a subir, y esa vez no besó sus músculos, sino que los lamio. Uno a uno, hasta volver a juntarse con su boca.

Roy le ayudó a deshacerse de toda la ropa que le quedaba, y Anny, aun con el vestido puesto, obligó, con una mano, a que Roy se sentara en el borde de la cama. En menos de un segundo, ella estaba a horcajadas sobre él, rozando la parte dura de su cuerpo.

—Dios mío, Anny... —susurró Roy antes de morderse los labios y colocar las manos sobre sus caderas.

Ella lo apretó, de la misma forma que ella se estaba apretando contra él, y, cuando deslizó las manos sobre su espalda, Anny se arqueó hacia él. Hizo más profundo el movimiento, más y más, hasta que se convirtió en un balanceo. Uno que los hacía disfrutar de una manera increíble.

—Anny, Anny... —suplicó.

Bethany sabía que suplicaba, que cada movimiento lento lo mataba y que ansiaba más. Que siempre quería más...

«¿Cómo podía ser esa una despedida? ¿Cómo podía estar tres meses sin poder...?».

Paró. Anny dejó de pensar. Estaba harta de pensar.

Roy deslizó uno de los tirantes de su oscuro vestido, y en el mismo instante que resbaló el siguiente, la tela cayó hasta la parte de su cinturón. Dejó a Anny directamente con los pechos al descubierto, puesto que no llevaba sujetador.

Roy no dudó en volver a actuar, y Anny se lo permitió. Sus manos fueron directas a retener cada uno de sus pechos, mientras lamía y apretaba ligeramente con los dientes.

Un gemido de placer salió de la boca de Anny, sin siquiera pensarlo.

«El sexo nunca ha sido un problema», pensó. «Ese no era el jodido problema. Aunque en realidad también formaba parte».

Ella se levantó para que él la observara, como una necesidad, y Roy lo hizo.

Ella lo miró, lo observó, grabó cada parte de su cuerpo en su memoria, y la volvió a atraer junto a sus rodillas. Comenzó a quitarle el cinturón, y, en el último movimiento, el vestido cayó a sus pies, sin más.

—Vas a conseguir que me muera, Anny.

—Entonces, morirás feliz.

—Siempre soy feliz contigo —susurró, mientras le daba la vuelta y la colocaba de espaldas, sentándola sobre él—. Siempre consigues un final feliz.

Había cambiado el significado en menos de un segundo.

Roy corrigió sus palabras, y ella se dio cuenta. No quería hacerle pensar que...

«Qué estupidez».

Sobre, y de espaldas a él, Anny se apartó el pelo hacia delante, para que Roy tuviera acceso completo a su espalda. Para que la besara por el cuello y, al mismo tiempo, fuera acariciándola entera.

Bajó sus manos tan suavemente que Anny no pudo evitar volver a arquearse, presionando su trasero sobre su dureza.

Roy deslizó los dedos sobre el contorno de su ropa interior, y apretó sus nalgas, antes de terminar en el punto exacto en el que Anny se retorció.

Con uno de sus dedos en ese haz de nervios, ella se dispuso a moverse, mientras él la atraía

hacia su cuerpo, más y más, rodeándole la cintura con su otra mano.

El movimiento se hizo una tortura, puesto que ambos querían continuar el viaje, y, por cada segundo que pasaba, se volvía más tedioso no poder fundirse, pues sus cuerpos tenían un deseo tan grande, que casi parecía una necesidad.

Roy quería introducir ese mismo dedo dentro de ella, pero no en esa posición. Quería poder verle la cara, la reacción a ese punto exacto.

Por ello, la levantó y le dijo:

—Anny, ven —en una mezcla entre el susurro y el gruñido.

Roy la colocó sobre la cama y en un fino, pero rápido movimiento, se deshizo de la única ropa que le quedaba. Volvió a mirarla y, mientras lo hacía, cuando tenía la mirada fija en la suya, entonces, y solo entonces, le separó las piernas, y le deslizó la mano por el centro de ella.

La humedad lo hizo gemir.

—¿Me deseas, Anny?

—Sí... —gimió ella—. Hazlo... Hazlo ya —suplicó.

Ahora era ella quien suplicaba.

No podía, no quería que la hiciera esperar más. Quería disfrutar de todo.

Roy sonrió y la besó, y, en cuanto uno de sus dedos entró en ella, ambos gimieron, y él consiguió, sin parecer posible, que su endurecimiento estuviera todavía más duro.

—Sigue, Roy. Sigue —gimió Anny, mientras se apretaba contra él. Dos dedos dentro de ella y otro en el haz de nervios. Al final, estaba consiguiéndolo—. Sigue... Esto me gusta.

Roy gimió, y luego gruñó.

—Quiero que llegues primero... —hizo una pausa—. Bueno, no importa. No aguanto más.

Anny frunció el ceño, porque todo iba de maravilla, porque todo era puro fuego, pero, cuando parecía que se había preocupado por hacerla disfrutar todavía más —«quiero que llegues primero...»—, cuando parecía que quería hacer que llegara por las dos formas... Tuvo que fastidiarlo.

Tuvo que ponerse a él primero, como era lo normal.

«Joder, Anny..., ¿por qué no le dices algo?», quería haber dicho. «Espera, estoy a punto de llegar...». Hacerlo después de eso, porque sabía que, si le daba la contraria, quizá cortaría el buen rollo que había.

No quería eso.

Y, como una imbécil, aceptó complacerle a él más rápido, y quedarse a medias ella.

Roy sonrió cuando introdujo su miembro dentro de ella y empujó.



Después de un rato, ambos estaban tumbados en la cama, jadeantes, cansados.

Él había llegado a terminar, pero Anny... no se había quedado demasiado contenta.

«¿Puedes preocuparte también por mi placer?», quería haberle dicho, aunque sabía que no serviría de nada, pues ya se lo había comentado una vez, y su respuesta había sido:

«¿Acaso no disfrutas de verme llegar? ¿No te complace que esté dentro de ti?».

Ella sí disfrutaba de eso, pero también disfrutaba del roce exterior, y siempre la dejaba sin

un buen final en ese aspecto.

Lo peor de todo, es que... No es que no supiera, es que no quería intentarlo, porque no le importaba el placer de la chica con la que estaba. Solo le importaba tener dónde meterla.

Era asqueroso.

Inmediatamente después, Bethany se repugnó a sí misma y quiso llorar.

Quiso... El vacío volvió a ella, como siempre que terminaban de tener sexo. Como siempre que la realidad sobre Roy llegaba a ella.

Porque, cuando empezaban, parecía que iba a ser diferente esa vez, pero nunca lo era.

Roy siempre se preocupaba solo por él. Y solo por él.

Y todo lo bien que se había sentido Anny mientras todo ocurría, ya no estaba. Bethany Fisher se había dado cuenta de algo, y era algo que hacía continuamente:

camuflaba el poco amor que recibía, y que ansiaba tener, con el exceso de sexo. Buscaba el amor donde no lo había, y, por eso, se rendía al placer, para todo ese tiempo que estaba disfrutando... Olvidarse de lo que en realidad quería. A pesar de que no disfrutaba lo suficiente, como para considerarlo bueno.

Cuando lo hacía con otros chicos, no significaba nada. Sin embargo, también se sentía mal después, pero no era ese el motivo.

Ese motivo solo ocurría con Roy. Con el resto, se sentía mal porque no era él; porque ella lo hacía porque él lo hacía también, y lo había reconocido hacía mucho tiempo.

Porque no solo quería placer con Roy.

Lo quería todo.

Y, en verdad, no tenía ni una cosa ni otra. Nada. Solo angustia.

Así que, ya ni siquiera estaba con otros chicos. Solo con Roy, y, a veces, se arrepentía de haber tomado esa decisión. De todas ellas, en realidad.



Ya ambos vestidos, miraron la hora, y Roy preguntó:

—¿Me ayudas a preparar la cena y los aperitivos? La fiesta empieza en una hora.

—Claro —respondió ella, intentando no mirarle a los ojos.

Capítulo 4

Anny y Roy ya lo tenían todo listo para cuando sus amigos llegaron.

Isaac fue el último en aparecer, e Isobel bromeó, preguntándole:

—¿Todavía no te has convertido en una de las máquinas del laboratorio?

Isaac entrecerró sus ojos oscuros y respondió:

—Uno tiene que hacer sacrificios si quiere conseguir lo que quiere.

Roy le saludó con un choque de puños.

—No les hagas caso. Vamos, come algo. No he preparado todo esto para que lo dejéis en el plato.

«He preparado. He preparado». Eso había dicho el muy imbécil.

Bethany suspiró y gruñó al mismo tiempo.

«Tendrá cara...».

Toda la comida la había preparado ella. Había hecho algunas recetas que Holly, su madre, le había enseñado a hacer cuando era más pequeña. También había comida precocinada, pero es que también la había calentado ella.

Anny lo miró, expectante.

—Eres imbécil —murmuró ella.

Después de haber estado una hora liada en su cocina, mientras él hacía lo más básico del mundo, ahora resultaba ser un chef maestro por colocar unas pizzas en la mesa, y por poner unos cacahuetes en los boles.

Anny gruñó una vez más.

Él ni siquiera le había dado importancia a su comentario. Mucho menos al de ella.

No debía de ir por ese camino. El camino de odiarlo era más fácil que el de amarlo. Pero no podía hacerlo. Era su amigo. Siempre había sido su amigo.

Sin embargo, la amistad y cualquier tipo de relación, ¿no era una relación bidireccional? ¿No se le daba el mérito que se merecía a quien había hecho algo, por muy insignificante que haya sido para el otro?

«Joder, Anny».

Esas palabras retumbaban en su cerebro, una y otra vez. Se sentía tan tonta cuando estaba con él fuera de la cama. Y también dentro de ella.

Era una sensación horrible.

La angustia había vuelto a ella, y, mientras el resto de sus amigos cenaban, ella decidió salir un rato al jardín con su plato.

Se sentó en el borde de la piscina.

Con los pies en remojo y el estómago lleno, el sonido de unas robustas botas hicieron mella hasta ella.

Isaac se sentó a su lado, sin tocar el agua.

—¿Qué te pasa, Anny? —Sonó preocupado—. ¿Es por Roy?

—¿Por qué siempre la gente piensa que cuando estoy triste el motivo debe ser exclu...? — Se interrumpió a sí misma, dándose cuenta de que tenía razón—. Sí, es por el maldito Roy Gibson.

Isaac carraspeó. No tenía muy claro qué debía decir.

—Sé lo de Italia. Isobel me lo ha contado, y opino como ella. —Suspiró—. Sé que es duro, pero debes empezar a cortarlo, y el viaje sería una buena oportunidad de acabar con todo lo que te hace sentir mal.

El rostro de Anny se tensó mientras lo miraba.

Isaac Gray parecía más mayor que todos ellos. Parecía un graduado de primera clase. Iba con el traje blanco, que utilizaba para ir al laboratorio —que no la bata—, y hacía que su piel negra deslumbrara.

A pesar de que él decía que solo se le daba bien el contacto químico, el humano a veces tampoco se le daba mal.

Ante el silencio de ella, Isaac bromeó:

—No mires mis pelos. No me ha dado tiempo a peinarme —dijo, mientras se tocaba el cabello afro—. Aunque debo decir que deberías haberte peinado tú también.

—Yo me he... —Se frenó, al caer en la broma—. Oh, ya.

Ambos rieron. Sabían de qué estilo era la broma, y, por supuesto, que Roy estaba en el medio. Siempre lo estaba.

Anny se sinceró:

—¿Sabes ese momento en el que quieres mucho a una persona, pero tus ojos ya se han abierto y eres más que consciente del sinsentido que es luchar por alguien que no lucha por ti? —Él asintió—. No quiero conformarme, Isaac.

—Lo sé, Anny. —Su voz sonaba dulce, calmada. Sabía que Anny necesitaba una charla más larga que esa, pero había otra cosa que necesitaba—: Debes hablar con él e irte a Italia.

—¿Por qué todos queréis que me vaya?

—No lo mires así. No queremos en sí que te vayas, Bethany. —Se puso serio—. Lo que queremos es que sanes de una vez. Que olvides a Roy de manera... romántica, y que, cuando vuelvas, lo hayas logrado; que verlo no suponga un problema, y —lo más importante— que tú hayas sanado en sí, contigo misma.

—Yo... Dios, tienes toda la razón. Todos la tenéis. Hasta mis padres..., por mucho que me duela reconocerlo, pero es así.

Lo más importante era ella, pero, y si ella no se conocía a sí misma. Si Bethany no encontraba la luz pronto, se perdería en la oscuridad, y ella era pura luz.

Debía encontrarse a sí misma. Ya.

Isaac rio por el comentario que ella había hecho, y Anny lo hizo con él.

—Espero que el lunes a primera hora estés diciéndole al director que aceptas la oportunidad. Igual que espero que me mandes una foto al llegar. —Sonrió y ella hizo lo mismo—. Y ya después te dejaré tranquila.

Ambos se abrazaron y no necesitaron más.

Bethany no necesitaba más que un abrazo y un nuevo comienzo. Y, cada minuto que pasaba, lo tenía más claro.

La fiesta continuaba, y cada vez había más gente. Más desconocidos.

Aunque ese no era realmente un problema, porque Anny era bastante popular, no podía quejarse de eso.

Cuando iba al instituto no podía decir lo mismo.

Se metían con ella. Siempre lo habían hecho, y le había pasado mucha factura. La ansiedad, entre ellas.

Odiaba cuando la gente decía que el acoso escolar te hace más fuerte... ¡Y una mierda! Lo

único que eso consigue es obtener una falsa esperanza, o romantizar el hecho de que te están acosando, pegando o cualquier cosa.

El acoso escolar no te hace más fuerte.

Tú te haces más fuerte cuando sales de eso y consigues rodearte de gente que te hace bien, pero, sobre todo, tomas medidas curativas contigo mismo.

Aun así, hay muchas cosas que se quedan dentro de ti: en tu manera de ser o de actuar; en el miedo al qué dirán o a la necesidad de crear doscientos mil escenarios en tu cabeza con todos los «y si», ante cualquier situación, porque, pensar que de esa forma lo controlas, es mucho mejor que aceptar que te estás matando.

Aunque no para todos es de la misma forma, para Anny sí era así.

Con suerte, suponía, en la universidad eso había cambiado. El año que llevaba en ese lugar, con toda la gente nueva y sus amigos, había sido genial. No podía culparlos de nada de lo que llevaba dentro. No, a ellos.

Bethany Fisher era popular y extrovertida. Era divertida y bromista.

Pero, a veces, el sentimiento de agonía que tenía dentro de ella salía, y no podía hacer nada para evitarlo.

Deshaciéndose de esos pensamientos, buscó entre toda la gente a Roy.

Nada.

Siguió buscando.

Nada.

Continuó mirando entre la gente. Bingo.

Y, por supuesto, ya estaba bebiendo. Con Ethan al lado, animándolo a ello.

—Estúpidos —escupió, mientras iba hacia ellos.

Ethan pegó un trago largo antes de darle un codazo a Roy.

—Tu mamá ya está aquí, colega.

—Apestáis —sentenció ella y respondió a su amigo—: No sabéis beber y el problema lo tengo yo, claro... Claro...

—No fastidies la fiesta, Bethany —soltó Roy entre risas—. A veces sí que tienes un problema. La diferencia está en que yo sé cómo olvidarme de ello.

—Beber no va a hacer que desaparezcan, pero sí que van a hacer que te quedes sin riñón, sin neuronas, y, por tu historial, sin vida. Te recuerdo, imbécil, que has estado cerca del coma etílico en más de una ocasión.

—No es *aaasunto* tuyo... —balbuceó, y siguió bebiendo.

—Sí que lo es, porque sois mis amigos. Unos amigos irresponsables que no se preocupan por meter en un lío, o en un delito, a sus amigos.

Anny comenzó a cabrearse.

—Te dejo con tu mamá a solas —soltó Ethan y se fue haciendo eses hasta Ellie, para darle la lata con cualquier cosa.

Ellie le dio esquinazo en menos de un segundo, y Roy se rio desde donde estaban.

—Pringado. —Movié los labios, sin voz, hacia su amigo.

Ethan le sacó el dedo como respuesta.

—¿Has terminado? —preguntó Anny nerviosa. Estaba harta de toda esta situación. Tenía que hablar con él ya—. Quiero hablar contigo.

—¿Tiene que ser ahora?

—Sabes que es importante.

—Todas nuestras conversaciones lo son. Al menos, según tú.

A Anny le costó no darle un puñetazo.

—No tengo por qué soportar esto —soltó, cada vez más clara de su decisión—. Sobrio, a veces, eres bastante imbécil, pero es que ebrio eres un completo gilipollas. — Se dio media vuelta, y estaba dispuesta a marcharse, cuando él la agarró de la muñeca y se lo impidió.

Por un momento, por uno solo..., Bethany creyó que fue porque quería mantenerla a su lado. Pero, desde luego, no tenía nada que ver con eso.

—Primero, lo soportas porque quieres. No, porque me quieres. Ese es el maldito problema —se arrepintió de haberlo dicho de inmediato, al ver el rostro de Anny—. Y segundo —siguió, intentando arreglarlo—, lo siento. Bethany, perdóname. Soy... Soy un imbécil, lo sé. No volveré a beber, a partir de mañana. Lo juro. —Levantó la mano en señal de juramento—. Lo juro por nuestro...

—No sigas —Anny lo cortó—. No jures algo que has prometido mil veces y has roto otras mil. No voy a hablar contigo en este estado. Ya hablaremos mañana, cuando se te pase el puto peder, si eso.

Roy bajó la mirada.

—O no. Total..., si te vas a ir a Italia. ¿Qué más da?

—¿A qué te refieres? —Anny supo que sus palabras iban más allá.

—Nada iba a cambiar de todas formas —dijo—. Tú te irás, y yo me descontrolaré. Buscaré tu calor en más y más chicas, y beberé hasta que por fin me dé ese coma etílico. Y, si no, te llamaré un par de veces diciendo que te echo de menos, pero, al final, solo habrá sexo, porque solo quiero sexo. Porque nuestro sexo es genial, y porque solo de verte con ese vestido me estoy... Me estoy poniendo muchísimo. Ahora mismo solo puedo pensar en ponerte contra la pared y hacerte gritar... —Se fue acercando a ella—. No. No sé qué estoy diciendo.

—La verdad. Estás diciendo la verdad. —Anny se apartó de él y su tono de voz se volvió gélido—. Y no te importa una mierda, lo que yo sienta, lo que yo sufra o lo que todo eso suponga para mí. —Ah..., se le olvidaba. Hizo una pausa y lo miró. Después añadió—: Y nuestro sexo no es genial.

Roy lo entendió a la primera y en su respuesta no mencionó nada más que lo de las otras.

—No te quejes ahora, porque tú también follas con otros tíos.

—¡Porque tú lo haces! —En realidad, hacía mucho tiempo que no lo hacía.

—Pero yo lo hago porque soy un gilipollas. A ti no te pega, Anny.

—Tener sexo con distintas personas no determina nada. No, a mí.

Nada de lo que estaba diciendo Roy tenía correlación. Estaba demasiado borracho... O, tal vez, era lo que pensaba y lo iba soltando sin más.

¿Qué importaba ya?

—Pues sigue haciéndolo. Fóllate a quien quieras aquí y en Italia, pero sabes que, cuando vuelvas, serás mía. Siempre has sido mía porque me quieres, Bethany Fisher. No puedes ni siquiera negarlo. —Suspiró—. Y yo, a veces, creo que yo... que tú para mí...

Bethany no permitió que mintiera con eso. Con eso no.

—Eres un completo... —intentó decir, casi dándole esa bofetada que tantas ganas tenía de propinarle, pero no lo hizo. Ni siquiera pudo terminar la maldita frase.

Roy la besó.

Tiró su copa al suelo y la envolvió entre sus brazos.

Anny se sintió totalmente estúpida, pero el calor de sus labios... ¿Por qué intentaba no

hacerle sentir mal... por hacerla sentir mal? No tenía sentido. Además, tenía una conversación pendiente con él.

«Era el momento», se dijo a sí misma.

Roy apretó a Anny contra la pared y la empujó hacia el baño, que había detrás de ellos. La subió encima de la pila del lavamanos y ella se arremangó el vestido. Con un pie empujó a Roy y le pidió:

—Mírame, Gibson.

En ese momento, Anny empezó a tocarse a sí misma mientras mantenía la mirada fija en él. Gimió varias veces seguidas, mientras él abría cada vez más la boca, sediento de ella. Pero, cuando se fue a acercar, Anny cerró las piernas y con el roce, culminó consigo misma.

Roy no dijo nada y empezó a tener ganas de vomitar por el alcohol.

Anny se bajó el vestido con la cara sonrojada por el orgasmo, que se había autodado, e hizo a Roy a un lado.

Antes de salir le dijo:

—Así es como se me hace gemir de verdad. Así es como se me toca. Y así, imbécil, es como me hubiera gustado que me hicieras sentir todas las veces que lo hemos hecho. —Su vista fue hacia sus partes bajas—. Y me habría encantado que me hubieras follado ahora mismo, pero es que ya me he cansado de tus putas tonterías. De tu ahora sí y ahora no. Pero, sobre todo, de tus faltas de respeto; porque, por mucho que vayas borracho, eso no te da derecho a hacer lo que te dé la gana.

Roy se quedó mudo, y sus palabras le dieron tan fuerte, que casi le bajó todo el efecto del alcohol.

Estiró el brazo, para intentar pararla, para que no se fuera... pero Anny se marchó. Después de despedirse de sus amigos, se fue a su casa, aunque no sin antes soltarle:

—Hay una cosa en la que tienes razón: en que me follaré a quien me dé la gana en Italia. Claro que sí, Gibson. Pero —hizo una pequeña pausa—, te equivocas en algo: cuando vuelva, no recordaré ni tu nombre.

—Anny...

—Y ten por seguro una cosa. —Lo miró por última vez—. Esto se ha terminado.

Capítulo 5

Era domingo, el día siguiente de la fiesta. La fiesta en la que había hecho un numerito delante de todos, solo para intentar que Roy no se muriera por exceso de alcohol.

Resopló.

Estaba tan harta... Se hartó tanto. Todavía no creía que hubiera sido capaz de realizar lo que hizo en ese baño, y después largarse, no sin antes mandarle... en pocas palabras, a la mierda.

Había una dualidad dentro de Bethany.

Por un lado, se sentía muy contenta consigo misma, pues había demostrado lo que quería demostrar... O una parte, al menos. También, había dejado claro que ya no iba a jugar más con ella.

No lo haría él, ni tampoco dejaría que le volviera a ocurrir.

Bethany se había cerrado en banda al amor. A todo lo que tuviera que ver con ello.

Quizá el amor no fuera el problema, puesto que era algo maravilloso, si se trataba como se merecía, pero no le había ocurrido nunca. Las veces que había estado enganchada o enamorada de alguien, había salido tan mal, que solo recordaba, al final, la ansiedad de todas las malas situaciones que había vivido con esas personas.

Y el sexo, por supuesto.

Porque pedir más sexo, para Anny, era símbolo de que todo iba mal. Cuando más sexo necesitaba de esa persona, más se daba cuenta de que las cosas no iban bien, y que estaba intentando camuflarlo con esa distracción placentera.

Y con Roy, la única persona de la que se había enamorado, había sido más de lo mismo. Aunque, en su caso, ella quería más y más sexo, además de porque le atraía, porque era la única forma de estar junto a él. De compartir algo con él.

Por fin, se había dado cuenta de que no era la solución, y mucho menos el camino.

Le había costado más de un año, pero no había fechas clave para eso, ni para nada. Cada persona tenía sus tiempos, al fin y al cabo; y, aunque era consciente de que olvidarlo le costaría, era lo mejor que podía haber hecho.

«La vida es demasiado dura ya, como para que alguien te la haga más difícil», había pensado, recordando una frase que había leído en algún lado; tal vez en alguna red social, pero que no recordaba el nombre... No importaba. Se recordó que lo importante era el paso que había dado. El paso que creía que nunca sería capaz de dar, pero que dio.

Y eso solo significaban dos cosas: que Roy la tenía hartísima, y que Anny se quería a sí misma mucho más de lo que lo quería a él; y esto último, era algo grandioso, porque, hasta hacía bien poco, tenía muchas dudas respecto a ello.

Ya no las había. Ya no.



Por la noche preparó las cosas para el día siguiente.

Sería lunes, su último día en Reino Unido. El día que diría que aceptaba irse a Italia a pasar esos tres meses de verano entre clases y lo que quiera que fuera a vivir más.

«Mañana», pensó Anny, «era el fin de una época, y el inicio de otra. Una nueva temporada en su vida. Un espacio para empezar de cero consigo misma. Para descubrirse. Para mejorar».

Había estado haciendo planes durante la mañana y la tarde del domingo. Como que buscaría un gimnasio donde pudiera hacer boxeo, que retomaría la pintura, que saldría a correr más a menudo, y que descubriría cada rincón de ese maravilloso pueblo. Tropea.

Asintió.

Intentaría no pensar en todo lo que estaría ocurriendo al mismo tiempo en casa. Podría hablar cuando quisiera, tanto por chat como por videollamada, con sus amigos y su familia. No había problema con eso.

En su cabeza no dejaría espacio para la ansiedad.

Ese era su plan, y rezó, lo máximo que pudo, de manera metafórica, para que se cumpliera. Para que nada malo ocurriera, y que el martes, cuando empezara junio, comenzara también su nueva vida. El proceso de sanación, que era más que suficiente.

«Todo iría a mejor», se dijo. «Todo iría bien».



Era una fecha corrida, teniendo en cuenta que el día anterior era cuando confirmó su asistencia, pero no le importaba, porque así tendría menos tiempo para pensar.

Además, Bethany Fisher era más que precavida, y ya había hecho ese mismo día una lista con todas las cosas que se tenía que llevar.

Había sacado su maleta del trastero, la había limpiado, y, salvo por un par de cosas que metería antes de irse, ya lo había colocado todo.

Tres meses en una maleta era demasiado, así que al final hizo dos. Bastante... voluminosas.

Dos maletas y una mochila en total. Pesaban sí, pero hasta que no llegara agosto no tendría que volver con ellas.

Eso también le daba miedo: la vuelta.

Porque no solo se preguntaba qué se encontraría y ocurriría en Italia, no. También se lo preguntaba sobre qué y cómo estarían las cosas cuando regresara. Con todos... Con Roy.

Suspiró e intentó cambiar el enfoque, pero dolía, y, si de algo estaba segura, era de que no debía odiarse por ello, porque pasaría y se acabaría.

Había tomado una decisión en cuanto salió de la casa de Roy.

No permitiría que ningún otro chico la hiciera sentir de esa manera. No volvería a sentir, en sí.

Porque tener una coraza era mucho más seguro. Porque no permitir a nadie entrar, te aseguraba que nadie quisiera luego salir. Porque se convertía a sí misma en su propia... llave.

Y la había tirado al mar.



Se había despedido de sus padres y sus amigos ya hacía rato, y, cuando entró al despacho del director con una sonrisa, él lo supo.

—¿Aceptas? —preguntó, ansioso y emocionado al mismo tiempo.

Aquello, desde luego, sumaría muchos puntos a la reputación de su universidad. Bethany asintió.

—Sabía que no nos defraudarías —señaló él y sonrió—. Va a ser una experiencia grandiosa, ya lo verás. Y, cuando vuelvas, harás ese examen de maravilla.

—Sí, y así, en segundo, no tendré que preocuparme de eso.

—Exacto, Bethany. Esa es la actitud. —Le tendió los papeles para que los firmara. Eran la autorización y la información que indicaba a dónde iba y dónde se hospedaba—. No sé qué ha hecho que cambies de opinión, pero valdrá la pena.

—Estoy segura de ello —susurró, antes de coger el bolígrafo, leer y firmar.



A la hora de comer, y con el fin de las clases, Anny se reunió con sus amigos en un restaurante de comida rápida, al que siempre iban.

Todos asistieron.

Todos... menos Roy.

Ethan puso mala cara al llegar junto a Isaac, y Bethany preguntó:

—¿Roy no va a venir?

—No, dice que no se encuentra bien —respondió Isaac.

—Todavía está afectado del pedo del sábado —bromeó Ethan. Se notaba que era mentira.

—Sí que le ha tenido que afectar que le digas las cosas tal como son —escupió Isobel, cruzándose de brazos.

—No lo digas de esa manera, joder. —Ethan hizo una pausa, tembloroso—. No tenéis ni idea.

—¿De qué? —preguntó Ellie. Si decían algo así, qué menos que decirlo entero.

—De lo que pasa con Roy.

—Si no tenemos ni idea por qué no lo cuentas. Adivinos no somos.

Fue Isobel la que lo dijo. Claramente, ninguno hablaría de esa forma tan directa salvo ella. Ellie se tensó a su lado.

Isaac le preguntó a Anny:

—¿Estás bien?

—Sí, sí. —Suspiró, pensativa—. Nerviosa por el vuelo de mañana.

—Es normal, pero ya verás... Todo saldrá bien.

Todos sonrieron.

—Claro.

Cuando ya habían terminado de comer y salieron del restaurante, Anny se quedó paralizada, cuando chocó con alguien.

Era Roy.

—Hola, Bethany.

—Gibson, ¿por qué no has venido? —preguntó, aunque apartó la mirada—. Sabes que es mi despedida, oficialmente.

Él asintió y también apartó la mirada.

—Me gustaría que habláramos a solas.

—Pero... —Anny miró a sus amigos.

Ambos compartían el mismo grupo, pero solo esta parecía corroborar que no importaba que se fuera un poco antes.

Isobel la miró y le advirtió, solo con una simple mirada.

Ella asintió.

—De acuerdo, vamos. —La respuesta iluminó el rostro sombrío de Roy.

Caminaron un rato en silencio, hasta llegar a un puente de piedra, que quedaba a un par de calles de sus casas.

—Quería pedirte perdón, antes de que te fueras.

—Te lo agradezco.

—No, no hagas eso. No me perdones tan rápido, por favor. No me lo merezco...

—Pero, Roy... —Ella no entendía nada.

—Necesito que me odies, pero que aceptes mis disculpas. —Anny frunció el ceño, y él continuó hablando—: Quiero que aceptes mis disculpas, porque deseo que sepas cuánto lo siento. Todo. Cuánto siento haber llevado tan lejos lo nuestro. Cuánto siento no haberte dicho que sabía que estabas enamorada de mí, y no haber supuesto que sería perjudicial para ti. Siento no haber frenado, porque me gustaba estar contigo. Me gustaba el sexo contigo, y eso es algo con lo que debo disculparme también. Soy un cerdo, un auténtico imbécil, por no haberme preocupado por ti, ni dentro ni fuera de la cama. Tenías razón: no me importaba si tú llegabas o no al orgasmo, mientras yo sí lo hiciera. —Hizo una pausa tan larga que Anny no sabía si continuaría hablando, y, cuando hizo intención de señalar algo, él negó con la cabeza y volvió a mirarla—. Siento todo, y siento... Es igual. Es mejor así.

—Termina de hablar —fue lo único que dijo ella al respecto—. Has dicho muchas cosas, por lo que ahora ten el valor de terminarlo.

—No quiero estar contigo, y que te vayas a Italia es lo mejor que nos puede pasar, porque así no nos veremos. Nos olvidaremos... Te olvidarás antes de mí.

Anny intentó no llorar. Intentó no demostrar la rabia que llevaba dentro.

No lo consiguió.

—Eres... No quiero volver a verte.

Roy Gibson había muerto para ella. Por mentiroso, por... Joder, por todo. Sin embargo, había algo en las palabras de Roy que no comprendía.

No importaba. Ya no.

—Anny... —susurró él mientras se alejaba—. Algún día lo entenderás... Algún día, tendré el valor de decírtelo todo...

Bethany, para entonces, no pudo escuchar nada. Y, mejor, porque el odio que llevaba dentro, sumado a las ganas que tenía de marcharse, fueron explosivas.



Tres horas más tarde, venía de hacer boxeo, de correr y de haber limpiado toda la casa.

Debía de tener la mente ocupada. Lo necesitaba.

—¿Limpiar toda la casa entraba en tu *pack* de hija que se marcha tres meses?

Le había preguntado eso su madre antes de acostarse, pero, por la mañana, ya nada de eso importaba.

Ya no había nada que le impidiera irse.

Se encontraban en el aeropuerto de Londres.

Habían recorrido poco más de dos horas en coche desde Bibury, para llegar hasta ahí, y, a Anny, todavía le quedaba las tres horas de avión hasta Italia. Después, un taxi de una hora, desde el aeropuerto más cercano hasta la facultad de Tropea.

—Estaremos bien. Pásalo bien y ten mucho cuidado. Vamos hablando.

Le habían dicho sus padres antes de que se subiera al avión.

Holly y Arthur Fisher estaban orgullosos de su hija en todos los sentidos posibles, y su madre se arrepentía de no habérselo dicho en más de una ocasión. De haber sido demasiado estricta por... Por lo que creía que era mejor.

Quizá no solo Bethany necesitaba descubrir su nuevo yo, sino que sus padres también.

Quizá todos los presentes lo necesitaban.

Sus amigos también estaban ahí, despidiéndose eufóricos, felices por ella.

Roy, desde lejos, la veía marcharse, pero nadie, ni siquiera Ethan, sabía que estaba allí. Pensaba que no iría.

Pero él necesitaba verla una última vez. Él necesitaba convencerse de que...



Sentada en el asiento que daba a la ventanilla, Bethany se mentalizaba de lo que iba a ser su nueva vida.

«Todo irá bien», pensó, mientras intentaba relajarse. «Todo irá mejor».

Bethany Fisher estaba segura de que daría lo mejor de ella.

—Italia, allá voy —susurró, ya sentada en su sitio y mirando por la ventanilla.

Bethany lo sabía. Sabía que sería el mejor viaje de su vida. El que la cambiaría. En el que sería ella.

Lo que no sabía, era que muchas otras cosas también estaban por llegar. Con los brazos totalmente abiertos.



Minutos más tarde, el avión, al fin, despegó.

Capítulo 6

Seis horas de viaje en total.

Bethany ya se encontraba con el equipaje en la mano, entrando por la puerta de la facultad de Tropea. Estaba terriblemente cansada, despeinada y con el rostro tan exhausto como ella. Pero, al fin, había llegado.

No podía no estar contenta con la cantidad de paisajes hermosos que había logrado ver, tanto en el avión, como en el taxi. Por no hablar de los que había visto sobrevolando Tropea.

Todavía no había indagado entre sus calles y, pese a ello, ya sabía que se iba a enamorar de la ciudad.

Bibury, de donde ella venía, no tenía nada que envidiarle.

También tenía unas vistas realmente preciosas, eso era cierto, pero sí que era innegable que, entre Reino Unido e Italia, había climas muy distintos.

«El pueblo más bonito de Italia». Esa era la frase más conocida sobre Tropea; y, en cuanto advirtió a lo lejos el mar, iluminado por los rayos de sol, lo supo.

Las montañas que rodeaban la costa, con numerosos puntos verdes... No tenía palabras.

Ya estaba ansiosa por verlo todo. Por hacer rutas y descubrir callejones de estos que te dejan sin habla. De los que muestran la esencia de un sitio, con muy poco.

Por el momento, debía notificar su llegada y ver en qué habitación iba a alojarse estos tres meses.

La facultad estaba rodeada de césped y enormes fuentes, que, al parecer, por las luces, se iluminaban por la noche. Miles de arbustos, árboles y flores, todos de distintas clases, gobernaban el área del campus, y, por dentro, el edificio era tan grande que parecía una mansión. Lucía antigua, con tonos maderas oscuros y claros, y ventanales gigantescos.

Las ruedas de las maletas dejaron de rodar cuando las posicionó en la recepción.

No tenía muy claro si era así como llamaría a la zona, o era algo de Administración.

No había ningún cartel que lo indicara realmente.

Esperó tan solo un par de minutos, pero se le hicieron eternos por los nervios que llevaba en su interior. Además, seguía algo mareada del viaje.

Una mujer mayor, con anteojos redondos y el cabello plateado, le sonrió, al mismo tiempo que se acercaba con los brazos extendidos. Antes de abrazarla, exclamó:

—¡Buenas, querida! Tú debes de ser Bethany Fisher, ¿verdad?

—Hola, sí. —Rio, nerviosa—. Sí, soy yo.

—Me alegra mucho saber que has venido. Estábamos deseando tener a una alumna tan brillante como tú entre nosotros. —Hizo una pausa, mientras miraba unos papeles y encendía la pantalla del ordenador—. No quiero quitarles mérito a tus compañeros, ni que pienses que es lo que le decimos a todos, pero, en realidad, la gente que viene aquí, por norma general, no es que tengan problemas con el italiano, como es tu caso —explicó—, sino porque tienen problemas con otros idiomas, o con cualquier disciplina. —Suspiró—. Que no tiene nada de malo. —Volvió a reír—. Es solo que tu historial de notas ha sido realmente brillante siempre.

—Gracias. —Bethany simplemente sonrió.

—No hay de qué, querida. —Cogió unas hojas y se las posicionó frente al mostrador—. Debes firmar aquí, aquí y aquí —indicó, y señaló dónde era—. Es tu consentimiento para vivir

en esta facultad, los tres meses del repaso, la ley de protección de datos y la prueba de que recibes tu llave para la habitación. —Se la entregó de inmediato—. Guárdala bien, bonita, y no la pierdas. —Anny asintió—. Cuando te marches en septiembre tendremos que dártela de baja, y, si quieres, te la quedas de recuerdo.

—De acuerdo. —Sonrió de nuevo—. Muchas gracias.

La mujer le indicó el pasillo por el que debía ir, para hablar con el coordinador y su tutor.

Después de una hora de charla, Bethany había aprendido: qué cosas estaban prohibidas dentro del campus y cuál era su horario de clases; que a las once en punto de la noche la verja se cerraba, y cuáles iban a ser las clases de italiano. Es decir, cómo iban a separarse los temas y los profesores que las iban a impartir.

Una extensa charla sobre lo maravilloso, una vez más, que era tener a alguien de matrícula entre ellos.

Y, por último, entendió por qué era tan importante que fuera a esa facultad.

No era porque así ella podría recuperar italiano y mantener sus notas de matrícula de honor, no. Era porque tener a alguien con su historial les otorgaba no sé cuántos premios y un cheque con una cifra bastante elevada. Tanto para ellos como para los de su antigua universidad.

Todos podían entenderse perfectamente en inglés, puesto que era el idioma establecido dentro de la facultad, para que no hubiera problemas entre alumnos, profesores y personal. Luego ya, cada uno aprendía, si había ido a eso, el de su propio interés.

Antes de salir de ahí, le dijeron:

—Nos gustaría enseñarte las instalaciones, pero ahora tenemos una reunión muy importante, y no nos es posible. Espero que no te importe. —Una pausa pensativa—. Estamos seguros de que alguien... De que algún compañero de clase te hará el favor. —Tomó aire, revisando que no se dejaba nada—: Ah, y no dudes en hacer todas las comidas en la cafetería del centro, con el mismo número de tu habitación puedes cargarlo todo. Tienes pensión completa. Es un placer...

Y, otra vez más, la frasecita de las sorprendentes notas.

A Bethany nunca le había importado el reconocimiento de las buenas notas.

Ella sacaba esas notas porque quería ir preparada en lo que le gustaba. En el instituto y en el colegio, porque era una obligación, pero, cuando llegó a la carrera de Traducción e Idiomas, quiso dar lo mejor de ella simplemente porque le gustaba.

No debía de saber tantos idiomas como ella sabía, pero sus padres lo quisieron así.

Lamentablemente, el italiano se le atascaba tantísimo que ahí estaba. O, viendo el lado positivo, vería Italia.

Ya estaba subiendo en el ascensor, cuando su móvil comenzó a sonar.

Sus padres, y las notificaciones llenas de sus amigos. Todos queriendo saber si había llegado ya y si todo había ido bien.

Tuvo una corta llamada con Holly y Arthur, mientras buscaba la puerta de la que iba a ser su habitación ese verano.

Inmediatamente, leyó los mensajes lo más rápido que pudo y decidió mandar una foto directamente por el grupo que tenían en común. Una fotografía de ella en el ascensor, donde se veía el equipaje, su rostro cansado y cómo alzaba la llave de su habitación. Sumándole un corto texto en el que decía que ya había llegado y todo estaba bien.

Ya tenía su habitación en frente, y, cuando abrió y la puerta se cerró tras ella, una mezcla de emociones le avasalló, y no pudo prestar atención a la decoración de la habitación, siendo esta ni

muy grande, ni muy pequeña.

Era suficiente para ella.

Sus tonos oscilaban entre lo oscuro y lo claro, dependiendo de si mirabas un mueble o un tapizado, siendo este último el templado. Un armario con celosías en la parte superior y las mesitas a juego envolvían la enorme cama, con sus múltiples cojines de colores. A sus pies, un pequeño baúl con candado, y la llave era la de la propia habitación.

Cerca de la entrada, se hallaba el baño, con una bañera con patas en el centro, y una ducha a la derecha. Dos muebles con lavamanos en la izquierda, y un brillante espejo que ocupaba casi toda esa misma pared.

Pese a ello, Bethany solo se dejó caer en plancha sobre la enorme cama, y ni se preocupó por si manchaba las sábanas blancas.

Un soplido surgió de ella, casi inconscientemente. Era un lugar muy de alta gama. O eso parecía.

Al rato, cuando ya se había prácticamente fusionado con el colchón, los ojos empezaron a pesarle.

Anny decidió darse un largo baño de espuma y ponerse cómoda. Estuvo toda la tarde leyendo un libro, porque no le apetecía salir de su habitación. Estaba cansada, por lo tanto, solo bajaría a cenar, y poco más.

En cuanto se hizo la hora de la cena, se vistió con un chándal básico negro y se dispuso a bajar. Cenó una ensalada craprese con pan del día y raviolis de espinacas, y de postre un helado de tres bolas de pistacho, limón y frambuesa. Una cena con comida típica de Italia a elección.

Y ella no pudo negar haber cenado de maravilla.

Subió directa a la habitación, se cepilló los dientes, se cambió el chándal por el pijama y continuó leyendo hasta quedarse dormida; que fue enseguida, puesto que estaba muy agotada del viaje.

La alarma sonó a las ocho de la mañana, y, entre la ducha y el desayuno, se hicieron las nueve.

Anny tuvo una intensa jornada de italiano, hasta las dos del mediodía, cuando volvió a irse a la cafetería, para comer. Y, ese miércoles, hizo lo mismo que el día anterior, y los siguientes dos días, plantándose en el viernes, después de comer, y había hecho lo mismo.

Comidas, duchas, lectura, clases.

Eso había sido lo único desde que había llegado.

Cuando volvió a su habitación ese día, se quedó un rato sentada en una de las sillas de la terraza y se preguntó: «¿Esto es lo que vas a hacer? ¿Vas a desaprovechar todo esto?», mientras apreciaba el inmenso paisaje de casitas tostadas y cientos de árboles, y fauna. También podía ver el mar desde ahí.

Pero es que, cuando se estaba triste, y así se sentía ella, no importaba que estuvieras en el lugar más hermoso del mundo, con mil cosas que hacer y mil personas que conocer.

No importaba nada cuando estabas triste, porque la angustia y la ansiedad te arrebatava todo eso.

Te lo arrebatava todo.

Y ese día, también iba a poder con ella, y ella se lo iba a permitir, porque no le apetecía luchar en ese momento.

Solo quería que llegara el día siguiente y esperar a que su cuerpo, y, sobre todo, su mente, hubiera decidido que iba a hacerlo.

Esa tarde fue como otra más, y se fue pronto a dormir, pues quería aprovechar que los fines de semana no tenía clases, para levantarse pronto.

Antes de dormir, hizo lo de siempre: revisó el móvil, por si Roy había decidido hablarle. Por si la echaba de menos o si se arrepentía de lo que había dicho.

Y, aunque Bethany no lo sabía, él lo hacía porque tenía un motivo, pero ella no sabía cuál era, y así debería seguir siendo.

Anny dejó el teléfono en la mesita, no sin antes comprobar la alarma, y tomar aire.

Hizo un par de respiraciones con las luces apagadas, e intentó poner la mente en blanco. Antes de quedarse dormida, entre vueltas y más vueltas, se prometió: «Mañana empiezo, mañana será un buen día, mañana te dejo ir, Roy».

Intentó no dejarse llevar por el cúmulo de subidas y bajadas de esos días. De la emoción y la tristeza que se juntaban dentro de ella.

—Mañana me levantaré pronto, me ducharé, me pondré algo bonito y bajaré a desayunar. Pero, cuando termine de desayunar, me iré. Iré a ver alguna cosa, cualquier cosa. Improvisaré. Puedo irme a la playa, a... Puedo irme a donde quiera, joder. —Quiso motivarse—: Lo harás, Anny. Tú puedes. —Y esas fueron las últimas palabras del día.

Bethany lo lograría, se hizo una promesa a sí misma. Se prometió una oportunidad, y la tendría. Sería feliz.

Todo lo bueno, se juró, empezaba ese fin de semana en Italia, y esta vez era de verdad.



Anny despertó pronto, como había dicho, y sacó la energía y la motivación de lo más profundo de su ser.

No supo cómo había podido comer tanto en el desayuno, pero se hizo con un zumo de naranja recién exprimido, un café, un par de tostadas con mermelada y un bollo de chocolate.

Estaba tan hinchada, que le había costado no reventar la costura del pantalón. Un pantalón crema que, por cierto, era precioso. Era de talle alto, estrecho en los muslos, y conforme iba descendiendo, hasta sus botines negros, se abría. En la parte superior llevaba una camiseta de manga corta con el cuello en uve, y un par de cadenas de plata.

Todas las prendas eran lisas, sin estampados, pero el largo cabello de Anny se asomaba con los voluminosos rizos rojizos, y le daba el toque final que la hacía, como siempre, deslumbrar.

Un conjunto no muy llamativo, pero cómodo y elegante.

Un conjunto que hacía que todas las miradas fueran directas a su pelo y a sus ojos aguamarina. La mirada de Anny era tan limpia y clara, que iluminaba todo aquello que observaba. A pesar de tenerla, en esos momentos, algo oscura, y apagada.

La mirada era un reflejo del alma, se decía, y Bethany creía firmemente en ello.

Con la máxima intención de tener ese comienzo de una nueva vida, Anny se dirigió afuera de la facultad. Como no tenía clases los fines de semana, podía hacer lo que se le antojara.

Visitó de punta a punta la playa, tomó millones de fotografías de cada ángulo y de cada punto de luz, se hizo varios *selfies* y no dudó en poner el automático para hacerse unas cuantas más a su figura, a lo lejos.

El ambiente era tan cálido y sereno... El sonido de las olas rompiendo en la orilla, la gente paseando descalza por la arena, el calor que esta desprendía; pues se había quitado los botines al entrar, para sentirla entre sus dedos. La brisa fresca que salía del horizonte...

Todo hacía que estuviera más tranquila, serena.

No creyó que el color del mar fuera real, porque oscilaba entre el verde y el azul, como un turquesa y un cian uniéndose en el centro. Una gama de colores en degradado que iluminaba toda la costa, fundiéndose con el claro cielo, y, las pocas nubes que había tenían una forma tan esponjosa, que era...

Anny sentía que había hecho lo correcto; que todo en ella cuadraba poco a poco.

Supo que empezaría a sanar.

Buscó un lugar para comer, el primero que encontró. El que más rápido llamó su atención, y lo hizo, porque su letrero tenía un juego de palabras con una quesadilla y unas verduras.

No pudo explicárselo a sí misma, pero, a pesar de estar en italiano, lo entendió.

Al parecer, la —casi— semana que había estado con las clases intensivas de la facultad estaban sirviendo de algo; porque, para ella, entender una frase ya era un logro, pero es que, además, entender un juego de palabras, se merecía un premio.

Y se lo iba a dar a sí misma, dándose un festín.

Con el personal se comunicó en inglés.

«Gracias a Dios», pensó, porque para mantener una conversación no se sentía para nada preparada; sumada a su gigantesca vergüenza.

Al sentarse y empezar a comer, escuchó la risa de una chica, que le resultaba muy familiar.

—¡Bethany! —exclamó ella—. ¿Cómo estás? ¿Puedo comer contigo?

—Hola, Alessandra. —Rio con ella. La recordaba. Era muy agradable—. Bien, claro, por su supuesto.

Alessandra Fiore estaba en sus clases de italiano. Era muy sociable y muy pero que muy inteligente. Lo poco que la conocía, era una gran inspiración para Anny, y se había fijado en ella en su primer día, puesto que su cabello violeta resaltaba entre el resto.

Este día lo llevaba recogido en una coleta alta, y solo su flequillo cubría parte de su rostro. Asimismo, se percató de que su nariz estaba repleta de pecas.

Realmente adorable.

—Ahora vendrán dos amigos, si no te importa, claro. No quiero incomodarte. —Suspiró, mientras se sentaba frente a ella—. Como no vienen a nuestra clase, ya sabes.

—Oh, no te preocupes. Así me abro un poco más —respondió, bastante animada—. Hablan inglés, también, ¿verdad? Porque el italiano todavía se me atraganta.

Volvieron a reír.

—Sí, sí. No te preocupes. —A Bethany se le fue un peso de encima—. Y, si quieres, te podemos ayudar. Yo estoy en las clases de repaso solo para que me permitan estar en la facultad. Por eso, no voy a todas. Pero, tanto mis amigos como yo, somos de aquí, o sea que controlamos el italiano *alla perfezione*.

«A la perfección». Anny lo entendió. Era sencillo.

—La ayuda me vendría bien, no lo voy a negar —reconoció ella, mientras les servían los platos de comida, y el menú para los dos amigos que estaban a punto de llegar—. Aunque, estar más horas estudiando, en verano, y encima en este sitio tan bonito...

—Lo haremos menos, no te preocupes por nada, Bethany. —Le dedicó una amplia sonrisa, y después dio un bocado a su lasaña vegetal. Alessandra era vegana—. Lo pasaremos genial

estos tres meses, ya lo verás.

Bethany se había pedido espagueti a la boloñesa, la especialidad de la casa, junto a la quesadilla de queso vegetal, que le habían cogido para compartir entre las dos.

Ambas bebieron agua.

Cuando volvieron a mirarse, Anny se dio cuenta de que los ojos de Alessandra eran verdes, y que tenía un pequeño lunar bajo uno de ellos. Ella había recalcado los días de antes lo mucho que le gustaban los de Anny, el color aguamarina era poco corriente, pero no tenía nada que envidiar a los suyos.

—¡Aquí! —gritó Alessandra hacia la puerta—. ¡Estamos aquí!

Anny siguió su voz, hasta donde se encontraban dos chicos.

—Te presento. Anny, estos son Luka y Angelio. Mis mejores amigos. —Hizo una pausa mientras se saludaban entre ellos—. Falta uno, pero bueno. Somos estos, casi de normal.

Eran dos polos opuestos entre ellos, y no supo por qué, pero los tres tenían aspecto de que podrían ser grandes amigos, o eso sintió ella.

El de la derecha, Luka Luere, tenía el cabello oscuro y trenzado hacia atrás; su cuerpo lucía lleno de anchas curvas y tenía la piel negra. Y, el de la izquierda, Angelio Messiere, tenía el cuerpo esculpido de músculos, los dientes torcidos, y la piel pálida. sus ojos miel se entrecerraron al comprobar que alguien no había aparecido.

—¿Dónde está Ruggi? —preguntó él mientras pasaba una de sus manos por su cabello corto rubio. Tenía pequeños reflejos más claros en la parte superior—. ¿Todavía sigue en el circuito?

—Sí, está entrenando —fue Alessandra quien respondió—. No vendrá a comer. Quizá, más tarde, se pase por la biblioteca.

Anny pudo notar la complicidad entre ellos. Pues era una sensación parecida a la que tenía ella con su grupo.

Suspiró. Los echaba de menos. Podían tener sus más y sus menos, pero eran grandes amigos.

Joder..., Roy. Se acordó de Roy. De la última vez que estuvieron, y de la última conversación que tuvieron. Todo salió tan mal...

Algo dentro de ella se apagó.

Sin embargo, el ver a Luka jugar con sus patatas fritas, como si tuviera colmillos, le hizo sonreír.

—¿Quién soy? —preguntó él.

—No juegues con la comida, capullo. —Angelio le robó un par de patatas y ambos se rieron.

—¿No tienes suficiente con tu pizza familiar? Estás enfermo. —Alessandra rio con ellos y añadió—: No entiendo cómo puedes estar tan jodidamente en forma con todas las mierdas que te... —Carraspeó al ver su cara—. Comes.

—Es un don, preciosa. —Angelio le guiñó un ojo y Alessandra puso los ojos en blanco—. Es broma, Ale. no te pongas así.

Anny los miró, sin entender nada. Alessandra explicó:

—Angelio y yo estuvimos saliendo... un par de meses.

—¿En serio?

—Sí —respondió este—. Luego nos alejamos, y ahora volvemos a ser grandes amigos.

Ale suspiró aliviada. Tenía miedo de que se llevaran tan mal como Ethan e Isobel.

—No sabes el temor que tenía de perderlo como amigo.

—Me puedo hacer una idea. —Anny miró hacia otro lado.

—¿Algo parecido?

—Algo así, sí. —Rio sin ganas, pues era bastante más complicado que eso. Aunque tal vez su historia también lo había sido.

«¿Quién sabe?», se dijo ella. Cada uno era protagonista de la suya, y a veces no nos hacemos ni la más pobre idea de lo que supone para otras personas participar en sus vidas, de una forma u otra.

Les contó la historia. Un resumen muy breve, como el de ellos. Suficiente.

Al terminar de comer, se marcharon a un parque lleno de flores de todos los colores posibles, habidos y por haber, con un pequeño lago. Su azul era glorioso.

En el rato que estuvieron ahí, habían hablado de muchas cosas.

Los ojos oscuros de Luka se iluminaban al hablar de su pasión por el dibujo. Estaba en un grado de Ilustración, e iba a las clases de la facultad; y Angelio parecía ser más feliz cuando hablaba de la Medicina. Aunque quiso hablar de algo más, y se frenó. Por el gesto, parecía algo malo.

Todos pusieron cara de lamentarlo.

Alessandra y Luka porque sabían los motivos, claramente.

Bethany, simplemente, por pura empatía.

Cada uno estaba en estudios muy distintos, pero ponían la atención más grande cuando el otro daba una charla sobre sus conocimientos al respecto. Apoyar y respetar la ilusión de un amigo, era lo más básico del mundo, y también lo más importante.

Continuaron hablando de las clases de italiano, y de distintos gustos en comida y música.

Más tarde, Alessandra se abrió. Confesó que estaba en la facultad e iba a las clases de repaso solo para que le dieran una habitación. Pues en realidad ella...

—¿Huérfana? —preguntó Anny, impactada.

—Sí. —Alessandra hizo una mueca y tiró de su vestido floreado hacia abajo, nerviosa—. Tuvieron un accidente de coche cuando yo tenía ocho años, y ahora... Después de diez, todavía suena imposible. —Suspiró—. Como trabajo al salir de clases, solo puedo hacer cosas o por la noche o el fin de semana. Por eso, no voy a muchas de las clases de la mañana —explicó—. No necesito ir. Soy de aquí, y controlo el idioma, pero mi tutor legal acordó con la facultad que, si me dejaban quedarme aquí, para cualquier clase, podría tener una habitación. Yo no quería vivir con mi tutor, porque no lo conozco de nada. Así que..., cuando llegue el examen final, solo debo hacerlo y listo.

Bethany se quedó sin palabras. Ella nunca había tenido problemas de ese estilo, y, por un segundo, todos los suyos se volvieron insignificantes.

Pero no.

Cada persona tiene sus problemas, y a cada persona las cosas le afectan de una manera u otra. No debía menospreciarse por ponerse mal por supuestas tonterías. Todo tenía su tiempo, y su visión.

—Ruggi... digo Gian, es el chico que hoy no ha podido venir a comer —dijo, con una sonrisa—, siempre me ha apoyado un montón.

Luka aclaró:

—Gian es un muy buen amigo.

—¿Y por qué no está aquí? —preguntó Angelio con resentimiento—. Podría estar aquí y...

—Tío —le cortó Luka—. Sabes que para Gian el motocrós es relajante, y, por un día que no

lo veas, tampoco pasa nada.

Al parecer, ese tal Gian formaba parte del grupo de motocrós de la facultad, y estudiaba Nutricionista.

—Lo sé. Es solo que... —Suspiró—. No importa. Solo quería hablar con él de una cosa.

Anny pudo entender algo, pero Luka lo dijo por Angelio:

—Angelio necesita a Gian todos los días. Lo ve al menos una hora, porque es quien le ayuda a no fumar —soltó, harto del tema.

—Fumo hierba —explicó este—. Mucha. Y la presencia de Gian me ayuda a saber que no debo hacerlo.

Anny frunció el ceño.

—Me alegro mucho de que ese tal Ruggi o Gian sea tan bueno para ti, pero, si me permites un comentario —se puso nerviosa, tal vez era demasiado pronto para decirlo—, y que no te ofenda, va en plan bien, pero... creo que deberías soltarle. Es decir —intentó aclararlo, por el rostro incomprensivo de Angelio—, está bien que tu amigo te ayude. Es tu amigo, pero no es su trabajo ser tu pilar. Eso debe salir de ti, y, si no te crees capacitado, consulta a un profesional. No es malo... Todos necesitamos ayuda con algo.

Angelio asintió y suspiró. Sabía que tenía razón.

A Bethany le sorprendió lo bien que se lo había tomado. A veces nos tomábamos mejor los consejos de desconocidos que de amigos, y pareció funcionar.

Alessandra se puso frente a ellos e hizo sonar una fuerte palmada.

—Está bien, dejemos de hablar de cosas malas.

—Joder, justo ahora que era mi momento de desahogarme —bromeó Luka.

Bethany rio por el tono de voz que había puesto.

—Bueno, ella tampoco ha hablado —recordó Angelio, mientras señalaba a Bethany—. Nos debéis los dos una historia triste, pero resumida.

Luka puso los ojos en blanco y rio, algo forzado.

Alessandra continuó:

—Vamos a hacer una cosa. —Los miró, enérgica—. Este sitio nos ha puesto demasiado melancólicos. Así que, vamos a un lugar mejor.

—¿Cuál? —preguntó Anny, curiosa.

—¿Has visto la playa?

—Justo venía de allí antes de comer.

—Mmm... —Sonrió—. Pero ¿viste la parte de arriba?

—¿Qué parte de arriba? —Anny se sorprendió. No sabía a qué se refería.

Luka cogió su mochila y Angelio lo siguió. Alessandra la tomó de la mano y tiró de ella. Todos se pusieron a caminar con energía.

—Entonces, será una sorpresa.

—Podemos cenar allí, de noche es mucho mejor —sugirió Luka sin siquiera girarse; solo subió un poco el tono de voz—. A Anny le encantará.

Ya habían empezado a llamarla Anny.

Bethany les había aclarado con anterioridad que, si iban a ponerle un diminutivo, que no fuera Beth. No podía soportar la idea del significado que tenía y lo mucho que le importaba a ella sentirse así, para pronunciarlo.

—Ah —indicó Angelio—. A ver si puedo hablar con Gian, y que se venga.

—¡Genial! —Alessandra le sonrió a Anny y dio un brinco—. Verás como te cae genial. Es

supermajo.

—Gian no es para todos los públicos —le avisó Luka.

—Eres idiota —bromeó Alessandra.

Angelio se puso a mandarle unos cuantos mensajes.

—Gian estará allí en unos minutos.

—¿Qué le has dicho para que venga? —preguntó Luka, curioso.

—Que una chica guapa de ojos aguamarina y cabello rojizo estaría con nosotros —bromeó.

—¿Y con eso acepta venir? —gruñó Alessandra. No porque estuviera celosa, ni mucho menos, sino porque le parecía de ser un capullo. Y él no era así.

—No —confesó Angelio; ese comentario era más de él que de Gian, desde luego. Guardó su teléfono móvil y sonrió—. En realidad, lo convencí cuando le dije que podría meterse con ella por no saber italiano.

Eso sí que sonaba como el Gian de verdad.

Bethany rio, por el final inesperado. Sin embargo, sintió algo extraño. Un nerviosismo insólito, y, mientras andaban hacia allá, soltó divertida:

—Genial, seguro que se pasa toda la noche con frasecitas que no voy a entender.

—Eso no lo dudes, preciosa —aseguró Angelio sonriente, y siguieron caminando.

Capítulo 7

Bethany Fisher tenía una cosa clara: no iba a volver a enamorarse.

Y eso lo tuvo que recalcar, como treinta veces, de camino a la parte superior de la playa, porque Alessandra intentó juntarla con una larga e inexplicable lista de chicos que tenía en su agenda.

—Pásame sus contactos, y quedaré con ellos. Lo pasaremos bien.

Esas fueron las únicas palabras de Anny.

Ella quería eso: pasarlo bien, y punto.

No pretendía volver a sentir toda la mierda que había sentido con... Roy. Solo pensar en su nombre le hacía querer revolcarse por el suelo.

Y, aunque no le interesaba quedar con ninguno de ellos, al menos no tan pronto, le prometió que accedería, solo si dejaba de hablar sobre eso.

Alessandra no tardó en seleccionarlos a todos y enviárselos.

—Háblales cuanto antes.

—¿Entienden el inglés?

—Algunos, sí —respondió Ale con una sonrisa, y, más tarde, por su respuesta, Anny entendió por qué sonreía de esa forma—, pero para lo que vas a hacer con ellos, tampoco es necesario que habléis demasiado.

Bethany ahogó una carcajada.

—Total, la comunicación en la cama, con más de uno, no sirve de nada. Acaban haciendo lo que les da placer a ellos, y ya. —Sonó tan resentida por las muchas veces que Roy le había dejado a la mitad, solo porque él había terminado, que Alessandra lo entendió—. Después de cenar les hablo.

—Está bien, pero, el primero que te responda, te vas con él. —Alessandra señaló a los chicos por dónde sería mejor subir, por el tipo de calzado que ella llevaba: unos tacones, no muy altos, pero incómodos para ir por un camino de piedras. Mejor la zona asfaltada—. En la facultad, el toque de queda para la verja es a las once de la noche, tendrás que darte prisa.

Angelio rio.

—Claro, como si no pudiera entrar por la parte de atrás.

—¿Qué?

—Hay una parte de la verja que está rota. Todos entran por ahí.

Luka iba un poco por delante cuando exclamó:

—Como si los supervisores no lo supieran. —Se giró y comenzó a andar hacia atrás—. Les interesa que tengamos esa salida, para que no tengamos que saltar por las cámaras. Ya que eso supondría que ellos tendrían que... ¡moverse!

Angelio pegó una risotada enorme y Alessandra lo acompañó.

—Sois lo peor —bromeó Alessandra.

—Tú también te has reído —recalcó Angelio, estirando del cuello de su camiseta azul.

Anny sonreía mientras veía el rostro divertido de ellos. Se sentía más calmada y se alegraba muchísimo de haber salido, porque, si no lo hubiera hecho, no habría podido disfrutar de unas espléndidas vistas y comidas. Y, por supuesto, no se habría encontrado con su compañera de clase, Alessandra Fiore, la cual le había presentado a dos chicos muy majos: Luka Luere y

Angelio Messiere.

Mientras pensaba en eso, se había dado cuenta de algo: y es que los tres apellidos acababan en «-re», y comenzó a reírse sola.

—¿De qué te ríes? —preguntó Angelio.

—Nada, nada. —Lo miró mientras alzaba las cejas.

Angelio se fue cara ella y la cargó a su espalda. Enfiló el resto del camino con Bethany a cuestas, al mismo tiempo que corría y le gritaba al resto:

—¡El último paga la cuenta!

—¡Bájame de aquí, Angelio! —Miró hacia atrás—. Joder, eres demasiado alto. Me va a entrar vértigo.

—¿Tienes vértigo, preciosa?

—A partir de ahora, desde luego que sí —se burló, mientras le revolvía el cabello—. Es broma.

Angelio se estaba riendo todavía, cuando llegaron a la puerta metálica de la explanada.

Todo estaba rodeado por un muro de arbustos y piedras, pero la zona del restaurante era la que había detrás de dicha puerta.

Por la parte superior se asomaban claveles, y hasta sus oídos llegaba una música grácil.

Luka y Alessandra no tardaron en llegar. Ambos un poco cansados.

—Tengo que hacer ejercicio —exclamó Alessandra, mientras intentaba coger aire.

—Yo también, uf.

Ella era bastante delgada y él todo lo contrario. Ninguno tenía un cuerpo atlético, como el de Angelio o el de Bethany, al cual no le había costado en absoluto el camino, aun con ella a cuestas.

—Bueno, en verdad, no —dijeron ambos a la vez. Se miraron y rieron—. No nos vayamos a engañar, ¿no?

—Yo soy feliz con mis rollitos —señaló Luka con una amplia sonrisa, y enfatizó sus palabras haciendo mover la grasa de su barriga.

—Y yo soy feliz con mis huesitos —soltó, y ambos volvieron a reír.

Eran viejos motes. Luka y Alessandra se reían de todos los que se habían reído de ellos. Por ser o muy delgada o muy gordo; pero ninguno tenía un problema de salud, así que el inconveniente solo lo tenía el resto.

Aquellos que comentaban el físico de alguien sin habérselo preguntado. O, peor aún, los que lo criticaban.

Anny le dio una palmadita en el hombro a Angelio y le preguntó, mientras apoyaba su codo en señal de espera:

—¿Me bajas de una vez?

A él no le dio tiempo a responder, cuando una voz familiar, alegró el rostro de todos.

Menos de Anny, que ni sabía quién era, ni lo había entendido.

«El muy cabrón habló en italiano... lo sabía».

—*Che gioia incontrare gli occhi del mare.* —Su mirada iba dirigida hacia Anny, y el resto se miró entre sí.

Era Gian.

Gian Ruggiero. Un chico alto, de piel fría y cuerpo fuerte, pero no demasiado. Se notaba que estaba en forma, pero no tanto como Angelio. Era más como... Justo como ella. Bueno, después de mirarlo un par de veces más, se dio cuenta de que era un poco más fuerte que ella.

Solo un poco... Bastante. Mierda.

Entonces, la pelea física por burlarse de ella tendría que descartarla.

Era odiosamente atractivo. El cabello le llegaba hasta un poco más abajo de los pómulos, y era de color blanco. Estaba teñido, se podía apreciar por las raíces negras, que eran bastante extensas; y se percató de que este era liso, con más de una ligera ondulación por las puntas. Labios carnosos y rosados, dos hoyuelos que salieron a la luz, junto a su sonrisa y...

Era el chico más guapo que Bethany había visto en su vida.

Angelio bajó a Anny, y ella intentó no hacerle daño sin querer con los botines.

Gian chocó los puños de inmediato.

En cuanto él acabó, el resto lo saludó con entusiasmo.

Por lo que pudo oír más tarde, entre frases, se referían a él como Ruggi, y no como Gian. Solo lo llamaban por su nombre, cuando no estaba entre su círculo.

Gian miró a Anny y ella se dio cuenta del color de sus ojos. Negros. Puramente negros. Nunca, jamás, había visto unos ojos tan oscuros y enigmáticos. Una mirada alargada, felina, y una sonrisa de marfil, que iluminó su rostro, en cuanto le dijo:

—Es un placer conocerte, Bethany.

Agarró su mano, y, muy lentamente, le tendió un beso en la parte superior de esta.

Ella se quedó un poco paralizada. Sorprendida, quizá.

—Puedes llamarme Anny —fue lo único que respondió.

Porque todavía no estaba segura de sí conocerlo podría ser algo bueno. Porque todas sus alertas estaban encendidas. Porque algo se activó sin quererlo.

Afortunadamente, ella no supo lo que era. No, al menos, para entonces.

—Lo haré, por ahora. —Hizo una pausa y apartó la mirada. Inmediatamente, Bethany dirigió los ojos hacia el vestuario de él: pantalones negros, camisa de botones negra, y zapatillas negras. Todo negro y más negro.

Ella sonrió, le sentaba muy bien.

Llevaba uno de los botones desabrochados, y se podía ver la forma de sus clavículas.

Anny retiró la mirada, nerviosa.

Este fue directo hacia Alessandra. Se apoyó en ella, por el hombro, y la atrajo hacia él; después, hizo lo mismo con Luka, y comenzaron a dirigirse hacia dentro de la puerta.

—Dejaremos a los tortolitos solos.

—¿Qué?

Angelio se sonrojó sobremanera.

—¡No digas tonterías, Ruggi! —gritó, y los siguió con pasos firmes.

Gian rio, y soltó a sus dos amigos.

Se giró, para ver si Anny los seguía, pero esta se había quedado parada, con la mirada fija en él.

Gian le sonrió y le hizo una seña con la cabeza, como diciendo: «venga, vamos».

Y ella volvió en sí. Caminó y los alcanzó enseguida.

«¿Qué le había pasado?», pensó Anny. «¿Qué narices le había pasado?».

El sonido de su risa. La maldita risa de Gian resonaba en su cabeza, como una canción pegadiza. Pues era la risa más bonita que había escuchado nunca. Tenía luz. Y...

Joder. Cortó ese pensamiento de inmediato. Tenía una enorme lista de chicos con los que podía divertirse y compartir cama en esos tres meses. Sería mejor, por experiencia, que no se metiera en la cama de su círculo, porque, si quería que fueran amigos, y que no hubiera ningún

tipo de problema, eso sería lo mejor.

Sí. Anny eliminó la atracción que había sentido ante Gian, y casi se sintió mal por no pensar en ese rato en Roy.

Era idiota, por sentirse así. No le debía nada. Nunca lo había hecho... Ahora menos.

Y, aunque Anny no se había dado cuenta, Gian se pasó toda la cena mirándola de reojo. No pudo apartar la vista de su brillante pelo rojizo. Incluso había notado en qué momento la luz hacía que su melena se percibiera o más dorado o escarlata. Volvió a apreciar el aguamarina de sus ojos y cómo se iba embriagando lentamente con el refulgente de su piel.

Gian tuvo que forzarse en apartar la vista en más de una ocasión. Sobre todo, si su mirada coincidía con la de Anny, y todavía más si ella no se la retiraba.

«No. No. No», se dijo Gian.

Alessandra le había dicho que no tuviera nada con ella; que quería que fuera su amiga, y que él no lo estropeará. Que ella solo buscaba divertirse, pues Bethany le había contado alguna cosa sobre su desinterés reciente en el amor. Mucho menos entre amigos.

Y Gian quería ser su amigo.

Alessandra le había hablado solo cosas buenas de ella, pero alguna mala tendría que haber. Así que, estaba deseando describirlo.

Pero, cuando Anny se colocaba los rizos de su cabello hacia el lado, él tenía que respirar profundamente para no imaginarse besándola.

«Se acababan de conocer», pensaron, «y no sabían prácticamente nada el uno del otro. ¿Cómo era posible sentir tanta atracción? ¿Cómo era posible que casi tuvieran la necesidad de sentir el roce de sus pieles y de sus bocas?».

Ninguno estaba hablando de amor.

Ninguno estaba imaginándose cosas precisamente... románticas.

No obstante, la tensión sexual casi podía palpase entre ellos.

Intentaron no mantener ningún contacto visual el resto de la cena.

Obviamente, no lo lograron.

Capítulo 8

El lugar donde estaban cenando era maravilloso.

Al traspasar la verja plateada, todo lo que se podía apreciar era verde, como el césped y las plantas. O tonos crema, como las mesas y las sillas, a las que fueron dirigidos con rapidez. Pequeñas luces amarillas colgaban de los toldos de colores que tenían sobre ellos, y las notas musicales se hicieron más radiantes. Era música italiana, y aunque Bethany no reconoció a ninguno de los grupos que sonaron, y tampoco entendió la mayoría —por no decir nada— de sus letras, no pudo negar que sonaban grandiosos.

Quizá fuera por el ambiente, quizá por la compañía, pero era uno de los lugares más bonitos, por no decir el que más, en el que ella había estado nunca.

Sin contar la playa. Nunca contando la playa..., por supuesto. La esencia, el color y el aroma del mar no podía compararse con nada.

Sin embargo, ese lugar tenía magia, y estaba muy pero que muy cerca de hacerle competencia.

Al tomar asiento, Angelio se sentó al lado de Luka, y enfrente de Alessandra. Esta estaba junto a Anny, y en la cabecera de la mesa, al otro extremo de ella, Gian.

Tanto él como Bethany, dudaron de si había escogido esa parte y no la más cercana a ella, para precisamente no estar cerca de ella.

Desde luego, Bethany no tenía ni idea de los pensamientos que rondaban por la cabeza de Gian. Y en los que rondaban por la suya... tampoco.

Bethany pudo verse reflejada en la cristalera que daba a la parte interior del restaurante. Estaba iluminado, había reflejos que lo demostraban, pero ella solo podía ver su reflejo y el del resto en ese cristal. Hasta que no se levantó una leve brisa y no vio moverse una sombra, no se dio la vuelta. Entonces, ya lo había logrado, y pudo contemplar la fila de árboles y flores.

Era un jardín. Uno, completamente radiante y colorido, con árboles llorones y frutales. Flores como: begonia, jazmín, gardenia o dalia, que daban color a todo ese espacio. Y era tanto, que llegaba hasta donde ellos se encontraban. A pesar de haber una distancia considerable. Donde, por medio, y hasta llegar a la zona de las mesas, había unos sofás de terraza, que tocaban el suelo, y en el centro una mesita cuadrada con alguna que otra vela.

Anny tuvo que mirar un buen rato para darse cuenta de lo que estaba viendo, y de donde estaba.

Un camarero, de aspecto joven y mirada clara, les atendió, depositando sobre su mesa una carta de menú para cada uno.

—En un rato vuelvo —había dicho en italiano.

Gian rio, y todos lo miraron, sin saber por qué se reía, pero él miraba a Anny, que mantenía el ceño fruncido sobre la carta. Era como si estuviera dando lo mejor de ella para no preguntar qué era lo que significaba cada cosa.

Ella se dio cuenta y notó la vergüenza teñir sus mejillas.

—No... No lo entiendo —reconoció enseguida—. Ale, ¿cuál me recomiendas?

—Te recomiendo, primero, que aceptes mis clases particulares de italiano, —ella rio—, y, segundo, este. —Señaló Alessandra con el dedo un plato que era una composición de verduras y risotto con setas.

Anny aceptó, pero solo la comida.

—No quiero molestarte. Además, ya me paso toda la mañana con las clases. Si me pongo por las tardes también... ¿mi tiempo libre qué?

—No tenemos por qué dedicarle todas las tardes —indicó Alessandra, ya que ella trabajaba casi todas—. De hecho, podríamos hacer una cosa, para que no te lo tomaras como clases.

—¿El qué? —preguntó Bethany.

Luka levantó la mano, emocionado.

—¡Podemos darle clases entre todos!

—Uf, ni hablar —gruñó Angelio y resopló—. Yo paso.

—Qué mala persona —soltó Alessandra con tono de burla—. No ayudar a una pobre chica que no tiene la capacidad ni para leer la carta de...

—¡Oye! —la interrumpió Anny—. Estoy aquí, eh..., por si no se nota mi presencia.

—Se nota —soltó Gian, mirándola—. No te preocupes, por eso.

Bethany no tardó más de un segundo en apartar su mirada de él.

—No hay más que hablar —indicó Alessandra, y negó con la cabeza, mientras volvía a llamar al camarero para decirle lo que iban a pedir—. A partir de mañana, los domingos serán tu día de repaso de la semana. Mínimo una hora, y máximo dos horas. En el medio, haremos descansos. —Estaba emocionada, y Anny no quiso quitarle la ilusión. Así que, aceptó—. Mañana a las diez de la mañana os quiero a todos en la puerta principal, os llevaré a un lugar ideal. —Una sonrisa apareció en sus labios, y ninguno puso pega alguna—. ¿Vendrás, Ruggi?

—¿Tengo elección? —preguntó, estirándose hacia atrás, mientras la comida la servía el amable camarero—. Gracias —añadió Gian al camarero, y el resto dijo lo mismo.

—No —respondió Alessandra cuando este se marchó—. No la tienes.

—Entonces, tendré que ir. —En su mirada se podía apreciar cómo disimulaba sus ganas.

Luka se dio cuenta y rio por lo bajo.

Alessandra lo entendió y miró a Ruggi con ojos de «aléjate».

Él se hizo el despistado.

Una vez terminaron la cena, caminaron cuesta abajo, en dirección a la facultad. Era mejor no llegar tarde; sobre todo, para Anny, siendo su primer fin de semana allí.

Gian no entendía por qué a Alessandra le parecía mal que él tuviera interés por Bethany. Sobre todo, si había alguna posibilidad de que ella tuviera el mismo tipo de interés por él.

Alessandra no le explicó el motivo a Gian. Solamente, le dijo que no; que con ella no. Y es que Ale, se estaba preocupando. Los estaba protegiendo a ambos. Pues tenía miedo de que los dos volvieran a pasarlo mal, por confundir las cosas.

Así que, Gian se comprometió con Alessandra a verla solo como lo que podían ser: amigos. Así lo haría.

Gian no volvió a mirarla de esa forma en toda la noche, y Anny hizo lo mismo.

—Ruggi, no andes tan deprisa.

—Alessandra Fiore queriendo no llegar la primera —bromeó—. Impresionante.

—Quiero poder estar un poco más con Anny —dijo ella, colocándose entre ambos.

Bethany le sonrió, y comenzaron a hablar un poco más sobre sus pasiones. Gian del motocrós, Bethany del boxeo y Alessandra manifestó:

—Yo..., en realidad no he encontrado aquello que me haga sentirme... —Pensó—. Cómo decirlo...

—Libre —dijeron Anny y Gian a la vez.

—Exacto. —Alessandra los cogió a ambos del brazo y continuó hablando—: Me gustaría probar algo y poder decir «esta es mi pasión; esto me hace querer... Esto me mantiene viva». ¿No es eso lo que sentís cuando hacéis motocrós o boxeo?

—En realidad, no. —Anny suspiró.

—¿No? —Se sorprendió ella.

—No —respondió Anny—. En realidad, me desestresa. Es la pintura la que me hace sentir libre. Por eso, supongo que hace tanto tiempo que no pinto. No logro concentrarme, tener inspiración. No hay nada que sienta que desee pintar.

—Porque no ves un motivo para luchar por ello —alegó Gian, que se había sentido más que identificado.

—¿Lo dices por experiencia? —le preguntó ella.

—Supongo. —Suspiró—. Es complicado.

—¿Cuándo no lo es? —preguntó Alessandra—. Pero no por ello hay que abandonar. Ambos —«sea cual sea la de él; aparte del motocrós», pensó Anny—, tenéis una afición que os desestresa, y otro que os da esa felicidad. Yo solo estudio por tener una habitación y poder mantener mi trabajo.

—Tienes que encontrar lo que sea para ti —le ayudó Gian—, y si no lo encuentras, búscalo.

—A veces —añadió Anny—, solo tenemos que abrir un poco más los ojos.

—Puede ser. —Alessandra hizo una mueca—. Tendré que hacerme una lista de posibilidades y probarlas todas.

—Podemos hacerlas contigo —le propusieron ambos al mismo tiempo, otra vez—, o puedes hacerlas sola. Como mejor te sientas.

—Creo que lo haré sola.

Luka y Angelio iban unos cuantos pasos por detrás, escuchando la conversación, y opinando. Conforme fueron avanzando, todos se juntaron.

Alessandra preguntó:

—¿No tenías algo que hacer, Anny?

—¿El qué? —dudó ella.

—Te di antes una lista de chicos. Háblales. Olvida a ese cabrón —soltó, casi escupiendo. Como si se pudiera sentir el odio a lo lejos—. El primero que te responda. Tienes dos horas todavía para el toque de queda de la facultad. Te da tiempo a quedar con uno o con dos.

Gian se retorció un poco, pero no quiso darle importancia. ¿Por qué iba a dársela? Literalmente hacía solo unas horas que la conocía. Solo sentía atracción, y no creía que fuera a pasar de eso con ella nunca. Tampoco era su intención.

Anny respondió con rapidez:

—No sé si es buena idea...

—¿No querías olvidar a ese tal Roy? —Alessandra intentó empujarla a ello.

—Sí —afirmó Bethany, rotundamente.

—Lo has hecho con muchos. Es momento de que empieces a disfrutar del sexo sin pensar en el otro.

El resto no habló.

Anny sacó su teléfono móvil con furia y rencor. ¿Por qué Roy no la había elegido como ella había hecho? Anny había tenido sexo con muchos otros, antes y mientras, pero ninguno le había hecho sentir lo que Roy.

A pesar de que no era concretamente bien cómo se había sentido todo ese tiempo, ya que se

había apagado. Y, ahora, una parte de ella deseaba solo una cosa: no pensar en el amor. No pensar en Roy.

La única forma que conocía de saciar su sed de afecto y calmar su rabia al mismo tiempo, era esa.

Evadiéndose de todo en un momento sexual con desconocidos.

Si había otra forma, Anny no la conocía. Ni le interesaba conocerla, por el momento.

La oscuridad invadió su mirada.

—Tienes razón. A veces pierdo el enfoque de lo que quiero y lo que debo hacer.

—¿Qué es lo que quieres, Anny? —preguntó Luka, preocupado.

—No volver a sentirme reemplazable nunca más. —Anny sonó rota; como si su alma hablara por ella.

—¿Y qué es lo que debes hacer? —siguió preguntando Luka, mientras Angelio y Alessandra se miraban—. ¿Qué es lo que vas a hacer para no volver a sentirte así?

Anny se mantuvo callada durante un momento.

—No pensar en nadie de esa forma. No, otra vez. —Hizo una pausa—. Quiero disfrutar, y volver a conocerme, en todos los sentidos. No quiero depender de otra persona. No quiero... No quiero nada de eso.

Angelio bromeó:

—No tenía ni idea de que te iba tanto la fiesta, preciosa.

Gian frunció el ceño y soltó:

—No creo que una cosa sea incompatible con la otra.

—¿De qué hablas? —preguntó Ale.

—Creo que si el amor que tienes con alguien es sano y bueno. Si realmente es amor, no tiene por qué interferir en tu vida, ni en conocerte. En nada. Debe sumarte, nunca restarte.

—Pero no es eso lo que he sentido. —Anny desbloqueó el móvil y seleccionó todos los contactos que Alessandra le había pasado—. Y no quiero descubrir si hay otro lado. Ya, no. Es demasiado... cansado.

—Puede que tengas razón, Ruggi —le dijo Alessandra a Gian—, pero Anny tomó una decisión antes de subirse a ese avión, y está en su derecho de llegar hasta el final.

Anny no siguió escuchándolos.

—Es mi decisión cómo afronto las cosas.

—Pero no estás afrontándolas. Solo estás huyendo. —Gian le puso una mano en el hombro y la miró. Los ojos negros de él y los aguamarina de ella chocaron, como el mar en medio de un tsunami—. Hay miles de formas de seguir adelante, y olvidar a ese capullo. No tienen por qué ir relacionadas con exponerte de esa forma.

—¿De qué forma, Gian?

Su nombre lo atravesó como una bala.

—Haciéndote daño.

—No me hago daño. —Alessandra los miraba—. Tienes miedo y eso te hace daño. —Gian tuvo que pararse para que ella pudiera entender la comprensión en sus palabras. Como si él hubiera estado en su lugar—. Lo digo por experiencia. No sirve de nada.

—A mí me sirve. Me distrae.

—Sí, te distrae de momento, ¿y luego, Anny? —le preguntó—. Sabemos lo que ocurre luego. El vacío.

Luka, Angelio y Alessandra se quedaron en silencio. Mudos. No entendían lo que sentían,

porque no tenían ese estilo de vida. No podían comprenderlo.

—Luego nada, Gian. Luego, absolutamente nada —confesó Bethany, y, de los presentes, solo él entendió la referencia.

—Exactamente. Luego nada —explicó—. Luego absolutamente nada, porque aparece el vacío. Esa sensación que te demuestra que no es realmente lo que quieres, sino lo que estás intentando hacerte creer que quieres. Como si eso fuera a ocultar todo el resto, pero vuelve a aparecer, y es peor. Cada vez es peor.

Bethany lo miró y apenas pudo pestañear. El dolor en sus palabras era notable. Sentían lo mismo. Habían sentido lo mismo, joder. Anny estaba en esas palabras. Gian lo estaba. Ambos habían tomado ese camino, y, aunque para Anny no era el equivocado, para Gian ya lo había sido.

Intentó que ella no saboreara eso más veces, pero fue tarde.

Anny no sentía la culpa. Solo la necesidad de distracción, de placer. De huir. Delante de él y, mientras seguía mirándolo, envió un mensaje en cadena.

—No es asunto tuyo cómo me sienta.

Anny se arrepintió más tarde de la dureza de sus palabras. Sobre todo, porque Gian solo intentaba hacerla sentir comprendida y que no cayera en el mismo error más veces.

Pero es que ella quería caer en ese error.

Ese era el problema, Anny intentaba sentir ese vacío. Ese absolutamente nada.

—No sentir nada es mucho peor que sentir —eso le había dicho Gian en algún momento, antes de que uno de los chicos respondiera.

Alessandra se emocionó al escuchar el tono del teléfono. Una notificación.

—¿Qué dice? —quiso saber el resto.

—En media hora en la bolera, que está a dos calles de la facultad.

Gian continuó andando. Luka y Angelio lo siguieron. Hablaron, aunque no se supo de qué.

Alessandra tiró de Anny, para que se diera prisa. No tenía tiempo que perder.

Anny miró la foto de perfil del chico, antes de dirigirse hacia allí. Era guapo.

Sabía que se arrepentiría de no haberle hecho caso al único que había estado en su lugar, pero él no la conocía. No podía entender lo que había en su interior.

Así que, acudió a esa maldita cita.

Capítulo 9

Sí, era guapo. El chico con el que había quedado era más que guapo.

Alessandra y el resto la habían acompañado hasta la bolera, y habían querido ver quién era ese chico, pero Anny los obligó a marcharse.

Quizá Alessandra debió de haberse quedado a verlo porque... Luka y Angelio susurraron:

—¡Suerte, Anny!

Gian no habló durante todo el camino.

Anny le atraía, sí, pero ese no era el motivo por el que estaba de morros. No estaba celoso. No era eso. Estaba... ¿preocupado? Si Anny se alejaba demasiado del camino que había tomado, podría acabar sintiéndose igual de vacía que... Igual de vacía que se había sentido él cuando hacía eso. Se alegraba de ya no ser así.

Todos se despidieron al llegar a la zona de las habitaciones.

Gian, al contrario del resto, que se marcharon a dormir, se fue a la biblioteca.



Bethany vio llegar al chico con el que había quedado.

Conforme iba acercándose, se fue dando cuenta de sus rasgos. Su cuerpo era grande y realmente atractivo, y era bastante más alto que ella. Algo que le daba bastante igual.

Cuando estuvo frente a ella, vio el rubio en su cabellera. La cual tenía recogida en un moño alto. Sus ojos, ámbar, se posaron directamente en su boca cuando dijo:

—¿Bethany?

—Sí, soy yo —respondió, presentándose, ofreciéndole una mano.

—Soy Dante, un placer. —Sonrió. Este la aceptó, apretándola.

Anny sintió un gran alivio al ver que hablaba su idioma. Aunque el acento italiano se apoderaba de él, mucho más de lo que lo hacía en sus... ¿amigos? Había ganado una fuerte confianza con ellos, pero ¿podía llamarlos de esa manera?

Suponía que todavía no.

Entonces..., echó de menos a Isobel y Ellie. Suspiró.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó ella, señalando hacia la bolera.

Él negó con la cabeza y volvió a sonreír.

—No me interesan los bolos —reconoció él, mirándola con la mirada entrecerrada. Fijándose en sus labios—. Me interesas tú.

Bethany alzó las cejas. Lo había entendido a la perfección.

Más tarde, no supo cómo había acabado tan rápido en unos baños públicos, con Dante entre sus piernas y la cara contra las baldosas blancas. Los gemidos se escuchaban hasta fuera del lugar.

Bethany no pensó en Roy en ningún momento, y lo disfrutó más de lo que esperaba, pero, cuando volvía de camino hacia su habitación, en la facultad, los pasillos se volvieron más y más

estrechos.

El vacío había vuelto hay. Siempre lo hacía.

No supo por qué, pero la imagen de Gian vino a ella. Pensó en que quizá... Quizá si él no hubiera hablado de eso, de esa maldita sensación, no se habría sentido de esa manera.

Pero sabía que se estaba mintiendo. Claro que se estaba mintiendo.

El vacío aparecía en ella cada vez que tenía sexo con alguien, porque no era lo que quería. Ella solo se sentía verdaderamente cómoda en el sexo cuando había sentimientos de por medio. Cuando sabía que la otra persona no la veía como un trozo de carne, y, aunque intentara aparentar lo contrario, era realmente difícil.

Le encantaría ser una de esas personas que no tienen ningún problema en ello, pero no lo era. Debía asumirlo.

Como también debía asumir que no podía echarle la culpa a Gian por haber hablado de eso. Solamente intentó ayudarla. Parecía que él había utilizado el mismo recurso con un final desastroso.

En el momento en el que colocó su antigua y gruesa llave negra en la cerradura de la puerta de su habitación, un bufido llegó desde la parte trasera de ella.

Era imposible.

—¿Tu habitación está enfrente de la mía? —soltó él, riendo. Fingiendo molestia.

Bethany alzó una ceja, tenía que estar de broma.

Era Gian.

Estaba frente a ella y vio en su rostro que no estaba vacilándola. Era cierto.

Este se percató de que el suyo parecía algo tenso. Revuelto. Vacío. Lo supo.

—Tu aguamarina se apaga demasiado cuando estás triste —indicó, mirando sus ojos—. El brillo te queda mucho mejor. —Bethany apartó la mirada—. Lo siento mucho —añadió Gian, refiriéndose a lo que ambos ya sabían—. ¿Quieres hablar de ello?

Sabía de sobra que, si le decía que sí, los dos tendrían una larga y buena conversación sobre ello. Tal vez, incluso de muchas cosas más.

Pero Bethany no se sentía capaz en esos momentos.

Estaba asumiendo lo que ocurría en su interior. Lo que había intentado ocultar.

No era perfecta, eso lo sabía, y se estaba conociendo, y eso le gustaba.

Sin embargo, cuando volvió a mirarlo, negó con la cabeza.

—Estoy cansada —se excusó, dándose la vuelta hacia su respectiva habitación—. Me voy a dormir, Ruggi.

Gian asintió y abrió la puerta.

Agradecía que hubiera tenido el detalle de llamarle como lo hacían sus amigos, pero, a una parte de él, le encantaría escuchar su nombre en ella. No sabía muy bien por qué. Era extraño. Podía ver en sus ojos lo mucho que dolía, y la impotencia... Era como ver su antiguo yo. Eso era justamente.

—Que descanses, Bethany —susurró este desde el umbral.

—Igualmente —dijo ella, y, antes de cerrar, añadió—: Por cierto...

—¿Umm? —preguntó él, mirándola con la puerta sujeta.

—Puedes llamarme Anny —confesó—. Como el resto.

Si iban a ser amigos, entonces quería que la llamara como el resto.

Al menos, por ahora.

Bethany le sonrió y este le devolvió la sonrisa.

Los dos cerraron la puerta en ese mismo instante.

Cuando Bethany se tumbó en su cama, escuchó el motor de la verja ponerse en marcha. Su ventana daba justo delante y pudo apreciar el movimiento que hacía mientras se cerraba.

Miró su reloj: las once en punto de la noche.

Se metió entre las sábanas, y, aunque una parte de ella notaba la tristeza, otra parte sonreía de alguna forma. Había conseguido cosas que quería. Conocer gente e intentar trabajar una amistad con ellos, disfrutar... de otros, probar comida italiana, visitar lugares preciosos...

«Había cumplido», se dijo.

Y esa noche durmió mejor que desde hacía mucho, mucho tiempo.

No se despertó en ningún momento. Creyó que ni siquiera había soñado, y había descansado bastante.

Había sido un día largo, intenso y... raro.

Lo que no sabía ella era que iba a disfrutar mucho más de sus días allí.



Al día siguiente, a las diez de la mañana, estaba en la puerta principal, donde había quedado con Alessandra y el resto para hacer una pequeña sesión de repaso de las clases de esa semana.

«Como máximo serían dos horas», se intentó decir. No era para tanto, pero estaba algo mareada. Tal vez, el hecho de que todavía no se había acostumbrado a no despertar en la habitación de su casa fuera el motivo.

Antes de llegar, había estado hablando por mensaje con sus amigos.

Isobel había sido premiada en un concurso de balé; estaba conociendo a una chica y a un chico, y no sabía por cuál decidirse, porque le gustaban ambos. Le contó un par de anécdotas con ambos, y Anny se rio bastante. Tal vez, se estuviera planteando una relación abierta con ellos.

Ellie le dedicaba más horas todavía a los videojuegos, y se sentía más a gusto con su verdadero ser. Una persona trans no lo tenía fácil. Nada fácil, y, cuando se empezó a sentir en paz consigo misma, fue algo asombroso.

Eso le había dicho Ellie con mucha emoción y alegría.

Por supuesto, Anny se había entusiasmado muchísimo por su amiga.

Isaac no salía del laboratorio, al parecer. Por lo poco que pudo hablar con él, tenía algo grande entre manos. Algo importante. Eso era bueno, ¿no? Estaba contenta por Isaac, aunque le habría gustado entrar un poco más en detalles.

Ethan le había gastado una broma de mal gusto y ella se había maldecido por haberlo dejado para el final.

Después, se habían reído, y le había dicho que había quedado con Roy para jugar al fútbol, pero que no tenía muy claro si iba a aparecer.

—¿Por qué dices eso? —le había preguntado ella, entonces.

—Porque últimamente está muy raro —respondió Ethan—. Desde que te fuiste, está como ausente.

Anny tragó saliva y solo dijo:

—Lo siento, tengo que irme. —Escapó de lo que podía ocurrirle a Roy. No era asunto suyo.

No, al menos, hasta que pasara un tiempo.

También supo que sus padres, Holly y Arthur, estaban bien. Todo iba como siempre. Y, aunque le costara negarlo a ella, la voz de su madre parecía débil, como si la echara de menos.

Anny echaba de menos a todos.

Respiró hondo y vio llegar a Alessandra.

Ella le sonrió abiertamente y se abalanzó para abrazarla.

Esta le correspondió alegre.

—¿Adónde vamos a ir? —preguntó Anny con los libros de italiano en la mano.

—Cuando llegue el resto, te lo digo.

Ale soltó una risa maligna y curiosa, al mismo tiempo.

Anny tuvo miedo. Se estaba intentando hacer la misteriosa de una manera muy inquietante. A Bethany le puso realmente nerviosa. Odiaba las sorpresas.

—A saber, qué tienes pensado —soltó Anny, mirándola sonriente.

—Todo lo que yo pienso es exquisito —gesticuló súbitamente—, querida. —Ambas rieron.

Luka llegó un par de minutos más tarde que Angelio y Gian.

—Perdón, estaba terminando un dibujo.

—¿Puedo verlo? —preguntó Anny—. Me vendría bien ver algo de arte para ver si me viene la inspiración.

—Cuidado, Luka, que te copia —bromeó Angelio mientras le daba un pequeño empujón sin maldad.

Ella rio.

—Qué va, pero, cuando estás lejos de las cosas artísticas, en ti también se va... —intentó exponer cómo lo sentía—. Es difícil de explicar.

—Yo te entiendo, porque también me pasa. —Luka sacó su móvil—. Tengo esta foto, pero no le hace justicia. Cuando pueda, te lo enseño en la realidad.

Anny le sonrió, agradecida.

—Es brutal —le dijo ella.

Luka le agradeció el cumplido.

Alessandra se colocó encima de uno de los escalones que había tras ella y carraspeó, divertida, antes de hablar:

—Queridos amigos —proclamó—, el plan será el siguiente —los miró y ellos lo hicieron también, risueños, pero atentos—: ayudaremos a nuestra nueva amiga —«había dicho amiga, sí», pensó Anny. «Amiga»—, repasando las clases de esta semana de italiano. No la saturaremos. Dos horas, como mucho, y con descansos. Después, nos iremos a comer, invito yo.

Aplaudieron, totalmente eufóricos. Sobre todo, por lo último.

—¡Por fin, comida gratis! —exclamó Angelio—. Mi preferida.

—Idiota —murmuró Luka riendo.

Alessandra chistó antes de continuar:

—Os estaréis preguntando cómo pasaremos los descansos y, sobre todo, adónde iremos, ¿verdad? —preguntó con las cejas elevadas y una mirada traviesa.

—No mucho, ¿por? —respondió Gian.

—¡Ruggi! —sentenció ella.

—¡Has preguntado tú! —exclamó, intentando defenderse.

—Era una pregunta... Es igual. Silencio.

Anny rio y Luka con ella. Angelio quiso saber:

—Di de una vez adónde vamos, Ale. No tenemos todo el día.

—Sois unos aguafiestas. Menos mal que ha llegado Anny, porque si no...

Anny se sintió alegre y un poco avergonzada, al mismo tiempo.

Alessandra se bajó del escalón y comenzó a caminar.

—Pero ¿adónde vamos? —preguntó Luka.

—Ahora no quiero decirlo. —Se cruzó de brazos, recalcando su enfado. A pesar de que era falso—. Ya lo veréis cuando lleguemos, por listos —escupió Alessandra, comenzando a andar.

Angelio rodó sus ojos y la siguió.

Luka gesticuló con las manos hacia Gian y Anny, y ella fue a dar un paso, cuando él le dijo en voz baja:

—Si sigues mal por lo de anoche, podemos hablar. Cuando quieras, no te preocupes.

—Gracias, Ruggi.

—No es necesario que las des. —Sonrió él.

Antes de que ella pudiera decir alguna cosa al respecto, Gian salió tras Angelio. Lo había visto con una bolsa de algo verde en la chaqueta. Tenía que decirle algo. Anny se había dado cuenta. Iba siempre detrás, para impedir que fumara hierba.

—No le sienta nada bien, ¿sabes? —le expresó Luka, mientras el resto iba por delante. Entrelazó sus propias manos por delante de su cuerpo. Parecía nervioso.

—Es una mierda —soltó ella, sin saber muy bien qué decir al respecto.

—Lo es, pero a cada persona le afecta de una manera, y a Angelio... —Suspiró, recordando algún que otro momento sobre eso—. Ahí donde lo ves..., fuma para evadirse. El problema, además de ese, es que no se evade. Cae más abajo —explicó, mirándole a los ojos a Anny, confiando en ella. Todos confiaban en ella—. alguna vez ha intentado... Bueno, ya sabes. Y Gian lo ha pasado muy mal. Siempre ha sido su mejor amigo.

—Por eso cree que necesita hablar conmigo sobre lo que siento.

—Intenta salvar a todo el mundo —indicó Luka.

—Eso solo lo matará a él.

—Lo sabe. —Realizó un gesto con la boca. Una mueca—. Claro que lo sabe. —Luka aligeró el paso.

—¿Entonces? ¿Por qué lo hace?

—No lo sé, supongo que... Cuando a Gian le importa alguien, lo da todo. Pero todo. Y eso puede ser algo bueno y malo al mismo tiempo.

Anny supuso que había algo detrás, pero no preguntó. No era asunto suyo, al fin y al cabo. No, al menos, por ahora. No, si él no quería contarle. Era su vida. No, la del resto, y no se podía hablar a la ligera de todo. Y ya habían contado..., ¿demasiado?

Bethany se sintió extraña. La confianza que tenían en ella era tan grande... Era asombroso. Lo agradecía muchísimo. Empezaba a sentirse más que cómoda con ellos. Era como si pudiera haber un gran futuro junto a ese grupo.

Alessandra exclamó por delante:

—¡Daos prisa! —Su tono de voz casi parecía una orden.

—¿Puedes soltarlo de una vez? —preguntó Angelio—. Quiero saberlo. No puedo con la curiosidad... —estaba mintiendo, ya que conocía el sitio al que iban.

Alessandra miró a los otros dos chicos.

—¿Queréis saberlo o que sea sorpresa?

—Lo que quieras —respondió uno.

—Me es igual —luego el otro.

Primero habló Gian, luego Luka. La siguiente fue Anny, a quien miró Alessandra con esperanza.

—Está bien, dilo. No me importa. No hagamos sufrir a Angelio.

—¿Y lo que yo quiero? —preguntó Alessandra, triste.

Anny quiso complacerlos a ambos.

—Di adónde iremos a comer, para que él esté contento. Guárdate adónde vamos a estudiar, para que tú lo estés.

Gian sonrió.

Alessandra dio un par de palmadas, celebrando el triunfo.

—Iremos a comer a una de las cuevas de la montaña —todos se sorprendieron—, pero no os olvidéis que primero vamos a estudiar. —Todos se miraron y, de repente, Alessandra se frenó y soltó—: Ya hemos llegado.

Se paró en mitad de la calle, frente a una casa que ninguno de ellos había visto en su vida.

Alessandra comenzó a subir las escaleras, hasta tocar una de las puertas. Esperó a que alguien saliera.

—¿Quién es? —Se escuchó decir.

—Primo, soy yo. Abre.

Un chico, de la edad de ellos, abrió la puerta y abrazó a su prima Alessandra.

—Es una urgencia, ¿podemos estudiar en tu sótano?

—En mi sótano haréis de todo menos estudiar, Alessandra.

—Es una urgencia SUPREMA. —Esta se giró, alzando las cejas.

Ellos no entendían nada.

—Está bien, pero yo estoy ahí. Me pondré los cascos. No molestaré.

—No molestas. —Le hizo un gesto a Anny para que se acercara—. Ellos son mis amigos, y esta es mi nueva mejor amiga del alma. —Ambas rieron, pero Anny dejó de hacerlo en cuanto él se quitó la gorra y pudo verle bien el rostro—. Bethany Fisher, este es mi primo, Dante Fiore.

Se maldijo.

No podía ser cierto.

¿De verdad? ¿De toda la gente que había en Italia? ¿De todos... él tenía que ser su primo?

—Hola —dijo ella, y el resto se acercó.

Era el chico con el que había estado la noche anterior.

Capítulo 10

—¡Bethany! —exclamó Dante, haciéndose a un lado su rubia melena.

Esta vez, no la llevaba recogida y parecía algo más mayor que ellos. Aunque no demasiado. Sus ojos, ámbar, se clavaron en su prima, cuando ella dijo:

—¿Os conocéis? —A Anny le subieron los colores, y Alessandra lo supo, entonces—. Oh, vaya, tú y ella...

—Sí. —Rio él—. No pensé que fuera a volver a verte. —Sonrió tanto que se convirtió en una escena algo incómoda—. Pero me alegro de que estés aquí. —Le guiñó un ojo y Gian apartó la mirada.

Él estaba pensando en por qué lo había hecho. ¿Por qué le molestaba tanto? ¿Qué problema tenía?

«Joder, Gian, para», se dijo a sí mismo. No tenía ningún sentido ponerse celoso, y no tenía ningún sentido tener nada con Anny, tampoco.

A veces se planteaba si hacerse su amigo sería conveniente. ¿Acaso en septiembre no volvía a Reino Unido? ¿Qué le hacía pensar a él y a sus amigos que volverían a verla?

Estaba harto de perder gente. No era justo.

Gian pasó con Luka y Angelio, casi sin prestar atención a nada de la casa. Fueron directos al sótano.

El pasillo era estrecho y de tonalidades lóbregas, con un par de cuadros y más de uno, pudo apreciar Anny, girados. El descenso al sótano estaba a un par de metros de la puerta principal, así que no tardaron en llegar.

El espacio estaba enmoquetado y los muebles eran de madera vieja y oscura, pero, lo impresionante era que, en la zona del fondo, estaba repleto de aparatos electrónicos. Ordenadores, consolas, televisores, reproductores de música... Todos, salvo Alessandra y Dante, fliparon.

Ahora entendían por qué él le había advertido que allí harían de todo menos estudiar.

Y con razón, maldición, cuánta distracción...

Anny y el resto se situaron en la mesa central con los libros de italiano y empezaron a preparar algunas cosas.

Al rato, Bethany necesitó ir al servicio.

—¿Puedo ir al baño?

—Sí —respondió Dante, que se quitaba los cascos y ya había apagado la pantalla de su ordenador, para indicarle el camino—. Es mi lugar favorito desde anoche.

Alessandra se horrorizó.

—Qué asco, joder. —Bufó—. De todos los chicos de esa lista, ¿tenía que ser mi primo?

—Tú dijiste el primero que respondiera —soltó Bethany.

Anny respondió, mientras volvía arriba e iba hasta el baño.

Alessandra hizo un gesto de vómito y Luka rio.

Angelio le preguntó a Gian:

—¿Echamos unas partiditas a la consola, antes de seguir?

—Claro.

Luka y Alessandra estuvieron un rato hablando, pero cuando se dieron cuenta de que había

pasado demasiado tiempo, ella soltó:

—¿No llevan demasiado tiempo arriba?

—Quizá se estuviera cagando —soltó Angelio, riendo.

—Qué bruto eres. —Luka le lanzó un lápiz.

Gian y Alessandra se miraron. En cuanto fueron a decir algo, los dos aparecieron.

—Habéis tardado una eternidad —recalcó alguien.

Por un momento, Anny pensó que había sido Alessandra, pero había sido Gian. Cuando lo miró había algo en su mirada, había... No sabía muy bien lo que había. Ni siquiera él lo sabía.

Alessandra interrumpió el momento:

—Supongo que esto ya ha contado como un descanso.

—Pero... —intentó decir Anny.

Ale miraba de forma horrible a su primo. Dante, sin embargo, no dejaba de ponerle ojitos a Bethany.

Siguieron con el repaso, pero Angelio y Gian ya se habían cansado, y continuaron jugando.

Luka empezó a dibujar un boceto en una hoja de la libreta y Dante aprovechó el silencio para ponerse junto a Anny.

Casi como un susurro, dijo:

—Bethany..., es un nombre precioso. ¿No creéis?

—Sí, lo es. —Fue Gian que, sin siquiera darse la vuelta, tenía el oído puesto.

Angelio le dio un manotazo. Era una advertencia. Un «te estás delatando».

Gian carraspeó y negó con la cabeza hacia su amigo. Como si él no se hubiera dado cuenta ya de que Anny le atraía demasiado.

—Gracias —respondió ella, a los dos.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —preguntó Dante.

—Está intentando estudiar —gruñó Alessandra.

—Tú no te metas, prima. No me quites tiempo de atención.

—¿De atención a quién?

—A Anny. Dios... —le acarició la mejilla—, eres tan hermosa.

Alessandra volvió a gruñir, y Anny se sintió algo incómoda.

—Déjala en paz. Ya te has comido todo lo que te tenías que comer de ella. No es necesario que seas tan pesado. Eso solo hará que la canses.

—¿De veras?

—Claro.

—Pues no es lo que quiero. —Dante se apartó un poco.

—Ya —añadió Luka—, todos sabemos lo que quieres.

—Sí, nos ha quedado bastante claro con vuestra media hora en el baño —indicó Angelio sin quitar la vista de la pantalla.

Dante se puso tan rojo que tuvo que taparse la cara con las manos.

Anny rio al verlo.

—Saben lo que hicimos anoche, no te avergüences tanto. —Luego se giró hacia el resto—. Pero ahora no ha ocurrido nada.

Nadie dijo nada, pero Dante, sí. Claro que sí.

—Lo siento, es que... no importa. ¿Quieres que cenemos juntos?

—Sabemos que no vais a cenar otra cosa que a vosotros. Deja de disimular, me pones enferma. Voy a vomitar.

Alessandra cerró el libro de italiano. Anny la miró.

—Creo que deberías dejarnos continuar —le dijo ella a Dante—. Por favor, es importante.

Alessandra se fue arriba a por algo de beber y Luka la siguió, para acompañarla.

Dante pensó que nadie se daría cuenta, puesto que Angelio y Gian estaban de espaldas a ellos, frente a la pantalla. Se les escuchaba quejarse cuando el otro le superaba en porcentaje o algo así... Entonces, él le susurró algo al oído a Anny, y se mantuvo ahí, en su oreja. Comenzó a mordisquearle el lóbulo mientras acariciaba con una de sus manos sus rizos rojizos, y la que le quedaba libre, la deslizó por sus muslos, con lentitud, hacia el interior.

Bethany no estaba nada cómoda, e intentó deshacerse de él.

Fue el silencio lo que hizo que Angelio y Gian se giraran. Este suspiró, pero Angelio soltó:

—Id a otro lado, por Dios.

Gian se fijó en el rostro fruncido de Bethany.

Se acercó a ella y los separó, colocándose en el medio, arrastrando una de las sillas que estaban más separadas.

—Vamos a repasar esta frase —dijo él, mirándola—. Que parece que no te ha quedado tan clara como pensábamos.

Bethany miró sus ojos negros, y gesticuló con los labios:

—Gracias.

Él se perdió en los aguamarina de ellas y asintió. De nada.

Dante pareció darse cuenta de que ella no quería hacer nada con él, así que se apartó y volvió con sus videojuegos.

Cuando Luka y Alessandra regresaron, esta le sonrió a su amiga al ver que ella y Gian repasaban.

—Genial —susurró aliviada—. ¿Volvemos manos a la obra?

Bethany asintió, sonriente.

Gian le hizo hueco y Angelio se unió.

Todos la ayudaron y fue una mañana magnífica. Incluyendo la comida.

Bethany se rio tanto, que había olvidado cuál era el sonido de su verdadera risa.

Estaba tan agradecida con ellos... No tenía palabras.



Había pasado casi una semana desde entonces.

Las clases laborales que había tenido de italiano esos días lo había notado bastante.

Sus amigos eran muy buenos profes.

Estuvo agradeciéndoles, especialmente a Alessandra, por la idea, el tiempo, la organización, el entusiasmo, la comida, habérselos presentado... No supo qué más pensar, pero le estaba cogiendo mucho cariño.

Tanto a ella, como al resto.

Cada día que transcurría en ese lugar, más creía que podría estar más cerca de volver a sentirse bien. De encontrar su lugar, su sitio.

Salió a dar una vuelta por los jardines y los patios, ya que quería ver qué rincones se había

perdido o no había llegado a apreciar todavía.

En ese momento, se encontraban en la parte trasera de la facultad, en la zona de los deportes.

Frente a las canchas había una hilera de gradas blancas y azules, y ahí estaba sentado Gian. Se mantenía de pie, con las manos en los bolsillos y se zarandeaba, nervioso.

—¿Qué tal estás? —le preguntó ella.

—Bien, ¿y tú? —quiso saber él, acercándose un poco más. Bajando algún escalón para colocarse a una altura más mediana a ella.

—Genial —respondió Bethany.

Ambos se quedaron mirando.

Gian no pudo evitar decir:

—Puedes hablar conmigo. Lo sabes, ¿verdad?

—Gian, yo... —Suspiró y se sentó—. No quiero calentarte la cabeza con mis cosas. No quiero molestar a nadie, y a veces soy un poco... Dios, no sé.

—Joder, Bethany, ¿somos amigos? —preguntó, sin esperar realmente una respuesta. Esta asintió y ambos sonrieron—. Pues ya está. Los amigos se apoyan. Se cuentan las cosas e intentan solucionarlas, sea lo que sea.

—Pero cada uno tiene sus problemas, y no quiero ser una carga para ti. —Ella miró hacia otro lado—. Ya tienes bastante.

—¿A qué te refieres? —Gian frunció el ceño. Anny se quedó en silencio—. ¿Te han contado lo de mi padre? —Él frunció el ceño, aún más molesto.

—No. No sé nada de eso... —respondió preocupada—. Es lo de Angelio. Lo de que no le sienta nada bien la hierba y tú...

—Voy detrás como un idiota —terminó de decir por ella—. Sí, vale.

—No pienso eso en absoluto. —Negó con la cabeza y fijó su mirada en la oscura de él—. Creo que eres un gran amigo; uno que se desvive por ver felices a los que le importan. Lo has demostrado conmigo. —Se dio cuenta en ese mismo instante de lo que eso significaba. A Gian le importaba Anny. Los dos se dieron cuenta. Y a ella le importaba él. Anny estaba cogiéndoles mucho cariño a todos—. Lo he visto con el resto. Sobre todo, con Angelio. —Hizo una pausa y soltó—: Pero no creo que sea tu responsabilidad. Una cosa no quita la otra. No debes culparte, ni pretender que él te haga caso. Debe darse cuenta, por sí mismo. Hasta entonces, siempre va a pensar que tú eres su red.

Gian se quedó paralizado ante las palabras de Anny. Entendía perfectamente lo que intentaba decirle, y lo agradecía. Enormemente.

—Gracias —susurró él y se sentó a su lado, todavía con las manos en los bolsillos—, pero no es tan sencillo como eso.

—Supongo que, si no estoy ahí, no puedo saberlo.

Era cierto. Gian asintió despacio, intentando dejar que el tema muriera allí.

Bethany soltó aire, casi como una carcajada, y él no pudo evitar sonreír. Su risa era brillante, por muy suave o floja que fuera, siempre hacía que se le iluminara la cara. Y a ella le pasaba como a él, aunque estuvieran mal, preferían hablar de los problemas de otros, a los suyos. Simplemente, por intentar dar una solución.

Gian quiso apartar la mirada, pero ella se la devolvió, y, por un segundo, un lento y enigmático segundo, para él fue suficiente.

Tragó saliva, no sabía qué hacer, ni qué decir.

—Háblame de ti, Bethany —Gian lo soltó sin apenas notarlo. Era casi como una necesidad.

—¿Qué quieres saber?

—Todo —respondió, más seguro de ello que nunca—. Empezando por lo que te preocupa, y terminando por lo que te hace feliz.

—Eso es muchísimo, ¿no crees? —Ella se sorprendió y volvió a reír, y contempló la zona en la que estaban. No había absolutamente nadie, y es que la gente no se solía quedar un viernes por la tarde en el recinto de la facultad. Mucho menos, dentro de ella—. Llevaría muchísimo tiempo.

—Tengo todo lo que quieras.

Hubo un silencio, pero no fue incómodo. Nada que ver. Fue... algo que los hizo conectar de otra manera. Como si estuvieran cerca de confiar realmente el uno en el otro. Como si fueran a darle significado a la palabra amistad.

Gian volvió a ponerse de pie y le cogió la mano. Tiró de ella y, mientras le hacía bajar de la grada, le dijo:

—Puedes empezar, si quieres, contándome qué cabrón hizo que te sintieras de esta forma.

—¿De qué forma?

—Como si creyeras que no vales lo suficiente —lo dijo, después de pararse.

Lo dijo, mirándola en lo más profundo de sus ojos, en el aguamarina, justo entre el verde y el azul. Allí. Donde se almacenaba su ilusión más recóndita, el principio de su alma, su brillo. La miró. La atravesó.

Y tenía razón: Anny se sentía de esa manera, por completo.

Por eso... Por eso, solo se dejaba llevar ante lo desconocido y lo frenético. Por eso, no quería volver a saber del amor; por eso, le daba tanto miedo y, en realidad, lo deseaba. Todo a la vez.

Y es que no quería ser otra vez el segundo plato de nadie.

No quería sentirse insuficiente de nuevo... No quería que la vieran como un trozo de carne. Y, por ese mismo motivo, y quizá siendo un poco contradictorio, ella decidió ver al resto, exactamente de esa manera.

Aunque no funcionara.

—Roy —confesó al cabo de un rato, pensativa—. Se llama Roy.

Comprendida. Así era como se había sentido. Comprendida. Apoyada. Desde el primer momento que había conocido a Gian, y al resto. Pero con él, era distinto, porque no solamente tenía esa parte, también tenía la del sentimiento idéntico.

Gian había pasado por cosas muy parecidas a ella, y se entendían muchísimo en ese aspecto. Tal vez, demasiado, si es que eso podía llegar a ser algo malo.

«Ojalá que no», se dijo.

«Ojalá que no».

—Entonces, no volveremos a mencionar ese nombre, ¿de acuerdo? —Levantó Gian la mano, en señal de promesa, después de que ella le contara la historia.

Anny imitó su gesto. Era una promesa.



Ruggi.

Así lo llamaba ella. Como el resto hacía.

Gian no había querido que Bethany lo llamara de esa forma. Se entendió a sí mismo cuando tocó sus manos para bajarla de la grada, y se entendió, una vez más, al ver sus almas reflejadas entre sí. En su mirada.

Tenía miedo. Mucho miedo. Porque empezaba a sentirse de una forma que hacía mucho tiempo que no se sentía, y porque era algo que no podía ser. Algo imposible.

Las cosas imposibles nunca salían bien.

Todo eso lo había pensado de vuelta a su habitación, después de que ella le hubiera dicho que iría a darse un baño relajante y a leer un rato.

Él había estado a punto de ofrecerse para ir a leer a la biblioteca juntos, pero creyó que no era oportuno. Que necesitaba estar sola y ordenar sus ideas.

Del mismo modo que lo necesitaba él.

Ambos, de alguna forma.

Así que, allí estaba Gian, entrando a su habitación sin saber muy bien qué hacer con todo lo que llevaba dentro.

¿Motocrós para despejarse un rato? Era una opción, pero, en realidad, no le apetecía. Ni tampoco ver a nadie.

Por lo que decidió retomar una afición... Algo que era más que eso. Un sueño que llevaba guardado dentro de él, desde que su padre...

Fue directo al armario y abrió una de las cajas que se encontraban en la parte superior. Rebuscó entre los objetos y vio una foto de su madre. Sonrió inmediatamente, ya que la amaba con locura. A pesar de que hacía tiempo que no la veía.

«Debía ir a visitarla cuanto antes», se recordó.

Encontró lo que estaba buscando un minuto más tarde, bajo unas libretas sin usar. Era un libro. Un libro de recetas, y, debajo, aquello que delataba su verdadero sueño. Una guía. Algo parecido, quizá.

Cómo aprender a ser un buen chef.



Bethany se había dado un baño tan largo que apenas pudo leer antes de que se le juntara con la hora de cenar.

Esa vez, como había hecho durante toda esa semana, no había salido de la facultad, por lo que bajó a la cafetería del centro, y escogió la recomendación de la noche para cenar: sopa de minestrone.

Después, subió a su habitación, se cambió de ropa, y se vistió de fiesta.

Si no podía ver a sus amigos, entonces, saldría a divertirse.

No le apetecía seguir pensando en cómo de mal estaba manejando las situaciones, y mucho menos sentirse horrible.

Con un corto y ceñido vestido rojo, que se acoplaba a su cuerpo y a sus elegantes curvas a la perfección, y que poseía un escote que llegaba hasta el centro de su torso; unos tacones negros, el

pelo rizado rojizo suelto y distintos accesorios, uno negro, como su bolso, y otros plateados, siendo estos unos pendientes, unos anillos y un collar con la forma de una media luna, salió al pasillo.

La cabeza bien alta, la energía a rebosar, y un único propósito.

Una vez giró para coger las escaleras, se dio de bruces contra alguien. Estaba duro y era más alto que ella. Era un chico con el cabello blanco, que caía sobre unas mejillas afiladas, la mandíbula marcada y unos labios...

Los ojos oscuros de Gian se posaron sobre ella.

—Qué... —se frenó, al darse cuenta de lo atractiva que estaba. Hermosa, como siempre—. ¿Adónde vas? No tardarán en cerrar la verja.

—Iré por detrás, entonces.

Él se dio cuenta de cómo había evitado su pregunta.

—No he visto a Alessandra, no pude decirle eso. Lo siento.

En las gradas le había pedido que, si se encontraba con ella, le dijera de ir un rato por ahí, para hacer algo.

—No te preocupes, gracias.

Anny intentó marcharse, pero, entonces, Gian volvió a mirarla. Lo hizo de esa forma... Esa forma que hacía que todo en ella temblara y ardiera al mismo tiempo.

—Recuerda que no tienes que convencer a nadie de nada, Bethany.

—Lo sé.

Él suspiró.

—Cualquier cosa, llámame. Ten cuidado.

—Buenas noches, Ruggi.

Entonces, él se fue a su habitación con un mal sabor de boca, y ella se dirigió a donde tenía pensado.

El *pub* de la playa. No sabía cómo se llamaba, y tampoco le importaba.

Gian se quedó pensando en cómo lo había llamado Ruggi, y en la forma en que lo había dicho. Esa esencia en su voz era casi desconocida; y, cuando la había mirado a los ojos, le había costado verla. Sentía que Anny se había puesto algo, un escudo, que le hacía más difícil verla, realmente.

Intentó dormirse, pero no pudo.

Bethany iba directa a otro acto en el que sentiría vacío y, con el tiempo que había pasado pensándolo, seguro que ya había llegado allí. Solo esperaba que, al menos, hiciera lo que hiciera, se lo pasara bien y no volviera a sentir ese maldito vacío. No se lo merecía. No, ella.

Capítulo 11

Anny ya había llegado al paseo de la playa, cuando observó el *pub* desde fuera, a lo lejos, y sus ganas de entrar aumentaron.

La música estaba tan alta que hacía que el suelo vibrara. La arena saltaba.

La pista de baile se extendía hasta la arena. Decenas de luces, azules y verdes, ondeaban sobre ella, creando distintos reflejos en el suelo. El alcohol iba cargado, tanto en los vasos que se iban moviendo, como en las personas que los llevaban.

Anny se acercó a la barra, la del exterior, para pedir algo.

Entonces, se dio cuenta del idioma. No tenía ni a Angelio, ni a Luka, ni a Alessandra, ni a Gian. Ninguno de ellos podía echarle una mano.

¿Acaso podía siquiera intentarlo?

Lo hizo.

Pensó un buen rato la frase, pero no había forma.

Si seguía así, se recordó, no aprobaría ese dichoso examen a la vuelta.

La vuelta.

Anny suspiró. Solo dos semanas en Italia, y ya no se veía en otro lugar. Solo dos semanas con sus nuevos amigos y ya no... no quería dejarlos atrás.

Sí, echaba de menos a su grupo de amigos y a sus padres. Por supuesto, muchísimo, de hecho. Pero una parte de ella, en ese lugar, se sentía libre.

Podía ser, quien quisiera ser.

Aunque todavía no había empezado a actuar como tal.

Como de verdad era y quería ser.

Además de eso, ahí no podía encontrarse con... Con ese que juró no nombrar.

Sus pensamientos no formaban parte de ese juramento que había hecho con Gian de no nombrarlo, pero quiso intentarlo. Por ella. Por Gian.

Decidió pedir su bebida en inglés, y, por suerte, el barman la entendió.

«Menos mal que el inglés era universal», se dijo. Sin embargo, no siempre podría librarse.

Tomó su bebida. Y otra. Y otra. Y otra.

Joder, había perdido la cuenta.

Bethany no bebía. Nunca. Odiaba a las personas que se emborrachaban y ella estaba haciendo exactamente eso.

¿Cuándo pensaba dejar de torturarse? ¿Cuándo pensaba dejar de castigarse? Por todo. Por todos.

Dio el último trago que le quedaba e intentó levantarse de la barra, pero comenzó a tambalear.

Debía pagar. Algo que, gracias a sus padres, había hecho antes de coger el avión. Un cambio de libras a euros.

Su vista no lograba enfocar el monedero. No lo hacía, y cada vez estaba más y más mareada.

Entonces, una mano se deslizó por su cintura.

—Qué sorpresa verte por aquí, Bethany.

Era Dante. Dante Fiore.

—Quítame tus putas manos de encima —gruñó ella, alterada.

—¿Qué te pasa? —preguntó extrañado. Dejó en la barra el dinero que correspondía en la cuenta de Anny y añadió—: Ya me lo pagarás.

—Me has asustado, perdona —Sonrió al reconocerlo.

Era el primo de Alessandra, pero, que fuera su primo, no significaba que no pudiera no asustarla.

—Vámonos de aquí, anda —propuso este, guiándola afuera de la playa.

—A la facultad —dijo esta.

—El toque de queda ha pasado hace horas, pelirroja. —Dante jugueteó con un mechón de su cabello y lo acopló al resto. Aferró su mano, como si hiciera una coleta, y tiró de ella—. Espero que me lles a tu habitación... —le susurró y Anny intentó no vomitar todo lo que había bebido—. Si antes me ponías mucho... Buf... —Se lamió los labios, totalmente desubicado—. Con ese vestido... —Se frenó—. Eres preciosa.

—No sé si...

Anny tuvo que agarrarse a él para no caer.

—¿Vas borracha?

Joder, era más que obvio.

—Puede ser —pudo lograr decir ella, antes de vomitar, al fin.

—Vaya —repuso este—. Entonces, dejaremos los planes para otro momento. —Le sujetó el pelo, pero esta vez para que no se lo ensuciara con su propio vómito.

Bethany no volvería a beber. No, al menos, como una imbécil que intenta todo el rato autosabotearse.



Ambos habían llegado hacía rato a la habitación de Anny.

Ella se había dado una ducha fría y habían comido algo que tenía de picoteo por el escritorio.

Él la había esperado, pacientemente, sentado encima del baúl que había a los pies de la cama.

Dante preguntó al verla de nuevo:

—¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor, gracias.

—No hay de qué. Ahora que ya estás bien... ¿Te apetece que en esa cama, tú y yo, hagamos algo de ejercicio?



Gian había escuchado la puerta de Anny cerrarse fuertemente. También había escuchado la voz de Dante y supuso que pasaría la noche con ella, y que compartirían... otro largo momento

de sexo.

Él había estado en la biblioteca recopilando información sobre su viejo-nuevo sueño de ser chef. Viejo, porque siempre lo había deseado desde hacía años, y nuevo, porque quería volver a luchar por ello.

Siguió leyendo en su cama, intentando no pensar en lo que esos dos podrían estar o no haciendo en ese mismo instante.



Ese sábado, Alessandra había preparado una excursión para todos, después de la hora de la comida.

Por eso, había estado tan desaparecida.

Madre mía..., ¿cómo podía ser tan detallista? No solo hacía esas cosas para que todos pasaran tiempo juntos, sino que se preocupaba por intentar hacer que estuvieran siempre cómodos, y bien.

Era una amiga impresionante.

—Quería que hiciéramos algo juntos, pero algo distinto, para que nos sintamos mejor. Sobre todo, tú, Anny.

Sus palabras la habían hecho sentir la más afortunada. A Isobel le encantaría.

Alessandra había organizado una escapada en grupo solo para hacerla sentir mejor. No tenía palabras. Solo pudo darle las gracias durante todo el viaje de ida, y el de vuelta..., también.

En coche, con Angelio al volante y Luka de copiloto, dejaba a Alessandra en la parte trasera, a la izquierda. Bethany se sentó en el medio, y Gian estaba a su derecha, mirando por la ventanilla.

—Ruggi, ¿cómo vas por ahí detrás? —preguntó Angelio—. ¿Todo bien?

—Si es una bromita de mal gusto por ir con nosotras, ahórratelo, capullo —gruñó Alessandra, antes de que nadie pudiera responder.

—Puede que sí fuera a hacer esa bromita, pero estoy seguro de que a Ruggi no le importa permanecer para siempre en su asiento, ¿verdad que no? —Rio, y Gian lo asesinó con la mirada. Idiota.

Angelio se había dado cuenta de que Bethany le llamaba la atención, bastante.

Ella había reído, porque Angelio se había reído, y su risa era terriblemente contagiosa. Después, fueron Luka y el resto.

Pero Bethany no había entendido a lo que él se refería con ello. Ni tampoco se lo preguntó. Mejor.

Luka le preguntó a Alessandra:

—¿Crees que una acampada será buena idea?

—No me digas que tienes miedo. Solo será una noche. —Alessandra sacó de su mochila un pequeño mapa y le indicó a Angelio la siguiente salida que debía de tomar—: Cuando veas el lago, tira todo recto.

—¡Esto va a ser alucinante! —respondió él—. Tenemos a la mejor amiga, tío.

—Sí que es cierto. —Anny asintió y la miró. Ella le sonrió.

—Cuando lleguemos, antes de montar las tiendas —aclaró Ale—, debemos merendar, para que no se haga tan tarde. Así, después de que esté todo listo, ya se habrá hecho la digestión y...

Quiso que Luka, al cual miraba por el hueco que había entre los asientos delanteros, le respondiera eufórico.

—¿Baño en el lago?!

—¡Baño en el lago! —exclamaron todos.

Bethany no pudo evitar reír tan alto, que retumbó en todo el coche.

Gian tuvo que disimular su entusiasmo, al darse cuenta de cuánto había sonreído al escucharla. Pensaba que podría con ello, pero, entonces, dudó. Dudó sobremanera en el momento en el que Anny dejó caer su pierna hacia su asiento, y sus muslos se tocaron.

Gian se quedó paralizado. Era absurdo. Solo era contacto. Nada más.

Pero la piel de Anny se sentía tan cálida y suave, que se tragó todos sus pensamientos para cuando ella ya miraba por su ventanilla, habiendo pasado a observar su rostro y sonreírle.

Estaba observando detenidamente la cantidad de árboles que se hallaban a ambos lados. Decenas de robles y pinos, entre maleza y algún que otro conejo saltarín.

Vestían con un uniforme veraniego que les había dado Alessandra minutos antes de ponerse rumbo hacia allí. Pantalones y camiseta corta, abajo marrón y arriba verde.

—Parecemos unos exploradores con esto puesto.

—Estamos preciosos, Angelio.

—Yo sí, pero tú no has tenido tanta suerte —soltó con la sonrisa preparada.

Era una broma. Alessandra siempre relucía. Ella se puso de morros.

—No apreciáis mis detalles. Voy a cambiarme de amigos, os lo juro.

—Puedes venirte conmigo cuando me vuelva a Reino Unido, si quieres —soltó, sumándose a la broma, pero ella fue la única en reír al decirlo.

Un silencio se hizo tan profundo dentro del coche, que casi parecía que estaban en invierno.

Todos cayeron entonces en eso. Era cierto. A pesar de ser parte de una broma... Era verdad.

Anny se volvería en unos meses.

Gian... Gian debía de haberlo tenido más en cuenta. Lo había olvidado por completo. Unas semanas juntos y ya se les había olvidado a todos que eso iba a ocurrir.

Joder, se dijeron. ¿Qué ocurriría después? ¿Anny desaparecería de sus vidas para siempre?

Ella se dio cuenta del bajón que había dado la conversación y quiso animarlos:

—Venga, chicos, todavía queda mucho para eso. Y, después, podremos vernos... —Aquello dolió. La realidad de golpe—... no tanto, pero... Encontraremos la forma. No os preocupéis.

Alessandra ayudó a animar el ambiente:

—Claro. Ahora disfrutemos del momento, chicos. —Una pausa para observar por dónde iban—. Es ahí. Angelio, ahí.

Aparcaron junto a una explanada.

Bajaron del coche e inmediatamente cargaron con lo que les haría falta durante el resto de ese día y de la noche.

Un camino de piedras y grava los dirigía directamente hacia el lago.

A los lados, variados jardines con estanques. Patos y renacuajos nadaban entre las distintivas flores de agua que adornaban grácilmente el lugar. La brisa y el sonido de los pájaros hacía que Bethany sintiera una serenidad incapaz de describir.

El lago era gigantesco y de aguas cristalinas.

En la misma orilla arenosa, montaron las tiendas y los colchones de terraza, en forma de

sillones. Los colocaron en un círculo imperfecto, dejando un hueco en el centro. Era para que, cuando anoheciera, pudieran encender una hoguera con espacio suficiente.

Antes de esto, hicieron un picoteo: calzone de tomate y queso, arancini, refrescos, y algunos de los *snacks*, que vendían en diminutas bolsas en los pasillos que se encontraban frente a la cafetería.

Alessandra confesó minutos después que sí, que prácticamente todo lo había hecho ella, pero que los chicos le habían echado una mano con algunas cosas.

Anny recogió unos envoltorios y los recopiló en sus manos para llevarlos hasta la papelera que había al final del camino. Al mismo tiempo, soltó:

—Entonces, vuestro querido Ruggi no ha movido ni un dedo.

—¡Eh! —exclamó él, ofendido—. Yo no sabía nada de esto. —Levantó las manos, en señal de defensa, y miró a Anny con los ojos entrecerrados—. Eres cruel, Fish.

—¿Quién es esa? —preguntó Angelio, confuso.

Todos rieron y Luka aclaró:

—Fish, viene de Fisher.

—¿Eh?

—Fisher —aclaró, mencionando su apellido—. Fish-er —Luka lo dijo por sílabas, muy lentamente.

Entonces, él abrió los ojos. Lo había comprendido.

Estaba llamándola pez en inglés.

Ella se acercó a él, aunque iba en dirección a la papelera.

—¿Ahora de repente soy Fish?

—Sí, Anny es mi amiga, pero Fish es mi enemiga.

Anny rio.

—¿En serio? —preguntó, elevando la ceja—. Es terrible.

—Desde luego que es en serio. —Asintió completamente seguro de ello—. Tienes un lado bueno y otro lado malo. Como te llame, dependerá de cuál salga.

—Pues ten cuidado, Ruggi. —Se acercó a él.

—¿Por qué? —La sintió cada vez más cerca.

—Porque todavía no has sido testigo de Fish.

Gian creyó... No, no lo creyó. Estaba seguro. Anny había casi ronroneado en esa frase. Era como si, la otra parte que le quedara por presenciar, fuera una muy distinta.

Tuvo que darse la vuelta y darle la espalda para que no viera en su mirada todo lo que se había imaginado en tan solo unos segundos.

Ella se marchó victoriosa y, cuando volvió, todos, salvo él, estaban metidos en el lago, nadando y haciendo el idiota.

—Joder, qué velocidad —masculló, sorprendida.

Gian rio y asintió con rapidez.

—Cuando se trata de estar cerca de la muerte son muy rápidos.

—Qué animal eres —soltó, poniendo los ojos en blanco.

—¿De qué tipo exactamente? —quiso saber él—. Me gustan los animales.

—Lo averiguaremos. —Anny dejó la frase mezclada entre el suspense y la desgana—. ¿Tú no te bañas?

—Estaba esperándote, para que no estuvieras sola —confesó.

—Me gusta estar sola —fue la réplica de ella.

—Entonces, me marchó —dijo él, casi ofendido—. Fishhhh-er.

Anny negó con la cabeza, detestando que volviera a sonreír por sus bobadas.

—Era broma, Ruggi. —Su mano fue directa a la suya, y, cuando él todavía no había sido capaz de reaccionar, tiró y lo arrastró hasta el lago—. Pero vuelve a llamarme Fish y te desafiare a un duelo a muerte.

Gian resopló, como si quisiera decir: lo gano.

Pero eso no estaba tan claro.

Inconscientemente, no se soltaron hasta estar en el fondo del lago, con el resto. Inconscientemente, sus latidos se habían acelerado ligeramente.

Inconscientemente... se echarían de menos cuando ella volviera a Reino Unido.

Capítulo 12

Habían salido del lago, después de estar jugando dentro de este, algunos salpicándose, y otros —no hacía falta mencionar a quienes—, intentaron ahogarse.

Gian los miró divertido, pero no le gustaba que Ethan y Angelio hicieran esas cosas, porque le daba miedo que algo saliera mal por esa tontería.

Cuando vio que todo estaba perfecto, sonrió de nuevo.

Había habido un momento en el que él había acabado debajo de Bethany, cogiéndola mientras esta se apoyaba entre sus hombros, y después la había lanzado al agua de nuevo.

Habían reído tanto que les dolía la tripa.

Gian se relajó, flotando en el agua, y Bethany apareció por debajo, para hundirlo.

Este se hizo el ofendido, pero, en realidad, estaba de lo más contento. Corrió, o nadó más bien, hacia ella, intentando devolvérsela.

Bethany logró escaparse de él, a la perfección.

Después de un rato, se dieron cuenta de que Angelio, Luka y Alessandra ya se habían salido del lago.

Estos los miraron y gritaron:

—No hace falta que salgáis, si no queréis.

Gian sabía de sobra quién lo había dicho, a pesar de no verlos demasiado, porque se había hecho de noche durante esas horas.

Era Angelio, y sabía que los había hecho salir al resto a propósito.

Entonces, aunque todos se habían metido con el uniforme que les había conseguido Alessandra, en esos momentos era maravilloso tenerlo en sus pieles.

O eso habían creído, mientras estaban dentro del lago.

Luka y Angelio miraron a Alessandra nada más salir. Mojado, pesaba toneladas.

Alessandra los sonrió, intentando deshacerse del tema.

Gian y Bethany continuaron jugando dentro del lago un par de minutos más, pero, cuando se dieron cuenta de lo oscuro que estaba todo, decidieron que era mejor salir con el resto.

Habían disfrutado casi como un par de niños pequeños con el agua.

Hacía mucho tiempo que no se reían tanto, y se dieron cuenta de que eso ya lo habían pensado antes. Adoraban la sensación de sentirse en esa nube que solo la risa era capaz de causar. Ese dolor de tripa placentero. El de las mejillas.

Ambos se miraron mientras andaban, como malamente podían, hacia fuera.

El lago estaba tan oscuro ya, que apenas se veía nada. Además, el agua pesaba entre sus piernas y pies.

El problema vino en ese mismo instante.

Bethany no supo muy bien con qué se había enganchado, pero no podía menearse.

Un pie había quedado atrapado, al parecer, entre dos rocas.

Gian ya estaba en la orilla, cuando notó que Bethany no le seguía.

Se dio la vuelta, preocupado, y la entrevió entre el lago y el cielo. En esa justa línea infinita. La luz de la luna hacía que sus rizos rojizos brillaran con una...

—Mierda —masculló Gian, al darse cuenta de que Bethany cojeaba.

Corrió hacia donde se encontraba, para servirle de apoyo.

—Cógete de mí, Bethany —le pidió, preocupado.

—Sí —afirmó ella. Haciéndole caso—. Gracias...

Anny pasó con rapidez sus brazos por el cuello de él, y este la agarró con fuerza.

La llevó hasta la zona donde habían montado la hoguera, al lado de las tiendas de campaña, y la sentó con muchísimo cuidado en uno de los sillones.

—¿Estás bien, preciosa? —necesitaba saber Angelio.

—Sí, sí —respondió ella veloz—. No os preocupéis, de verdad. Estoy bien —Anny, mintió. Era más que obvio, pero solo Gian lo notó, y la delató.

—No, no lo está —anunció, mientras palpaba su tobillo. Anny puso una mueca de dolor—. Lo siento...

—¿Voy a por hielo? —Alessandra estaba bastante alterada—. Hay una caseta al inicio del camino, seguro que venden hielo.

—Buena idea. Ve rápido, por favor.

Gian se lo pidió, y en sus ojos se podía ver la preocupación.

No era para tanto, solo era un esguince. Como máximo.

Eso no era por lo que estaba preocupado, sino porque Anny se culpaba por haber fastidiado el plan, o algo de ese estilo.

—¿Seguro que no quieres que te lo examine? —preguntó Angelio.

Bethany negó con la cabeza.

—No es necesario, de verdad... —Amenazó a Gian con la mirada. Este le sonrió, sabiendo que mentía horriblemente mal—. Estoy genial. En un rato se me pasará.

Angelio suspiró.

—Está bien —aceptó este—. Pues el médico, el que sabe de estas cosas..., se va. —Su tono de voz sonó a broma, más que a ofendido—. Si me necesitas, dímelo, ¿vale?

Bethany asintió.

—Gracias —les dijo a todos.

—Nosotros —indicó Angelio—, iremos a buscar leña.

—Sí —añadió Luka, sabiendo que era él con quien iba—. Vamos, antes de que se acabe la que tenemos. El frío no será muy bueno.

—Si no nos hubiéramos metido en el lago... —masculló Angelio.

—Eh —exclamó Bethany—. Ha sido la mejor decisión del mundo.

—¿Estás de coña? —soltó Gian, cruzado de brazos a su lado—. Estás herida.

Ella puso los ojos en blanco.

—Con el hielo estaré bien —insistió—. Dejadlo ya... —Ellos asintieron.

Unos minutos más tarde, ambos se dieron cuenta de que se habían quedado solos.

Con el anochecer, ya apenas se veía. Estaba todo totalmente oscuro. Los animales hacían miles de onomatopeyas, a lo lejos, por suerte, y el sonido del mar hizo que Bethany echara la cabeza hacia atrás en su asiento, intentando relajarse.

Gian colocó el pie de Anny sobre el sillón de terraza que tenía justo en frente. Lo hizo con sumo cuidado, pero, aun así, ella mostró su dolor.

—Lo siento.

La voz de Gian sonó tan dulce, que no parecía él.

Se sentó a su lado y comprobó que no tuviera nada roto.

Afortunadamente, no era el caso.

Alessandra llegó en ese momento con el hielo y se lo aplicaron enseguida.

—¿Y los chicos?

—Se han ido a por leña —respondió Anny.

Gian se levantó y se metió en su tienda de campaña.

Anny no sabía si las había querido dejar a solas o había ido a por algo, pero no preguntó.

Alessandra sonrió.

—¿Estás mejor?

—Sí, lo siento...

—¡Dios, ni se te ocurra! Esto le da... —intentó encontrar unas palabras adecuadas, pero sabían bien que era un marrón—. ¿Más emoción? —Anny arrugó los ojos. No. Desde luego que no. Ella volvió a reír y dijo—: Creo que voy a aprovechar que nadie está en el lago para darme un bañito..., sin nada.

—¿Desnuda? —se sorprendió Bethany al oírla decir eso.

—Ya has roto la magia del momento —exclamó ella, gesticulando de forma exagerada.

Anny ladeó la cabeza.

—Ve, anda. Pero ten cuidado, que está muy oscuro.

—Bueno, mejor, pero lo tendré... —Rio—. No queremos dos pies como el tuyo... —Le sacó la lengua, divertida, y corrió al lago.

Bethany rio, al ver cómo su amiga desaparecía.

Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás, reposándola, una vez más.

Casi cuando ya parecía que había encontrado la pose adecuada para perderse un poco en sus pensamientos, algo llegó a ella.

Un olor familiar inundó sus sentidos. Era una mezcla entre mentolado y cítrico.

Al abrir los ojos, Gian se había sentado de nuevo a su lado y estaba tendiéndole una manta por encima.

—Si te pones mala, entonces sí que serás un completo fastidio.

Ella alzó ambas cejas, sorprendida por el acto.

—No sé si decirte, gracias o imbécil.

—Puedes decir las dos —propuso él, vacilante. Pero fue solo al principio—. ¿Cómo está tu pie? —La voz de Gian sonó tan dulce, que no parecía él.

Se sentó a su lado y comprobó que no tuviera nada roto. No era el caso.

Anny suspiró y lo miró. Tenía la mirada tan brillante... Nunca lo había visto así. Parecía que estaba justo donde quería estar. Parecía...

Gian no supo exactamente lo que le ocurrió en cuanto vio a Bethany herida, pero su necesidad de ayudarla era incontrolable. Se había dado cuenta de que, al mirarla, algo dentro de él era distinto, y creyó que Anny se había percatado de ello.

—Gracias, imbécil —dijo ella, finalmente, y una sonrisa apareció en sus labios.

—¿Haciéndome caso dos veces seguidas? —Se levantó corriendo y le colocó el dorso de la mano en la frente—. Menos mal, no tienes fiebre.

Ella le dio un manotazo y este rio.

Al escucharlo, Bethany se unió a su risa. Una risa amplia y limpia. Dulce. Caliente. Maravillosa.

Gian se contrajo. Esa sonrisa era solo para él. Solo para él.

Gian tragó saliva, sabía lo que le estaba ocurriendo. No debería de estar pasando. Anny se iría. Posiblemente, no volviera a saber de ella después de que terminara el verano.

«Por favor, ella tenía razón», se dijo. «Era imbécil».

No escuchó nada de lo que ocurrió después.

El crujido de las ramas con las pisadas del acercamiento de sus amigos. El proceso de encender el fuego. Alessandra volviendo a ellos. Todos sentándose alrededor de la hoguera. Las risas. Las voces. El movimiento de los cuerpos de ellos. Nada. No se dio cuenta de nada de eso. Pues, Gian, solo podía mirar a Anny, y lamentarse de estar cayendo lentamente.

Pues ahí, con la luz de la luna iluminando su piel dorada y sus ojos aguamarina, él habría deseado apartarle el rizado cabello pelirrojo y darle un beso. Uno suave.

Pues ahí, con las estrellas sobre ellos y el timbre de voz de Bethany resonando en sus oídos, se había dado cuenta de lo peor que podía hacer.

Bethany empezaba a gustarle. A gustarle de verdad.



Cada uno de ellos ya dormía a pierna suelta en sus respectivas tiendas, y Gian también lo estaba haciendo, hacía un segundo, hasta que escuchó algo. Un ruido.

Era un quejido, y venía de la tienda de campaña de Bethany.

Salió sin pensarlo siquiera.

La noche lo envolvió, y, con ella, el frío. Se abrazó a sí mismo, junto a una manta que le abrigaba en su colchón, y se posicionó delante de la tienda de ella.

Suspiró y susurró:

—Anny, ¿estás bien? —preguntó, preocupado, y, como no obtuvo respuesta en un rato, dijo su nombre—: Soy Gian.

—No conozco a ningún Gian. Será...

Si iba con juegos, entonces, él también jugaría.

—Quizá debería de preguntarle a Fish-er —soltó él, sentándose al lado de lo que sería la puerta de la tienda.

Esperó su respuesta. Tardó un rato en hablar. ¿Estaba pensando en cómo vengarse?

Sí. Eso era justo lo que estaba haciendo, pero como no se le ocurrió nada... se rindió, y rio dentro de esta. Después, le dijo:

—Está bien. Lo conozco. —Intentó mover el pie, para que no le molestara al entrar—. Pasa, anda.

Él abrió la cremallera y entró. Fue agachado, hasta sentarse a su lado, y su mirada fue directa al pie.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó.

Bethany pudo ver en sus ojos que no le preguntaba por preguntar.

Le preocupaba de verdad, y, en cierta manera, se sentía culpable por haberse adelantado al salir del lago.

«Ni que fuera su culpa», pensó ella.

—Me ha dado un pinchazo. —Hizo una pausa, mientras él lo revisaba—. Siento haberte despertado.

—No estaba durmiendo —mintió—. No te preocupes.

—Te escuchaba roncar —soltó, vengativa, mirándolo, y esperó su reacción. Ahí estaba: rio

en voz baja, maliciosamente—. No seas embustero.

—¿Qué? —Se sorprendió, la miró y apartó la vista hacia el pie—. Yo no ronco.

—Puede que no. O puede que sí, pero no me mientas, Ruggi. Las horas que son —miró su móvil—, estabas durmiendo. Seguro.

—Puede que sí. O puede que no —respondió, imitándola.

Anny gruñó y le dio un puñetazo flojito en el hombro.

—No es nada, pero repósalo —alegó él—. Mañana, cuando abran la tienda esa del campin, iré a por más hielo.

—¿Cómo sabes tanto de esto? —preguntó sorprendida.

Se refería a su esguince y al cuidado que había tenido. Sabía perfectamente dónde debía tocar y dónde no. Sabía perfectamente qué hacer.

Gian curvó una de las comisuras de sus carnosos labios.

—Mi madre me enseñó todo lo que sé —reconoció. Quería verla, pero estaba tan lejos...—. Es enfermera. Siempre lo ha sido, y le apasiona. —Hizo una pausa. Un análisis de si debía o no hablar sobre esas cosas. Aun así, la comodidad que tenía con ella, lo ayudó a seguir—. Vive en Japón —aclaró, y ella no le quitó la mirada de encima en ningún momento. Solo con sus ojos claros decía «estoy aquí. Puedes apoyarte en mí, Gian», y él, así lo hizo—. Desde que se separó de mi padre, cuando yo tenía quince años. Nosotros nos quedamos aquí, en Italia, pero ella se marchó a Japón, y, desde entonces... Pues nos vemos muy poco.

—Debe de ser muy complicado.

—Sí —suspiró, y pasó de la tristeza a la alegría cuando dijo—: Pase lo que pase, y esté donde esté, la distancia no hará que deje de querer a mi madre. Es la persona que más quiero, y nada de eso va a cambiar. Es la mejor. Una guerrera.

Anny notó algo en su voz. Un tambaleo; como si hubiera algo más allá de esas palabras, pero no quiso entrometerse. Cada uno tenía unas pautas al abrirse.

—Por lo menos tienes a tu padre aquí.

Gian carraspeó.

—En verdad... —Sus miradas conectaron—. Mi padre me abandonó cuando cumplí los diecisiete. En su momento, no supe por qué, pero, más adelante, sí. —Confió. Confió en ella, lo que nunca le había contado a nadie, y, por un lado, se sintió libre, pero, por el otro, se quiso arrancar las palabras de la boca cuando dijo—: Él maltrataba a mi madre cuando estaban juntos. Yo... nunca me di cuenta. Soy estúpido. Podría haberla defendido. Haber hecho algo. —Apretó la mandíbula—. Quería a mi padre. No es justo, joder. —Anny extendió una mano hacia su brazo. El calor de su piel lo calmó un poco—. No fue justo para ella. Me tuvo que ver sonriendo y amando al hombre que a ella le pegaba. Es...

Anny lo abrazó. Lo abrazó con tanta pena y empatía, que él casi se rompe.

A Gian le habría gustado abrazar a su madre de esa forma, entonces; y, a ella, le habría encantado conocer a Anny, si... si fuera en otras circunstancias.

Él quería decirle que no se fuera. Que se quedara con él allí, en esa tienda de campaña, abrazada a su cuerpo.

Pero no se podía.

Ni entonces, ni cuando ella se marchara.

«Además...», se recordó Gian, «el corazón de Anny pertenece a ese chico que la ha destrozado. Ese tal Roy».

Ese que...

Ese del que Bethany no se acordaba.

No se acordó en ningún momento, desde que los ojos de Gian le habían traspasado el alma, y, aunque él no lo sabía, la noche que fue con Dante a su habitación, no habían tenido sexo. Justo, por esa maldita mirada oscura que la observaba ahora, porque algo le había quitado las ganas de seguir con ello.

Y ese algo, no era algo, sino alguien.

Esa noche, cuando mandó a Dante a su casa, se había preguntado mil y una veces si estaba sintiendo algo por Gian.

Se había respondido de manera negativa. Imposible. Pero, entre sus brazos, esa respuesta le parecía distinta.

«Debían dejarlo estar», pensaron al mismo tiempo, antes de que fuera a más. Antes de que fuera tarde y solo hubiera... dolor.

¿Acaso alguien puede alejarse de lo que le gusta? ¿Acaso alguien puede frenar lo que le engancha?

Ellos no pudieron.

Gian quiso continuar hablando. Sobre todo, para no pensar en lo que estaba pensando.

—El mes que viene hará dos años que mi padre se fue, y, aunque en su momento no lo sabía, ahora sé que fue el mejor día de mi vida. Ojalá... —No lo dijo, pero le deseó una muerte muy lenta y dolorosa.

Anny no pondría objeción alguna ante ese deseo. Nunca.

Ella se quedó callada un instante, antes de despegarse de él y abrir los ojos de golpe.

—Eso quiere decir que el mes que viene es tu cumpleaños.

—Sí. —Sonrió él—. Diecinueve.

—¿Qué día? —preguntó, como si tuviera una libreta y lo estuviera apuntando. No la necesitaba. Algo dentro de Gian le decía que lo recordaría a la perfección—. ¿Qué día, Ruggi?

—Te lo diré, si no vuelves a llamarme de esa forma.

—¿Qué? —Se sorprendió ella.

—Llámame Gian —le pidió—, por favor.

—¿Por qué? —Ella frunció el ceño, extrañada—. Todo el mundo te llama Ruggi.

—Lo sé —afirmó, apoyando sus manos atrás, dejándose caer.

—¿Entonces? —quiso saber ella. La verdad. La verdadera respuesta.

—Tú, llámame Gian —indicó, mirándola a los ojos.

—¿No te gusta Ruggi? —necesitaba saberlo.

—No me gusta que lo digas tú —confesó.

Al segundo, se dio cuenta de lo que había dicho. Tragó saliva.

Anny no respondió. «¿Qué tenía de malo?».

—Está bien. —Ella suspiró—. Gian.

—Eso suena maravilloso —susurró, sonriendo.

Entonces, lo entendió.

Bethany comprendió que quería que solo ella lo llamara por su nombre. Aunque no preguntó el motivo. No lo haría. Por si acaso.

—Bueno, Gian —él sonrió al escucharlo como una delicia entre sus labios carnosos—, dime cuándo es tu cumpleaños.

—Diecinueve.

—El día, Gian. —Ella pensó que le estaba tomando el pelo, pero... podía ser que cumpliera

años ese día—. Oh, diecinueve el diecinueve de julio.

Él asintió.

—¿Qué me vas a regalar?

—Mi felicitación —bromeó ella.

—¿Solo eso?

—¿Qué más quieres? —preguntó Anny.

Doble sentido, joder. Había doble sentido en ambos lados. ¿Qué les pasaba? No podían pensar en eso, ni en nada de ese estilo. No. No. No.

—Si te dijera lo que quiero, tendríamos un problema —murmuró él—, porque no se puede conseguir.

—Eso lo decido yo, Curas.

Gian rio por ese mote y vio cómo los párpados de Anny comenzaban a cerrarse cada vez más.

—Es hora de que me vaya —le dijo, al ver que se ponía cómoda. Dispuesta a dormir—. Buenas noches, Bethany.

—Buenas noches, Gian... —Cerró los ojos, ya que no quería ver la reacción de lo que iba a decir, pero, lo dijo, carraspeando—: ¿puedes quedarte conmigo?

—¿Qué? —Él estuvo tan sorprendido, pero tan... agradecido.

—Por si por la noche empeora el esguince —indicó ella. Mentía. No lo sabía, pero en el fondo estaba mintiendo.

—¿No prefieres que Angelio te eche un vistazo? —Ahora él hablaba en serio—. Al final, él sabe más. Es el médico, aquí.

Bethany, mirándole con los ojos apenas abiertos desde la almohada, le respondió:

—No —admitió, colocándose mejor, mientras él se acercaba—. Quiero que seas tú quien lo cure.

Gian sonrió y asintió.

—Está bien.

—Entonces —preguntó ella—, ¿te quedas?

—Me quedo.

Anny le hizo un hueco en su saco de dormir, y él, antes de acomodarse junto a ella, cerró la tienda.

A oscuras y sin ningún sonido fuera, él sonrió.

Ella se había colocado de lado, con el brazo doblado bajo la cabeza, mientras lo miraba.

Solo pudo ver una ligera línea de su perfil, hasta que una brisa se levantó, y el árbol que tenían tras ellos se movió. La luz de la luna caló por toda la tienda, y Anny no pudo parpadear al verlo. Por si se perdía algo. Por si... desaparecía.

Tuvo que darse la vuelta hacia el otro lado para no continuar pensando en ello. En él.

Tanto Bethany como Gian durmieron llenos de paz esa noche.

Capítulo 13

Bethany despertó entre los brazos de Gian.

Por un momento, se alteró. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo habían acabado así, tan juntos... y durmiendo en la misma tienda de campaña?

Al instante, lo recordó, y el dolor de pie también volvió a ella.

No había hecho ningún movimiento desde que había abierto los ojos, porque no quería despertar a Gian, que estaba abrazándola, mientras apoyaba su mentón en la cabeza de ella.

Esta tenía la mejilla contra su pecho.

Estaba caliente, notaba, al subir y bajar, el latir de su corazón.

Resultó realmente relajante para Bethany.

Por eso mismo, lograron dormir tan bien.

El calor de sus cuerpos unidos, la respiración conjunta de ambos, el estar el uno con el otro... Todo eso había sido suficiente para que fuera una buena noche.

Era la primera vez que Anny despertaba entre los brazos de alguien y no se sentía vacía.

Se sentía complacida, relajada, en paz. Y eso, para ella, era como haber subido uno de sus grandes escalones mentales. Uno que tenía los ojos más oscuros que había visto nunca, y la mandíbula...

Apartó la mirada de Gian e intentó moverse.

El sexo no había sido necesario para hacerla sentir suficiente. El sexo para Anny, empezaba a cobrar otro significado. Ya no parecía un autosabotaje, sino como algo que podía elegir y disfrutar cuando se le antojara.

¿Cómo había llegado hasta eso solo con dormir con Gian?

Pero no, no solo era eso.

Era lo mucho que ellos le habían ayudado. Lo cómoda y a gusto que se sentía allí. Lo mucho que se estaba conociendo...

Volvió a cerrar los ojos sobre su pecho, intentando disfrutar de esa paz que Gian emitía, y de esa tranquilidad de la mañana.

Sin embargo, poco después, Gian se empezó a mover.

Abrió los ojos y la vio.

—Buenos días —dijo él, sin apartar los brazos de su cuerpo.

De hecho, a Bethany le había parecido que antes de hablarle, la había abrazado un poquito más fuerte.

Tal vez se lo había imaginado. Tal vez.

Su voz sonó ronca.

—Buenos días, Gian —susurró ella, incorporándose.

Gian la miró y sonrió al escuchar su nombre.

—¿Cómo llevas el pie?

—Creo que ya puedo caminar —indicó. Todavía le dolía, pero estaba mintiendo.

—Eso quizá sea demasiado pronto —comenzó a decir Gian, preocupado.

Ella lo interrumpió riendo. Se delató antes de hablar siquiera.

—El Curas transmitiendo su sabiduría —bromeó ella—. Ayúdame para que pueda salir, por favor.

Él alzó una ceja y no se levantó, al mismo tiempo que ella.
—¿Y si ahora no quiero? —vaciló—. El Curas está molesto.
Estaba jugando. El tono de su voz era desafiante. Incluso... atractivo, para ella.
¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaban haciendo los dos?
Anny carraspeó y dijo:
—Será mejor que te portes bien, Gian.
Él se acercó tanto a ella que compartieron la misma respiración.
Ella no se apartó y lo miró detenidamente.
Gian no supo qué estaba haciendo hasta que susurró:
—No te haces una idea de lo bien que me estoy portando, Bethany.



Salir de la tienda de campaña había sido difícil.
Sobre todo, cuando ella le había escuchado decir aquello.
Apartó la mirada y tragó saliva. Gian sonrió y la ayudó a caminar hacia fuera.
Acomodó uno de los sillones y la acercó a este.
Con mucho cuidado, la dejó caer y esta hizo un ruidito al sentarse.
—Conque podías caminar, eh... —comentó él con tono jocoso.
—Puedo —afirmó ella—. Exactamente.
Gian negó con la cabeza, mientras se mordía el labio.
Se dio la vuelta y ventiló las dos tiendas. Recogió los colchones y los sacos. Cogió una manta amplia y calentita, y la llevó hasta ella.
Bethany sintió que Gian se acercaba por detrás de ella.
De pronto, entrevió por encima de su cabeza una mancha gris y alzó la mirada. Vio el rostro de Gian y una manta. La rodeó con esta y la enrolló como si fuese un burrito.
—Delicioso —susurró él. Ella rio.
Bethany lo buscó con la mirada y este caminó hacia el fuego de delante. Estaba apagado de la noche, así que se propuso encenderlo.
—Deberíamos ahorrar leña —indicó Bethany, abrazándose a la manta. No pudo evitar estremecerse al sentir el olor de él en esta—. El resto tardará en despertarse, y todavía es pronto.
—Lo sé —asintió él, sin dejar de prender el fuego—. Si necesitamos más leña, iré a por más, no te preocupes. —Hubo un silencio—. Pero no voy a dejar que mi paciente se enferme...
Bethany rio e hizo el intento de levantarse. Falló.
Gian alzó una ceja y torció la boca, cuando vio su intención.
—Deja de hacer el tonto. —La señaló con una de las ramas—. Si te haces más daño, juro que Angelio se encargará de ti.
Anny abrió los ojos.
—¿Ya intentas deshacerte de mí? —preguntó, bromista—. No te pedí que me cuides.
—Nunca me desharía de ti, Bethany —susurró, mirándola.
Bethany cogió aire y observó el cielo.
Este lucía entre azul y naranja. Unos rayos amarillos salían de detrás de la montaña que

había un poco más lejos del lago. Estaba amaneciendo, y el reflejo del sol comenzaba a inundar el agua.

Bethany cerró los ojos y disfrutó del olor de la manta. Del sonido del fuego, crepitando. De la suave brisa de la mañana del verano. De... todo.

Cuando volvió a abrirlos, Gian estaba frente a ella, con una taza de café.

—¿Quieres? —preguntó.

—Gracias —dijo, mientras asentía, aceptándola.

Ambos bebieron lentamente del café caliente.

Bethany vio cómo Gian se colocaba en el sillón de enfrente y sus pies casi se tocaban.

Ella no pudo evitar mirarlo de abajo a arriba.

Gian seguía mirando su taza de café, mientras acercaba inconscientemente uno de sus pies.

—Ten cuidado —le advirtió ella—. A ver si me das en el malo.

Gian la miró y después a sus pies.

Le dio una pequeña patadita en la zapatilla. En el pie bueno, por supuesto.

—Arriesgando... —comentó ella, mientras volvía a desaparecer parte de su rostro detrás de la taza. Estaba sonriendo, en realidad.

Gian elevó los ojos.

—Había un 50 % de probabilidades de fallar, y de acertar.

Bethany entrecerró los ojos. ¿Qué pretendía?

—Sabes de sobra cuál es el que me duele, Gian. —Tragó saliva y apartó la mirada.

—A lo mejor... no.

—¿Ah, no? —le retó ella.

Gian negó con la cabeza y le volvió a dar en el mismo pie.

Ambos sabían de sobra que no se olvidaría de cuál era el que de verdad le dolía.

Dio otro golpecito más, y, esta vez, mantuvo su pie ahí. Junto al suyo.

Se acercó un poco, hasta que sus piernas comenzaron a rozarse.

Bethany lo vio temblar, entonces. Tenía frío.

Ella tenía... ¡Mierda! Ella tenía toda la maldita manta.

—¿Quieres parte de la manta? —le preguntó, ofreciéndole un hueco.

Gian asintió y se colocó a su lado.

Bethany abrió la manta, y Gian se colocó dentro.

Miraron el fuego crepitante. Miraron el lago, que estaba precioso. Miraron cualquier cosa, antes de mirarse a ellos mismos. Si lo hacían..., estaba demasiado cerca.

—En cuanto abran la tienda del campin, iré a por hielo.

—Gracias —dijo ella—. Yo creo que después de un rato más con esa bolsa, ya podré caminar de verdad.

—Eso espero.

Todos los músculos del cuerpo de Gian intentaron escapar de esa situación. Una parte de él pedía que abrieran ya esa maldita tienda, pero, otra parte, suplicaba lo contrario.

Tanto tiempo a su lado... Tanto tiempo haciendo esas cosas... Debía frenarlo.

Gian fue a decir algo, como excusa para levantarse, pero, entonces, Alessandra apareció, saliendo de su tienda de campaña, desperezándose.

—Buenos días, chicos —dijo—. ¿Tanto frío tenéis?

—Buenos días —la saludaron antes.

En cuanto ella preguntó aquello, Gian se levantó y le ofreció su sitio.

—Ponte aquí con ella —indicó, señalando el sitio—. Iré a ver si han abierto la tienda esa.

—Todavía faltan unos cuantos minutos —replicó Alessandra, mientras cogía ese sitio y se frotaba las manos.

«Sí que hacía algo de fresco, la verdad», pensó. «Pero sabía que no hacía tanto como para... todo eso».

—No importa. —Gian escapó de allí, a paso ligero.

Bethany rio, y Alessandra la miró.

—Parece que te lo pasas muy bien con Ruggi —carraspeó.

Era obvio lo que quería decir, pero ella se hizo la loca.

—Es majó —fue lo único que indicó.

—¿Solo eso? ¿Majó? —le preguntó—. Oh, vamos. No soy idiota. Ni ciega. Ni sorda...

—¿Qué?

—Os oí anoche —aclaró—. Hablando en tu tienda. ¿Has dormido con él?

Bethany asintió.

—Pero es lo único que hemos hecho, lo juro. No ha pasado...

Alessandra rio.

—Tranquila, sois adultos. Podéis hacer lo que queráis.

—Creía que no te hacía gracia, que tuviera nada con Gian.

—¿Gian? —Se sorprendió—. Vaya, vaya... —Bethany no dijo nada—, pero sí —reconoció—. No quería que tuvieras nada con él, porque sabía que os gustaríais.

—¿Y qué tiene de malo eso? —preguntó, aunque no reconoció eso.

Solo quería saber que, si se diera el caso, qué era lo que tendría eso de malo.

—Pues que tú te marcharás en dos meses, Bethany. —La miró—. No quiero ver a mi amigo sufrir. Ni tampoco a ti. —Tragó saliva, sabiendo que lo siguiente que iba a decir podría sentarle un poco mal, pero tenía que comprobarlo—. Además, creo que podrías confundir las cosas porque...

Bethany frunció el ceño.

—No —negó con rapidez—. Si me siento tan bien con Gi... con Ruggi, no es porque esté intentando olvidar a Roy con él —explicó. Era cierto, joder. Ese era el problema: que era cierto—. De hecho..., ni siquiera me acordaba de Roy.

Alessandra abrió un poco más los ojos.

—¿Te gusta Ruggi? —quiso saber su amiga—. ¿Acaso estabas realmente enamorada de Roy?

Bethany no respondió directamente. Tuvo que pensarlo un poco antes de decir:

—No creo que estuviera realmente enamorada de Roy. Creo que me aferraba a algo que me hacía mal, porque yo estaba mal. Solo quería seguir sintiendo ese dolor, de cualquier manera. —Suspiró—. Es difícil de explicar.

Alessandra le cogió de la mano.

—Te entiendo, perfectamente.

Bethany le apretó la mano con fuerza.

—Gracias... —Entonces, pensó en su otra pregunta. ¿Le gustaba Ruggi? ¿Acaso le podía gustar Gian en menos de un mes?—. No creo que Gian me guste. Es solamente que... Estoy muy cómoda con él. Sí, me atrajo nada más lo vi, pero... no. No me gusta, Ruggi —mintió.

Ella ni siquiera lo sabía, pero estaba mintiendo.

Gian empezaba a gustarle, y que lo conociera de menos de un mes, no tenía nada que ver.

Había conectado con él de una forma en la que no lo había hecho nunca con otro.

Pero no iba a reconocerlo. Ni siquiera creía que fuera... real.

Además, Alessandra tenía razón.

Ella se marcharía en poco más de dos meses. No podía arriesgarse. Prometió no volver a hacerlo.

Sin embargo, cuando ellas terminaron de hablar, Gian llegó con la bolsa de hielo en las manos y la colocó, rodeándola con un trapo, sobre su pie.

Después, la miró sonriente, y Alessandra lo supo: ambos sentían algo.



Varias horas después, Bethany se encontraba bastante mejor del pie. No lo forzaba, pero ya podía apoyarlo, sin que le doliera enormemente.

Todos comieron alrededor del fuego y hablaron durante horas, y horas.

Al final, cuando la tarde llegó a ellos de nuevo, Alessandra dijo:

—Te has librado de este domingo de repaso, pero que no vuelva a ocurrir, eh.

Bethany rio.

—¡Sí, señora! —exclamó, bromeando. Alessandra le lanzó un trozo de pan—. Cuidado que me das en el pie.

—No —negó ella con la cabeza—. Tu pie ya está perfectamente. Ha tenido muy buenos cuidados —soltó, mirando a Gian y a Bethany.

Ambos esperaron que Luka y Angelio no creyeran algo que no había ocurrido.

Algo que...

Luka soltó:

—Para eso estamos —y lo dijo tan pancho.

—Si tú no has hecho nada por su pie —masculló Angelio, riendo.

—He prestado mis servicios de no molestarla ni pisarla —se defendió, alborotando todavía más su pelo negro afro—. Debería ser importante reconocer el mérito de todos.

El resto rio, y atizaron un poco más el fuego.

Luka y Alessandra se miraron un segundo, como si estuvieran pensando en algo. Rieron y asintieron.

Angelio los observó, y Gian preguntó:

—¿Qué estáis tramando?

—Vamos a proponer jugar a algo —explicó Alessandra eufórica—. «Yo nunca».

—No —se negó Angelio—. No. No. No.

—¿Por qué no?

—No hay alcohol —soltó, como excusa.

—No bebes, idiota —le dijo—. Ninguno de vosotros bebe.

Alessandra era la única que sí bebía alcohol. Quitando a Bethany, y su desliz de hacía una semana, tampoco.

A esta le sorprendió oír aquello. Sobre todo, viniendo de otro grupo donde el beber estaba tan... normalizado.

No pensó en Roy directamente, pero era inevitable no pensar en él, cuando era el más imbécil, sin control, que había conocido.

—Entonces —alegó Luka, mirando a Angelio—, jugamos.

—No lo creo. —Le sonrió este, sacándole a la lengua.

Pero, entre todos, empezaron a servir vasos de refrescos.

Alessandra quiso hacer un brindis primero. Antes de empezar a jugar.

—Por Bethany Fisher. —Alzó su vaso—. A quien no esperábamos, pero que ha sido, y es, un honor tenerla con nosotros.

Bethany rio y alzó su vaso.

—Por vosotros, chicos —repuso ella—. Por recibirme con los brazos abiertos desde el primer día y por... —suspiró—... por hacerme sentir como en casa.

Ahí estaba.

Bethany había dicho la verdad.

Al fin, después de casi toda su vida, había sentido que un lugar era realmente su hogar. Nunca se había sentido más aceptada, entendida, valorada, y... a gusto.

Se sentía libre.

Y tuvo que aguantarse las lágrimas para que eso no fuera demasiado emotivo.

Todos alzaron sus vasos y brindaron.

—Ahora sí —anunció Alessandra—. ¡Que comience el juego!



Llevaban tantas rondas jugando, que el estómago de Bethany podría salir a flote si se metían otra vez en el lago, de tanta burbuja.

—Yo nunca... —siguió diciendo Alessandra—. He escupido en la comida de alguien.

—¿Qué? —soltó Angelio—. Tía, no pienso ir nunca más a tu cafetería.

Alessandra rio.

—Solo lo hice una vez... —se excusó—. Era un ex muy... imbécil.

—Entonces, me parece fatal que solo fuera una vez —anunció Luka—. Bebamos todos, solo por celebrar que te libraste de ese capullo.

Todos gritaron y bebieron.

—Yo nunca... —dijo Luka, ya que estaba—. Yo, nunca me he besado con alguien de mi mismo sexo.

Él bebió, y Alessandra también.

—No te veía capaz de eso —le dijo Angelio.

—Ni que fuera un delito —soltó ella.

—No —aclaró él—. Era solo que pensaba que eras heterosexual.

—Y lo soy... —reconoció—. Para mi desgracia —suspiró—, no me gustó. —Luka rio.

—¿No te sorprendes de mí? —le preguntó a Angelio.

—¿De ti? Pero si te besas con todo lo que se mueve.

—Oye... —le frenó—, soy bisexual. No, un depravado.

—No quería decir eso —se excusó—. Lo siento. —Luka puso mala cara. ¿Qué le ocurría?

—Yo nunca —siguió Luka, algo resentido—. Yo nunca he besado a alguien, y no he sentido nada.

El silencio se hizo.

Angelio lo miró con la mandíbula apretada.

—Eso es jugar sucio.

—Solo he continuado tu juego sucio —soltó Luka.

—Chicos —los avisó Alessandra—, no tenéis por qué hacer esto...

Angelio levantó un dedo y bebió su vaso entero. Entonces, lo dijo:

—Sí, es cierto —afirmó—. He besado a gente, tanto chicos como chicas, de todo tipo, y no he sentido nada. —Suspiró, cansado de esto—. Pero no he sentido nada de manera... sexual —aclaró—. Hay personas que me atraen, pero es de otra manera.

—No tienes por qué explicar tu asexualidad, Angelio —le dijo Alessandra—. Nadie tiene por qué hablar de lo que no quiere.

—Quiero hacerlo —le confesó, y se soltó—: De hecho..., quiero... Necesito que entendáis por qué fumo tantos porros. —Gian tragó saliva y lo escuchó con atención, como siempre hacía—. Me intento... Intento colocarme para ver si así puedo ser... Ya sabéis, como el resto. Normal, pero... no funciona.

—No digas eso —masculló Gian a su amigo—. Eres normal. Todos lo somos. Que seas de una manera u otra no significa que seas raro, Angelio.

Bethany asintió.

—Si no sientes nada de manera sexual, no es importante. No, si no lo es para ti, Angelio —continuó diciendo ella—. A veces el sexo está tan... normalizado en esta sociedad, que se olvidan del resto de las cosas.

—Es una mierda cuando te sientes como si algo fallara en ti...

—Pero nada falla en ti. Simplemente..., ese eres tú —comentó Gian, acercándose a él—. No hay ningún problema.

Bethany no pudo evitar pensar en su amiga Ellie.

La pobre lo había pasado tan mal con su identidad... Todos sufrían tanto por sentirse distinto a lo que se supone, o a lo que alguien estableció que es lo normal...

La sociedad cree que ha avanzado, pero todavía le queda tanto...

Los pensamientos de Anny volaban en todas las direcciones.

Inmediatamente después, Gian abrazó a su amigo. Este lo envolvió, y el resto se sumó.

—Dejemos de jugar a esto —propuso Alessandra—. Vamos recogiendo, mejor.

El resto asintió.



Angelio se comportaba como siempre, cuando ya estaban en el coche.

Luka y él se habían pedido perdón, y habían vuelto a ser tan amigos.

Alessandra había cantado numerosas canciones de pop y de rock, y de... Joder, se las sabía todas, fuera el género que fuese. Era una *crack*.

El viaje en coche de la vuelta fue todavía más corto que el de la ida, y, al llegar a la

facultad, se despidieron y se marcharon cada uno a su habitación.

Gian y Bethany subían las escaleras cargando sus respectivas cosas, acompañándose mutuamente a sus habitaciones, puesto que estaban una enfrente de la otra.

—Me lo he pasado genial —confesó ella, antes de poner la llave en su cerradura. Sonriendo.

—Yo también —alegó Gian, devolviéndole la sonrisa.

Miró sus ojos aguamarina y recordó aquella frase que le dijo cuando la conoció.

—¿Todavía no has traducido esa frase? —le preguntó, abriendo su puerta.

Bethany tuvo que pensarlo un poco... pero lo entendió enseguida.

—Oh..., es cierto —recordó—. ¿Qué significa?

—Tendrás que estudiar un poco más para averiguarlo —respondió él, entrando en su habitación, mientras metía sus cosas hacia dentro.

—Usaré el traductor —le advirtió—. La curiosidad me puede.

Gian rio y se quedó en el umbral de su puerta, esperando a que ella entrara en la suya.

—No te acordarás de cómo se dice —le dijo—. Mucho menos de cómo se escribe.

—Puede —masculló, sin rendirse—, pero el traductor me lo corregirá.

—Entonces, no tendrá tanta gracia.

Bethany miró sus ojos. Negros como el abismo. Como el vértigo. Como el vuelco que dio su corazón, sin entender por qué, al verlo mirarla con esa cara y esos ojos... Su mirada...

—Está bien —cesó ella—. Estudiaré más y averiguaré qué decía tu frasecita.

—¿Frasecita? —se burló él—. Es una frase maravillosa.

—Sí —asintió—, como tu estupidez al conocerme —aclaró—. ¿Tanto te costaba presentarte en mi idioma cuando lo hablas?

—Bastante —reconoció él, cruzando los brazos—. Así era más... divertido.

Bethany negó con la cabeza y lo retó.

—Lo averiguaré.

Gian sonrió.

—Eso espero.

Entonces, ambos entraron en sus respectivas habitaciones, y Bethany estuvo lo que quedaba de tarde, y parte de la noche, hojeando el libro de traducciones en italiano.

Aunque no sirvió de mucho.

No recordaba la frase que Gian le había dicho.

Capítulo 14

A la siguiente semana, Anny ya no tenía ni rastro de dolor en el pie.

Había decidido poner su máxima atención en cada una de las clases de italiano, y puede que se estuviera engañando, pero sí creyó que estaba mejorando.

Ese finde semana, Alessandra y ella, se pasaron las dos mañanas repasando.

—Estás mejorando mucho, Anny. Sigue así.

Las palabras de su amiga la habían motivado tanto, que eso había seguido haciendo.

No se había venido abajo. Lo dio todo.

Las tardes respectivas a esos días, fueron sumamente divertidas, pues había ido con Ale y los chicos a jugar a los videojuegos a una sala de recreativos, y más tarde a la bolera.

Las ledes de colores ambientaban el local.

Eso era lo único que lo hacía, pues las luces principales estaban apagadas. La moqueta estaba algo pegajosa y los gritos de euforia de la gente que ganaba, y las quejas de los que perdían, se escuchaban en cada rincón.

Luka y Angelio habían corrido hasta una de las máquinas que estaba libre con su juego favorito.

Alessandra arrastró a Bethany hasta otra, con el suyo, y Gian rio mientras iba a la barra para pedir un par de bebidas y nachos con queso para todos.

Cuando acercó el plato a Bethany y esta le dio las gracias, añadió:

—Qué poco... italiano, ¿no?

—Bueno —comentó Gian, echándose uno de los nachos a la boca—, las cosas que no son italianas también están muy... buenas.

La pausa que hizo fue natural. Nada del otro mundo.

Ninguno de ellos se alteró.

Sin embargo, Alessandra comenzó a reír ella sola; como si Gian lo hubiera hecho a propósito.

No era doble sentido, pero la risa de Alessandra también era contagiosa, así que los dos rieron con ella.

Gian le avisó con la mirada: «como abras la boca, te mato».

Alessandra le guiñó un ojo. Eso no iba a ocurrir.

Si todavía ninguno de los dos tenía claro lo que ocurría entre ellos, Alessandra no interrumpiría su proceso, de lo que quiera que fuese eso que les ocurría.

Se fueron turnando en las máquinas y en los minijuegos que había al lado. Canastas de baloncesto, disparo al aro, y demás... En todas se lo pasaron genial, mientras todos hablaban entre ellos, y reían.

Gian vio a alguien entrar y caminar directo hacia ellos. Puso los ojos en blanco.

De repente, Dante apareció entre dos máquinas y se emocionó al verlos.

Sobre todo, a Bethany. En realidad, era la única que le interesaba, y no especialmente para ser su amiga.

Aunque esta ya le había aclarado aquella noche, y en otro par de ocasiones más, que no quería nada más con él. Ni con nadie.

Esta tragó saliva e intentó esconderse tras una de las máquinas, pero la vio.

Los vio a todos.

Dante y Bethany estuvieron un rato hablando, y Luka y Angelio la salvaron, uniéndose, y cambiando de tema.

Alessandra y Gian estaban en ese momento algo apartados de ellos, y él no pudo evitar preguntar:

—¿A Dante le gusta Anny?

—Desde luego —asintió—. Está muy pesado con ella, pero a Anny no le interesa mi primo, en absoluto.

—No estoy tan seguro de eso —susurró, recordando aquella noche.

—¿Por qué lo dices?

—Dante estuvo en su habitación hace dos semanas —aclaró—. Supongo que habrá vuelto, o algo, pero no lo he visto, la verdad. Ese día los escuché.

—¿Qué escuchaste? —preguntó Alessandra, con el ceño fruncido—. Porque me parece que te estás equivocando.

—Los escuché hablando mientras entraban en su habitación. —En su voz se pudo apreciar una especie de carraspeo incómodo.

—¿Estás celoso, Ruggi? —quiso saber su amiga.

Aunque lo veía perfectamente. En cada vez que Dante aparecía. En cómo miraba a Bethany. En su voz. En sus actos. Lo sabía.

Él no respondió. No pensaba siquiera negarlo. Sí, estaba celoso.

Alessandra sonrió cuando él no lo negó.

—Bueno, si te sirve de consuelo, no hicieron nada. —Quería que supiera la verdad.

—¿Cómo que no hicieron nada? —Él frunció el ceño, sin comprender lo que estaba intentando decirle.

Ambos miraron a Angelio y Luka, quienes eran los que estaban hablando con Dante.

Anny, simplemente, estaba ahí, escuchándolos, a pesar de que su mente parecía estar más bien en otro lado...

Alessandra respondió:

—Anny no fue capaz de hacer nada —explicó mientras lo miraba—. Bueno, más bien..., no quiso hacer nada.

—¿Por qué?

—Joder, está claro el porqué, Gian.

Si Alessandra decía su nombre, es que era algo importante. Algo obvio.

Pero él no estaba tan seguro, y, desde luego, no provocaba en su interior lo mismo que cuando Bethany lo decía.

—¿Te lo ha dicho? —le preguntó este, queriendo saber si Bethany le había explicado el porqué de no hacerlo.

—No. No tendría sentido, porque ni siquiera ella lo sabe. —Gian suspiró—. Sé que le gustas. Igual que sé que a ti te gusta —aclaró ella—. No necesito que me lo digáis. Es más que obvio.

—El problema está en que, sí, cuando la vi, quise hacer... de todo con ella. Me atraía muchísimo. —Gian reconoció en voz alta lo que todavía no creía. Suspiró—. Pero luego... No sé. Fue convirtiéndose en mi amiga, y no solo quería tenerla como amiga, sino de ambas formas. Bueno, quizá de otra, también. No sé.

—¿El problema? No lo veo. —Ella le había pedido que no se acercara a Anny, pero,

conforme pasaba el tiempo, se iba dando cuenta de que no tenía sentido.

—Para empezar, quiere a ese tal Roy —apretó los labios—, y, para terminar, se irá. Pase lo que pase, no tiene sentido.

—Pasarlo bien. Podéis divertirlos, si tenéis claro lo que hay. Al principio, no creía que fuera buena idea, pues sabía cómo estaba Anny. Pero, tal vez os dé tiempo a disfrutaros. —Gian hizo el silencio y Alessandra lo entendió—. Te estás enamorando de ella.

—No lo digas así. Suena...

—¿Suena real?

—No es real, y no es posible. —Gian se levantó y se enfadó, pero consigo mismo—.

No hables de esto. Yo me encargaré de que... de olvidarme de esta tontería.

Alessandra supo que mentía. Era su mejor amigo, claro que sabía que mentía. De la misma manera que estaba más que segura de que se estaba enamorando lentamente de Bethany Fisher.

Aunque fuera pronto para darse cuenta para él.



La siguiente semana fue la que cerró junio.

Eso solo significaba una cosa: a Anny le quedaban dos meses en Italia.

Un poco menos.

El tiempo iba en su contra.

Si le hubieran dicho, antes de irse hasta allí, que no querría volver, no se lo habría creído ni en broma.

Sin embargo..., ahora sí.

Anny no quería marcharse de Italia.

Durante esa última semana se puso al día con su familia y sus amigos de Reino Unido. Pero, o bien algo había cambiado, o algo iba mal. Pues ni Isobel, ni nadie, sabía nada de Roy. Ni Isobel, ni nadie, sabía nada de Isaac. Ni de Ethan.

Le había preguntado, pero a ella no le había parecido correcto contárselo. Simplemente, le había dicho:

—Necesito que vuelvas cuanto antes. Hay tantas cosas que tienes que saber y que lo cambiarían todo... —Pero no le contó el motivo, y después cambió de tema—: Ellie y yo estamos preparando algo. Una fiesta para agosto. Iremos el último fin de semana, para que así, el día que te vuelvas, podamos hacerlo juntos —dijo emocionada—. ¿Qué te parece?

—¿Vais a venir a Italia?

—Sí, tonta. —Hizo una pausa—. Espero que pueda convencer a los chicos... —Otra pausa—. ¿No es genial?

—Sí... pero, para ese finde, queda mucho.

—No tanto. Cuando te quieras dar cuenta, ya estás aquí de nuevo.

Las palabras de Isobel eran buenas, pero en Anny no sonaron bien.

Le dolía.

Claro que le hacía ilusión esa fiesta aquí. Un reencuentro y una despedida. Era una buena idea.

¿Cómo no iba a serlo, si era de Isobel? Anny pensó en lo bien que se llevarían ella y Alessandra, una vez más.

El asunto era que no quería despedirse de ellos. No quería despedirse de... Gian.

Después, Ellie se unió a la conversación y dijo algo sobre si había conocido a alguien.

Anny mintió, cuando dijo que no, porque Gian pasó por su mente demasiado rápido.

¿Y si le atraía solamente y estaba confundiéndose? No podía jugársela.

Sin embargo, la pregunta que de verdad debía hacerse era: ¿y si dejaba de huir de lo que le estaba pasando?



Angelio y Luka pasaron el primer fin de semana de julio ayudando a Alessandra en una cosa muy importante para su trabajo.

En la cafetería que ella trabajaba, se había anunciado un concurso de talentos. Algo pequeño, pero que necesitaba una muy buena preparación.

Ale le había pedido a Gian que ayudara a repasar italiano a Bethany esa semana.

Él no estaba seguro de si sería una buena idea. Sobre todo, porque ella lo había estado prácticamente esquivando, desde la noche en la tienda de campaña.

Aún recordaba el calor de su cuerpo contra el suyo, la serenidad de tenerla abrazada a él, el ritmo de las respiraciones que hacían al dormir... Juró que podía haber soñado con ese momento el resto de los días. Juró que...

Que no era una buena idea.

Si ella se estaba alejando, ¿cómo conseguiría acercarla de nuevo? Y, ante todo, ¿cómo podría olvidarse de ella, si no quería hacerlo?

Sin embargo, no les quedaba más remedio que acudir a ese encuentro para estudiar.

Y ahí estaban, un par de horas después, los dos solos en la biblioteca.

Intentaban centrarse solo en lo que debían: repasar las clases de esa semana. Saber cuánto había avanzado Bethany en el italiano.

—Traduce esto —le pidió, señalando la frase que había en su libro de texto—. Prueba: *Una stanza senza libri è come un corpo senz'anima*.

Anny respiró hondo y lo intentó:

—Una habitación...

—Muy bien, Anny, sigue.

Que él reconociera su esfuerzo, era una calma automática y algo voraz, al mismo tiempo. Un reto. Uno detrás de otro.

—Dame una pista —pidió, mirándolo a los ojos.

—Está relacionada con este lugar.

—Mmm...

Ella habría dicho otra cosa. Cuando tradujo la frase, entendió que ella habría dicho otra cosa. Joder..., no podía decirle lo que había pensado. No podía.

—Una habitación sin libros es como un cuerpo sin alma —dijo finalmente Bethany.

—¡Sí! Ahora dilo en italiano.

—*Una stanza senza libri è come un corpo senz'anima.* —Su voz se animó—. Una habitación sin libros es como un cuerpo sin alma.

Gian no fue capaz de apartar la vista del aguamarina de sus ojos. Era la primera vez que la escuchaba hablar en su idioma y era... Había sido hermoso.

«Maldición, ella era hermosa», pensó Gian.

La biblioteca estaba vacía. Nadie, salvo ella y sus amigos, iba un día del finde a estudiar. El silencio pudo apreciarse en cada parte de la estancia.

Los libros eran tan antiguos como la propia biblioteca, pero también había algunos ejemplares nuevos en algún estante.

Bethany ya le había echado un vistazo, antes de que Gian se atreviera a aparecer. Fue una sorpresa para ella cuando este le contó por qué no podía Alessandra acudir al estudio.

Anny frunció el ceño y recordó algo.

—Oye, Gian.

—Dime.

Sus miradas escrutaron hasta el último punto de su alma. Sus cuerpos cerca, muy cerca.

«El traqueteo de sus latidos», pensaron ambos, «debía de escucharse».

Estaban seguros.

Gian intentó disimular. Anny intentó entender qué le pasaba; qué era ese sentimiento que la inundaba cuando estaba junto a él.

Así que quiso averiguarlo. Empezar por el principio.

—¿Qué significa la frase que dijiste al conocernos?

—Oh, eso... —recordó. Fue él quien la retó a entenderla. Ahora no debía echarse hacia atrás. No podía no decírselo...

Y se sorprendió porque ella le hubiera dado importancia, entonces, y que todavía lo tuviera en cuenta.

Gian tuvo que aguantar su respiración un par de segundos, para que su voz no temblara, como lo estaba haciendo él por dentro.

Cuando halló el valor, repitió la frase, lentamente y con un acento exquisito:

—*Che gioia incontrare gli occhi del mare.*

—Eso. Fue exactamente eso —exclamó ella y se inclinó, inconscientemente, hacia él. Gian miró su carnosa boca sin apenas darse cuenta—. ¿Qué significa?

—Intenta traducirlo —susurró este, curvando una de las comisuras de sus labios.

Estaba retándola de nuevo y esquivando decirle lo que significaba, también.

Ella aceptó el reto, pero el hoyuelo que apareció en la mejilla de Gian, al sonreír, hizo que se tambaleara.

—Que... que no sé qué del mar —fue lo único que pudo traducir. Gian se rio. ¿Qué clase de intento había sido ese?—. Dímelo, Gian. Por Dios, no seas cruel.

Él sonrió y cruzó sus brazos en el pecho. Se echó hacia atrás, reposando su espalda en la parte trasera de la silla.

—Voy a dejar que tengas tiempo para pensarlo. Sé que puedes conseguirlo.

Ella puso los ojos en blanco, pero aceptó.

—Voy a buscar unos libros mientras —anunció este, al levantarse.

—No tengas prisa.

Gian rio, y levantó una mano en señal de aceptación.

Si la dejaba un tiempo a solas, sin la presión de alguien mirando y esperando la traducción,

seguro que lo conseguía antes.

Aunque él no tenía claro si ahora quería que lo supiera.

Bethany puso toda su energía en esa frase. Esa maldita frase que llevaba rondando en su cabeza desde que lo conoció.

En su momento, pensó que estaba vacilándola. Pues sabía que su nivel de italiano era nulo. Pero, ahora... Ahora creía que tenía otro significado, y, conforme se iba acercando a la verdad, se ponía más y más nerviosa.

Gian estaba cargando con varios libros de la sección de idiomas, que creyó que serían buenos para Bethany. Se sentía tan orgulloso de ver la mejora que había hecho... y, al mismo tiempo, estaba temblando.

Tenía miedo de que tradujera esa frase, que descubriera lo que había pensado al verla por primera vez.

Se maldijo por haberla dicho en voz alta ese día, y se volvió a maldecir ahora por habérsela repetido.

Podía haberse inventado otra cualquiera, pero no iba a mentirle, y, que ella recordara la frase al mencionarla, hizo que su sonrisa resurgiera.

Ya tenía todo lo que necesitaba. Daría un poco más de tiempo a Bethany, por si las cosas...

Sin embargo, no ocurrió de esa forma precisamente.

Gian fue a girar la esquina del laberinto de la biblioteca, con al menos diez libros de italiano entre sus brazos, cuando Anny apareció de improviso y chocó con él.

A Gian se le cayeron todos los libros al suelo del impacto.

—¡Anny! —gritó él. Lo había asustado.

Ella no dejó que los recogiera cuando este hizo la intención.

En su lugar, lo acorraló contra la estantería que tenía detrás de él.

Gian notó lo cerca que ella estaba. Su corazón traqueteó.

Anny abrió la boca y le costó un par de segundos hablar:

—Qué alegría encontrar los ojos del mar. —Gian se quedó mudo—. Eso significaba lo que me dijiste. —Era cierto. Maldición, era buenísima. Después, la repitió orgullosa—: Que alegría encontrar los ojos del mar.

Gian sonrió y asintió.

—Exactamente.

—¿Por qué? —ella necesitaba saber el motivo.

Hubo un silencio. Un silencio que aceleró sus latidos e intensificó sus respiraciones.

Podían ver cada centímetro de sus rostros. Cada magnífico rasgo.

Gian observó los labios gruesos de Bethany. El color aguamarina de sus ojos. Sus rizos rojizos. La posición de sus manos contra la estantería, cerrándole el paso. La autoridad y la osadía. La valentía. La victoria de haber conseguido traducir la frase sin ayuda de nadie, y, después, inconscientemente, volvió a mirarle los labios.

No pudo apartar la mirada. Mucho menos el deseo de reposar su boca en la de ella. El deseo... Casi la necesidad de sentir sus rizos entre sus dedos, de que los suyos exploraran su cuerpo y de que...

Gian apartó la mirada y carraspeó.

Bethany había estado mirándolo a él. Sus ojos oscuros y afilados, su mandíbula marcada, sus labios carnosos y la caída de su cabello plateado sobre sus mejillas. Las raíces negras que ya llegaban hasta la mitad de su melena. Ese blanco y negro.

El deseo surgió de ella, de la misma manera que había salido de él, cuando reposó la mirada, al igual que Gian había hecho antes. En el mismo lugar: su boca.

Cuando Gian le había mirado a los labios, mucho más de lo que ella se esperaba, irremediablemente sintió lo mismo. Un horrible calor la inundó.

A los dos.

Pero fue el carraspeo de Gian lo que los devolvió a la realidad.

Se dieron cuenta de que estaban más cerca que nunca. Tan sumamente cerca que, si uno de los dos se inclinaba un poco... Tan solo un poco, podrían llegar a...

Anny se retiró de repente y Gian notó la falta inminente de su cuerpo junto al suyo.

Pudieron volver a respirar, a pesar de que la falta de aire, en ese instante, había sido mucho más dulce.

—¿Por qué? —repitió ella—. ¿Por qué dijiste esa frase, Gian?

—Porque el color de tus ojos me recordó al mar.

—¿Solo eso?

—¿Querías que significara otra cosa, Anny? —Él se contuvo. No habló de lo que se había convertido. Del significado que había ido tomando con los días. Ella no respondió—. ¿Bethany?

Entonces, ella no respondió. Solamente pudo volver a mirarlo. Sus ojos. Su boca. Su... su corazón no dejaba de latir. Su mente no cesaba ese pensamiento. Esa sensación...

Gian la miró como nunca se había atrevido a mirarla.

Y, antes de que él lograra pestañear, las manos de Bethany se habían posado sobre sus mejillas, había ladeado la cabeza levemente y había juntado sus labios con los suyos.

Gian se deshizo de inmediato en ella.

Sentir el calor de su boca contra la suya. Ligera y apasionada, al mismo tiempo. Dulce y energética. Era con lo que había soñado desde que la vio por primera vez. Con lo que soñaría siempre.

Bethany se apretó contra él y este le cogió de la cintura, apretando sus caderas, deseando estar más cerca el uno del otro.

Tomaron un segundo de distancia para coger aire y se miraron. Los ojos brillantes y llenos de alegría y deseo.

Sus bocas volvieron a juntarse enseguida.

Las manos de Bethany se perdieron en su espalda y en su nuca. Las de Gian se movieron de la cintura y la cadera de ella para, con una, sentir al fin sus rizos entre los dedos, y con la otra, sujetar su rostro.

Se apretaban tanto entre sí que creyeron que iban a tirar la maldita estantería en la que Gian tenía la espalda apoyada, pero no dejaron de besarse.

Hasta que Bethany se retiró y se dio cuenta de lo que había hecho.

De lo que los dos había hecho.

Ya no había vuelta atrás...

Se dio la vuelta y desapareció por el pasillo.

Gian observó los libros que todavía seguían en el suelo y se dispuso a recogerlos, intentando mantener su corazón tranquilo. Aunque, cuando llegó con ellos a la mesa, Bethany no se encontraba junto a sus apuntes.

Había huido, pues había sentido algo nuevo. Algo que no sabía cómo manejar.

Se encerró unos minutos en el baño de la biblioteca, con las manos en los labios, deseando poder haberlos juntado con los de Gian una vez más. Intentando comprender lo que le ocurría...

una y otra vez.

Sabía que iba más allá del deseo, y que iba más allá de todo lo que había sentido y experimentado jamás. Ni se acercaba a lo que había sentido con Roy. Ni a nadie.

Aquello, ya ni siquiera tenía sentido.

Entonces, Anny parpadeó, hablaba de Roy en pasado. En su mente no estaba, y en su corazón había desaparecido por completo.

Nunca había estado allí, en realidad. Ella lo sabía bien.

De golpe, Bethany sacó un papel, el cual había arrancado de una hoja de las que tenía su libreta, y observó la frase. Lo que Gian le había dicho la primera vez que la había visto. La que no dejaba de recordar.

—*Che gioia incontrare gli occhi del mare* —susurró en voz alta.

«Qué alegría encontrar los ojos del mar».

Anny se apretó la nota al pecho, antes de salir de allí, sonriendo.

Capítulo 15

El concurso, que habían organizado en la cafetería donde trabajaba Alessandra, se celebró el siguiente fin de semana.

Todos se habían reunido en la puerta para echar una mano a su amiga.

El local se encontraba en una de las calles más transitadas de Tropea.

«Italia era un lugar en el que fueras, a donde fueras, tenía su propia esencia», pensó Anny. «La calidez y la armonía de las calles de allí no se hallaban en otro sitio».

En la puerta, donde ellos estaban esperando a que Alessandra, desde dentro, los abriera, Anny pudo apreciar cada detalle que la rodeaba. Como la pequeña, pero coqueta terraza, con sillas y mesas blancas con sombrillas de colores; macetitas con flores de distintas clases, como rosas y peonías, adornaban la valla de cristal que hacía de separación entre esa zona y la siguiente.

También se fijó, al entrar, que la barra, la cual se encontraba a la izquierda, estaba hecha de rocas deformadas, con un acabado metalizado en la parte superior, donde pudo ver a varias personas dando los últimos retoques de limpieza.

Alessandra estaba más eufórica que de costumbre.

—¡Muchas gracias por venir, chicos! —Dio un grito que resonó hasta el final del local—. Podéis poneros por ahí —señaló—. Os he reservado un sitio especial.

Al otro lado de la cafetería, había más mesas y sillas, como las de fuera, pero donde ella les había señalado estaba en la parte del entretenimiento, junto al escenario. Repleto de instrumentos y atrezzo.

Se sentaron en unos sofás color café, que tenían forma de u.

Alessandra dijo que se pasaría por la mesa cuando pudiera, y estos se sentaron, esquivando la mesita del centro, que era una rueda de camión, con la parte superior decorada con muchos estilos de cristal. Una flor que hacía luz era lo único que había de decoración.

Entonces, los ojos de Anny se fueron a la pared de piedras de color crema que tenía detrás. Plantas colgantes y cuadros de los paisajes de Tropea colgaban de esta, y, al escuchar cómo conectaban los altavoces del techo, supuso que debían de mantener silencio.

Sentía que estaba entre un concierto y el cine.

Ajustaron las luces, para probarlas. Rojo, verde, y blanco, como foco principal.

Cuando lo pusieron en movimiento, fue directo a la cara de Gian, y este rio. Saludó como si fuera alguien de la realeza, y hasta los técnicos se carcajearon.

Anny no pudo retirar la mirada, aun cuando el resto ya lo había hecho hacía rato.

Y... «maldita sea», pensó. Porque no le dio tiempo a quitarla, ni a disimular cuando Gian se giró al darse cuenta, y le sonrió.

Esta semana, Gian había buscado a Bethany numerosas veces. Incluso había ido a su habitación para hablar con ella de aquel beso.

Sin embargo, Bethany resultó no estar en ningún lado.

Esa era la primera vez que se veían, desde el día de la biblioteca.

La realidad era que Bethany lo había estado esquivando.

Creyó que, si no pasaba tanto tiempo junto a él, tal vez, se libraría de esa sensación que tenía cuando lo veía.

Aunque también la sentía cuando hablaba con él o escuchaba su risa.

Estaba perdida.

Ambos lo estaban, porque ya no podían hacer nada. Lo sabían bien.

Cada vez que Bethany recordaba la primera vez que lo había escuchado reír, lo muy paralizada que se había quedado y lo mucho que sus ojos negros la habían atrapado...

«Maldición. No estaba perdida. Estaba completamente perdida».

«¿Se puede caer tan rápido por alguien que hacía poco más de un mes no conocías?».

Bethany pensaba en las posibilidades, en las incoherencias, y, al final, hizo lo peor que pudo hacer: autoconvencerse de que era para olvidar a Roy.

«Mi mente está buscando cómo deshacerse de él, por ello busca a Gian».

Se mintió. Claramente se estaba mintiendo. Sabía de sobra que lo de Roy nunca había significado lo que ella creía. Sin embargo, cuando veía a Gian...

«No podía seguir mintiéndose. Joder...», se dijo. «No volvería a huir».

Así que allí estaban otra vez, juntos. Sentados el uno al lado del otro.

Tenían a Luka y a Angelio a la derecha de ella. La izquierda de Gian estaba reservada para cuando Alessandra pudiera sentarse, si es que podía.

Pobre. La veían pasear de un lado al otro, y corriendo, si era necesario.

Al menos, Luka y Angelio la veían. Pues, Gian y Anny continuaban con los ojos fijos en ellos. Aguamarina y negro. Deseo y... ¿Y qué?

Otra de las luces, esta vez la roja, se interpuso entre ellos.

Luka le estaba contando a Angelio cómo había hecho su última ilustración y qué paleta de colores había utilizado.

Angelio había quedado asombrado y quiso saber más.

Después, él le dijo que quería dedicar más horas de su día a la investigación que tenía entre manos, en clase de Medicina.

Gian había entablado una conversación respecto a dicha investigación y Angelio le había aportado su opinión.

Luka, quien estaba más cerca de Anny, procedió a mostrarle la misma ilustración.

—Me gustaría saber qué cambios podría hacerle.

—¿Yo? —lo examinó. Era hermoso. Un personaje de un videojuego que a Ellie le habría encantado. Con unos tonos claros de fondo, pero oscuros en él—. Hace mucho tiempo que no le dedico tiempo al arte, y no sé qué decirte, Luka. Salvo que es genial.

—Muchas gracias. —Hizo una pausa—. ¿Qué tipo de arte hacías?

—Pintura en lienzo.

—Oh, interesante. Mi padre tiene un montón de lienzos sin usar y pinturas sin estrenar, de cuando le dio por ahí, pero más tarde supo que no era para él. —Sonrió—. Puedo dejarte un par, si quieres, y ver si sigue siendo algo que te guste.

—No sé si puedo aceptarlo, Luka.

—Solo dos. Dos lienzos con los pinceles —aclaró—. Tú te quedas los lienzos usados, pero las pinturas y los pinceles me los devuelves. ¿Bien?

—Mmm... ¡Está bien!

—Perfecto, mañana, después de comer, te los dejaré en tu habitación.

—Ahí estaré. —Le dedicó una amplia sonrisa—. Muchas gracias, de verdad.

—Nada, Anny. Y, si quieres, cuando vuelvas a coger el hábito, podemos idear una ilustración igual. Cada uno en su formato. ¿Qué te parece?

—Estupendo.

Las pruebas de sonido habían empezado, y la gente comenzaba a llegar.

Los que participaban en el concurso de talentos, se colocaron junto a la barra, para empezar a hacer la cola correspondiente.

Veían cómo Alessandra se encargaba de comprobar los registros y su compañero de servir a las mesas de las personas ajenas al concurso que iban llegando.

Angelio pidió un par de *snacks* para picotear y todos le agradecieron la idea.

—Por cierto, hablando de mañana, ¿sabéis qué día es?

Luka soltó:

—Día doce, lunes.

Lo dijo tan serio, que su amigo no pudo contenerse, y pegó una carcajada, antes de preguntar:

—¿Y de qué mes?

—De julio...

Gian ya lo había pillado, y Bethany se reía con los intentos de Angelio para que Luka lo adivinara. Cuando se hartó, soltó:

—Faltará solo una semana para el cumpleaños de Ruggi.

—Joder, pues claro. ¡Qué idiota!

Gian se rio, como diciendo que no se preocupara.

—Ese fin de semana tendremos que celebrarlo, lo sabes, ¿verdad?

—Obviamente.

—¿Y qué quieres hacer? —preguntó Anny.

—En realidad, no tengo ni idea. He estado pensándolo, pero no se me ocurre nada.

—¿Qué te parece si hacemos una fiesta en casa de Dante?

Angelio casi se atraganta cuando vio el rostro de Gian al escuchar ese nombre.

—¿Qué pasa? Es buena idea. Tiene un sótano espectacular.

—Creo que será mejor pensar en otra cosa —indicó Angelio.

Alessandra apareció de la nada.

—¿He escuchado que estáis planeando el cumpleaños de Gian? ¿Sin mí?

—¿Qué propones? —preguntó Bethany.

Alessandra se sentó con rapidez, sin importarle si su jefe la estaba mirando o no.

Organizar cosas era lo suyo.

—He pensado que podríamos celebrarlo por la tarde en el gimnasio de la facultad. Al estilo de un baile del instituto —explicó—. Así podrán venir el resto de tus amigos. Después —añadió, todavía más emocionada—, he reservado mesa para que cenemos nosotros, los íntimos, en... ¡las cuevas de la playa!

—¿Qué? —Angelio se sorprendió tanto que no tenía palabras—. Eres la mejor organizadora del mundo. ¡Joder!

Luka pestañeó varias veces antes de suponer que ya lo tenía todo pensado desde hacía, quizá... ¿meses? Tenían ayudas económicas por vivir en la facultad, pero, aun así, el trabajo que había detrás de todas las organizaciones, eran puro talento.

—Me parece bien —anunció Gian, aunque Anny notó algo en su tono de voz. Creyó que no quería desilusionar a su amiga, pero había algo que a él no le hacía especial ilusión.

—Perfecto... Oh, ¡me tengo que ir! Luego hablamos. —Alessandra salió corriendo con las notas de la comanda en la mano.

El espectáculo había comenzado.

Con una larga cuenta atrás, las luces se apagaron y encendieron solo las del escenario. Había luces led blancas, bajo sus asientos, que les daba mayor intimidad, y, al mismo tiempo, visibilidad.

Comenzaron a subir gente y más gente. Desde guitarristas en solitario, hasta grupos. Cantantes de todos los estilos. Magos. Ilusionistas... De todo.

Alessandra estaba radiante de alegría, y Anny se sorprendió al ver la grandiosa cantidad de gente que cabía en ese lugar.

El ganador fue anunciado a la media hora de finalizar el concurso. Una chica que había tocado el ukelele con los pies había ganado un cheque de cinco mil euros.

Al salir, Angelio y Luka propusieron ir a ver a Dante.

Bueno, en realidad lo había propuesto Luka.

Todos pensaron que le había llamado la atención.

Ellos fueron, pero Alessandra se quedó hasta las tantas limpiando y recogiendo en su trabajo.

Gian no tenía ni pizca de ganas de ver a Dante, y mucho menos de ver cómo le tiraba la caña a Anny. Era muy molesto.

Bethany ya no le hacía caso, ni a Dante, ni a ningún otro, porque había dejado de necesitar la pasión de la carne para huir de las cosas. Se podría decir que Anny había conseguido mantener una relación más sana consigo misma, y ya no se castigaba.

Gian no sabía aquello, aunque Alessandra le había dicho que no habían tenido sexo la última noche que estuvieron juntos. Ella había dejado caer que era por él, pero Gian dudaba de eso.

Es decir, se habían besado, pero... ella había salido corriendo después, y no le había dicho nada desde aquello.

Entonces, ¿sería realmente posible que le gustara de verdad?

Aun así, tenía miedo. Miedo de que ella se fuera, delante de sus narices, con Dante a disfrutar con él al cuarto de baño. O a su dormitorio. O adonde fuera.

Aun así, después de acabar allí, volvieron al sótano del primo de Alessandra.

Las partidas a la consola fueron entretenidas.

Gian había ganado casi todas, salvo las que había jugado contra Angelio.

En esos instantes, era el turno de Luka contra Dante, y podían ver cómo el chico le ponía ojitos.

Angelio se colocó en el medio.

Gian negó con la cabeza, al ver que su amigo había molestado a Luka, enormemente.

Al final, estos cogieron y se marcharon a por algo de comida a la cocina, pero Gian se quedó junto a Anny, en uno de los sofás que había. A solas.

Tan solo había una tele con el canal de cocina puesto y el sonido de sus voces.

—Esta receta es demasiado sencilla. Hasta un niño de cuatro años podría hacerla —espetó—. ¿Esto no se supone que es el canal avanzado?

—Te noto un poco alterado, Curas —recalcó Bethany, mientras se recostaba a su lado en el sofá.

—Es que me está costando... Bueno, no importa.

—¿Qué? —preguntó y le giró el rostro—. ¿Qué te está costando, Gian?

Él no pudo no responder cuando lo miraba con esos ojos de color aguamarina brillantes y

llenos de curiosidad. Quería conocerlo... Totalmente.

—Me está costando volver a luchar por lo que me mantiene libre.

—¿La cocina?

—Sí, mi sueño siempre ha sido ser chef.

Al parecer, por eso estudiaba Nutricionista, para no alejarse demasiado de lo que en el fondo quería hacer, sin que nadie lo supiera. Sin que su padre lo supiera, tal vez.

—¿De verdad? —Se sorprendió ella—. Creía que era ser ganador de motocrós.

—No, no... —Rio—. Adoro el motocrós, pero, como dije cuando estábamos hablando con Alessandra de una afición que la hiciera sentir libre, el motocrós me relaja. Al igual que a ti el boxeo —recordó y ella sonrió por dentro—. Digamos que mi arte es la cocina. Tú sueñas con ser pintora, y yo con ser chef.

—Eres toda una caja de sorpresas.

—¿Por qué lo dices, Bethany?

Esta lo miró y aquella conversación se sintió realmente íntima.

—Porque me voy a quedar sin motes. Ahora tengo el dilema de si llamarte el Curas o el Cocinitas...

—Llámame Gian, ya te lo dije.

—¿Por qué? No me respondiste cuando te pedí que me explicaras por qué no podía llamarte Ruggi.

—Sí lo hice.

—Pero no bien.

—Mmm... —Se hizo el loco y cambió de canal. Ella se incorporó y le quitó el mando de la televisión, aunque él empleó algo de fuerza y eso hizo que se desafiaran—: Suelta el mando, Fishhhh-er, si no quieres que contraataque.

—¿Cómo, Ruggi? —lo desafió, haciendo lo mismo que él.

—Tú lo has querido... —Se abalanzó sobre ella.

Una guerra de cosquillas se inició.

Anny se echó hacia atrás y continuó haciéndola reír. Con cada carcajada suya, el alma de Gian se sentía más libre, más feliz. Más... Joder, Alessandra tenía razón: Gian se estaba enamorando de Bethany.

Con los brazos, parando su peso sobre el de ella, y su sonrisa haciéndole temblar, se perdió en sus ojos.

—Dime por qué solo yo te llamo Gian —pidió, mientras él la miraba desde arriba. Entonces, él suspiró y lo confesó:

—Quiero que solo tú me llames Gian porque mi nombre en tu voz suena distinto. Me hace feliz, Bethany. —Miró sus labios—. Tú me haces feliz.

Ella no parpadeó. No esperaba que fuera a decir eso. No esperaba que aquellas palabras, como lo hicieron, se grabaran en su mente a fuego. A hielo. Como si no existiera nada más en aquel momento.

Solo Gian y Bethany.

Notó como Gian empezaba a descender hacia sus labios, cerrando los ojos lentamente, evitando perder el contacto visual.

Ella iba a permitir que lo hiciera. Quería besarlo. Necesitaba besarlo.

Pero la puerta del sótano sonó tan fuerte que se separaron enseguida.

—¡Ya estoy aquí, chicos!

Alessandra los había interrumpido, y se habían sonrojado tanto que hasta ella lo percibió.

—Puedo bajar la calefacción si queréis —exclamó—. Por los colores que me lleváis, digo.

Anny y Gian se miraron. No pudieron aguantar la mirada. No, esa vez.

Alessandra rio cuando vio el panorama. Estaban en julio, obviamente no había calefacción puesta.

Angelio, Luka y Dante volvieron después de ella, con algunas bandejas de comida, y se pusieron a jugar una partida tras otra, mientras esta se enfriaba un poco.

Bethany se había levantado lo más rápido que había podido para echarle una mano a Alessandra con las bolsas que llevaba.

Gian se dispuso a poner la mesa.

Los táperes que Ale había traído fueron parte de su cena.

Gian buscó a Bethany con la mirada y esta lo encontró observándola. ¿O él la encontró mirándolo?

Sonrieron.

Ese beso no iba a quedarse en el aire.



A las dos horas, ya volvían a la facultad.

Gian y Anny estaban a punto de entrar en sus respectivas habitaciones, una enfrente de la otra, cuando él tragó saliva y cogió fuerzas antes de preguntar:

—¿Por qué no hiciste nada con Dante la última vez que estuvisteis juntos? Y, ¿por qué él no ha intentado llevarte a..., en ningún momento? —Gian sabía que no tenía ningún derecho a preguntar aquello, pero necesitaba saberlo.

Bethany lo miró a los ojos. Esos ojos negros que la hacían perderse. Después, bajó a sus labios, esos que había estado a punto de besar, una vez más.

Ojalá se atreviera a hacerlo ahora.

El tiempo se detuvo para ambos.

Sin embargo, tomó aire y le confesó:

—Porque, desde aquel día que estuvimos en las gradas... Desde aquel día que me miraste a los ojos y me viste el alma, no he podido hacer nada con nadie. No he querido hacer nada con nadie, que no seas tú, Gian.

Capítulo 16

Bethany cerró la puerta tras ella, sin esperar a ver la reacción de Gian. Ni a saber qué pensaba al respecto.

De hecho, ni ella misma conseguía aceptar lo que le había dicho. No comprendía cómo había sido capaz de confesarlo.

¿Por qué? ¿Por qué lo soltó como si nada? Y, ¿por qué él lo preguntó tan de repente? ¿Gian sentía lo mismo?

Se tiró a la cama y escondió la cabeza entre las almohadas.



Gian se quedó un rato en el umbral de la puerta, viendo cómo ella se iba y cómo cerraba sin que él pudiera decir ni hacer nada.

Pero ¿qué podía decir?

La pregunta llevaba rondándole desde que Alessandra le había contado sutilmente lo que ella creía.

Lo que parecía ser cierto ahora.

Y después del beso... Necesitaba saberlo.

Su respuesta le había gustado. Le había hecho sentir tantas cosas que, en esos instantes, tenía un remolino de emociones dentro de él.

Mientras dejaba sus cosas en el suelo, pensó todavía más en su sonrisa, en su vacile, sus cosquillas, su carcajada plena... y lo supo. Ya no tenía ninguna duda. Ninguna.

A Gian le gustaba más Bethany de lo que podía siquiera imaginar.

Estaba enamorándose de ella y no le importaba en absoluto. Lo deseaba.

¿Ella sentiría lo mismo? ¿Habría olvidado a Roy?



Bethany fue al encuentro de Luka por la mañana.

Habían quedado para que le prestara, como le dijo, el material de dibujo: pinturas, pinceles, dos lienzos en blanco...

—No sabes lo mucho que te lo agradezco —le comentó Anny emocionada—. Déjame que te dé algo por ello.

—¿Qué dices! —exclamó Luka—. Tú solo devuélveme las pinturas y los pinceles en perfecto estado, y listo, idiota, si mi padre no los usa. Si por mí fuera, hasta te los regalaba.

Anny sonrió, agradecida.

—Te invito a comer, al menos.

—A eso no voy a decir que no.

La piel de Luka era del mismo color que sus ojos y su cabello, negro. Sin embargo, ese día, llevaba las trenzas recogidas con diferentes accesorios plateados y de colores, y le daba más luminosidad a la cara.

Estaba distinto, desde luego.

Luka era consciente de que, aunque para algunas personas la gordura fuera poco atractiva, él estaba más que conforme y feliz con sus curvas, y eso era lo que importaba. No, el resto. Solo uno mismo.

Al parecer, solo le importaba la opinión de una persona en esos momentos.

—¿Dante? ¿Os habéis liado? —La cara de asombro de Anny, cuando su amigo se lo contó, fue más que expresiva—. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué lo tenías tan guardado?

Luka rio.

—Pasó anoche —explicó—. Cuando volvimos, me dijo que saliera un momento, que me esperaba al otro lado de la verja. La rota, ya sabes... —suspiró—, y me besó. Y yo... No sé, creo que me gusta.

—Me alegro un motón, jopé.

—¿No te molesta? —preguntó él con timidez.

—¿A mí? —Anny se sorprendió—. ¿Por qué me iba a molestar?

—Como tuvisteis... eso. Lo que fuera.

Ella negó con la cabeza, tranquilizando la conciencia intranquila de Luka.

—Solo fue una vez, y nada serio. No te preocupes, en serio. —Lo animó, dándole un pequeño empujón, y robándole un par de las patatas que acababan de llegar. Habían ido al mismo restaurante donde Alessandra los presentó. La melancolía de Anny, salió—: ¿te gusta de verdad Dante?

—Bastante. —Suspiró—. Pero no sé si... Si a él le gustaré de verdad o querrá... Ya sabes —Hizo una mueca—. Lo mismo que contigo.

—Pues, tiempo al tiempo, Luka —indicó ella—. Pero, pregúntaselo. Lo mejor es aclarar estas cosas cuanto antes.

—¿Te lo aplicas? —soltó él.

—¿Qué?

—Si te aplicas ese consejo. —Hizo una pausa, esperando que ella lo entendiera—. Con Gian.

Ella retiró la mirada, nerviosa.

—No sé de qué hablas. Yo...

—Bethany Fisher, la mejor mentirosa de los tiempos.

Ambos rieron.

—No sé qué hacer. No sé. Es como... extraño.

—¿Crees que simplemente te atrae?

—No —respondió más que segura—. No. Cuando lo conocí, sentí que teníamos una gran química. La atracción sexual, y todo eso, pero, como yo estaba mal por Roy y no sabía si sería bueno volver a tener algo de ese estilo con alguien de mi propio grupo... —explicó—, no hice nada. No le hablé de ello, ni intenté nada. —Suspiró—. Después, nos fuimos haciendo amigos, y no sé. Os quiero a todos, de verdad. —Luka rio—. Pero Gian... Es especial para mí.

—Te gusta, no sabes explicarlo, y por eso te gusta.

—Sí... Sí, sé explicarlo, en realidad. —Lo pensó un instante, y admitió—: Es solo que no

quiero que sea así.

—¿Por qué?

—Porque cuando me vaya, ¿qué? Es algo innecesario.

—A Gian, yo creo que no le importaría ver qué sucede con eso. —Bethany no dijo nada. Luka siguió—: Oh, vamos. ¿Sois los únicos ciegos del grupo? Creo que sí. —Negó con la cabeza, siendo algo obvio para todos—. A Gian le tienes loco, Dios.

Ella se sonrojó.

Terminaron de comer y él dijo:

—Ya estás asimilando que te encanta y, no sé..., comeros ya.

Bethany rio tan fuerte que se dio cuenta de que el motivo eran los nervios.

¿Cómo podía aceptar lo que ya sabía? Gian le gustaba, joder, sí. Le encantaba.

Luka, antes de regresar a la facultad, le había hecho una simple pregunta:

—¿Qué sientes cuando estás con él?

—Que quiero quedarme siempre ahí.

Entonces, con esa respuesta, Bethany lo entendió todo.



Gian y Bethany, aunque les pesara, sentían lo mismo, pero ninguno de ellos era capaz de hablar con el otro respecto a eso. Miedo. Vergüenza. Y más miedo.

Bethany tenía miedo de volver a pasar lo que había ocurrido con Roy.

Gian tenía miedo de que ella no sintiera lo mismo o que no hubiera olvidado a ese chico, por el que vino tan mal.

Bethany tenía vergüenza de reconocerse a sí misma que había encontrado a alguien con el que, sin haber tenido sexo, le mantenía totalmente enganchada, porque eso significaba que había más sentimientos en ella, con respecto a Gian, de lo que podía siquiera manejar.

Gian tenía vergüenza de preguntarle a Anny, si ese beso había significado lo mismo para ambos. Si las ganas que él tenía de besarle de nuevo eran del mismo modo que las de ella, porque, si eso no era así, él se estaba enganchando de quien no debía.

Y eso, siempre, resultaba demasiado duro.

Y es que ese miedo que ambos tenían los unía en algo más.

El miedo de reconocer que se gustaban demasiado. Miedo a que no saliera como querían. Miedo a que no volvieran a verse. Miedo a que... sus pasados se repitieran.

Pero con el miedo no se vivía, ¿verdad?

Con ese pensamiento, ambos salieron de sus habitaciones.

Lo que no sabían, era que se tropezarían el uno con el otro, justo en ese mismo instante, abriendo sus respectivas puertas.

—Anny —susurró Gian sorprendió.

—Gian...

Hubo un silencio escueto al mirarse a los ojos.

—Tengo algo que decirte —comentaron los dos a la vez, y rieron al darse cuenta.

—Tú primero —indicó ella, gesticulando para darle pie.

—No, no. Tú primero. —Negó él con la cabeza perezosamente, nervioso.

Anny se aclaró la garganta y cerró la puerta tras ella.

Entonces, al verla, Gian se percató de que él tampoco la había cerrado.

La cerró y se acercó a ella, cuando quiso hablar.

—Yo... Yo quería decirte que...

Y, cuando ya se había hecho el ánimo de decirlo, de repente, una alarma interrumpió lo que ella quería confesarle.

¿La alarma de incendios? ¿Era una maldita coña?

La gente comenzó a corretear sin miramiento por los pasillos, en busca de las escaleras de emergencia. Los rociadores del techo se encendieron al detectar el humo, y, cuando Anny giró su cabeza en dirección al cúmulo de personas que iban hacia ellos, sin pensarlo, Gian la agarró de la mano y tiró de ella.

La llevo consigo. La apretó contra su cuerpo y se metió en el hueco que había entre su puerta y uno de los pilares.

«Su boca estaba sumamente cerca», pensaron ambos. «Demasiado cerca, joder».

El perfume de cada uno de ellos se desprendía hacia el otro. Embriagador.

En cuanto pudieron separarse, lo hicieron y ella preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Un simulacro?

—No. —Volvió a agarrarla y a ir en dirección a la salida—. No creo. La gente corría demasiado. Vamos, Beth.

«Beth. Gian la había llamado Beth».

Nunca le había permitido a nadie hacerlo, porque su significado era realmente importante para ella. Pero... pero en Gian sonaba bien, porque su significado cobraba vida.

Bethany lo miró, mientras pensaba en que tenía que decírselo. Sí o sí.

Ella se dejó llevar y no pudo retirar la vista de sus manos unidas en todo el camino. La había agarrado de una forma uniforme, pero, más tarde, sus dedos estaban entrelazados, y había sonreído tras él.

Una vez se encontraron en la puerta principal con el resto de las personas, vieron a Angelio y a Luka. Al parecer, Alessandra estaba trabajando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Anny.

—No lo sabemos —respondió Angelio.

A la vez, Luka negaba con la cabeza, afirmando lo que su amigo había dicho. Pese a que una de las comisuras de sus labios se curvó, y se retiró de la vista alguna de sus negras trenzas, que le impedían mirar bien.

Bethany y Gian se dieron cuenta de lo que Luka estaba observando: sus manos entrelazadas. Las separaron de repente, y un rubor apareció en las mejillas de Anny.

Gian carraspeó y preguntó:

—¿Podemos seguir hablando luego? —respecto a lo que se querían decir.

—Sí... Mejor —respondió ella.

Luka no les quitaba ojo.

Angelio miraba hacia los lados, a ver si conseguía entender qué pasaba. De improvisto, la megafonía exterior se activó y el director habló:

—Ya está todo solucionado. Por favor, vuelvan adentro, sin prisa. —Hizo una pausa y se escuchó un murmullo—. Unos alumnos estaban fumando en sus habitaciones cuando activaron la alarma de incendios y los rociadores. El humo era de eso. —Suspiró—. Solo ha sido un susto.

Perdonen.

Angelio puso los ojos en blanco, y Luka preguntó:

—¿Has sido tú?

—¡No! —exclamó—. Nunca he fumado dentro de la facultad. Además —sonrió—, no quería decir nada, hasta que estuviera Alessandra, pero... ¡Llevo casi un mes sin fumar!

Sus amigos le dieron un abrazo en grupo y le felicitaron.

—También estoy yendo a ver a una profesional que me está ayudando a canalizar todo... Todo eso que llevo dentro. —Suspiró—. La verdad es que su terapia me tiene más tranquilo. Estoy aprendiendo a cómo manejar las situaciones y no..., ya sabéis, no fingir lo que no soy.

—Me alegro muchísimo, Angelio —le dijo Gian, colocando un brazo sobre sus hombros.

—Es gracias a ti, colega. Todos lo sabemos. Sobre todo yo.

—No me las des, y no, Angelio, no. —Lo miraba realmente orgulloso—. Todo esto es porque tú has querido salir de ahí.

Él sonrió enormemente y comenzaron a andar por delante, después de que el resto lo abrazara también, y le diera la enhorabuena.

Luka retuvo a Bethany por detrás.

—Voy a necesitar muchas explicaciones, y detalladas, sobre lo que acabo de ver.

«Oh..., se refería a lo de que sus manos habían estado agarradas, cuando llegaron».

—Es... —Bethany se aclaró la garganta—. Fue por el incendio.

—¿Antes no estabais... haciendo nada? —Luka se decepcionó.

—Estaba a punto de decirle que creía que... estaba sintiendo algo por él.

—¿Y a qué esperas para seguir con eso? —casi gritó.

—Tal vez esto haya sido una señal, ¿no?

Luka negó con la cabeza y después elevó los hombros.



Todos volvieron a sus habitaciones, y, cuando Bethany se dispuso a seguirlos, Gian la detuvo.

Sin decir nada, volvió a coger su mano, la miró a los ojos y caminó en dirección contraria.

Gian no iba a permitir que esto volviera a quedarse en el aire. Necesitaba escuchar lo que tenía que decir, y ella también.

Las nubes comenzaron a encapotar el cielo. Todo el azul, que iluminaba esa mañana, se fue evaporando con lentitud, dejando al gris dominarlo. Ahí estaban las nubes, y más nubes.

—Deberíamos entrar, Gian —le advirtió ella, sin soltarle la mano—. Va a llover.

Antes de que pronunciara la última letra de esa frase, empezó a llover.

Sin embargo, ninguno de los dos se movió. Solo se miraron a los ojos.

—Bethany —masculló él, acercándose a ella—, dime eso que ibas a contarme antes, por favor.

—Yo... —intentó buscar las palabras—. Yo...

Gian notó el nerviosismo en su voz. Sabía que no lo haría; que el miedo podía con ella. Así que, si ella no podía hacerlo en esos momentos, debería ayudarla. Le daría la fuerza que

necesitaba.

—Beth... —susurró, todavía más cerca de ella. Había comprobado lo que eso podía suponer para ella—, ¿por qué nadie te llama así?

Bethany abrió los ojos lo máximo que pudo.

La lluvia comenzó a mojarlos. Estaban empapándose, pero, aun así, no les importaba en absoluto.

—Beth significa casa —soltó, llena de brillo en los ojos—. No quería que nadie me llamara de esa manera, porque lo sentía como una mentira —explicó—. No podía ser el hogar de nadie ni de nada, porque ni siquiera lo era para mí misma. —Tomó aire y le colocó una mano cálida en la mejilla—. Pero ahora..., contigo es diferente. Contigo me siento más yo misma de lo que nunca lo he sido nunca. Contigo... siento que puedo ser libre. Que realmente puedo ser lo que quiero ser. —A Gian se le iba a salir el corazón del pecho, si seguía escuchándola decir aquello. Mucho más, si no apartaba la mirada de sus ojos aguamarina. Los mantuvo, se mantuvo allí. Como quería hacer siempre—. Gian..., creo que nunca me he sentido más querida y valorada que cuando estoy contigo.

Entonces, con las gotas de lluvia recorriéndole el rostro, Gian no lo pensó más veces.

La atrajo hacia su cuerpo y la besó.

La lluvia continuó cayendo sobre ellos, mientras compartían ese momento que tanto ansiaban. Ese deseo de volver a probar sus labios. De hacerlo sin huir. Sin dudas. Sin nada más que sus respectivos nombres y sentimientos en su mente.

El beso fue tan lento y suave, que ambos perdieron el conocimiento del tiempo, la hora y el lugar. Se dejaron llevar, sin pensar en nada.

Gian y Bethany fueron, al fin, un poco más libres, juntos.

Capítulo 17

Bethany y Gian se habían escapado, sin decírselo a nadie, para ir a la playa esa misma noche.

Anny había estado sumamente nerviosa cuando habían decidido organizar esa cita tan improvisada.

El cielo se había despejado un par de horas después, cuando ambos estaban preparándose.

Aún recordaban, casi como si todavía pudieran tocarse, cómo se habían besado bajo la lluvia.

Gian vestía con una camisa verde oscura, con los botones blancos y un par de ellos abiertos. Se podía apreciar el colgante plateado que colgaba de su hermoso cuello. Un cinturón y un pantalón negro, y unas botas del mismo color.

Se recogió el cabello en una coleta alta y, después, se lo volvió a soltar. El blanco y negro de su cabello hacía la fusión perfecta, degradándose hacia sus puntas.

Por otro lado, Bethany lucía un vestido largo de tirantes, del color de sus ojos; un azul verdoso, aguamarina. No se colocó ningún accesorio, ya que ella prefería ir sin nada que la estorbara, y, por último, se enfundó unas zapatillas de tela negras.

Ambos iban elegantes pero informales. Tenían un estilo parecido.

Cuando Gian salió de su habitación y tocó con los nudillos la puerta de Bethany, algo revoloteó dentro de él.

Estaba más nervioso de lo que lo había estado nunca. Estaba lleno de alegría y esperanza. Sus ganas de verla crecían cada vez más, y no creía que eso fuera posible.

Sin embargo, en el mismo momento en el que la vio salir, todas las emociones que arraigaban dentro de él se congelaron. Su cuerpo se quedó inmóvil. Sus ojos y sus labios curvados hacia arriba mostraron lo impactado que se había quedado al verla.

Como siempre le ocurría.

Bethany tenía una fuerza sobre Gian mayor a cualquier explicación posible.

—Estás... —intentó decir, sin mucho éxito.

Bethany sonrió satisfecha.

—Gracias.

Gian rio.

—Eres hermosa —le susurró, ofreciéndole una mano. Ella la agarró, y este se la llevó a la boca, tendiéndole un beso suave, sin retirarle la mirada de la suya—. E increíble.

—Tú tampoco estás mal —soltó ella, en medio de una risa.

La primera de la noche, de una decena de ellas. La primera que hizo que Gian suspirara.

Sabían de sobra que la hora se les echaba encima, y, por eso mismo, no miraron atrás, cuando fueron a saltar la valla de detrás de la facultad. Tampoco, cuando Gian se quedó a mitad camino en el salto y Bethany tuvo que empujarlo para que saltara de una vez.

Gian rio tan fuerte, que Bethany le tapó la boca con la mano para que no los escucharan.

—Nos van a oír —repuso ella, algo alterada.

Gian se dio cuenta de lo muy cerca que estaban, y no pudo evitarlo.

Retiró su mano lentamente, la colocó en su propia espalda y después atrajo a Bethany hacia él.

No la besó directamente en los labios; primero se posicionó en el inicio de su mentón y

luego se fue deslizando, como si fuera una suave y ligera brisa.

Así era justo como los dos se sentían juntos: suaves y ligeros, como el viento.

Libres.

Y, antes de besarla, ahora sí, en la boca, este sonrió.

A Bethany se le erizó la piel cuando sintió el contacto frío, pero cálido, al mismo tiempo, de él, y ambos se preguntaron qué habían hecho para merecer esto. Qué clase de milagro les había sonreído para poder disfrutar de aquello. De su suerte.

Poco después, corrieron de la mano, hacia la ciudad.

Las calles de Tropea estaban en silencio y lo único que Gian podía oír era la blanda y brillante risa de Bethany.

No podía dejar de mirarla. En ningún maldito momento. Era la sensación más reconfortante que había conocido jamás. El sonido de su risa lo era todo, y ni siquiera las luces de la ciudad lograron captar su atención. Con cada carcajada que daba, más ganas tenía de acariciar sus mejillas, besarla y abrazarla. Con cada carcajada que ella daba, Gian creía estar más cerca de perder el control de sus sentimientos; si es que alguna vez lo había tenido.

Y, antes de que ella se diera cuenta, Gian la cogió en volandas y ella gritó.

—¡Gian! —exclamó divertida—. ¡Suéltame!

Tanto él como Bethany no pudieron aguantarlo más y sus risas se fusionaron.

Cargó con ella hasta la orilla de la playa, donde la dejó con cuidado, y, antes de que Bethany pudiera decir nada, este alzó un dedo, pidiéndole un solo momento.

Se quitó sus botas y las hizo a un lado. Después, se puso de rodillas frente a Bethany y observó su cuerpo, mientras bajaba hacia sus zapatillas.

Bethany tragó saliva y Gian desató sus cordones, haciéndolas también a un lado.

La brisa del mar llegó a ellos, fresca.

—Quería que lo sintieras —anunció, en cuanto ella hundió los pies en la arena—. Y esto... —siguió diciendo, mientras se deslizaba hacia arriba, con sus manos a ambos lados de sus piernas—, Beth. —Finalizó, rodeándole la cintura y jugueteando con uno de sus rizos.

Bethany cogió aire antes de decir:

—¿Intentas distraerme? —Al ver su rostro divertido, ella decidió retarlo—: El último que llegue al agua, pierde.

—¿Y qué gana el que llegue? —quiso saber él, mirándola a los ojos.

—Ya lo averiguaremos —soltó, antes de empezar a correr.

Gian la siguió de inmediato.

Los dos corrían, perdiendo fuerza por la boca al reírse, hasta la orilla del mar.

El agua impactó unos segundos en los pies de Bethany. Estaba congelada, pero, aun así, se lanzó, dejándose caer hacia atrás, cuando ya empezó a cubrir.

Gian llegó después de ella, y enseguida el agua dejó de estar tan gélida.

—He ganado —anunció ella, mirándolo. Sus ojos negros la recorrieron entera—. Merezco mi premio.

Gian sonrió gratamente, cuando deslizó las últimas palabras.

—Soy todo oídos —indicó este, esperando su respuesta más que impaciente—. ¿Cuál es tu premio, Beth?

Bethany no había pensado en ningún momento en aquello, pero, en cuanto Gian pronunció aquel diminutivo con tanta pasión, ni siquiera se lo comentó, directamente lo besó.

Gian sonrió, cuando sintió cómo ella estampó su boca con la de él, hasta perder el equilibrio

y caer juntos de nuevo, dentro del agua.

La rodeó con sus brazos, mientras ella sujetaba su rostro, perdiéndose en ese beso, que casi brillaba más que la propia luna, que se alzaba ante ellos, iluminando la playa casi al completo.

Al cabo de unos minutos, Gian le propuso algo, al mismo tiempo que colocaba una de sus manos en su cintura y la otra tomaba la suya propia.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber ella. Sabía de sobra lo que estaba haciendo, pero sintió la inmensa necesidad repentina de que se lo dijese. De que se lo preguntara.

—¿Quieres bailar conmigo, Bethany Fisher? —le preguntó con la sonrisa de marfil gobernando su hermoso rostro.

—¿Aquí? —Ella alzó las cejas, sorprendida—. ¿Dentro del agua?

Gian asintió con energía. Estaba realmente emocionado por ello.

—Me resulta... Cómo decirlo —susurró, cerca de su odio, buscando las palabras—. Me resulta realmente magnífica la idea de verte bailar en el mar.

—¿Solo en el mar? —bromeó ella.

—Cierto —soltó. Era un buen apunte—. No solo en el mar, ni bailando —confesó divertido, aunque sus ojos mostraban aquel brillo que tanto significaba para ellos—. Me resulta magnífico verte, en sí.

Bethany rio, por el tono de voz que había adoptado en esa última frase.

—Entonces —le siguió ella—, será un honor bailar aquí, en el mar, contigo... —lo miró a los ojos. Sabía de sobra cuánto le gustaba aquello—, Gian Ruggiero.

Y bailaron, y bailaron durante horas.

Con el movimiento del agua de cintura para abajo, y la luna iluminándolos de cintura para arriba.

Ahí era donde él estaba aferrado a ella, y donde quería permanecer para siempre.

Bethany deslizó sus manos hasta su nuca y las dejó caer.

Gian la miró, expectante.

—Deberíamos volver —dijo Anny, al cabo del tiempo.

—Deberíamos —resaltó Gian de sus palabras.

Los dos sonrieron y continuaron bailando.

Lo único que los detuvo en esa danza marina, fue la llegada del amanecer, horas y horas después.

De frente a sus respectivas habitaciones, al igual que de camino hacia estas, Gian y Bethany habían compartido numerosos roces con sus manos.

Gian no podía explicar con palabras la sensación y la cantidad de emociones que despertaba Bethany, cada vez que le acariciaba el rostro, la mano, o a la inversa.

Cada acto, con ella, era distinto.

Y Bethany pensaba exactamente lo mismo.

Entonces, al llegar a sus habitaciones, sabían de sobra que debían dormir un poco, antes de que las clases empezaran.

No tuvieron que decir nada, mientras cerraban las puertas y sonreían.

Sin embargo, Bethany tuvo la enorme necesidad de ir hasta él y darle un último beso, antes de volver a su habitación.

Gian intentó contener su enorme sonrisa, pero no pudo.

—Qué descansas, Beth —susurró.

Lo hizo.

Bethany descansó como nunca.



La semana fue realmente intensa y confusa.

Bethany aumentó bastante su nivel en los ejercicios y en las clases de italiano, pero una parte de ella no podía concentrarse del todo.

Tuvo que obligarse a hacerlo, porque, antes que cualquier cosa, se dijo, debía recordar su responsabilidad de estar allí.

Pero no podía dejar de pensar en Gian y en que su cumpleaños estaba ahí mismo.

Ese mismo sábado.

Y todavía no había pensado siquiera en qué comprarle.

Sus clases fueron eternas durante la semana, pero al final terminaron.



Era el día.

Era el cumpleaños de Gian.

Ruggi, para sus amigos.

Gian, para ella... y ya sabía el porqué.

Joder, eso debía de significar lo que ella creía, ¿verdad?

Ese día era el cumpleaños del chico que le hacía cuestionarse todo a lo que estaba acostumbrada. A darse cuenta de qué era lo que de verdad quería a su lado.

Bethany suspiró y se puso en marcha.

No dejó de pensar en cómo iba a felicitarlo y qué podía comprarle.

Alessandra ya le había dicho que ellos no se regalaban cosas en la fiesta que celebraban al día siguiente, sino que, conforme tenían un momento a solas con él, le daban lo que le habían comprado, para que todo fuera más personal.

La verdad es que a Bethany le parecía una idea genial.

De hecho, alguno de ellos ya había logrado darle alguna cosilla esa misma mañana.

Alessandra le comentó que le iba a regalar una cena en las cuevas, pero que sería con todos.

Ella podía hacer esas cosas porque, como su tutor legal era parte de la facultad, tenía descuento en muchísimas cosas, y era de agradecer que siempre pensara en sus amigos para hacer esos planes. Incluidos lo que no entraban dentro de esto.

Luka ni siquiera se esperó a ese día. Al parecer, ya le había dado su regalo a Gian un par de días antes, a escondidas. Le había comprado una chaqueta de piel sintética. La cual, obviamente, le había persuadido para que se la pusiera en la fiesta de ese día.

Angelio comió con él ese día. Habían ido a un mexicano y después a hacer motocrós juntos.

Bethany todavía no lo había visto en la moto.

Gian le había ofrecido en varias ocasiones, antes de que ocurriera nada entre ellos, que fuera

a verlo, pero se había negado, para que no pasaran tanto tiempo juntos.

Algo que no salió demasiado bien, obviamente.

Así que, cuando ese día ambos le ofrecieron ir, tanto a ella, como al resto, todos fueron a verlos.

Bethany, esa misma mañana, había recorrido todas las calles, incluso las que no conocía. Hasta había sido capaz de preguntar alguna cosilla en italiano, mientras buscaba ese algo para Gian.

«Por lo menos», pensó Bethany, «había avanzado adecuadamente, como le diría Alessandra, y también cualquier profesor».

Buscó y buscó, y al fin, casi cuando estuvo a punto de rendirse, lo supo. Tenía el regalo perfecto para Gian, y se lo daría esa noche.



Gian Ruggiero... Así lo había llamado toda la tarde Angelio.

No quería llamarle Ruggi, y no porque fuera su cumpleaños, sino porque se burlaba, sin maldad, de él. Puesto que Gian le había confesado cuánto le gustaba oírsele decir a Bethany..., antes de que ella y el resto llegaran para verlos, como habían dicho.

Estaba realmente nervioso.

Con el casco puesto todavía, Angelio le dijo:

—Compórtate, eh —le soltó riendo—. No quiero escenas típicas del «intento impresionar a la chica».

—No soy tan estúpido —se defendió Gian, negando la cabeza, volviéndose a colocar el casco.

Se lo había quitado para que ella le viera al saludarlos.

Angelio sonrió de lado.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —dijo de repente, cambiando su tono de voz a uno más serio, frío. Sabía a lo que se refería—. No te olvides de que ella se marchará —Gian tragó saliva—, y que allí tiene a ese tal Roy.

Gian se quedó mirando al suelo durante unos segundos.

Angelio no quería hacerlo sufrir, pero era una posibilidad que sabía de sobra que tenía que barajar. Tensó la mandíbula y se disculpó.

—Lo siento, no quería... —intentó decir.

Gian negó con la cabeza y aceleró.

—Está bien. Vamos.

Angelio asintió y ambos corrieron por el circuito, practicando.



Bethany se encontraba con Luka y Alessandra en la grada mientras no le quitaba ojo.

Se había dado cuenta del cambio de actitud, y Alessandra sabía perfectamente qué era lo que Angelio le había dicho, porque era lo mismo que ella estaba a punto de decirle a su amiga.

Luka se interpuso entre ellas.

—Lo siento, pero no creo que tengáis razón, Angelio y tú —soltó, sin pelos en la lengua—. Gian y Bethany son mayorcitos para hacer lo que les dé la gana.

—No te digo que no, pero no quiero que sufran —indicó Alessandra—. Además, que Bethany se va a marchar de aquí es un hecho, aunque nos duela reconocerlo.

Ella no dijo nada.

Tenía razón, se iría, y si se iba... No quiso pensarlo.

Alessandra hizo que dejara de observar las motos y que la mirara a ella.

—Solo dime una cosa, Bethany. —Hizo que la mirara con atención—. ¿Estás con Gian porque de verdad te gusta o porque es tu pasatiempo aquí?

Bethany se quedó de piedra.

Luka se interpuso de nuevo.

—¿Estás diciendo que Bethany está utilizando a Gian para olvidar a Roy?

—No lo sé —anunció Alessandra—. Es algo que le pregunto, porque puede ocurrir. No, que ella lo esté haciendo. O quizá no se está dando cuenta.

—Esto no es justo —fue lo único que respondió Bethany—. No es justo que consideréis que pueda estar haciendo eso.

—Lo sé —reconoció Alessandra, y entonces le hizo la última pregunta—: Pero ¿qué vas a hacer cuando vuelvas a Reino Unido, Bethany? —Hizo una pausa—. No, mejor aún... —Suspiró, recordándole la fiesta que le había comentado alguna vez que le gustaría hacer en su honor, antes de que se marchara—. ¿Qué vas a hacer cuando tus amigos vengan aquí y los tengas a los dos juntos?



Bethany había salido de allí corriendo.

Alessandra y Luka se habían quedado en el sitio y ella se sentía fatal por hacerla sentir de esa manera.

Solo quería aclarar las dudas que todos tenían.

«Que incluso ella tenía», se dijo.

Sin embargo, en el interior de Bethany no había duda hasta que se sembró.

Gian había mirado una vez más a las gradas, como llevaba haciendo todo el rato, pero, esa vez, Bethany ya no estaba.

Angelio y él se acercaron, y le preguntaron a Alessandra y a Luka adónde había ido.

Ellos le contaron lo ocurrido. La verdad.

Gian no supo cómo interpretar su huida, pero, aun así, fue a buscarla.

Tenían que recoger, pero Angelio le indicó que se marchara, para que tuviera tiempo de ir a buscarla, antes de que llegara aún más lejos.

Desde luego, Bethany no estaba en su habitación.

Ninguno de ellos la encontró en ningún lugar de la facultad.

Cuando volvieron a reunirse, Alessandra tenía el rostro lleno de lágrimas.

—Lo siento muchísimo —indicó, limpiándose la cara—. No tendría que...

—No importa —le dijo Gian—. Ahora lo importante es que hay que encontrarla. Si cierran la puerta, no podrá entrar.

Habían arreglado la maldita valla de detrás del campus, así que, si llegaba la hora y Bethany no aparecía, se quedaría fuera.

—Si no está aquí —comenzó a preguntar Luka—, ¿adónde ha podido ir?

Gian lo pensó un solo segundo y se marchó.

Alessandra alzó las cejas, sorprendida, y preguntó en voz alta:

—¿Adónde va ahora?

Angelio sonrió y explicó:

—Él sabe dónde está.

Capítulo 18

Gian sabía dónde estaba Bethany, y, cuando llegó a la playa, la vio.

Estaba sentada en la arena, abrazando sus piernas y con la cabeza apoyada en estas.

Gian tragó saliva, y fue hacia ella.

—Es un buen sitio para huir —susurró, haciendo algo de ruido antes, para no asustarla—. Sin duda este se ha convertido en uno de mis lugares favoritos desde que llegaste. —Bethany sonrió de lado y vio lo que estaba haciendo: buscaba su aprobación para sentarse—. Si quieres estar sola, me parece bien. Me iré —indicó espacio, agachándose hasta estar a su misma altura, mirándola a los ojos—. Pero, si es lo contrario —aclaró—. Si no quieres estar sola, si quieres hablar de lo que ocurre, también me parece bien. Me quedaré. —Tomó aire—. Haré lo que tú me pidas, Bethany.

Ella no respondió de inmediato, pero, unos minutos después, le señaló con la mirada la arena.

Él sonrió y le hizo caso: se quedó.

—¿Por qué te has marchado así? —le preguntó—. Me tenías realmente preocupado. Bethany suspiró y soltó:

—¿Crees que me gustas de verdad, Gian?

—¿Qué? —Se paralizó por un instante.

—Quiero saber si tú también dudas de si me gustas de verdad o no —explicó, dirigiendo su mirada del mar hacia él—. Quiero saber si tú también dudas de si te estoy...

—¿Utilizando? —le ayudó él a acabar la frase. Esta asintió—. No —respondió de inmediato—. Sé de sobra que lo que sientes por mí, sea lo que sea, es real —dijo, tomándola de la mano—. Puede que la situación haya sido totalmente distinta a lo que alguien espera, o incluso para nosotros mismos. Para ti, que tenías otra idea de este viaje... Pero, creo que, ambos, sabemos lo que ocurre cuando estamos juntos —siguió diciendo, mientras veía el brillo de su aguamarina retomando el poder en sus ojos—. Creo firmemente que tú y yo somos especiales, Bethany Fisher. —Ella sonrió de verdad, al fin—. Y las dudas de otros, ni siquiera la de nuestros amigos, pueden opacar eso. —Ella saltó sobre él, abrazándolo. Gian era todo lo que había estado buscando, aun sin saberlo. Él la abrazó y miró el mar. Suspiró y alegó—: Y respecto a Roy... Sé que formará parte de tu corazón, la mayor parte de tu vida. Los primeros amores siempre lo hacen —indicó, apartándole los rizos rojizos del rostro—, pero, que hayan sido importantes, no significa que otros no puedan serlo también, o más. Que hayas tenido tu primer amor, no significa que no vaya a venir un segundo. —Sonrió, elevando ambas comisuras de sus labios, y, después de besar su frente, susurró—: Y haré lo posible para que, a pesar de no ser el primero, sí ser el último, Beth. —Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas—. Me da igual que te vuelvas a Reino Unido el mes que viene. Me da igual lo que otros pienses. Me da igual lo que se considere bien o mal. —La tomó de las mejillas, con ambas manos—. Lo único que me importa de todo eso, eres tú. Nosotros. Y puedo jurarte ahora mismo que, pase lo que pase, mi corazón no se quedará aquí en Italia. Se marchará allá a donde tú vayas, porque te pertenece, Bethany —confesó, al mismo tiempo que ella se perdía en sus ojos negros—. Hace tiempo que mi corazón es tuyo.

Él sabía de sobra que aquello podía ser demasiado. Sin embargo, Gian necesitaba soltar

todo lo que llevaba dentro, porque lo sentía. Porque, a pesar del miedo y la incertidumbre, perderla era mucho peor.

Bethany había dejado de respirar en el mismo momento en el que Gian había terminado de confesarle sus sentimientos, y, algo dentro de ella se alzó.

Iba a hacerlo. Iba a afrontarlo. Iba a...

¿De verdad iba a contarle lo que ocurría dentro de ella? ¿De verdad se atrevería a mostrarle lo que hacía que, para Bethany, Gian fuera diferente?

Podía hacerlo. Ya lo había hecho ese día bajo la lluvia.

Bethany se había desnudado de forma literal millones de veces, con mucha gente distinta. Sin embargo, nunca, jamás, lo había hecho con su alma, y eso era lo que más miedo le daba de todo eso: que Gian lo había logrado.

Incluso quería que siguiera haciéndolo.

No quería frenar nada.

Bethany apartó la mirada un segundo y después lo dijo:

—Nadie antes había conseguido que me abriera de la forma en la que tú lo llevas haciendo desde que te conozco Gian —indicó con voz temblorosa—. No tenía ni idea de que tu nombre cobraría tanto sentido, que tendría tanta importancia para mí, pero, ahora... Ahora la tiene. Tú la tienes. —Recordó lo que le dijo una vez—: Contigo me siento tan libre que parece casi mentira, Gian. No es... No es posible que... —Intentó no trabarse; estaba tan nerviosa...—. Desde que te conozco, he podido volver a pintar. He podido ser yo. He podido valorar tantas cosas que antes no creía capaz de hacer que... —Él sabía lo mucho que le costaba expresarse, hablar de sus sentimientos, y que lo estuviera haciendo, una vez más, por él, era todo lo que quería. Todo lo que necesitaba—. No es solo cómo me haces sentir a mí, contigo. Es como me siento yo. Es como nos siento, a nosotros, cuando estamos juntos. —El sonido del mar los embriagó, casi tanto como sus propias miradas—. Cada roce de tu piel es como... Es como si el mundo fuera a prenderse en llamas. —Todos los músculos de su cuerpo se expandieron por su mano, en la suya—. Cada mirada de tus ojos es como si vieras mi alma, como si pudieras leerme en todos los idiomas. —Su sonrisa lo iluminó todo, entonces, y después—. Y cada vez que escucho tu voz, hablamos, o me besas... Cada vez que eso ocurre, tengo más claro que no existe una buena definición del amor. Porque, Gian, creo que tú inventaste esa palabra. Creo que no hay algo que explique lo que se puede sentir a tu lado. —Gian estaba a punto de romperse en mil pedazos—. Y sé de sobra que, no solo mi corazón te pertenece solo a ti, sino que no dejará de pertenecerte nunca.



Al volver, Bethany y Gian se quedaron en el umbral de sus puertas, como siempre hacían. Sin embargo, esta vez fue distinto.

Gian se hizo a un lado y señaló el hueco que daba hacia dentro de su habitación.

—¿Quieres pasar? —le preguntó, mirándola a los ojos.

Ella asintió, y se recordó que todavía era su cumpleaños.

—Sí —tuvo que hacer fuerza para que no se le notara las ganas y los nervios que tenía en su

interior—, quiero pasar.

Y, a pesar de que no era la primera habitación de un chico en la que entraba, esa vez fue totalmente diferente.

Fue única.

Pudo sentirlo.

Su olor. Su calma. Todos sus sueños.

Su decoración era un poco más azul que la de ella, pero eran habitaciones parejas. Solo que, la de él, se notaba que llevaba más tiempo siendo ocupada, personalizada.

Había un par de pósteres de grupos y una pequeña estantería con libros de todo tipo de géneros.

—Mis favoritos son los de fantasía —confesó él.

Estar ahí, justo ahí, y junto a él... le generaba una fuerte opresión en su pecho, y sabía lo que era.

Era incluso más de lo que había logrado confesar.

Incluso más de lo que podía llegar a comprender.

Porque lo que Gian y Bethany tenían, salía de todas las comprensiones e ideas posibles.

Lo más importante de todo eso, era que Gian tenía razón.

Bethany lo supo.

Ya no le pesaba nada. Ya no había ni una sola duda en su cabeza.

Gian y Bethany eran como dos corazones que se habían encontrado, a pesar de la distancia. Dos corazones en Italia. Dos corazones que, al fin, estaba más que convencida de que sobrepasarían el lugar. Lo sobrepasarían todo.

Gian tuvo que contener el aliento cuando la vio pasar frente a él.

Cerró la puerta, y la imagen que tuvo de Beth en su dormitorio, ahí de pie, no la olvidaría nunca. Jamás. Estaba seguro de ello.

Gian fue a decir algo, sin embargo, ella se adelantó con un grito repentino.

Él no entendió lo que ocurría.

Bethany salió corriendo a su habitación y el corazón de este se frenó.

Unos segundos de miedo. Tan solo eso, unos segundos.

Enseguida regresó y supo por qué se había marchado de aquella forma tan repentina y estridente.

Rio, al verla volver con algo entre las manos.

—¡Felicidades! —Beth lo exclamó mientras sacaba de detrás de ella unos paquetes—. ¡Feliz cumpleaños, Gian!

Este sonrió emocionado y se fijó en los detalles. Los había envuelto, algunos con papel marrón clarito, y otros en azul, con lunas y estrellas plateadas.

No cabía más alegría en ella, y mucho menos en él.

Antes de que Gian pudiera coger lo que le ofrecía, este se abalanzó sobre ella, abrazándola con todas sus fuerzas.

Bethany sabía de sobra que, en realidad, no le importaba aquel detalle. No era eso lo que lo tenía de aquella manera. Era ella. Siempre era ella.

Y, cuando finalmente aceptó los regalos, no sin antes volver a mirarla, y tenderlos sobre la cama, esta vez fue ella la que se dejó llevar, y lo abrazó.

Gian la recibió con los brazos abiertos.

La apretó contra él todo lo fuerte que pudo y apoyó la barbilla sobre su cabeza. Le tendió un

suave beso ahí, y luego, al mirarla una vez más, en la frente. Lento y suave.

Se hallaba plenamente feliz de tenerla consigo, y así.

Bethany enterró su cabeza en el hueco de su cuello y le acarició la espalda todo el tiempo que duró ese abrazo.

Gian sintió el olor de su pelo, a frutas del bosque.

Bethany sintió el del cuello de él, mentolado y cítrico, y su piel era sumamente delicada.

Les hubiera gustado permanecer así durante horas, incluso días, pero tuvieron que retirarse para que Gian pudiera abrir sus regalos.

Bethany tenía muchas ganas de ver su reacción. Así que, ella preguntó:

—¿Qué quieres abrir primero? —Lo miró tan contenta, que a Gian no le importó cuál fuera. Quería volver a tenerla entre sus brazos. Pero, desde luego, también necesitaba abrir dichos regalos, ya que eran de ella—. ¿Los marrones o los azules?

—Mmm... —Pensó él—. ¿Hay alguna diferencia en su orden?

—Unos se comen y los otros no —respondió, y rio al ver las cejas alzadas en el rostro de Gian.

Él tuvo clara su decisión.

—Entonces, primero los que se comen.

—¡Qué glotón! —bromeó Bethany mientras se dirigía a los marrones.

—Tú habrías escogido los mismos... —alegó, defendiéndose. Era cierto.

—Posiblemente —informó con el tono indiferente. Casi no pudo aguantar su risa.

Gian puso una manta por encima de la cama y unas bandejas de las que te dejaban en las habitaciones, por si te subías algo de la cafetería.

En estas, Bethany colocó todo lo que había dentro de los paquetes.

—Nachos con queso, tacos, fajitas, guacamole... y refrescos —mencionó emocionado Gian conforme iban apareciendo—. ¿Cómo sabes que es mi comida favorita?

—Me lo ha dicho un pajarito. —Rio Anny, dejando los envoltorios a un lado—. Aunque creo que hoy es la segunda vez que comes esto, por lo que lo siento. —Hizo una mueca—. Es que ya lo había encargado...

—No te disculpes, y menos por hacerme feliz. —Rieron, y empezaron a comer—. Además, comí mexicano con Angelio, sí, pero fueron otro tipo de platos. Así que no sufras. —En realidad, mintió. Había comido justo eso, pero no le importaba en absoluto.

—Me quedo más tranquila —susurró, haciendo como que lo creía.

—Y gracias. Muchas gracias, Bethany. —Sonrió y se echó unos nachos a la boca—. No sabes lo que me ha gustado esta sorpresa.

—No es una fiesta, pero me hacía ilusión poder tener una cena a solas contigo. —Aclaró—. Sé que es así como lo hacéis.

Gian sonrió, y no dejó de hacerlo durante toda la noche. Estaba completamente iluminado, como la mirada de ella.

No quedaba absolutamente nada en los cuencos y platos donde antes estaba la cena, cuando Gian se inclinó hacia los paquetes azules. Eran tres.

—¿Y qué es eso? —preguntó divertido—. ¿El postre?

—¿Todavía tienes hambre? —quiso saber ella. Era imposible.

—Más o menos —indicó, y luego añadió, con picardía—: Quién sabe.

Ella soltó una carcajada, y le tendió los regalos. No sin antes haber recogido la zona, para que pudieran tener más espacio.

La manta y las bandejas también habían sido retiradas.

Gian abrió emocionado los regalos. Hasta el papel le había encantado.

De hecho, aunque ella no lo vio, se guardó un trocito de este, como recuerdo de ese cumple y de esa noche con Bethany. Las estrellas le recordaban a la noche de la acampada, donde se dio cuenta de que le gustaba, y donde durmieron juntos por primera vez. Las estrellas eran su amuleto.

Los regalos le encantaron.

Los mencionó en voz alta, sorprendido:

—Un libro sobre cocina —para su rumbo como chef—, un llavero con la letra B, para la moto de *cross*, y un collar de plata... —Suspiró—. Te has pasado, Beth.

Ella no le hizo el menor caso, y explicó el significado de cada regalo:

—El collar es porque es bonito, y te quedará brutal, fijo. —Rieron, ya que se parecía a los que solía llevar él, y, por eso, estaban seguros de ello—. El libro, obviamente, es para que sigas aprendiendo y cumplas ese sueño. Que, además, estoy segura de que cumplirás. —Él la miraba, atento al siguiente significado que intuía, y que ya le gustaba demasiado—. Y el llavero... —Se sonrojó, pero hizo como si aquel acto no fuera otra confesión más. Cada vez sentía que era más real y ¿cómo podía negarlo? Ya ni le importaba lo que tuviera que ver con alejarse de Gian. No podía. No quería. No lo haría—. El llavero tiene la letra de mi inicial, para que siempre te acuerdes de mí.

Y deseaban que, si algún día se cumplían sus respectivos sueños... Si ella llegaba a ser artista y él chef, entonces, pudieran celebrarlo juntos. Como celebraban ahora su cumpleaños.

Ambos se dieron cuenta de que para que eso pudiera hacerse realidad, debían empezar a tomarse mucho más en serio esos sueños. Debían luchar por ellos.

Sin embargo, lo de celebrarlo juntos... ¿Cómo lo lograrían si ella se marchaba en un mes?

Suspiraron, sin mencionarlo, para no romper el momento, y Gian volvió a mirarlo todo.

—Es maravilloso, Beth. Todo. —La abrazó—. Tú lo eres. —La miró, una y otra vez, antes de alejarse—. Muchísimas gracias, de verdad.

Entonces, sin que él se lo esperara en absoluto, Bethany se sentó más cerca de él, totalmente emocionada, y le preguntó a esa escasa distancia:

—¿Quieres que te ponga el collar?

—Sí —respondió Gian, con la sonrisa perfecta y la voz suave—. Por favor.

Bethany se colocó de rodillas, más cerca de él, con el collar rodeándole el cuello, y Gian apartando su cabello, para que no le molestara en absoluto.

Tenerla tan cerca hizo que su piel se erizara.

Bethany vio su reacción, por la zona del cuello, y no pudo evitar acariciarlo.

En ese instante, supo que, juntos, sentirían de todo menos dolor. Menos miedo. No otra vez. No más.

Gian apartó sus manos de detrás de él, y las sostuvo entre las suyas.

La veía tan cerca y tan arrebatadoramente bella, como siempre, que tuvo que contenerse para no besarla y dejarse llevar.

No quería fastidiar ese momento. Esta conexión tan íntima que estaban teniendo.

Así que, se quedó mirándola, disfrutando de sus ojos.

Bethany sonrió, y todo desapareció de su alrededor.

—Eres el mejor regalo que pude haber tenido este cumpleaños, Beth.

Ella se abalanzó sobre él, abrazándolo, hasta tenderlo sobre la cama, y sus carcajadas se

fusionaron cuando comenzaron una batalla de cosquillas.

Gian no podía agradecerle todo; absolutamente todo lo que quería agradecerle.

Así que, la sostuvo con sus manos, apartando su pelo, que caía sobre su cara, por la posición en la que estaban, y le dio un beso tan suave que apenas rozó sus labios.

Fue suficiente para hacer que Bethany sintiera que su corazón iba a estallar; y el de Gian no se quedaba atrás.

—Gracias —susurró ella—. Por aparecer en mi vida, Gian.

«Por demostrarme qué es el verdadero amor», le habría gustado añadir, pero no pudo hacerlo. Su voz no continuó saliendo. Su garganta se cerró de la emoción. Así que, fue ella la que le dio un beso. Otro igual de suave.

Gian sonrió y la acercó a su pecho.

Esta se dejó caer ahí con todo. Se abrazó a él, y, con el calor de su cuerpo y de su piel, la calma de sus latidos uniéndose una vez más, Bethany no solo se quedaba dormida profundamente, sino que también se estaba enamorando de él.

Capítulo 19

Por la mañana, Gian acompañó a Bethany hasta su habitación.

Ese mediodía era la fiesta que tanto habían organizado para sus amigos y conocidos de la facultad, y, por la noche, irían a cenar a un sitio que resultaba estar en unas cuevas, según Alessandra.

Ella le dio un beso y, cuando casi estuvo al otro lado de su puerta, Gian dijo:

—Gracias, otra vez, Beth —susurró, sonriendo, y los hoyuelos que tanto le gustaban a ella aparecieron de nuevo—. Has hecho que este cumpleaños sea el mejor de todos, sin duda.

Ella se sonrojó e intentó que el ambiente se volviera menos intenso.

—Poco se habla de que me has acompañado a mi habitación estando literalmente enfrente de ti.

—Soy un caballero —bromeó.

—Eres idiota —repuso ella.

—Y te encanta —alegó Gian, apoyándose en el marco de la puerta, inclinándose cada vez más hacia ella.

—Puede ser, Gian. Puede ser —repitió Bethany, mirándolo a los ojos.

Los dos se tentaron con ese reto. Con esa obviedad de la que hablaban.

Gian se retiró y se dio la vuelta, se posicionó desde su propia puerta, y susurró:

—Nos vemos en la fiesta.

Ella asintió.

Sonrieron una última vez, y entraron a sus respectivas habitaciones, cerrando la puerta.

Los dos se quedaron durante un par de segundos tras estas, apoyados.

Pensaban en si deberían de haber dicho algo más.

Entonces, cuando se atrevieron a abrir de nuevo, para añadir algo, se encontraron que el otro también lo había hecho.

Tanto a Gian como a Bethany se les iluminó el rostro.

Él fue quien dijo:

—Resérvame un baile, Fisher.

—Desde luego, Curas.



Esa misma tarde se celebraba el cumpleaños de Gian con todos sus amigos y conocidos.

Alessandra había quedado con Angelio y Luka para ser los primeros en llegar al gimnasio.

Este estaba decorado como en las películas, donde el baile del instituto era el motivo de celebración.

Ahí, ese no era el caso, pero, visualmente, tenía de todo. Ponche de color rosa, pista de baile, DJ... Incluso karaoke y minijuegos.

Las luces iluminaban la pista mientras estaban en movimiento, y varias telas y globos

decoraban los techos altos del gimnasio.

Todos habían puesto mucho esfuerzo aquella mañana.

Y, por la tarde, comenzaron a llegar, ya listos para la ocasión.

Luka iba con un traje en blanco, las trenzas caían sobre su rostro e iba junto a Angelio, que vestía una camisa azul y un pantalón ancho negro, y peinó su cabello rubio hacia atrás.

Su amigo le comentó lo poco elegante que se había presentado, y él simplemente le había sacado la lengua como respuesta.

Los dos iban guapísimos, pero siempre tenían la costumbre de fastidiarse, en vez de decirse las cosas como eran.

Con la presencia de Alessandra, los dos se quedaron boquiabiertos. Lucía un vestido por las rodillas, de un tono verde lima, a juego con sus ojos. El cabello violeta lo llevaba suelto.

Tuvo que apartarse el flequillo de los ojos en numerosas ocasiones antes de decir:

—Creo que ya sé lo que quiero ser. Lo que me hace libre.

Sus amigos lo supieron de inmediato. No era necesario ni que lo explicara. Lo llevaba dentro, muy dentro, y se podía apreciar en cada cosa que hacía.

—Organizadora de eventos.

—Estaba claro que iba a llegar tu momento. —Suspiró Luka, orgulloso de su amiga—. Tienes un don para eso.

—Pues ya ves —afirmó Angelio—. Es decir, mira esto. —Señaló el sitio—. Nadie salvo tú puede hacerlo. Nadie salvo tú puede hacer todo lo que haces, Ale.

—Es cierto —añadió Luka—. Si no fuera por ti, no habríamos hecho ni un solo plan guay.

—Oye... —se ofendió Angelio—, alguno sí. Como ese de... —Se quedó mudo, y Alessandra rio.

—Sí, justo ese —bromeó Luka.

—Sois los mejores, chicos. —Se dieron un fuerte abrazo.

Gian, el cumpleañosero, llegó con una sonrisa de oreja a oreja, por ver a sus amigos más que elegantes, y se unió al abrazo enseguida.

Al ponerlo al día, él dijo:

—Estoy orgulloso de ti, Alessandra Fiore. Eres —carraspeó—, sin lugar a duda, la mejor amiga y organizadora que alguien pueda tener. —Hizo una pausa y bromeó—: Al menos, en Italia.

Ella lo empujó y volvieron a darse un abrazo bien fuerte. Se querían mucho y, en cierto modo, todos habían avanzado.

Todo el mundo lo miró. Miradas alegres por el cumpleaños, y miradas más... seductoras, de un montón de chicas. Sin embargo, ninguna era Bethany; por lo tanto, le resultaban totalmente indiferentes.

Ella y Alessandra habían tenido una conversación esa misma mañana, mientras lo terminaban de preparar todo, en la que dejaban resuelta la disputa del día anterior.

Alessandra se sentía sumamente horrible por ello, pero, Bethany y ella, terminaron sin ningún resentimiento. Ella la comprendía; no quería que su amigo resultara herido.

Bethany habría preguntado lo mismo en su lugar, lo más seguro.

Alessandra observó entonces a Ruggi y se dio cuenta de cómo iba vestido.

Gian llevaba sus famosas botas negras, a juego del pantalón y el cinturón. Una camiseta granate, que ceñía a su torso ligeramente, dejando ver parte de su musculatura, pero desistiendo libremente a la imaginación, a partes iguales. Encima de esta, se podía ver con claridad el collar

de plata que le había regalado la noche anterior, Bethany, y la cazadora de piel sintética negra que Luka le había dado; la cual, dejó colgada en la silla, pocos minutos más tarde, por el calor que hacía allí.

—Por cierto, ¿qué haces aquí tan pronto? —preguntó Alessandra—. La fiesta empieza en una hora, y tú eres el cumpleaños, lo que significa que deberías de llegar dentro de dos.

—Si quieres, me voy, Ale.

—No, no. Ya que estás, quédate.

Él rio y Luka le dirigió hacia las máquinas de minijuegos para que las viera, y también las probara.

Eran máquinas recreativas, como las que habían jugado hacía tiempo. También había pequeñas canastas para jugar a practicar tiros de baloncesto, y lo mismo con el tenis. Algo para pintar y unos puños de boxeo.

—Esto le va a encantar a Beth —comentó él, más que alegre.

Alessandra notó cuánto la quería. No solo por su diminutivo, sino por todo. Ella solo esperaba que todo saliera bien para sus amigos.

La gente empezó a llegar y, a la hora, ya estaban todos allí, bailando al son del *DJ*, que era realmente bueno.

Gian estaba muy nervioso porque Bethany todavía no había aparecido.

Sin embargo, justo en ese mismo momento, cuando a este le pareció oportuno volver a mirar a la puerta, allí apareció Beth.

Gian sonrió al verla y fue hacia ella directamente.

Conforme se iba acercando, sus ojos exploraban cada centímetro de Bethany.

Se quedó sin hablar. Estaba impresionante. Era la más hermosa.

Bethany tenía el cabello más rojizo de lo normal y sus rizos estaban asombrosos. Se había hecho dos trenzas en la parte inicial de la raíz, lo que le daba más volumen al resto. Se había maquillado ligeramente los ojos, ahumando su intensa mirada aguamarina. Unos pendientes de soles dorados iban a juego con su colgante, de la misma tonalidad, y una gargantilla básica negra se aferraba a su cuello. Las clavículas y parte de su pecho iban al descubierto, y estaba envuelta en un largo vestido rosa palo, que aumentaba el dorado de su piel.

—Joder... —Gian creyó haberlo dicho en voz alta.

Y sus ojos encontraron los de ella, en mitad de una sonrisa.

Bethany estaba dedicándole toda su felicidad. Lo miró de arriba abajo. Estaba realmente atractivo. Era realmente atractivo. Guapísimo. Dios. No tenían palabras.

Se abrazaron y pudo jurar que él la había retenido un par de minutos más, pero no era una pega. Ella estaba encantada.

—Estás... Eres preciosa —le susurró con lentitud—. Siempre, Beth.

—Tú también lo eres, Gian.

Con un rápido movimiento, ella le tendió un suave beso en la mejilla, y Gian no pudo moverse hasta que no la vio a lo lejos, caminando ya junto a Alessandra, y los chicos. Estos reían y, entonces, Gian volvió de su ensimismamiento.

—Felicidades, de nuevo, Gian —rio al decírselo.

Él solamente quiso volver a abrazarla.

Gian la siguió y la frenó.

—Espera —la agarró del brazo con suavidad—, quiero que pruebes esto. Sé que te va a gustar.

Ella aceptó y la llevó hasta la parte de la pintura y el boxeo.

—¡Dios mío! Pero ¿qué hace en tu fiesta algo como esto? —preguntó asombrada.

—Cuando Ale me preguntó qué más quería, le dije que esto. Por ti. Para que tuvieras algo con lo que pasarlo bien.

—Eres... —Suspiró—. Muchas gracias, jo. Gian... Yo... No sé qué decir. Esto no es justo. Es tu cumple.

—Y yo necesito que mis amigos lo pasen bien. —Hizo una pausa, porque quería que ella fuera más que su amiga. Mucho más—. Quiero que tú lo pases bien.

Bethany sonrió y pintó alguna que otra cosilla.

Él quedó totalmente descolocado con la cantidad de arte que tenía dentro de ella, y lo mucho que le gustó verla reventar la zona de boxeo, haciendo la mejor puntuación. Sin palabras.

—Todavía no he perdido la práctica, perfecto.

—Recuérdame que no me meta contigo —bromeó él.

—Recuérdame que te dé un par de clases, cuerpo a cuerpo.

—Eso ha sonado bien. —La posición de seguridad de Gian era tan atractiva.

—¿Las clases o el cuerpo a cuerpo? —Beth sonó tan segura, que Gian sonrió vorazmente.

Le echó un vistazo al vestido, una vez más. A ella entera. Devorándola con la mirada.

Ella, simplemente sonrió, y se marchó.

Gian se alteró un poco. El calor brotó por su cuerpo.

Se acercaron al resto, y se dieron un succulento banquete. Ni siquiera habían comido alguna cosa antes, porque sabían lo que les esperaba.

Más tarde, Angelio se puso a hacerle lanzamientos de comida a Alessandra.

Ella lo sacó a bailar, para que dejara de ser molesto.

Luka rio y buscó con la mirada a Dante, pero este no estaba.

—Ten paciencia, Luka —le recomendó Bethany, y miró de reojo a Gian.

—Estará al caer —añadió Ruggi.

Gian, a pesar de que no tenía relación con Dante, lo había invitado. Pues se había enterado de lo que significaba para Luka su presencia. Si sus amigos eran felices, él también lo era.

Luka pensó en olvidar el tema y dejarlo estar, pero, entonces, Dante apareció y se fue hacia él, sin pensarlo.

Bethany y Gian rieron y los vieron dirigirse hacia la zona del karaoke.

Un instante. Dos, y se dieron cuenta de que volvían a estar solos.

Gian miró a Bethany y se quitó la cazadora. La depositó sobre el respaldo de una de las sillas que tenía junto a él y se levantó decidido.

Bethany lo siguió con la mirada, preguntándose adónde iría.

Se sorprendió gratamente, cuando se colocó frente a ella, con la mano extendida.

—¿Quieres bailar, Bethany? —recordando que le había pedido que le guardara un baile ese mismo día. Recordando también el baile tan maravilloso que habían tenido dentro del agua, en la playa, con la luna y...

—Por supuesto, Curas.

—No recuerdo haber invitado a Fish-er —bromeó él mientras se dirigían a la pista de baile.

—Al parecer tienes una muy mala memoria.

—Te aseguro que no —afirmó con doble sentido.

Rieron, y él reposó sus manos sobre su cintura.

Reparó en lo atlético que tenía el cuerpo. Se percibía que Bethany había entrenado

muchísimas horas. Lo que no sabía era cuándo lo hacía, desde que estaba allí. Ella casi siempre lo hacía sola, sin decirle nada a nadie. Le resultaba mucho más relajante.

Sin embargo, Bethany pensó lo mismo cuando, después de haberse colgado de su cuello, y que él le hubiera hecho dar una vuelta, al son de la música, la pegó a su cuerpo.

Estaba tan terso. Terriblemente duro.

Deseó deslizar sus manos por su torso, por su espalda, por todo. Absolutamente todo. Empezando por su melena blanca y negra, y terminando por...

Gian se dio cuenta de cómo lo miraba y rio al preguntarle:

—¿Hay algo que te disguste?

—No hay nada que me disguste —ella lo dijo tan seria, tan convencida, que Gian bajó la mirada a sus labios, sin pensarlo. Fue automático.

—Me alegra saber eso.

Hubo un silencio.

—Eres tan increíble que... te queda bien. —Rodó sus ojos por sus facciones—. Todo te queda bien, Gian.

—Vuelve a decirlo —pidió él, presionando sus caderas contra las suyas. Casi como una súplica.

Ella no lo malinterpretó. No debía de repetir lo que había dicho. Lo de que todo le quedaba bien, sino su nombre. Su maldito nombre.

—Gian —repitió ella, y este lo sintió como un milagro en su perfecta boca, y en su clara voz.

Él se mordió los labios y mantuvo el contacto con sus ojos aguamarina.

Ella en los negros de Gian.

Ambos se inclinaron ligeramente, dispuestos a darse mutuamente ese beso que siempre querían volver a darse. Ese que tanto ansiaban todo el tiempo.

El calor de sus pieles traspasaba la ropa de los dos.

De hecho, pensaron que eso era precisamente lo que sobraba. La ropa.

Gian hundió su mano derecha entre el cabello rizado de Bethany y apretó su mandíbula, acercándose. Al mismo tiempo que tenía la otra mano en su cintura, la fue deslizando hasta sus caderas, dejándose llevar por ese minuto que tanto deseaba, recordando cómo decía su nombre, y cómo le gustaría oírsele decir cuando...

Beth había cerrado los ojos, dispuesta a que no le importara que hubiese cientos de personas a su alrededor. Solo una, la que tenía junto a ella, era la que le importaba.

Porque parecía que nadie más estaba ahí.

Solo ellos.

Gian y Anny.

Ella se había dado cuenta de que llevaba el colgante que le regaló anoche.

Cuando estuvieron a punto de juntar sus bocas, el *DJ* apagó las luces, y todo el mundo gritó eufórico.

De repente, Alessandra y sus amigos llegaron con una enorme tarta. La gente comenzó a cantar feliz cumpleaños para Gian.

Los dos sonrieron, cómplices de ese beso que se quedaba en el aire.

Cantaron feliz cumpleaños a todo pulmón, y Ale lo grabó todo. También a Bethany y Gian. Cómo se miraban. Lo felices que estaban.

Esta fue la primera en abrazarlo, después de soplar las velas.

—¿Qué has pedido? —le preguntó Bethany, expectante.

—No he pedido nada —respondió con los ojos llenos de luz.

—¿Por qué?

Gian se tomó un momento para mirarla. Para decir la verdad.

—Porque tengo todo lo que quiero y necesito ahora mismo.

Capítulo 20

La fiesta había terminado y todos colaboraron con la tarea de limpiar.

Después de todo lo que aquello los había llevado, Alessandra les dio a Bethany y a Gian una copia de una de las fotos, que había sacado uno de sus amigos, antes de que él soplara las velas.

Era una foto en la que Beth y Gian estaban muy juntos.

Ella reía a pleno pulmón, con los ojos cerrados, y él sonreía, mostrando todos los dientes, mientras la miraba solo a ella.

Le habían dado las gracias y se la había guardado con mucho cariño.

Alessandra sabía de sobra que les encantaría tener aquella fotografía. Los mostraba tan felices y únicos juntos, que quería que tuvieran un recuerdo de cómo se veían. De cómo eran.

Estuvieron hablando, de camino a la cena, de lo guay que había estado todo, y de lo buena que había estado la comida. Algo que les hacía dudar de si podrían llegar a comer algo más, en verdad.

En media hora, a paso ligero, enfilaron el último tramo del paseo de la playa.

Ese camino tenía varias direcciones: la playa, como tal, el restaurante de la montaña elevada, y donde iban entonces. A las cuevas del mirador.

En la zona baja de la montaña, había un espacio que jugaba con la ilusión óptica. Si no entrabas, no veías dónde estabas, en realidad.

Tampoco podías apreciar el camino de rocas hasta el restaurante de las cuevas.

Aunque las cuevas era algo que tenía tantísimo valor, por lo que estas contenían, que el restaurante estaba fuera, con vistas hacia dentro.

Bethany se preguntó qué podía haber dentro de estas que fuera tan especial.

—¿Lo veremos?

—Claro —respondió Gian—. Entraremos para que lo veas. Si no lo haces al menos una vez, ¿qué sentido tiene venir aquí? —Lo miró—. ¿No?

—Yo paso de entrar —repuso Luka—, que tengo claustrofobia.

—Entonces, yo me quedaré contigo, para que no te quedes solo —indicó Angelio.

—Vosotros os lo perdéis —señaló Alessandra. Sin embargo, Luka le susurró algo casi solamente con la mirada, donde le decía que era mejor dejarlos a solas, para que Gian pudiera ver aquel lugar con Anny—. O bueno..., pensándolo mejor, ya lo tengo muy visto. Id vosotros.

—¿Qué hay dentro? —volvió a preguntar Bethany, esta vez un poco más nerviosa.

Alessandra los había dejado a solas a propósito, suponía.

—Es mejor que lo veas, porque no hay palabras para describirlo —fue Gian quien respondió.

En la cena pidieron un par de platos y el postre, y, la verdad, no tenían muy claro cómo habían conseguido acabar con ello. Por suerte, eran comidas muy ligeras, y entraron prácticamente solas.

Menos mal.

Fue algo rápido, debido a que la hora les impedía quedarse mucho más rato allí.

Alessandra, Luka y Angelio se marcharon después de que Bethany y Gian empezaran a meterse en el camino de las cuevas.

Estos les habían dicho que no les esperaran, que se las apañarían, si el tiempo se acababa.

—De acuerdo —habían dicho ellos—. Nos vemos en la facultad.

Estos asintieron, y, entonces, la magia de aquellas cuevas comenzó.

Gian y Anny entraron a la primera de ellas, que era una especie de pasillo lleno de grava y humedad. Estaba bastante oscuro, y ella sintió una mezcla entre curiosidad y miedo.

Pero, en ese momento, Gian tomó su mano y la apretó con fuerza para guiarla, lo que hizo que ese miedo desapareciera y solo quedara en ella el entusiasmo de saber qué ocultaban esas cuevas.

—Ten cuidado con eso —indicó él, y ella imitó su gesto con la pierna, para evitarlo.

Si sabía cómo era el lugar, era porque lo había visitado hacía años con sus amigos. Algo que ambos agradecían en ese momento, debido a lo poco que se podía contemplar, por ahora.

—Gracias —dijo ella y se pegó inconscientemente al cuerpo de Gian.

Dieron un par de pasos más y él anunció:

—Ya no queda nada.

Aunque podían haber sacado la linterna del teléfono móvil, Gian había dicho que era mejor disfrutar de los huecos de luz que entraban, y tenía toda la razón.

Bethany contempló cada rayo de luz de luna que se colaba por las cuevas, y una ilusión se abrió camino en ella.

Había pequeños orificios en las paredes de grava, para que la luminosidad de la luna entrara en el pasadizo y se reflejara en este. Sin embargo, no tuvo nada que ver cuando...

Cuando Bethany tuvo frente a ella el verdadero interior de las cuevas.

No supo cómo reaccionar cuando lo vio.

Una cala llena de agua cristalina con una apertura en la parte superior, que reflejaba la luna y las estrellas en ella, por completo. No solo eso, sino que había un montón de fauna y flora que inundaba las paredes y parte del suelo que lo rodeaba. Un balcón, creado con la misma piedra de las cuevas, con forma de balaustrada por debajo, para apoyarse, daba a la misma playa, y las vistas eran...

—No sabría decir si las vistas son mejor dentro o fuera de estas cuevas —susurró Bethany, con la voz llena de sorpresa y despreocupación.

La hora ya no le importaba en absoluto. Solo quería perderse allí. Era glorioso.

Gian sí sabía la respuesta a eso.

—Las vistas son mejores dentro —comentó, mirándola fijamente, mientras ella observaba cada rincón—. No tengo ninguna duda de eso.

Bethany rio, al entenderlo, y le dio un pequeño empujoncito.

—Eres idiota —repitió. Algo que decía demasiado, tal vez. Parecía nerviosa.

Y es que Bethany no tenía palabras. No tenía ni una maldita palabra para expresar lo hermoso que era todo lo que los rodeaba; la apertura a la playa, la luna, el agua de la cala transparente... La naturaleza trepando a su alrededor.

Bethany contemplaba el lugar con tanta alegría en su mirada, y Gian solo podía observarla a ella. Solo a ella.

La luz de la luna se reflejaba por todo su rostro, y el color aguamarina de sus iris se veía todavía más claro de lo que estaba de normal.

Casi no pudo darse cuenta, cuando su boca se abrió y susurraba:

—Eres preciosa, Bethany. Un sueño.

Ella se giró hacia él y notó sus manos rodeándola entre sus brazos.

Descansó la cabeza en su pecho y Gian volvió a hablar, aprovechando que no lo miraba.

—No tengo... —Tragó saliva—. No sé cómo decirte lo mucho que yo te...

Bethany se separó un poco y lo miró desde abajo, como pudo.

—No lo digas. No lo digas, Gian. —Era casi una súplica.

—¿Por qué?

—Porque si lo dices se vuelve real, todavía más real, y, si se vuelve más real..., cuando me vaya, dolerá demasiado.

—Me gustaría poder pedirte que te quedes, pero sería terriblemente egoísta si lo hiciera. —Hizo una pausa, aún con ella pegada a él—. No sé en qué momento ha pasado esto, pero solo sé que quiero estar contigo todo el rato, Beth. Que lo que siento contigo, no lo siento con nadie más y que te... —Bajó la mirada a sus labios e intentó no decir lo que sentía. Por ella. Por los dos. Así que, dijo otra cosa en su lugar—: Llevo queriendo besarte desde el bendito primer día que te vi y eso no ha cambiado.

«¿Cómo lo haces? ¿Cómo eres capaz de hacerme sentir esto, Bethany?».

Ella suspiró, y quiso hablar. Se juró a sí misma que quería hablar, que pensaba hacerlo, pero el miedo... El miedo de perderlo la invadió.

Porque estaba segura de lo que Gian iba a decir.

De la verdad que arraigaba en su corazón. En el de ambos.

Pero el tiempo seguía corriendo en su contra.

Las estrellas se reflejaban en la cala de agua y aquellas maravillosas vistas... Rodeados de azul y verde, tanto del lugar como de sus ojos. Envueltos en la oscuridad de la noche y de los ojos de él, Bethany se puso de puntillas, agarró el rostro de Gian y, cuando él sintió el cálido roce de sus labios, no pudo creerlo.

Se besaron, una y otra vez, hasta que sus labios se desgastaron.

Primero lento y suave, y después fueron acelerando. Devorándose con lentitud.

Ninguno creía lo mucho que les gustó ese beso.

Anny nunca lo había besado con tanto sentimiento, con tanto deseo y con tanto miedo a la vez.

Nunca había sentido lo que sentía por Gian y quería decírselo, pero no lo hizo.

Él necesitaba decírselo, pero ella no se lo permitió.

No, en ese momento. Pues Bethany no quería que aquello terminara. Solo quería estar ahí. Para siempre.

Al separar sus bocas, se miraron a los ojos y apoyaron sus frentes, suspirando, y un repentino cambio de luz llamó la atención de ambos.

Sin embargo, él miró la cala y luego a ella.

—¿Quieres bañarte? —preguntó, ofreciéndoselo.

—¿Podemos hacer eso?

—Podemos hacer lo que queramos, Beth —susurró, cada vez más cerca.

Y volvió a besarla por completo, con sus manos sosteniendo sus mejillas, y las de ella, atrayéndolo hacia su cuerpo.

—Gian... —gimió Bethany contra su boca, deshaciéndose contra él.

Esa súplica, ese deseo, ese matiz en su nombre... hizo que Gian enloqueciera.

Con un grácil movimiento, se quitó la cazadora y la camisa granate, para darse ese chapuzón que tanto deseaban.

Bethany se quedó asombrada al verlo.

Todo era perfecto. Perfecto para Beth. Cada centímetro de su piel era radiante, atractiva. Su

torso atlético y musculoso fue como un reclamo hacia ella.

Lo único que pudo decir fue:

—*Ho visto il tuo tatuaggio di ragno e la mia fobia è completamente scomparsa.*

Gian se quedó boquiabierto, por lo bien que había dicho aquella frase en italiano, y después, rio, al darse cuenta de lo que estaba diciendo.

—He visto tu tatuaje de la araña y mi fobia ha desaparecido por completo.

Gian tenía en la costilla izquierda un tatuaje de una araña negra. Fina y elegante, bajo el pectoral. Y sí, Bethany tenía fobia a las arañas, como muchísima gente, pero nunca pensó que se le iría de un solo vistazo. Pues, ahora, solo quería deslizar las manos por ahí... Por todo, sin importarle la forma que tuviera su tatuaje.

—Hazlo —pidió él, como si hubiera leído sus pensamientos—. Hazlo, Beth.

Entonces, Bethany lo hizo.

Se acercó, con el traqueteo de su corazón, a punto de atravesarla, y deslizó sus dedos con delicadeza por el tatuaje.

Y no se detuvo ahí. No... Siguió bajando. Acarició su torso, hasta haber recorrido cada parte de su piel, y, para Gian, aquello fue completamente eléctrico.

—Beth... —susurró, mirándola enigmáticamente.

Sin apartar la mirada de la de Gian, Bethany se quitó el vestido y, en ese instante, él empezó a desnudarse también.

En menos tiempo del que esperaban, Bethany se aferró a él, y los dos se lanzaron al agua de la cala.

Esta estaba fría, pero no tanto como se habían imaginado.

Los reflejos azules y blancos del agua y la luna gobernaron el lugar. Cada momento que compartieron allí, era completamente suyo.

Beth se aferró a Gian y lo trepó, abrazándose a él, como un koala.

Gian la apretó contra su cuerpo y sintieron el roce de aquel punto que los unía, entonces.

El deseo de moverse al ritmo del agua fue creciendo en su interior, cada vez mayor.

Gian se sentó en una de las rocas que había bajo ellos y Bethany permaneció sobre él. Sus miradas se intensificaron, se oscurecieron. El calor del agua fue traspasándolos, como sus miradas. La mano de Gian, que se deslizaba por la espalda de Bethany terriblemente lenta, hizo que se arqueara contra él, y comenzara a balancearse contra su cuerpo, casi como un reflejo.

Gian la besó, apretándola contra ella, y nada más importó salvo ellos, sus bocas besándose y sus caderas meciéndose la una contra la otra.

Cuando volvieron a besarse, ahogaron un gemido de desesperación y Gian comenzó a realizar círculos sobre sus músculos, apretándolos con fuerza, al mismo tiempo que continuaba atrayéndola hacia él.

Este la agarró por la cintura y la levantó, llevándola con él, afuera de la cala. Después, la tumbó con sumo cuidado sobre una de las zonas con hierba que había al lado, y ella sonrió.

Dejó que Gian se colocara sobre ella y comenzara a besar su cuello; después, más y más abajo.

Bethany le facilitó el acceso hacia su centro.

Gian notó su humedad e introdujo un dedo en su interior. Después, otro más, y, mientras movía los dos dedos dentro de ella, Bethany se deshacía debajo de él.

—Gian... —gimió ella, y este no pudo con aquella delicia.

Buscó con su otra mano su haz de nervios y comenzó a hacer círculos sobre este, al ritmo

que ella le pidiera.

Bethany sonrió, mientras se mordía el labio inferior y disfrutaba de cómo Gian la tocaba. De cómo la escuchaba respirar, con su respiración agitada y el sudor en su cuerpo, comenzando a adueñarse de ella.

Gian continuó moviendo los dedos en ambas partes, mirando justo en el momento exacto en que su intenso placer la hacía explotar y abría la boca.

Este bajó hacia su centro y jugó con su lengua, junto a esos mágicos dedos que la hacían retorcerse de placer en el sitio.

Bethany agarró su cabello, mientras él seguía lamiendo y, entonces, explotó una vez más.

—Gian... —siguió gimiendo ella, y eso era todo lo que él quería.

Gian la besó y, cuando esta se recuperó de la sensación, quiso hacer lo mismo con él, pero la frenó.

—Solo quería hacerte disfrutar, mi Beth... —susurró en su odio, antes de morderle la oreja.

Bethany sintió su piel erizándose, una vez más.

—Entonces, has cumplido con tu misión gratamente —confesó ella.

Era cierto.

Nadie la había hecho sentir de aquella manera. Nadie se había preocupado porque ella disfrutara, realmente, y Gian no solo había querido hacerlo, sino que lo había conseguido.

Se abrazaron, en ese momento, y con la luz de la cala iluminándolos, ambos se dieron cuenta de que lo que sentían iba más allá de todo. De todo lo que habían conocido hasta ese momento.

«Y, ojalá, no se terminara nunca», pensaron.

«Ojalá, esa noche no terminara jamás», suplicaron.

Capítulo 21

Se habían reunido en la biblioteca para hacer el repaso de la semana con Bethany.

Estaban todos: Luka, Angelio, Alessandra y Gian, con ella.

Sentados en una de las mesas de madera que había por el centro, Gian miraba a Bethany como si fuera la octava maravilla del mundo.

No había podido dejar de repetir en su mente lo que habían vivido la noche anterior.

Bethany le hizo un gesto con la cabeza para que mirara la mesa, que se encontraba a unas cuantas más de la que ellos se encontraban.

Él lo entendió. Por supuesto que lo hizo.

Era la mesa donde habían estudiado italiano. Juntos. Solos, por primera vez. Aún recordaba cómo le había dicho lo que significaba la frase que mencionó al conocerla.

Alessandra se recostó en la silla.

—Estás mejorando tanto, Anny, que ya no sé si son necesarias estas clases, eh.

—Vamos a hacer un descanso —propuso Luka y se levantó en dirección a la cafetería—. ¿Alguien quiere algo?

—No, gracias —respondieron todos, menos Angelio.

—Yo unas patatas con queso, por favor.

—Pues, entonces, dame el dinero —se burló él, pero se lo dio.

Luka había desaparecido tras las escaleras, cuando Alessandra le propuso a Angelio jugar a uno de los juegos de su infancia.

Unas hojas, unos lápices, palabras sin completar, y ya lo tenían todo.

Bethany se levantó y se dirigió al pasillo donde se encontraban los libros de idiomas.

Estaba colocándolos en su sitio. Había cogido demasiados, al fin y al cabo.

Cuando se giró, y antes de verlo, sabía que Gian estaba tras ella. Su aroma era inconfundible.

—Hola, Gian —susurró.

—Hola, Beth —él la imitó en el tono de voz.

Gian hizo lo mismo que ella había hecho semanas antes, cuando Bethany lo había acorralado contra las estanterías más cercanas para decirle, entusiasmada y confusa, el significado de aquella frase.

Che gioia incontrare gli occhi del mare. «Qué alegría encontrar los ojos del mar».

Él se había colocado frente a ella, pegando su cuerpo con el suyo, y le había cerrado el paso con los brazos, a los lados de su rostro.

Bethany lo había mirado con unos ojos llenos de pasión y picardía.

—¿Intentas hacer algo en concreto, Gian?

—Me estaba conteniendo para no besarte —respondió y le besó el cuello con delicadeza. Después, le dio un mordisco y nada volvió a ser igual. Ni siquiera el lugar donde se encontraban —, pero si susurras mi nombre, no puedo no hacerlo...

—Entonces, tendré que volver a decirlo.

—¿Quieres que te bese?

—Se podría decir que casi lo necesito.

Lo agarró de la camiseta y lo apretó todavía más. Sus caderas sobrepasando el límite de lo

correcto. Estaban en un lugar público, en la biblioteca. Si hicieran algo más que besarse, se podría considerar casi una infracción de las reglas.

—Esto es como la iglesia de los libros, deberíamos alejarnos un poco.

Ella rio y deslizó la mano por el borde de su cinturón.

—Sí, será lo mejor —susurró ella, y él ahogó un gemido, que se convirtió en un suspiro—. Cuando tengamos una cama delante, espero que no pongas pegas, Gian.

—Nunca pongo pegas para dormir, cielo —bromeó él.

Bethany puso los ojos en blanco e hizo que lo siguiera por el pasillo.

—Pero... ¿sabes? —dijo ella de repente, frenándose—. Unos besos no le van a hacer daño a nadie, ¿no crees?

—¿Buscas una opinión profesional? —preguntó, tentándola.

No pudo apartar la mirada de sus labios, entreabiertos, buscándolo.

Ella enterró sus manos bajo su camiseta y él levantó su barbilla, para ver mejor sus ojos. Su deseo.

Entonces, se besaron.

Un beso acalorado, pero que tenía más. Mucho más que un contexto sexual.

Al principio, el beso fue lleno de chispas, electricidad, calor..., pero se fue convirtiendo en algo más calmado y dulce. Más sereno, más relajante.

Bethany quitó las manos de su abdomen y las colocó en su rostro. Lo miró, como nunca nadie lo había mirado, y sonrió.

Ambos sonrieron, y Gian le tendió un beso en la mejilla.

Casi se quedó ahí, pues había sido... Quería quedarse ahí. Donde fuese. Donde ella y él estuvieran así. Besándose. Provocándose. Felices. Libres.

Unos cuantos besos dulces y suaves más, y Gian y ella volvieron a la mesa con el resto. Pero, aunque todavía no habían dicho nada a sus amigos, Luka llegó con los *snacks* en la mano cuando comentó:

—Qué felices os pone estudiar, ¿no? —bromeó, como si los hubiera visto. Algo que era imposible. Pero, si ese fuese el caso, ¿qué importaba?—. Ojalá a mí me pusiera tan contento.

Alessandra frunció el ceño.

—¿Con qué doble sentido va eso?

Luka, con la esperanza de que Bethany no llegara a entenderlo, le respondió:

—*L'amore è come il vento, non puoi vederlo ma puoi sentirlo.*

—El amor es como el viento, no puedes verlo, pero puedes sentirlo —tradujo Bethany, inmediatamente.

Luka escondió la cabeza. Alessandra los miró y sonrió. Angelio dijo:

—No lo entiendo —buscaba en uno de los libros—, ¿es un tema nuevo?

—No, nada de eso —indicó Ale—. Creo que estos dos tienen mucho que contarnos.

Lo hicieron.

Expresaron lo que había pasado hasta ese momento, y les advirtieron de que no fueran los amigos más pesados del mundo, queriendo forzar cosas o preguntando todo el rato.

Gian y Anny querían ir a su ritmo. Querían ser ellos quienes admitieran al otro lo que sentían, y no que el resto lo diera por hecho. Aunque, ¿había algo de lo que dudar?

Al terminar de relatar lo que había pasado entre ellos, más o menos, hasta la anterior noche. Angelio dijo:

—A ver, en realidad estaba disimulando. —Suspiró—. Fui el primero en darme cuenta de

que a Gian le gustaba Anny.

—Sí —respondió Gian—. Aún recuerdo cuando me dijiste lo mucho que se me notaba. Anny los hizo callar. Estaba demasiado avergonzada y nerviosa por partes iguales. Gian la atrajo hacia él y la calmó.



Bethany llevaba encontrándose mal desde hacía unos días, pero ese fue el colmo. No había acudido a las clases del lunes, debido al dolor de ovarios que tenía. Pero no solo de ovarios, sino también de cabeza, lumbares, riñones, y su general malestar.

Cada vez que a Bethany le venía el periodo menstrual, lo pasaba horrible; aunque se tomara medicación o intentara tomar los medios más supuestamente efectivos.

Sí, hacían algo, pero no gran cosa, y ni hablar de lo fatal que lo pasaba siempre con la hemorragia. Puesto que era realmente excesiva, en algunas ocasiones.

Así bien, Bethany se metió en la cama y se hizo un ovillo.

No quiso salir en todo el día. Ni siquiera tenía hambre, debido a que su estómago se cerraba. Estuvo mensajeándose con sus amigos de Reino Unido durante esa mañana.

Isobel y Ellie le habían dicho que, si necesitaba cualquier cosa, se lo pidieran. Además, ambas parecían tener una sorpresa entre manos que, según ellas, le animaría.

No sabía si fiarse o no.

Los chicos no dieron señales de vida, pero, más tarde, sí que mandaron algo por el grupo en conjunto que tenían. Incluso Roy habló, y parecía contento.

Bethany seguía sin saber qué le había ocurrido estos dos meses, pero sí parecía que estaba mejor.

Se alegró por un momento, pero después recordó su dolor de ovarios y las estupideces que este le decía cuando estaban... Cuando eran, lo que fuese que fueron.

Su dolor no importaba, y era así como lo demostraba.

Así que, cerró el chat y dejó de alegrarse por él. No iba a permitirse a sí misma eso. No era justo.

Se dio un baño caliente y volvió a la cama.

Al cabo de unos minutos intentando buscar algo entretenido que ver en la televisión, alguien tocó a la puerta.

—¿Beth?

Supo de inmediato que esa voz era de Gian, pero su apodo lo delató por completo. Bethany levantó su cuerpo poco a poco y apareció en el umbral de la puerta.

Gian puso cara triste al verla.

—¿Qué te pasa? —quiso saber. Al verla, supo que no se encontraba bien—. Nadie ha sabido de ti en todo el día...

Dudó unos segundos si responder de verdad o inventarse alguna cosa.

Sin embargo, dijo la verdad. Quizá como una prueba. Tal vez, porque sabía que Gian no era como Roy.

—Estoy con la regla —respondió y puso una mueca—. Lo paso horrible.

Gian alzó las cejas y asintió.

Bethany frunció el ceño cuando lo vio marcharse. ¿Adónde diablos había ido?

Al cabo de unos minutos, volvieron a tocar a la puerta.

Bethany abrió, sabiendo que era Gian.

—¿Qué estás haci...? —intentó preguntar, pero vio lo que llevaba delante de él—. Gian...

—Vamos adentro —le dijo, cogiéndola de la mano, para llevarla a la cama—. Primero —comenzó a decir mientras la miraba y la ayudaba a tenderse—, toma esto.

Bethany esperó y Gian dejó una bolsa a un lado.

Le subió el pijama hacia arriba, por la zona del abdomen, y le colocó suavemente un cojín de agua caliente.

Ella notó el calor enseguida, totalmente reconfortante.

—Gracias —susurró, mientras lo observaba.

—Solo es un cojín —soltó él. No tenía que darle las gracias.

—Es más que un cojín —repuso, sosteniéndolo de la manga de su camiseta. Impidiendo que se marchara.

Gian le sonrió y le dio un beso en la frente, rápidamente.

Después, abrió la boca y le dejó caer sobre la cama.

—Sé que eres más de dulce que de salado, así que te he traído varias chocolatinas, y demás.

Bethany abrió los ojos, sorprendida, ante el repertorio que había frente a ella.

Entonces rio.

—He leído en alguna ocasión que beber agua os ayuda —comentó—. Así que, también te he traído. No sé si a ti te funciona. ¿Te funciona?

—No mucho, pero gracias, Gian —dijo, sonriendo—. Eres el mejor.

Gian gesticuló.

—Sé que soy el mejor —vaciló—, pero no por esto. —Resopló—. Unas chocolatinas y un cojín es la cosa más básica que puedes hacer.

Bethany asintió.

—Es cierto —comentó—, pero hacerlo es lo que hace la diferencia.

—Entonces..., ¿cómo te alegrarías si te dijera que te he traído tu peli favorita?

—¿Qué? —Se sorprendió, mientras él sacaba el paquete del DVD, con la película—. ¿Cómo sabes cuál es mi película favorita?

—Lo dijiste el día de la acampada, mientras hablabas en sueños —soltó.

—¿Hablo en sueños? —Se horrorizó ella. ¿Qué más habría dicho aquel día?

—No —respondió Gian con sinceridad, y rio—. Le pregunté a Isobel. —Puso la peli y le acercó el mando a distancia—. No esperaba que me fuera a decir una película de Disney, cuando eres una chica tan dura... —Vaciló, y ella le lanzó una almohada—. Es broma, Bethany —susurró, más cerca.

—*Enredados* es la mejor peli de la historia —replicó, aceptando su acercamiento.

—No la he visto —confesó.

—¿Quieres verla? —preguntó ella.

—¿Contigo? Desde luego.

Bethany sabía que la iba a dejar a solas, si eso era lo que ella quería. Y sí, había disfrutado enormemente de su soledad durante el día, pero ahora, al ver todo lo que había traído y hecho Gian, quería pasar un tiempo con él; y viendo esa película, todavía mejor.

Ambos se pusieron cómodos y le dieron al *play*.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —le preguntó él, antes de que empezara.
—Estoy bien —dijo—. Tranquilo.
—Mimimimi... —se burló él, cruzándose de brazos.
—Qué idiota eres —indicó, abrazándose a su pecho.
Gian sonrió y se acomodó con ella.
—Puede que un poco sí lo sea.
—¿Un poco?
—Un mucho, no lo creo.
—Bueno —se rindió—. Es cierto. Un poco solo.
Ambos rieron y disfrutaron de la película.



Bethany se había quedado dormida entre sus brazos casi en el final y Gian había acariciado su mejilla, incluso después de aquello.
—*Sei la luce più brillante*, Beth.
«Eres la luz más brillante, Beth», había dicho él mientras contemplaba su rostro dormido. La abrazó un poco más fuerte y descansó junto a ella, para no despertarla.

Capítulo 22

Los días pasaban, y con ellos se acababa el mes de julio.

Tanto Gian como Bethany habían estado pensando en qué sería lo mejor.

Los dos habían llegado a la misma conclusión: disfrutarían del tiempo que tuvieran juntos, pasara lo que pasara con posterioridad.

El miedo desapareció, ya que estaban tan enganchados el uno al otro, que no les importaba lo que ocurriera en el futuro. Solo lo que pudieran hacer en el presente.

Prepararon varios planes para todos, y también para ellos dos solos.

En esos días, Bethany recibió una noticia que la convirtió en un manojo de nervios y, a su vez, en la más feliz del mundo. Más aún.

Aquel mismo día, siendo el último lectivo del mes, se lo preparó para un examen.

No cualquier examen, no. El que debía de hacer para recuperar la asignatura.

Sus profesores determinaron que el conocimiento que tenía Bethany Fisher en esos momentos era muy superior que con el que llegó a la facultad en Italia, y que, por supuesto, poseía el nivel suficiente para aprobar la asignatura.

Realizó el examen por la mañana, y por la tarde le dirían el resultado de la nota. Estuvo tan nerviosa y contenta al mismo tiempo, porque...

—Si apruebo este examen, seré libre todo agosto para disfrutar de vosotros y de Italia —recalcó Anny—, ¿no es genial?

—Sí que lo es —respondió Gian, ilusionado—. Podremos hacer mil planes más.

Luka sonrió, y Angelio dijo:

—Pues ya ves. —Los dos se miraron y asintieron, dando por hecho que podrían hacerlo—: Mañana por la noche podemos celebrar ese aprobado.

—Aún no sé la nota —recordó Bethany, casi temblando.

—Aprobarás —afirmó Alessandra—. Te ha enseñado la mejor, o sea yo.

Rio a carcajadas cuando el resto la miró con el ceño fruncido.

Al final, todos había colaborado, eso era cierto. Si aprobaba, debía agradecerse a los cuatro.

—Desde luego que sí. —Lo sabía más que de sobra.

—Oye, nosotros también hemos participado —recordó Luka.

—Un poco menos —reconoció Angelio.

—Bueno, yo he sido el segundo que más le ha ayudado —dijo Gian, mirando a Beth y Alessandra—. Y, aun así, creo que soy su favorito, lo siento.

—No le creas —murmuró ella hacia Alessandra—. Tú eres mi favorita.

—Lo sé. —Elevó los hombros—. Gian —lo miró sobrada—, no puedes competir contra mí. Ya lo siento.

—Eso ya lo veremos —soltó él, haciéndose el ofendido, y todos rieron.

El ambiente tan cargado, por la situación repentina de su examen, se había relajado al hacer aquellas bromas tan simples. Sin embargo, volvió a perforarse en un solo segundo.

Esa mañana lo había pasado tan mal... Solo pudo cerrar los ojos antes de desbloquear el móvil y suplicar que fuera la noticia que esperaba.

El móvil de Bethany vibró, y ella sabía lo que eso significaba: la nota.

Sus amigos la miraban expectantes.
Bethany hizo una mala mueca y ellos se desilusionaron. Sin embargo, estaba bromeando.
—¡Estoy aprobada! —exclamó, totalmente impactada por la emoción.
—¡Enhorabuena, Bethany! —gritaron todos a pleno pulmón, mientras le tendían un enorme abrazo.
—Ya eres casi más italiana que nosotros —comentó Angelio, divertido.
Estos rieron, y después se abrazaron en grupo.
Gian y ella se miraron durante un segundo, emocionados por la oportunidad.
Bethany pudo apreciar el orgullo en sus ojos oscuros y él se acercó de nuevo.
—Sabía que podrías con ello —le susurró—. Sé que puedes con todo.
Le dio un suave beso en la mejilla y ella cerró los ojos. Apreció el momento.
—Entonces... —habló Angelio—, ¿mañana nos vamos al cine para celebrarlo?
—¡Por supuesto!



La película había sido más que entretenida.
Se habían reído y habían estado comentándola a la vuelta.
Compraron cada uno un bol de palomitas y podrían haber jurado que era más grande que todos ellos juntos.
Alessandra dijo que tenía que irse a descansar, para estar fresca al día siguiente, para el trabajo. A pesar de que quería quedarse junto a ellos, era por un motivo especial. Le hacía mucha ilusión ir. Incluso contó que había estado haciendo propuestas para conseguir ser organizadora de eventos.
Luka y Angelio se fueron a echar unas partidas a la consola a casa de Dante, y de paso... a verlo.
Luka se había quedado demasiado cerca de él, así que Angelio decidió no ser un sujetavelas e ir directamente a la facultad. Decidió repasar las clases de Medicina para el día siguiente, y reunirse con su amigo pronto para imprimir una ilustración que tenía que entregar él también.
Gian tenía vacaciones en las clases de Nutricionista, y también en las de motocrós, por lo tanto, era de Bethany por completo.
Sonrió, al pensarlo.
Se fueron a la habitación de este, casi sin darse cuenta.
—Mañana es agosto, ¿sabes lo que significa? —preguntó Bethany mirando sus labios.
—Sí —él ladeó la cabeza e hizo lo mismo—, que mañana te voy a llevar a un sitio que te va a encantar.
—¿Pista?
Gian negó con la cabeza.
—Solo una... —pidió, agarrándose al cuello de su camiseta—, Gian.
—No digas mi nombre, que sabes que soy débil si lo dices...
—Gian, dame una pista, porfa. Gian. Gian. Gian... —La última vez que dijo su nombre, las letras fueron alargadas.

Estaba retándole.

Sabía lo que había ocurrido la última vez, y en realidad quería que se repitiera.

Él la agarró por la cintura, le dio una vuelta y se dejó caer, con ella en brazos, hacia la cama, de espaldas.

Cuando tuvo su rostro casi pegado al de ella, le apartó el rizado cabello rojizo del rostro.

—Iremos a un lugar muy... tú —fue lo único que dijo.

—¿Muy yo? —se preguntó ella, prácticamente en voz alta.

—Sí, muy tú, Bethany Fisher.

«Ella no lo entendió, pero lo haría cuando lo viera», pensó este.

Beth se quitó de encima de Gian y se colocó a su lado, bien pegada a él, con la cabeza apoyada en su pecho y una de sus piernas por encima.

—Me das tanta paz, tanta tranquilidad, Gian... —no evitó decirlo, a pesar de que una parte de ella le indicaba que era demasiado.

Gian sonrió y cerró los ojos. Estaban agotados.

—Es lo más bonito que me han dicho en la vida.

—¿De verdad? —Bethany no podía creérselo. Era tan guapo y atento... Era imposible que nadie le hubiera dicho algo así.

Este asintió. Decía la verdad.

—¿Hay algo mejor que darle tranquilidad a quien...? —Se tragó sus palabras. No quería arruinar el momento. No podía—. No hay nada mejor que dar y recibir paz.

—No la hay —afirmó ella, y Gian la atrajo hacia él—. Qué pereza me da levantarme...

—No lo hagas —propuso él, besándole el cuello de repente—. No tienes por qué irte. —Lo siguiente lo dijo un mucho más bajo, para que ella no lo oyera—: Nunca.

—¿Me estás invitando a dormir, Gian? —se reclinó y lo miró sonriente.

Él mantuvo una de sus manos en sus caderas.

—Solo si quieres.

—Sí —reconoció con rapidez—. La verdad es que sí quiero quedarme.

Casi no había podido pronunciar esas palabras, pues él ya le había cogido de la nuca, la había atraído hacia su cuerpo y la había besado.

Estaba tan feliz de tenerla ahí, de poder disfrutar de más tiempo con ella...

En un sencillo movimiento, Gian tenía todo el peso de Bethany sobre él.

Se besaron tan lentamente... Tan llenos de todo. Absolutamente de todo.

Bethany se colocó encima de Gian, sobre su espalda, y comenzó a acariciarla por entero. Suave y delicada, con los dedos, y luego con las uñas.

Gian estaba tan relajado que podría dormirse ahí mismo, con las caricias de Bethany.

«Con ella sobre él, no podía haber nada mejor», se dijo, cerrando los ojos.

Bethany sintió un escalofrío repentino.

—¿Tienes frío? —le preguntó Gian, girando el cuello para verla.

—Un poco —asumió ella—. Tal vez si tú me acariciaras a mí, se me pasaría.

Gian rio y se dio la vuelta.

Beth no se movió más que un poco, para dejarle moverse, y, entonces, su cuerpo quedó encima del suyo, como antes, pero cara a cara.

—Hola —dijo él sonriente, y antes de que ella añadiera algo, la cogió con delicadeza y le dio la vuelta—. Adiós.

Bethany comenzó a reírse. No esperaba aquello.

Gian se sentó sobre la parte baja de su trasero y empezó a acariciarle la espalda, levantando su camiseta.

Bethany le dejó el hueco para que se la quitara, y así lo hizo este, sin dejar de acariciarla ni un solo segundo.

—¿Mejor? —quiso saber Gian, mientras apartaba algunos mechones de su rostro, que se encontraba apoyado lateralmente sobre la almohada, y notaba cómo lo miraba de vez en cuando.

—Un poco —susurró.

—¿Un poco? —Gian se ofendió—. Soy el mejor acariciador de espaldas.

—¿Desde cuándo eso es un título? —bromeó ella.

—Desde hoy —alegó.

—Podría discutir eso —dijo ella, vacilándolo. En realidad, estaba muy a gusto. Tanto, que le costaba hablar y no dormirse.

Gian hizo una mueca.

—¿Ah, sí? —la retó—. Discutámoslo, entonces.

Sin más, Gian comenzó a hacerle cosquillas.

—¡Gian! ¡Gian! —gritó Bethany entre risas—. Para. ¡Para!

Gian acabó, justo como la vez anterior, sobre ella, apartándole el cabello de los ojos.

Ella se dio cuenta.

—Siempre me apartas los rizos —masculló, y empezó a acariciar sus mejillas.

El calor de su cuerpo sobre el suyo era tan reconfortante...

—Porque me tapan tus ojos —reconoció, casi embobado—, y me gusta mucho perderme en ellos.

Bethany sonrió.

—¿Por qué te gustan tanto mis ojos? —quiso saber—. ¿Es por el color?

—Tu aguamarina es precioso —alegó él, sin prisas, mirándola fijamente, y, tras un corto suspiro, dijo—: Pero no es el motivo principal por el que me vuelven loco.

—¿Entonces? —esperó su respuesta—. ¿Por qué?

—Porque, como tú bien dijiste un día... Puedo ver tu alma a través de ellos. Puedo ver todo lo que eres, y eres de tantos colores. Eres tanta luz, Bethany, que no sabría decirte realmente si formas parte del ser humano o de la naturaleza, porque de verdad... No es normal la mirada que tienes. No es normal todo lo que causas en mí —añadió, y se agachó hacia su cuello, dejándose caer sobre ella, sintiendo sus torsos desnudos juntos. El calor, la calma—. Tus ojos me encantan porque son lo más cerca que voy a estar de tu corazón nunca.

Bethany no tuvo palabras para eso.

No tuvo palabras para él.

Así que, lo único que pudo hacer, fue abrazarlo y mantenerlo ahí. Protegido. Junto a ella.

Un poco más tarde, Gian le había prestado uno de sus pijamas y se había quedado fascinado al verla.

Estaba tan hermosa, que casi le dolía. Siempre lo estaba. Lo era, joder. Era infinitamente preciosa. En todos los sentidos.

Bethany nunca se había sentido tan querida y deseada a partes iguales, como lo hacía con Gian.

Habían pasado horas acariciándose las manos y los brazos, cada parte del cuerpo, y habían estado hablando y mirándose mientras tanto, hasta que el sueño se apoderó de ellos.

Se durmió entre sus brazos y no quiso estar en otro lugar.

Estaba justo donde quería estar; donde deseaba estar siempre a partir de ahora.

Con Gian.

Este se durmió con una sonrisa en la boca y en el alma. Su corazón latía con fuerza, y, aunque antes había sentido miedo por si espantaba a Bethany, esa noche no quiso siquiera que su pecho se calmara.

Necesitaba decirle de alguna forma, u otra, todo lo que sentía por ella.

Ese enamoramiento iba cogiendo tanta forma dentro de él...

Ninguno dijo nada, pero no fue necesario. Lo sabían. En el fondo, ambos sabían que se querían.

Capítulo 23

Gian fue a comprar una cosita, antes de recoger a Bethany.

Era la primera cita oficial que tenían, sin ocultarse, y estaba realmente nervioso.

Quería que todo saliera perfecto, y sabía que así sería, pues con ella cada momento era de esa forma.

Desde que sus ojos aguamarina se habían topado con los suyos, nada había vuelto a ser igual. Sino mejor.

Gian no iba vestido, sorprendentemente, todo de negro con sus míticas botas.

Hacía demasiado calor a esas alturas.

Así que, en su lugar y no muy convencido, llevaba unas zapatillas de tela verdes, a juego con su ancha camisa, y unos pantalones blancos. Además, lucía el collar que ella le había regalado por su cumpleaños.

Se había retocado las raíces un poco, y, aunque todavía tenía parte de negro, el resto del cabello era blanco.

Cuando él se presentó en su habitación con uno de sus brazos medianamente escondido, Bethany se quedó paralizada.

—Qué... raro estás.

—¿No te gusta? —Él se miró preocupado—. A veces no voy de negro, lo siento.

—Me gusta, Gian. Todo te queda bien. Es solo que aún no te había visto con tonos tan claros. —Rio al ver su reacción.

—Me alegra saberlo —aseguró él y le sonrió.

Ella iba con una bata enrollada al cuerpo, porque no quería mancharse a la hora de maquillarse.

Él se había dado cuenta, llevaba un toque de máscara de pestañas y una sombra marrón clara. Tenía los labios pintados de un rosa palo, y seguía tan hermosa como de costumbre.

Pero Gian se quedó sin habla al verla, cuando se quitó la bata.

—Joder —soltó.

—¿Eso es que te gusta? —preguntó, dispuesta a salir.

—Me encanta.

Ella rio, y él no pudo apartar la mirada durante unos minutos.

Llevaba un corto vestido rojo, con flores amarillas y blancas. Era de tirantes, y lucía un pequeño escote en uve. En los pies calzaba unas sandalias, que se ataban por el tobillo, y eran del mismo color que su sombra de ojos.

Él le ofreció una mano y ella la aceptó.

—Tengo una cosita para ti —soltó de improviso, eufórico.

—No, Gian, no tenías por qué... —le dijo, sintiéndose mal.

—Lo sé. —La besó con rapidez—. Simplemente, me apetecía.

Le mostró una cajita de cartón y ella la abrió, con delicadeza.

Ahí, justo en mitad del pasillo, enfrente de ambas puertas, en el punto intermedio de esos dos meses, la abrió, y todo se sumó.

Junio y julio habían pasado tan deprisa...

Bethany dio un brinco al ver lo que contenía la cajita.

—Gian... —susurró, casi afónica, de la alegría.

Era una bola de nieve, con una personita sentada en un taburete. Estaba pintando sobre un lienzo. Poseía un aura artista, igual que ella.

No dejó de moverla durante un buen rato, viendo cómo la nieve caía.

Aunque tenía algo especial.

No era nieve.

Eran estrellas.

Le dio un beso pausado en los labios, a modo de agradecimiento, y porque quería hacerlo, también.

Gian no se lo esperaba, pero quiso más.

—Las estrellas son por la noche en la cala —explicó él, aunque una noche con estrellas también fue cuando él se dio cuenta de que le gustaba demasiado como para que solo fuera algo pasajero—. Que sea un artista que pinta, obviamente es porque tú lo eres. Y... —sonrió—, lo que está pintando es exactamente a donde vamos.

Bethany se fijó en el lienzo de la bola y lo supo.

«Madre mía».

—¡Un museo! —respondió ella.

Él asintió y volvió a besarlo.

Estaba más que emocionada.

Lo besó una vez más.

—No sé qué decir, Gian. Es un detalle precioso.

—Un detalle precioso, para una chica preciosa —bromeó él, y después se puso más serio—. Solo quería que tuvieras algo que te recordara a mí, y, a la vez, que te motivara a luchar por tu sueño de ser pintora, Beth.

Ella se quedó sin habla, hipnotizada por esos oscuros ojos, y ese brillante corazón.

Era cierto que había pintado en varias ocasiones, desde que estaba ahí, pero, aun así, no tanto como le gustaría.

Aun así, seguía siendo muchísimo más que antes, ya que antes no pintaba nada.

—Mis dos sueños unidos —susurró ella, finalmente, llena de entusiasmo. Él se quedó mirándola, esperando su aclaración—. Ahora eres un sueño para mí, Gian.

—¿Por qué? —quiso saber, con el corazón en un puño.

—Porque los sueños te hacen sentir libre y te dan felicidad —exclamó, y luego suspiró, antes de declarar—: Y eso es exactamente lo que tú me haces sentir.

Libertad, calma y felicidad.

Dos sueños.

Dos corazones.

Gian la abrazó tan fuerte que apenas pudo moverse.

Le devolvió el abrazo y le regaló una sonrisa repleta de agradecimiento.

Caminaron durante una media hora, más o menos, hasta llegar al museo del que Gian tenía dos entradas reservadas.

Al estar frente a la puerta, haciendo la cola, él le susurró al oído:

—Por eso dije que iríamos a un sitio muy... tú —comentó. Ella sonrió y su voz la hizo estremecerse—. Porque tú eres lo mismo que este sitio: arte.

Al apartarse, Bethany lo miraba como si no hubiera nada ni nadie que fuera a entender lo que ella llevaba dentro. Era como si no existiera palabra o acción que representara lo mucho que

quería estar con Gian. Como si quisiera fusionarse con él en todos los sentidos posibles. Habidos y por haber.

Unas horas después, rodeados todavía de cuadros y esculturas hermosas, ella le preguntó:

—¿Y qué hay de tu sueño, Gian?

—¿Qué quieres decir? —Alzó una ceja.

—¿No ibas a perseguirlo?

Hubo un silencio. Le dio un besito en la punta de la nariz y la atrajo hacia él, para que lo abrazara. Para que siempre lo abrazara.

—Puede que haya ocurrido algo —soltó de repente, haciéndose el interesante. Ella se alegró y esperó los detalles—, pero quiero contarlo con todos delante, si no te importa.

—Claro —respondió, como era obvio, y lo volvió a abrazar, frente a uno de sus cuadros favoritos—. Alessandra y los chicos se van a alegrar mucho, estoy segura. Sea lo que sea.

—Eso espero. —Sonrió, casi en un suspiro.

Después, continuaron dando vueltas, rodeados de arte. Los cuadros, las esculturas, ella...

Gian le dio una vuelta sobre sí misma, antes de besarla de nuevo.



El resto de la semana fue rápida.

Por las mañanas, Luka estuvo en sus clases de Ilustración, Angelio en las de Medicina, Alessandra iba a algunas de Italiano, como debía hacer para mantener su habitación, pero, generalmente, estaba en la cafetería, trabajando. Gian había estado liado haciendo papeleos varios y luego se iba a hacer unos cuantos circuitos con la moto, aunque tenía vacaciones.

Algo que se pidió a propósito, para hacer ese misterioso papeleo, que Bethany supuso que tenía algo que ver con esa noticia tan misteriosa, con su sueño de ser chef.

Bethany puso a sus amigos y a sus padres al corriente de todo.

Bueno, de casi todo, porque de Gian no le habló a ninguno.

Y también aprovechó para ponerse al día con la pintura.

Por las tardes, todos se reunían casi siempre, y jugaban a juegos de mesa, donde Angelio y Alessandra se picaban porque, según ellos, Luka hacía trampas.

Gian se ponía al lado de él, y Bethany del de ellos.

Habían estado discutiendo sobre qué reglas debían seguirse.

Todos terminaron riéndose, porque bromeaban, y habían pedido, más de una vez, algo de comida, y, si no, habían cenado o comido juntos en la cafetería.

Sabían que, entre semana, podían hacer cosas, pero no tantas, puesto que cada uno tenía obligaciones.

Ese fin de semana se reunieron todos en el sótano de Dante.

Luka y él habían desaparecido un par de horas, por... vete tú a saber qué.

Alessandra y Angelio iban de pareja contra Bethany y Gian en el karaoke de la consola, y luego se habían enfrentado con concursos de bailes.

Se desplomaron en el sofá, más que cansados, cuando volvieron Luka y Dante, que se unieron inmediatamente a ambos retos.

Gian le pidió permiso a Dante para utilizar su cocina, y él no puso ninguna pega.

Se llevó a Bethany con él, y le preguntó:

—¿Te apetece que te enseñe un par de recetas que he aprendido esta semana?

—Por supuestísimo —respondió de un salto.

De inmediato, ambos marcharon hacia la cocina y Gian se recogió el cabello, igual que Bethany, y se colocaron, el uno al otro, unos delantales blancos.

Estaban espectaculares. Beth no dejaba de mirarlo.

—Parecemos de un canal de cocina —bromeó ella.

—Somos mejores, todavía —dictaminó él, guiñándole el ojo.

Ella rio y le pasó uno de los cuchillos que le había pedido, por favor.

Comenzaron a cortar verduras de todo tipo, cocieron arroz y pasta, y, además, estuvieron preparando unas sopas.

Algo, en el horno, olía demasiado bien y ella quiso comérselo cuanto antes.

Gian había reído varias veces, mientras a Bethany se le caían las cosas, pero la había ayudado todo el rato.

De hecho, Gian se encargó de prácticamente todo.

A ella se le daba bien cocinar, pero a él... Madre mía, era fascinante.

Bethany estaba encantada de verlo moverse por la cocina, como si fuera una pista de baile. Él utilizaba los utensilios de la misma forma que ella usaba los pinceles.

Los dos hacían arte. Los dos eran arte.

Ella quiso grabar cada momento junto a Gian, y algo en el pecho le hizo retorcerse. La idea de que faltaban unas semanas para que se fuera. Tenía que aprovecharlas y tenía... Debía pensar en alguna cosa para que no se separaran.

«Joder, Anny», se maldijo a sí misma. «No se imaginaba una vida sin Gian, ya no».

Hizo un pequeño boceto de Gian en una servilleta, cuando él no se dio cuenta, y se lo guardó.

Al rato, mientras él daba los últimos retoques a unos platos, decidió hacer otro boceto.

Uno se lo daría a él, después de cenar, y el otro se lo guardaría para poder pintarlo.

Más tarde, sacaron los platos entre todos, y, cuando estuvieron sentados, Alessandra fue la primera en hablar:

—Madre mía, todo tiene una pinta increíble.

—La chef Beth, que es una gran cocinera —anunció Gian, dándole el mérito.

Bethany lo miró extrañada, ella apenas había hecho nada, y, sin embargo, le había dado todo el mérito.

Ella quiso contradecirlo, pero él negó con la cabeza.

Con algo tan sencillo demostraba que quería darle el mérito, el valor que había sentido junto a ella en la cocina. En todas partes.

Bethany se dio cuenta de algo muy importante: Roy hizo todo lo contrario. Roy nunca le había dado el mérito, incluso cuando era todo suyo. Roy nunca le había demostrado nada de eso.

Después, se dio cuenta de otra cosa: Bethany se enganchó a Roy, porque no le hacía bien. Precisamente por eso, porque ella estaba mal consigo mismo, y con todo; porque ella solo quería continuar en su bucle de ansiedad y miedo, porque era a lo que estaba acostumbrada. Era lo que creía que merecía.

Nunca había estado enamorada de Roy, y lo sabía, porque no tenía nada que ver con lo que sentía por Gian.

Con Roy nunca había estado feliz, y el amor es eso, precisamente. Estar enamorado de alguien no debe de suponer un suplicio, sino todo lo contrario.

Y, con Gian, era eso. Era totalmente lo contrario. Era calma y felicidad. Era amor.

Con Gian tenía amor de verdad.

Le hacía sentirse bien en todos los aspectos. La había ayudado en muchas cosas y la había entendido.

Gian le hacía querer mejorar.

Gian era luz en su vida. Gian...

Bethany estaba enamorándose de Gian, y quería gritárselo.

Necesitaba decírselo.



Al terminar la cena, él no había apartado la mirada de sus ojos aguamarina.

Gian la miraba como si fuera lo más valioso del universo, y la trataba de la misma manera.

Eso era lo que se merecía.

Nunca menos.

Capítulo 24

Desde hacía unos días, Gian y Bethany llevaban quedando todas las tardes, a solas.

Unas veces habían ido a hacer motocrós y otras habían estado pintando, juntos. Habían cocinado e incluso Gian la había llevado a una zona de boxeo, para que pudiera entrenar de nuevo. Ya que, antes con las clases, no tenía tanto tiempo.

Después de eso, Bethany le regaló el boceto que le había hecho el fin de semana anterior, mientras él cocinaba.

Gian se lo guardó, para llevar esa servilleta siempre encima.

Esa tarde, al fin, se juntaron con el resto.

Había contado aquello que le había dicho con anterioridad a Bethany, que anunciaría cuando todos estuvieran juntos.

La otra vez, cuando tuvieron aquella cena, no pudo decirlo, o más bien no quiso, ya que Dante estaba delante.

Quería que fuera una noticia en la que solo sus íntimos estuvieran.

No era egoísta. Ni quedaban restos de aquellos celos. Era una decisión personal.

Quedaron para ir a la playa y, cuando estuvieron todos tumbados en la arena, no lo aguantó más. Gian soltó:

—He dejado la carrera de Nutricionista.

—¿Cómo? —escuchó decir de distintas voces, al mismo tiempo—. ¿Qué?

—¿Por qué, Ruggi? —preguntó Alessandra.

—Porque he decidido que en septiembre empiezo las clases de cocina —respondió con una gran sonrisa—. Espero que todo salga bien.

El resto suspiró, y el silencio los gobernó unos escasos segundos, mientras digerían la noticia tan repentina que su amigo les había dado.

—Me alegro mucho por ti, Gian —lo felicitó Bethany, envolviéndolo entre sus brazos—. Seguro que lo bordas. —Lo besó, y volvió a besarlo.

A pesar de que se sentía extraño que ambos se besaran delante del resto, era algo genial. Eso significaba que su relación, fuese como fuese, avanzaba.

Angelio solamente dijo:

—Yo no te voy a dar un beso, lo siento —bromeó, y le dio un abrazo—, a no ser que quieras uno en la mejilla, o si ella no se pone celosa... Una de dos.

Bethany entrecerró los ojos, siguiéndole el juego.

—Ni se te ocurra, rubito.

—¿Estás celosa, Bethany Fisher? —Gian se acercó a ella, con gesto de interés.

—No. —Negó con la cabeza—. ¿Por qué iba a estarlo?

—Ah, no sé, no sé...

Rieron, y esta hizo una burla.

Alessandra masculló:

—Sois dos tontos. —Angelio rio—. No, mejor tres tontos.

Luka indicó:

—Bueno, lo importante —los miró y carraspeó—, es que nuestro amigo ha tenido el valor de perseguir sus sueños.

—Gracias, siempre tan profundo.

—Obvio, si no soy yo, ¿quién? ¿Angelio?

—¡Oye! —exclamó el mencionado, indignado—. Soy profundo.

—Como una piedra —añadió Alessandra—. Igual.

—Qué crueles sois...

Rieron y volvieron a felicitar a Gian.

Este, apenas podía creérselo. Se sentía libre del todo. Con esperanza. Podía imaginarse incluso que llegara a lograrlo.

Bethany volvió a abrazarlo y sus amigos la imitaron.

Todos iban en bañador.

El de Gian, para sorpresa de nadie, era negro. El de Angelio era azul, y el de Luka rojo. El de Alessandra, a juego con su cabello, violeta; y Bethany lo llevaba verde.

Gian comenzó a acariciar su espalda.

—¿Te echo crema? —Ella giró el cuello para mirarlo con los ojos brillantes—. No me gustaría que esa bonita espalda se quemara.

—Entonces, no seré yo quien te impida protegerla —indicó, apartando sus rizos rojizos. Se desabrochó la parte superior del bañador; era una pieza completa por delante, pero, por detrás, tenía la espalda al descubierto. Solo estaba esa tira de por medio—. Adelante, Curas.

—Fish-er, no me llames así.

—Lo mismo te digo —se burló y rieron.

Gian se colocó encima de ella, con las rodillas a ambos lados de sus caderas. Abrió el bote de crema e hizo un camino curvo desde los riñones hasta el cuello.

Cerró el bote y lo dejó a un lado.

Sus manos comenzaron a masajear toda su espalda, deslizándose por su columna vertebral, y ella tuvo que tragarse un ruidito.

«Menos mal», pensó ella, «que Angelio, Luka y Alessandra hacía un rato, ya que se habían ido a jugar en el agua».

Estaban haciendo piruetas y retos.

Escuchaba de vez en cuando sus risas.

Gian se dejó caer sobre ella y le susurró al oído:

—¿Te ocurre algo, Bethany? —la pregunta casi fue un ronroneo.

—No, no. Nada. —Negó con la cabeza levemente, lo máximo que podía, ya que tenía el cuello en una posición poco oportuna para el movimiento. Vio cómo él sonreía con picardía por el rabillo del ojo—. Pero, tal vez, esta noche debamos dormir en camas separadas, por tu bien.

Gian rio, sin dejar de acariciarla.

—Eres de lo que no hay —soltó e hizo una pausa—. Como si eso no fuera a hacerme bien...

—¿Estás proponiendo alguna cosa, Gian? —susurró interesada.

—No lo hacía, pero has pronunciado mi nombre demasiado... sensual, Beth.

Hubo un silencio.

Las manos de Gian continuaban masajeando cada parte de Bethany. Incluso llegó a acariciar los costados, rozando el inicio de sus senos.

Esta había cerrado los ojos y había sentido un calor en el centro de su cuerpo. Un deseo.

Bethany no pudo evitar imaginárselos justo como estaban, pero ella dada la vuelta y no había ni un alma en esa playa. Nadie que les impidiera poder...

Pero él volvió a su espalda, y parecía haberlo notado cuando le dijo:

—No sé si pretendes hacerle competencia al sol, Beth, pero estás ardiendo.

Ella rio y él se quitó de encima.

Bethany hizo una mueca. Estaba disgustada. No quería que él se quitara de encima.

Se posicionó a su lado y, con un brazo bajo el cuello, la miró de arriba abajo.

Sus miradas se encontraron y bajaron, provocativamente, hacia sus bocas.

—¿Estás retándome, Gian?

—Te iba a preguntar exactamente lo mismo, Fisher.

Los ojos de Bethany se oscurecieron, dejando prácticamente escondido el color aguamarina.

Él llevó la mano hasta sus caderas y fue deslizándolas hacia arriba, pasando por la curva interior de la cintura, por sus costillas, por su cuello..., y se mantuvo en el hueco de su pecho.

Mientras acariciaba su cuerpo, Bethany sintió miles de sensaciones, y mucho fuego.

Gian mantuvo su mano ahí, y con los dedos hizo como que iba a bajar, como que iba a acariciar el centro de su pecho, pero, conforme iba acercándose y ella inspiraba más hondo, retiró la mano.

—Seguiremos en otro momento, Bethany. —Levantó su barbilla y la besó.

Fue un beso muy jugoso.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Él no tenía la mano en ninguna parte baja.

«No era necesario apartarse», pensó. «De hecho, quiso marcharse de allí y envolverse entre sus sábanas».

—Porque, si vamos a empezar esto, quiero terminarlo —le susurró en un leve ronroneo—. Quiero hacer que disfrutes sin nada que se interponga, y que grites mi nombre de esa manera tan... tuya, Beth.

Bethany tragó saliva y asintió.

Cuando el momento había pasado, ella pensó en lo idiota que había sido. En lo mucho que se había dejado llevar, con un solo roce de Gian... Por favor, había tanta gente allí.

Sus amigos volvieron un par de minutos después.

El mar estaba increíblemente bonito y tranquilo.

Respiraron el aroma de la sal y la brisa marina. A todos les hizo estar de maravilla, aunque Bethany no podía quitarse de la cabeza una sola cosa: las manos de Gian recorriendo su cuerpo, pausándose en su pecho...

No se pudo olvidar de ello, hasta que volvieron a la facultad.

Se dieron una ducha, cenaron todos juntos en la cafetería y después echaron unas cartas en la habitación de Bethany.

Más tarde, se marcharon, y los únicos que quedaron fueron ella y Gian.

Esta cerró la puerta tras ella, cuando vio a Gian de pie, esperándola.

Gian la besó con fuerza y dulzura, al mismo tiempo. Le dio las buenas noches y se dispuso a salir de allí, cuando Beth lo paró, agarrándolo del brazo.

—¿Te quedas a dormir?

—Después de lo que ha pasado hoy, no creo que durmamos, Bethany.

Ella le mantuvo la mirada y curvo los labios.

—Por eso mismo.

—¿Estás segura?

—Nunca lo estuve tanto.

Él se quedó quieto, dándole tiempo, por si cambiaba de opinión. Por si no lo decía en serio. Tal vez... Tal vez tuviera miedo de que, si hacían algo, ella perdiera el interés por él.

Bethanyladeó la cabeza, lo intuyó.

—No me voy a ir a ningún lado, hagamos lo que hagamos, ¿vale?

Se acercó a ella y le acarició la mejilla. Él quería eso tanto como ella, pero, si ella se marchaba después de aquello...

—Sabes que no —recalcó Bethany—. No voy a marcharme a ningún lado. —Aunque eso no era del todo cierto, y lo sabían—. Gian... —le acarició el brazo con suavidad, hacia abajo—. Bésame, una vez más —le pidió.

—No disimulas nada bien, ¿sabes? —bromeó él, acercándose todavía más, para hacer justo lo que le pedía.

La besó tan suave que perdió el equilibrio.

—No estoy disimulando, Gian —repuso ella. Este se estremeció al oír su nombre en sus labios, con esa voz melosa—. Llevo queriendo hacer esto desde el primer día que te vi.

—Bethany... —gruñó de deseo, envolviéndola entre sus brazos—. Yo también. No sabes cuánto. no lo sabes bien...

—Esa noche que te conocí... —le besó el cuello—, me habría gustado poder hacer esto, y esto —volvió a decir, cuando fue bajando, beso a beso—, pero me alegro de no haberlo hecho. —Gian lo entendió a la perfección—. Me alegro de que seamos lo que ahora somos.

—De que tengamos lo que ahora tenemos —añadió él, sin dejar de besarla. Saboreándola por completo.

La agarró de las caderas y acercó a él.

Este se fue deslizandohacia la cama y ella lo siguió, beso a beso, roce a roce.

No pudo apartar la mirada de sus ojos.

Ninguno lo hizo, a no ser que fuera para besar alguna zona de su piel.

Gian estaba debajo de ella, cuando fue quitándole la ropa con lentitud.

La imagen de Beth, arqueándose en el mismo instante en el que su mano acarició toda su columna vertebral... El jadeo de ambos, deseando más. Mucho más.

Él agarró una de sus muñecas y las besó.

Fue dando besos hasta llegar a su hombro, y ahí se perdió; se deshizo en el hueco de su cuello y tiró de sus rizos.

—Gian...

Él se estremeció y sus ojos, que ya eran negros, se volvieron del color del mismísimo petróleo. Se llenaron de oscuridad, y ella sonrió.

Le mordió el labio y se apretó a él, un poco más.

Ese movimiento produjo un ruidito, desde lo más profundo de la garganta de Gian, y ella abrió la boca, irremediablemente.

Volvió a hacer el movimiento tantas veces, que se tornó una sucesión.

Sus caderas apretadas y el roce de sus partes bajas hicieron que lo que Gian tenía bajo sus pantalones se endureciera muchísimo más todavía, si es que eso era posible.

Bethany le arrancó la camiseta.

—Igualdad de condiciones —soltó, ya que ella ya estaba desnuda, y él no.

Gian sonrió y le ayudó a desvestirse.

Con la ropa interior, siendo lo único que quedaba de ellos, él rodó y se colocó encima de Bethany.

Ella recorrió su espalda, su torso, su pecho, sus abdominales... Lo recorrió todo, tanto con la mirada como con las manos; y, cuando llegó a su cintura, jugó con sus dedos, para hacerle notar a Gian las cosquillas, en esa zona tan sensible.

—Beth... —Una súplica. Una petición de que no lo hiciera. Todavía no—. Primero yo —mencionó—. Recuerda —sonrió ella—, quiero que seas la que primero que gima. —Le acarició el interior de los muslos—. Quiero que disfrutes...

Bethany se acomodó y bajó los brazos.

Gian deslizó con suavidad uno de los tirantes de ella, y después el otro.

Ella no pudo describir lo que ese sencillo gesto le producía, pero era increíble.

Él desabrochó el sujetador en un solo segundo, y después contempló los dorados pechos de Bethany.

Sonrió y besó sus labios.

Se agachó y los besó también, seguido de unos mordisquitos. Lo suficiente para sentir el gusto, y no el dolor. Chupó, beso y acarició sus pechos, y, seguidamente, todo su cuerpo.

Fue bajando con lentitud, mientras apretaba su piel contra la de él.

—Bethany... eres... eres... —susurró y ella lo miró. Se mordía los labios, suplicando.

Un dedo se deslizó por sus bragas y el roce fue electrizante.

Él, solo con eso, supo lo húmeda que estaba, y apretó su cadera con la de ella, rozando. Más y más.

Se retiró, y volvió a jugar sobre ellas.

Más tarde, con la respiración de Beth acelerada, colocó ambas manos a su alrededor, y fue retirándolas.

Ahora ella se encontraba totalmente desnuda ante él, y solo pudo abrirse más.

—Gian... —fue una mezcla entre petición y orden.

Fue suficiente para que él lo hiciera.

Acarició los labios que envolvían el centro de su cuerpo. Los labios bajos. Lo hizo con suavidad; tanto, que era tortuoso tanto deseo. Tanta necesidad de pegarse a su cuerpo.

Introdujo un dedo, y Bethany abrió la boca. Soltó un ruido y se aferró a las sábanas de la cama.

Gian buscó ese punto y lo volvió a buscar.

Entraba y salía fácilmente debido a su humedad, y ella se apretaba inconscientemente sobre su mano.

Sacó el dedo y entró con dos.

Bethany puso los ojos en blanco cuando llegó al fondo y curvó sus dedos, contra la pared de dentro de ella. Ese punto la hizo estremecerse y gritar.

Y gritó, justo como él había soñado. Como la otra vez en la cama.

Su gemido retumbó en su mente y se quedó allí para no marcharse.

—Gian... Gian... —gimió ella, queriendo más. Mucho más. Siempre más.

—Qué sonido tan dulce, Beth... —susurró él.

Al rato, cuando las piernas de Bethany ya temblaban, Gian dejó de tocarla. O, al menos, en esa parte. Puesto que, con la misma humedad que permanecía entre sus dedos, lo usó para lubricar más, si es que eso era posible, la parte superior.

Hizo círculos perezosos primero, y fue subiendo la intensidad y abriéndose cada vez más. Al igual que ella lo hacía.

Si lo anterior le había gustado, eso le hizo retorcerse de placer.

Gimió, y después mencionó su nombre.

«Su maldito nombre», pensó Gian, «en su boca».

Era lo que iba a matarlo dulcemente.

Continuó haciendo círculos, una y otra vez, hasta que se fueron alargando, y casi eran rectas. Cada movimiento en su clítoris hacía que ella cerrara más las piernas, para una mayor presión. Para un mayor roce.

—Sigue, Gian —gimió y él gruñó. Lo hizo con mucho gusto.

Con las piernas totalmente cerradas, Gian seguía con el roce de sus dedos en ella, y, cuando sus miradas se encontraron, entonces, ella gimió como nunca lo había hecho.

Gian la había tocado como nunca la habían tocado: preocupado por su placer.

Ella respiró durante unos segundos, era el margen que Gian había querido darle, para que lo disfrutara intensamente.

Pero, luego, Gian bajó la cabeza y se hundió allí, en ambos puntos. Uno con la lengua y otro con los dedos.

Bethany no sabía que se podía disfrutar tanto.

No sabía que alguien podía hacerle sentir lo que ella, consigo misma, casi conseguía.

Gian sabía perfectamente lo que debía hacer, y si no, por lo menos, se dejaba guiar. Escuchaba. Quería su placer. El de ambos. Como debía ser.

Bethany rodeó su cuello con las piernas y él se elevó un poco hacia arriba.

El último gemido retumbó en toda la habitación.

Gian volvió a mirarla y sonrió.

Ella dijo, extasiada:

—Gian, vas a matarme de placer.

Él le acarició su mejilla y la besó.

Se besaron más. Sus lenguas se encontraron, una y otra vez. Se mordieron los labios e incluso, para provocarlo, ella lamió su boca.

—Ay, Bethany..., si tú ya me has matado solo con escucharte gemir mi nombre...

—Entonces, tendrás que resucitar para lo que te toca.

Esta vez él sí iba a permitirle darle placer.

Gian se quedó ahí sentado, sobre sus rodillas, y ella se deshizo de lo que le quedaba a él.

Con suavidad, acarició su miembro y lo agitó.

Con cada subida y bajada, Gian abría más la boca. Ahogó un gruñido de placer, cuando ella hizo un giro en la parte superior.

Más tarde, en la misma posición, Bethany se levantó y se inclinó, e hizo lo mismo que había hecho él. Mientras tocaba, lamía...

—Beth... —Gian no dejaba de gemir; y, con cada gemido, el deseo se volvía más intenso.

«¿Era legal? ¿Tanto deseo y placer era legal?», pensaron ambos.

De repente, alguien llamó a la puerta y se quedaron parados.

—Pregunta quién es, por si es urgente —dijo Gian, y ella resopló.

Fue desnuda hasta la puerta, cogió una bata y se la colocó, y preguntó:

—¿Quién?

No hubo respuesta. Habría sido un ruido en el otro lado.

—¿Y bien? ¿Por dónde íbamos, Gian?

Bethany le pidió que se acercara a ella con un gesto y él se levantó en un solo salto.

Se acercó a ella y la besó.

La apretó a él y, contra el mueble, comenzó a deslizar la bata por sus hombros. Los dos, al mismo tiempo, y ella le ayudó desatando su cintura.

Él hizo el último movimiento y, entonces, la bata cayó.

—Pf..., Bethany...

—Gian —le susurró, mientras lo atraía hacia ella, y lo pegaba.

Gian la levantó y la colocó sobre el escritorio.

Ella lo rodeó por las caderas y él las juntó.

Sus besos se volvieron eternos y más húmedos que antes.

Gian pidió permiso, una vez más, y ella se apretó contra él.

Se pusieron lentamente su debida protección, y se miraron.

Bethany notó cómo Gian entraba en ella.

Él sintió sus paredes abrazándolo.

Los dos gimieron a la vez.

Ella se aferró a su espalda y a su cuello, y arqueó la espalda en una de las estocadas. Primero suaves, luego decididas. Alternando.

—Gian...

—Beth...

Se besaron y fueron un cúmulo de besos, sexo, gemidos, caricias y susurros.

Entrelazaron sus dedos y él volvió a cargar con ella, para llevarla hasta la cama.

Bethany dio la vuelta y se montó encima de él.

Las manos de Gian se aferraban a sus caderas y a su movimiento.

Y, finalmente, ambos dieron el último gemido.

Se estiraron uno al lado del otro y recuperaron la respiración.

Fueron al baño a hacer sus necesidades y a limpiarse, para que no tuvieran problemas más tarde. Comprobaron que la protección se había mantenido en perfecto estado y se volvieron a tumbar juntos.

Inmediatamente después, Gian la besó y ella se abrazó a él.

Desnudos, juntos, y bajo las sábanas, se desearon buenas noches y se quedaron profundamente dormidos.

Los dos se sentían más satisfechos y llenos que nunca.

Capítulo 25

Alessandra quiso hacer ese fin de semana un recorrido bastante completo de Tropea.

—No acepto un no por respuesta, Bethany —había dicho su amiga—. Has visto pocas cosas, y necesitas ver más, pero que sean típicas o importantes.

—Te va a dar una buena paliza estos dos días —agregó Luka.

—Y hablando de lo que sepa de Historia, también —bromeó Angelio.

—No les hagas caso —dijo Gian—. Alessandra te va a enseñar cosas superbonitas.

—¿Cómo que te va a enseñar? —preguntó Ale con el ceño fruncido y rio—. Vosotros también os venís.

Alguien gruñó, aunque Gian no supo cuál fue de sus dos amigos.



A la hora, ya estaban todos más que preparados, con comida y bebida en una mochila. Gorra, crema solar y hasta gomas de pelo, se encontraban en la de Alessandra. Preparadísima.

Fue una buena caminata, cierto.

Recorrieron el casco antiguo de Tropea, fueron a ver la Plaza del Cañón, volvieron a ver el Mirador Affaccio del Corso. Algunas playas, como la de la Rotonda, la Michelino y la Cannone; y muchos más lugares impresionantes.

Continuaron con los restaurantes de las zonas y probaron un montón de platos de Italia. Museos, parques y sitios de ocio... De todo.

Estaban agotados, pero Alessandra quiso dejar un sitio especial para el final.

—Aquí es donde conocí a estos chicos tan geniales —explicó—. Repartía panfletos, porque acababan de contratarme en la cafetería, y ellos fueron los únicos que los aceptaron.

—Y fuimos, y todo —agregó Angelio.

Frente a ellos, con el atardecer del domingo asomando, vieron la Grotta del Palombaro.

—Qué recuerdos —murmuró Gian.

—Ya te digo —dijo Luka—. Cuántas tardes haciendo el cabra por la arena, y cuando Gian se comió una de las boyas al salir de bucear...

Todos rieron.

Bethany los vio tan felices, que no pudo evitar sonreír.

Los iba a echar tanto de menos... ¿De verdad tenía que irse? No quería. ¿Era mala persona por ello?

No dejaba de preguntárselo.

Tenía tanto miedo que, al volver a la normalidad, su yo anterior regresara. Tenía tanto miedo de volver a sentir esa asfixia y angustia...

Los miró de nuevo. A mirarle. A él. A Gian. Y sonrió. No, con la boca; no, con los ojos. Solo con el alma. Solo...

Angelio llamó su atención.

—Vamos, rizos, tienes que conducir tú.

—¿Qué?

Alessandra rio.

—No le hagas caso. —Sonrió abiertamente, y alertó a Anny—: Tenemos un regalo para ti, de... Bueno, de despedida. Más o menos. Porque te irás, pero seguiremos siendo amigos, ¿vale? Promételo.

—Por supuesto, chicos... —Los miró nostálgica. Luego a Gian—. Aunque me vaya, vamos a seguir en contacto, y viéndonos. No estamos tan lejos. Los findes podemos...

Alessandra la interrumpió con un fuerte abrazo.

Todos se unieron.

Gian tenía mala gana. No quería imaginarlo.

Solo quedaban una semana y media, y era... ¿Cómo iba a hacerlo?

—Rizos —volvió a hablar Angelio—, te queremos muchísimo. Te has convertido en alguien esencial en este grupo, y queremos hacerte un detallito... —Le pidió que se diera la vuelta y lo vio—. ¡Un viaje en barca!

—Pero ¿qué? —exclamó—. Debe de haberos...

—No —repuso Luka—. Entre todos, y unas promociones, nos ha salido tirado de precio. Además, recuerda que tenemos los cheques de la facultad. Así que, no te preocupes.

—Dios mío, chicos...

—No es una barca cualquiera, es para que hagas windsurf —corrigió—. Bueno, para que hagamos, juntos. Obviamente. —Rio.

Se dispusieron a moverse.

—Ah —soltó nerviosa ella—. Y yo también os quiero muchísimo.

Bethany lo había dicho por primera vez en voz alta, y se sintió extraña, porque, en cierto modo, también se lo estaba diciendo a Gian.

Sin embargo, no era de la misma forma.

Ella lo quería de otra manera muy distinta.

Al rato, ya estaban subidos, y habían disfrutado enormemente del windsurf.

Bethany se había caído varias veces, aunque no más que Gian y Luka.

Angelio y Alessandra eran unos profesionales, prácticamente. Sobre todo, al lado de los otros tres.

Las risas no cesaban todavía, cuando ya se había hecho totalmente de noche, y lo único que los iluminaba eran las luces tenues de los farolillos del barquito, que estaban encendidas.

La barca era blanca y tenía unos asientos muy cómodos en la parte trasera, que hacían forma de ele, y eran negros. Una pequeña mesa redonda se hallaba en el centro de ellos, y, sobre esta, sus correspondientes bebidas.

Estaban relajados y se mecían por el vaivén de las olas del mar.

Luka y Angelio estaban sobre las piernas de Alessandra, y ella les acariciaba los brazos.

Estaban tan agotados, que parecía que se iban a dormir.

Gian estaba en la misma posición que ellos, pero en las piernas de Bethany.

Ambas se miraron y susurraron:

—Son unos bebés.

—Sí que lo son. —Rieron.

—Esta noche vosotros dos dormiréis aquí. Se está genial —indicó Ale—. Mañana por la mañana, ya lo devolveréis al puerto. Nosotros nos iremos ya.

—Podéis quedaros, Ale...

—Lo sé, pero creo que Gian quiere pasar mucho tiempo contigo. —Suspiró—. Quiero que sea feliz estas últimas semanas, antes de que te marches.

Anny tragó saliva y no fue capaz de decir nada más que:

—¿Hay camas abajo?

—Sí, hay dos grandes —indicó—. Portaos bien, eh.

Ambas rieron.

Al rato, todos, menos Beth y Gian, se habían marchado.

Él se había quedado dormido en una de las camas. Eran dobles y estaban muy pegadas las unas a las otras.

El resto de la parte baja era de madera y tenía una pequeña cocina, y un minúsculo baño.

Beth se había levantado y se había dirigido a la parte superior del barquito.

Se tumbó mirando el cielo y sus estrellas.

Cerró los ojos y una voz suave como la brisa, del mismo mar que la envolvía, le besó la mejilla, a la vez que llegaba a sus oídos.

—Espero que pidas un deseo.

Era Gian.

—Como alguien dijo una vez... —Lo miró, recordando cómo él había soplado las velas de su cumpleaños y había dicho eso mismo—: Tengo todo lo que quiero y necesito ahora mismo.

Él sonrió al entenderlo y se acomodó a su lado.

Ella no pudo evitarlo, y lo besó.

—Podría besarte toda la vida, Bethany —susurró Gian.

Ella tembló. De emoción. De miedo. De todo. De absolutamente todo.

—¿Qué pasa?

A pesar de que ella quería decirle todo lo que sentía, no podía. Solo quería...

Solo quería aprovechar el tiempo.

Volvió a besarlo y, esa vez, como pensaba seguir haciendo para siempre, no lo soltó.

Ambos estaban tumbados de lado mientras se besaban, mientras sus manos se deslizaban por sus respectivos cuerpos y mutuamente se producían un cálido roce.

El deseo y la necesidad de permanecer unidos los envolvió con rapidez.

Gian le susurró a Anny:

—Al parecer, no tienes mucho sueño.

—Tengo de todo, menos eso, Gian. —Gruñó, acercándose todavía más.

—Especifica un poco más... ¿Qué es todo? —Casi gimió cuando sintió su mano por su abdomen—. Y vuelve a decir mi nombre, y tendremos un problema.

—Gian, Gian, Gian —le volvió a retar—. El único problema que tenemos es que no me estás besando, y quiero que me estés besando todo el rato.

Él lo hizo.

La besó, una y otra vez.

Rodaron tantas veces por la parte superior del barco, que hasta hubo un momento en el que llegaron a pensar que podrían caerse.

Bethany comenzó a deshacerse de la ropa de Gian, y él hizo lo mismo.

—¿Aquí? —preguntó él. No porque no quisiera, sino porque quería asegurarse de que ella también—. ¿Quieres hacerlo aquí, Beth?

—Quiero hacerlo donde sea, Gian, mientras sea contigo.



Unas cuantas horas más tarde, estaba amaneciendo y Anny y Gian estaban desnudos, con una manta que él había llevado, antes de que se quedaran dormidos.

—A Alessandra no le va a parecer nada bien que no hayamos usado la cama —susurró ella, al verlo.

—Podemos solucionarlo. —Curvó sus labios, y ella los besó.

Volvieron a hacerlo. No solo sobre la parte superior del barco, sino sobre la cama, la encimera y cualquier superficie que encontraron.

Estaban huyendo de lo que les esperaba, pues el tiempo corría.



Devolvieron el barco y el material de windsurf antes de la hora de comer.

Después, comieron en un bar y se dieron un buen baño, en la misma bañera de la habitación de ella.

Entonces, solo hubo caricias y besos. Suaves, dulces. Miradas que conectaban, y Gian estuvo a punto de confesar lo mucho que la quería.

—Beth, yo... Me gustaría decirte algo... —Ella lo miró atenta—. Yo te qui...

Pero ella se levantó corriendo y envolvió su cuerpo con un albornoz.

Su móvil estaba sonando. ¿Y si era una urgencia?

—¿Sí? —preguntó.

—Soy Isabel, tengo una sorpresita para ti. —Hubo un cuchicheo al otro lado de la línea—. ¡Te va a encantar esto!

Bethany contuvo el aire.

«No. Por favor, no».

—¡Este finde nos vamos para allá, para Italia! —anunció, contentísima—. Prepararemos una fiesta de despedida, y luego nos volveremos juntos, ¿no es genial?

Ese era su último finde. Aún quedaba casi toda la semana. Era lunes, pero...

—¿Anny? ¿Estás ahí?

—Sí, sí... —Suspiró al mirar a Gian, todavía en la bañera, observándola, con los ojos brillantes—. ¿Venís todos?

—Todos. Hasta Roy. Anny, ¿no es maravilloso? —Carraspeó—. Incluso quiere decirte algo.

—¿El qué? —preguntó, aunque no le importaba demasiado.

—Creo que se ha dado cuenta de que te quiere, Bethany. Roy, Anny —recalcó, esperando oír su respuesta—. Tu estúpido Roy.

Capítulo 26

Isobel. Ethan. Ellie. Isaac. Y Roy.

Todos se encontraban frente a ella.

Se habían saludado, como si llevaran tres años sin verse. Abrazados y completamente alegres. Sus voces gritaban demasiado del entusiasmo.

—Te hemos echado tanto de menos, Bethany...

Eso había sido por la mañana.

En esos instantes, ya había llegado el atardecer y estaban organizando la fiesta de despedida de Anny en el gimnasio.

Alessandra se había unido de inmediato y había hecho grandes migas con Isobel.

Al fin y al cabo, ambas podrían ser la misma persona. O casi, puesto que Alessandra no tenía la suerte de Isobel; pues esta tenía a sus padres y una casa donde vivir, junto a ellos.

Alessandra contaba los días para poder salir de la facultad y mantenerse por sí misma. Sus padres..., no había forma de devolvérselos. Era consciente.

Organizando. Planificando. Así era como Ale se olvidaba de las cosas malas, y cómo se sentía libre.

Ahí estaban todos, riendo y decidiendo dónde era mejor poner las cosas.

La fiesta era por la noche, y Anny no tenía ni pizca de ilusión por ella, pues sabía que después tendría que marcharse.

Luka estaba junto a Anny, apoyándola.

—¿Dónde están Gian y Angelio?

—¿Ruggi y Angelio? —Se sorprendió él—. No les hace demasiadas ganas... Es por Roy.

—¿Qué quieres decir, Luka?

—Gian tiene miedo de que mañana... Como ya te vas...

—¿Tiene miedo de que ahora que él está aquí, cambie de opinión? —dedujo ella.

Luka no respondió, pero hizo una mueca.

—Tal vez, deberías decirle lo que sientes. —Elevó los hombros—. O él debería decírtelo a ti —susurró, para que ella no lo escuchara.

—Yo también tengo miedo, Luka, pero no de lo que pueda pasar con Roy. —Lo miró y se confirmó a sí misma lo que ya sabía—. No siento nada por él. En realidad, nunca lo sentí. Solo estaba... Solo me machacaba a mí misma. Estaba enganchada, y ya.

—¿No es lo mismo?

—No. —Supo entonces Anny—. Lo que sentía por Roy era puro enganche. Lo que siento por Gian es...

—Amor.

—Siento como si fuéramos dos corazones que debían de encontrarse.

—Puede ser, y el destino al final os ha unido, Bethany.

—Dos corazones en Italia. —Rio ella—. No suena muy...

—No demasiado bien, pero en realidad es lo que sois. O tal vez ya solo uno.

—No. —Negó con la cabeza ella—. ¿Sabes? Eso es lo bueno, Luka —Suspiró y le explicó—: Con Gian puedo ser yo; puedo hacer todo lo que siempre quise y soñé. Y no tengo miedo. No tengo miedo de estar con él. Solo tengo miedo de perderlo, porque no sé... No quiero saber

cuánto dolor podría significar eso.

—Lo quieres, Anny. Estás enamorada de él. —Sonrió enormemente—. Y, cuando llegaste a Tropea... Aquí, a la facultad, con nosotros, nunca me imaginé que dirías eso.

—Yo creo que sí —reconoció—. Creo que, desde el momento en el que lo vi, supe que iba a ser importante para mí, en algún sentido, y, cuando sentí nuestras almas conectar, entendí que él sería mi nuevo sueño. —Tomó aire—. Supe que acabaría enamorándome de él, y ni sabía por qué lo sentía así.

Luka sonrió y ambos fueron a ayudar.



Angelio y Gian estaban decidiendo qué ponerse para la fiesta, que empezaba en menos de una hora.

—Deberíamos haber ido a ayudar más —se lamentó Gian—. No ha sido suficiente hacer los recados. Tendríamos que haber estado ahí, joder, con Bethany.

—Ruggi —lo paró—. Cada uno ha hecho su función. Lo que se le ha mandado. Así que, no te culpes —le soltó—. Además, aún tienes esta noche para estar con ella.

Gian se sentó en el borde de la cama.

—No puedo, Angelio. No puedo ver cómo se va...

—Dile que se quede. Pídeselo. Estoy seguro de que se quedaría, por ti, Ruggi.

—Por eso no puedo pedírselo. Sería muy egoísta por mi parte. —Cogió aire y se pasó las manos por el rostro—. Ella lo tiene todo allí.

—¿Y tú?

—¿Qué?

—¿Qué tienes tú aquí, Ruggi?

Gian se dio cuenta de una cosa. Solo de una.

Bethany se había convertido en su todo, y su todo estaría allí, en Reino Unido.

Pues estaba lejos de su madre, que estaba en Japón. A su padre no pensaba ir a buscarlo jamás, y el resto de la familia estaba con su madre.

Pero, sus amigos... Joder, sus amigos estaban ahí. No era justo.

Dejó el tema en el aire, aunque continuó pensando, y se decidieron por dos conjuntos bastante de su estilo.

Angelio apareció en la fiesta con un traje de dos piezas de color turquesa. Su cabellera rubia estaba algo más larga y se había tenido que apartar algunos mechones, en más de una ocasión.

Gian, quien estaba a su lado, iba con un traje también, aunque no entero. Llevaba los pantalones y el cinturón, pero no la chaqueta. En su lugar, llevaba una camisa, también negra, que lo hacía verse muy, pero que muy, atractivo. Y, por supuesto, la cadena que Bethany le había regalado permanecía en su cuello. Siempre lo haría.

En cuanto entraron, vieron lo cambiado que estaba todo en el gimnasio.

No parecía conocer nada de lo que veían.

—Somos profesionales, ¿verdad? —preguntó Ale. Iba con un mono rojo y una flor en la cabeza—. Isobel me ha caído muy bien. —Esta iba con un vestido rosa largo y unos guantes

negros.

—Desde luego que sí —afirmó Luka, que llevaba una camiseta con el logo de la facultad y unos pantalones negros anchos—. ¿Qué? No me ha dado tiempo a prepararme. —Los miró—. Vale, no me apetecía. Para mí esto no es una fiesta. Es una mierda. No quiero que Anny se vaya, joder.

—Nadie quiere —indicó Angelio.

Gian casi no podía respirar.

Todo empeoró cuando Roy se acercó a él y le dijo:

—¿Podemos hablar un momento?

—Vale —respondió, no muy convencido.

Todavía no había visto a Bethany. No dejaba de buscarla con la mirada.

Roy apartó a Gian de todos, antes de volver a hablar:

—Mira, Ruggi... o como te llames —Gian frunció el ceño—, voy a ser bastante claro, no necesito caerte bien ni nada. Así que, solo voy a decírtelo una vez —explicó—. No sé lo que habéis tenido Bethany y tú estos tres meses, pero me importa una mierda. —Los ojos azules de Roy se volvieron peligrosos. Su cabello castaño estaba despeinado. Tenía un aspecto muy descuidado, a pesar del traje negro y blanco que llevaba. «Parecía alterado de cojones», pensó Gian—. Me importa una mierda, porque voy a hablar con ella. Porque ella es mía, y no tuya. Porque Anny volverá a mis brazos, en cuanto sepa que yo la quiero. Olvídate de ella cuanto antes, porque te aseguro que voy a conseguir irme de aquí con ella, y no te va a gustar ver cómo me besa, y me mete mano, porque no hay nada mejor que cuando.... —La mandíbula de Gian estaba tan apretada que Roy se dio cuenta—. No sufras, Ruggiero. Será como quitar una tirita; y la tirita aquí, eras tú.

Roy fue a darse la vuelta, pero él lo frenó.

—Para empezar, no me llames Ruggiero, y mucho menos Ruggi. No hay forma de que me llames, porque no quiero que lo hagas. —Lo miró con los ojos negros calmados—. Para seguir, lo que hayamos tenido y sigamos teniendo no es asunto tuyo, ni lo será nunca. No tienes derecho a hablar de ella como un objeto. No es de nadie, pero me ha elegido a mí, y tendrás que vivir con ello. —Se aclaró la garganta—. No quería llevarme mal contigo, pero me da que eres igual de gilipollas como me imaginé que serías, cuando Beth habló de ti. —Este se quedó de piedra cuando lo escuchó decir su apodo. El que nunca le permitió a él decir. A nadie—. Lo único bueno que tienes es ella, y ni siquiera es así ya. Así que, supéralo tú, Roy, porque yo seré quien se vaya a casa con ella, y no tú.

Roy gruñó, pero antes de marcharse, solo escupió:

—Eso ya lo veremos.

Gian se sintió sucio por un momento, por haber caído en su sucio juego.

Al rato, este bailaba con Bethany.

Ambos se miraban a los ojos y sonreían abiertamente.

—Quiero hablar contigo, Beth. Me gustaría decirte que yo... —La cogió de las manos—. Cuando salgamos de aquí, te lo diré, ¿vale? Prométeme que tendremos esta conversación.

—Claro que sí, Gian —le prometió—. Yo también quiero decirte algo, desde hace mucho.

Isobel y Ellie se acercaron a Bethany.

—¿Nos permites? Hace mucho que no vemos a nuestra amiga.

—Por supuesto.

Gian se fue a la parte donde se encontraban Luka y Angelio.

Alessandra iba y venía.

Miró a Bethany bailar con sus amigas y también con sus amigos.

Estaba radiante.

Bethany llevaba los rizos rojizos completamente sueltos, y lucía un negro vestido entallado, que se ajustaba maravillosamente a su cuerpo.

No pudo apartar la mirada.

Tampoco lo hizo cuando Roy le pidió un baile y ella aceptó.

—Ruggi, tranquilo —le advirtió Angelio. Luka estaba preocupado.

—Estoy tranquilo.

—Bethany te quiere a ti —aseguró Luka.

Él lo sabía bien. «No era un decir», pensó Luka. «No. Era la verdad».

Ellos continuaron mirando.

Roy envolvió entre sus brazos a Beth y bailaron.

—Estás hermosa, Bethany.

—Gracias.

Para ella, su nombre no sonaba como antes. Solo quería escucharlo decir, de esa manera, a una persona, y no era Roy.

—¿Qué tienes con ese tal Ruggiero?

—No es asunto tuyo.

—¿De verdad que no, Anny? —Sus manos se deslizaron por su espalda—. Creo que sí... Puedo hacerte recordar los motivos por los que éramos tan buenos juntos.

—No éramos buenos juntos, ni siquiera en la cama, Roy. —Hizo una pausa—. No tenías empatía ninguna. Solo buscabas tu propio placer y... —Resopló—. No quiero hablar de esto.

—Porque me quieres, admítelo. —Ladeó su cabeza, alerta—. Hazlo sufrir. ¿Qué importa? No vas a volver a verlo.

Anny apretó la mandíbula.

—Cállate o me voy. No voy a soportar tus tonterías.

—Antes te gustaban mis tonterías —comentó, fuera de lugar.

—No estoy tan segura de eso ya.

Él apretó las manos sobre su cuerpo, y se pegó a ella.

—Pues yo no me creo que no sigas queriendo esto —afirmó por ella. Le cogió una mano y la colocó en sus propios abdominales y la deslizó.

Ella lo frenó de inmediato y la quitó, totalmente asqueada.

Gian estaba poniéndose nervioso. ¿Debía ir? No, debía dejar a ella al mando. Sabía lo que hacía. Siempre lo sabía.

—Estate quieto, Roy. No voy a volver a repetírtelo. —Se hartó—. A la próxima te cruzaré la cara. —No era una advertencia, era una promesa. Luego, se lo dejó bien claro—: No quiero tocarte. No quiero hacer nada sexual contigo. Ni nada romántico. No quiero nada, porque no te quiero. Asúmelo. No todos están locos por ti, y yo ya encontré a mi...

—No sigas. —La soltó de pronto—. No quiero oírlo. —Negó con la cabeza. No iba a aceptarlo—. Pero tú sí lo harás.

Ella lo miró y no pudo creer lo que estaba viendo.

Roy agarró un micrófono y su voz retumbó en todo el gimnasio.

«Tierra trágame», pensó Bethany.

Roy empezó a hablar por el micro:

—Bethany Fisher, lo siento. —Ella frunció el ceño. ¿Qué se creía que estaba haciendo?—. Siento todo, y siento no haber tenido el valor de decirte lo que estaba haciendo, en realidad, cuando nos despedimos. Yo... quería alejarte. Quería que me odieras para que te fuera más fácil irte, porque, para mí, era imposible dejarte. Quería... Necesitaba que me odieras, Anny. Necesito que me odies, para aferrarme a eso, porque ni siquiera que estuvieras, y estés con otros, me echa para atrás. Yo... —Suspiró, buscando las palabras adecuadas. «La mentira adecuada», pensó ella—. Te mentí. Nunca estuve con otras. Siempre, desde que empezamos, fuiste la única. Me daba tanto miedo decirte lo que... Joder, Anny. —Estaba mintiendo, y Anny lo sabía. Lo había visto con otras. Había visto la indiferencia, los malos gestos... Y continuó mintiendo cuando dijo, como una auténtica confesión—: Estoy enamorado de ti, Bethany. Siempre te he querido.

Ella no dijo nada. Solo buscó a Gian con la mirada.

Quería decirle que no se preocupara, que, dijera lo que dijera, ella lo quería a él, pero Roy aprovechó esa distracción para llegar hasta ella, agarrar su cara y besarla.

A Gian se le revolvió el estómago, y como ella no se quitaba, pensó que era lo que deseaba. Que lo quería a él, y puede que Roy tuviera razón.

Era la tirita.

Gian había sido la maldita tirita.

Aunque la realidad era que Roy estaba haciendo demasiada fuerza y Bethany no podía quitarse.

Sin embargo, Gian no lo sabía, y, con ese último pensamiento, se levantó y se marchó.

Bethany empujó a Roy y le escupió:

—Eres asqueroso.

Ella corrió en busca de Gian, pero no lo vio.

Lo buscó durante toda la noche, pero él ya no estaba.

Ahora había sido Gian quién había huido.

—Gian... —suplicó Bethany a las estrellas del cielo—. Por favor, Gian...

A las mismas estrellas, que habían sido testigo del momento en el que él se dio cuenta de que le gustaba. En la acampada. En su primer beso. En la cama. En el cumpleaños de Gian, y con uno de sus actos de deseo y de amor en el barco.

Ahora, las estrellas volvían a estar ahí, cuando ella les pedía que él volviera.

—Gian, te amo. Gian... vuelve.

Y lloró en mitad de la noche, mientras lo llamaba.

Mientras las estrellas la escuchaban.

Capítulo 27

Bethany había estado buscándolo, pero ni ella, ni Alessandra ni Luka ni Angelio... Nadie sabía dónde estaba.

Era el día siguiente, y septiembre había llegado.

Había tenido que recoger todas sus cosas.

También arregló los papeles, y le dio tiempo para despedirse de todos los profesores, servicio y demás alumnos.

—Os echaré mucho de menos, chicos —aseguró, y los abrazó.

Luka y Angelio se miraron preocupados.

Alessandra le prometió:

—Si lo vemos, le diremos que...

—No —negó, y movió la cabeza para enfatizar—. Supongo que los sueños se acaban. Supongo que esta es mi forma de despertar. —Y se tragó sus palabras.

Se calló todo lo que quería decir sobre sus sentimientos por Gian, porque, si no se lo decía a él... ¿Qué sentido tenía? Si él no volvía, si se había marchado... ¿Qué sentido tenía?

—Avísanos cuando llegues, y... —dijeron todos—... ven a vernos. No te has librado de nosotros, Bethany Fisher.

Alessandra había compartido un momento con ella a solas, antes de todo eso, en el que le decía lo mucho que había significado compartir esos tres meses a su lado.

Era una gran amiga, y esperaba volver a verla porque, si ella no iba a visitarlos, ellos lo harían con ella.

Luka y Angelio no dudaron en unirse a ello.

Angelio le había dicho lo mucho que echaría de menos sus rizos y sus tonterías, y Luka le había pedido que volviera a pintar, como era debido. Tenía talento, y no debía olvidarlo nunca.

Parte de su libertad y amor se lo debía a ellos, porque también formaban parte de lo que había crecido en ella. Lo que había mejorado había sido gracias a todos.

En un último abrazo, contuvo sus lágrimas.

Buscó a Gian, una vez más, con la mirada, antes de subirse al coche con sus amigos, pero nada.

Gian no estaba.

Y, al parecer, Bethany supo que su corazón se quedaba allí, con él, en Italia.



Alessandra había recibido el mensaje de Anny horas más tarde: había llegado y lo había hecho sana y salva.

Sus amigos también.

Se alivió inmediatamente al saberlo, y se lo dijo al resto.

Estaba con Luka y Angelio en la cafetería de la facultad cuando, de golpe, Gian apareció

por la puerta. Se sentó con ellos, pero su mirada estaba vacía.

—¿Qué diablos crees que haces, Ruggi? —preguntó Alessandra, sin mediar su voz llena de rabia.

—¿Qué? —se sobresaltó él.

—Bethany se ha marchado esta mañana y no has ido siquiera a despedirte —le soltó, totalmente indignada—. ¿Después de todo?

—¿Después de todo? —repitió tras ella, recordando aquel beso que Roy y ella se habían dado—. Después de todo, ella lo ha elegido a él. Después de todo, él la besó y ella no... —Tuvo que tragar saliva para poder respirar—. ¿Qué importa ya?

Estaba claro que intentaba hacerse el fuerte, pero eso no era lo suyo. Gian era sensible, y era estupendo así. No necesitaba fingir nada.

Pero sí era estúpido por haber creído que ella no había intentado salir de entre los brazos de él. Era sumamente estúpido por ello.

—¿Qué importa? —se alteró Luka, repitiéndolo una vez más—. ¿Puedes dejar de hacer como si no te importara? ¿Puedes dejar de ser tan imbécil? Joder, Bethany te quiere a ti. Bethany quiso apartarse, pero Roy la sujetaba muy fuerte —soltó, tal y como Anny le había contado. Tal y como había presenciado de más cerca, quedándose sorprendido y congelado—. Después de eso, ella solo se preocupó de ti y salió a buscarte. Ni siquiera se detuvo para cruzarle la cara, a ese imbécil. Y tú...

El rostro de Gian se arrugó tanto que, más que enfadado, estaba defraudado consigo mismo. Lleno de rabia, por él mismo, y por ese imbécil, por haberla besado sin su consentimiento.

Se levantó con precisión de la silla y miró a su amigo.

—¿Cómo sabes eso? —Necesitaba saberlo, pero ¿y si ahora la había cagado?—. ¿Cómo estás tan seguro de que Bethany...?

—Porque Anny me lo dijo. —Gian abrió los ojos—. Porque Anny me dijo que contigo sentía lo que nunca había sentido; que se había dado cuenta de lo que era estar en calma, y no quería huir. Porque estaba enamorada de ti, joder, Ruggi. —Él se quedó paralizado—. ¿Y tú qué has hecho? Has huido. Has huido, y ella está... Ella no se merecía eso.

—Ninguno os merecéis eso —agregó Angelio—. Así que, ya puedes hacer algo para solucionarlo.

Alessandra hizo una mueca.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó, dispuesta a darle alguna idea.

—Tengo... —Gian suspiró—. Tenía una cosa planeada para estos días, así que, supongo que tengo lo que necesito.

Sus amigos se miraron los unos a los otros y no necesitaron más.

Luka le sonrió a Angelio y este asintió.

Alessandra estiró la cabeza hacia atrás, suplicando a cualquiera que le escuchara, para que todo saliera como debía ser.

Sabían de sobra lo que Gian iba a hacer.



Gian no podía dejar de pensar en ello, mientras se marchaba. Mientras ponía rumbo a su verdadero hogar. Su destino.

De verdad, ¿Bethany estaba enamorada de él? De verdad, ¿ella quería estar con él tanto como él con ella?

Resopló... ¿Cómo diablos podía tener alguna duda después de todo?

«Joder, claro. Pues claro que sí, Gian».

Entonces lo hizo. Hizo lo que tenía que hacer. Lo que quería hacer. Lo que ya tenía planeado, lo adelantó.

Gian Ruggiero recogió sus cosas y compró el primer billete de avión que había para Reino Unido. Concretamente, para Bibury.

Porque él también estaba enamorado de Bethany.

Porque la quería tanto que iba a explotar.

Y, si ella no quería volver a verlo, entonces, que fuese su propia decisión la que los separara, pero no esto. No él. No la distancia.

Gian necesitaba encontrarla y decirle todo lo que sentía.

Gian necesitaba tenerla entre sus brazos, ahora y siempre.

Capítulo 28

Un día.

Había pasado casi un día desde que Bethany había vuelto a su pueblo y todo... Todo seguía, literalmente, igual que cuando se marchó.

No sabía si eso era bueno o malo.

Una parte de ella conocía los riesgos de marcharse, y también de volver.

Había hablado con Roy, en primer lugar, antes de que el resto se marchara, y le había dejado bien claro lo que había.

Todo lo que, para ella, tenía que mejorar, para considerarlo de nuevo un amigo.

Algo que no creía que fuera a ocurrir, de la noche a la mañana, pero que, si se esforzaba por mejorar, podría llegar a ocurrir.

En su corazón había lugar para el perdón, pero no para ser menospreciada de nuevo.

Eso nunca. Jamás.

Igual que nunca, jamás, volvería a permitir que alguien la hiciera sentir como Roy. Ni siquiera ella misma.

Había aprendido muchas cosas en ese viaje a Italia, pero, sobre todo, se había dado cuenta de lo mucho que se odiaba a sí misma. El daño que permitía y se autoinfligía con ciertas decisiones... pero eso se había terminado.

Era una promesa, y ella siempre las cumplía.

Roy aceptó sus palabras, y, aunque al principio le costó un poco darse cuenta de lo que había ocurrido, tal vez sí fuera capaz algún día de enmendar su error.

Todos ellos.

Sus padres la habían echado tanto de menos que casi parecía imposible, pero las cosas no eran tan bonitas, como había soñado en su vuelta. La mentalidad de sus padres seguía tan mitad y mitad, como siempre.

Quizá también hubiera esperanza para ellos, y, si no la había, entonces, eso no podía frenarla, una vez más.

Bethany tenía que continuar su camino, porque era su vida la que se iba, y no la del resto.

Y tenía mucho por lo que luchar.

Ellie, Isaac e Ethan. Los tres habían recibido su compañía gratamente, pero tampoco fue tan calurosa, como ella se lo había imaginado.

No sabía bien si era porque era así, sin más, o porque sabía que Alessandra, Luka y Angelio le habrían abrazado hasta dejarla sin aire.

Sonrió sin ganas, cuando los recordó.

Un día, y ya los echaba tanto de menos...

Suspiró y salió de su casa.

Vestía con un cárdigan fino de color crema y una camiseta de tirantes blanca debajo, pantalones vaqueros altos y el cabello recogido en una trenza gruesa.

El coche de Isobel estaba esperándola en la misma puerta.

Ambas habían quedado para ir a comprar material para sus respectivos sueños.

Esta sí se había alegrado bastante más al verla, y eso la había hecho sonreír de verdad. Querían hacerse con unas nuevas zapatillas de balé, que fueran bonitas y resistentes, para Isobel,

y, para Bethany, material de dibujo y pintura.

«Porque ese sueño no se iba a conseguir solo», se dijo a sí misma, «¿verdad?».

A pesar de que una parte de ella estaba contenta de volver a ver a sus amigos y a su familia... Otra parte de ella sabía que Gian había huido.

Como ella lo había hecho en numerosas ocasiones.

Como nunca pensó que él haría. Mucho menos al final, con su marcha...

Así que, intentó no pensar en él, porque su memoria no solo era dolorosa. También quemaba. La mataba por dentro, de una forma que no creía posible.

Hacía tres meses que lo había conocido.

Todavía podía ver la hermosa imagen del chico que soltó la frase que la derrumbó más tarde, al saber lo que representaba. Cuando lo vio a la entrada de ese restaurante; cuando vio su maldita sonrisa y sus ojos negros...

Nada era igual.

Sin él, sin ellos, todo su alrededor era tan extraño y vacío...

Cuando vio el coche de Isobel esperó que estar con ella fuera lo suficientemente bueno como para olvidarse de ellos, al menos durante un instante.

Sabía que no era justo para ella.

Isobel era una buena amiga.

Sabía que ella la había echado de menos, igual que Bethany a ella, pero no se trataba de eso.

No se trataba de lo que Isobel significaba para Bethany. Ni siquiera lo que Alessandra y el resto significaba para Bethany.

Era lo que significaba haber encontrado su sitio. Empezar de nuevo. Tener oportunidades. Ser tú misma. Eso significaba.

La cabeza de Bethany no dejaba de pensar en lo mismo.

Sabía que no sería libre en este sitio, porque no se sentía ella.

Porque... su lugar no estaba allí. Como tampoco estaba su corazón.

Pero forzó una sonrisa, para darse una oportunidad más, cuando abrió la puerta del copiloto del coche de Isobel.

Esta cerró los pestillos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Anny, sin ganas de bromas.

—No he venido a por ti —confesó su amiga—. En realidad, vine a dejarlo a él.

—¿Qué? —soltó esta con el ceño fruncido—. ¿A quién?

Entonces, Bethany se llevó la mano a la boca al verlo.

Se quedó totalmente paralizada.

Sus ojos oscurecidos. Su cabello oscuro y claro, al mismo tiempo. Blanco y negro. Sus típicas botas... Él. Era él. Y llevaba la cadena plateada que ella le había regalado, como siempre hacía. Como siempre haría.

Era Gian.

Gian Ruggiero.

Su Gian.

Gian apareció junto a ella, y su mundo se vino abajo.

¿Debía abrazarlo? ¿Darse la vuelta? ¿Besarlo? ¿Gritarle? Quería hacerlo todo. Joder, Gian, ¿por qué desapareciste sin hablarlo siquiera?

—Beth... —susurró él, pero ella no dijo su nombre. Sabía que no debía hacerlo—. Lo siento. No sé ni por dónde empezar...

Ella no habló.

Él se acercó un poco más.

—Siento mucho haber huido. —Suspiró, sintiéndose tremendamente culpable—. Pensé que querías a Roy, cuando vi el beso... Quizá me sugestioné, con lo que él me había dicho. —Ella no sabía nada de eso, pero él se lo contó. Lo de que era la supuesta tiritita—. Por eso, pensé aquello. No podía verlo. Me mataba darme cuenta de que no me querías de verdad.

—¿Por qué? ¿Por qué no me preguntaste primero?

—Tenía miedo. No supe qué hacer cuando vi que él te besaba, y tú no te apartabas... Además, me aterraba la respuesta, si te preguntaba —la miró y pudo ver el alma en sus ojos, una vez más—, porque no podía soportar perderte. Cuando Luka y los demás me explicaron cómo había sido todo, en realidad, me sentí un imbécil. Había huido, después de todo. Justo cuando no había motivos. Perdóname, Beth, aunque me quieras o no a tu lado. Perdóname, por favor. —Tomó aire—. He sido un completo idiota, al no ver que intentabas apartarte, pero que no podías. He sido un completo idiota, al dejarme comer por mi miedo...

Bethany lo entendió.

Entendió aquel miedo, porque ella también lo había tenido.

Sería... Habría sido muy hipócrita de su parte no comprenderlo, cuando él lo había entendido, en todas las anteriores ocasiones.

Igual que comprendía cómo debía haberse sentido al verla a ella y a Roy besándose.

Sabía que no cometería ese error, otra vez.

Ninguno de los dos volvería a tener miedo.

No, cuando se trataba de ellos. No, cuando sabían que era real. Auténtico.

Todo lo que habían vivido, siempre sería único.

El silencio se hizo durante un segundo, pero Bethany lo miró y negó con la cabeza.

No, porque no fuera hacerlo, cosa que había creído él durante unos segundos, antes de que ella corriera hacia él. Antes de que Bethany acortara la poca distancia que quedaba entre ellos, y lo abrazara.

—Lo eres todo para mí, Bethany Fisher —susurró él en su oído, mientras continuaba abrazándola.

Cuando esta se separó, sus miradas se mantuvieron fijas en sus ojos. Aguamarina y negro. Ambos perdidos en esa libertad que tanto ansiaban.

—*Che gioia incontrare gli occhi del mare* —susurró, una vez más, Gian al mirarla.

Igual que la primera vez que se había topado con aquellos hermosos ojos. Con aquella hermosa chica.

«Que alegría encontrar los ojos del mar».

Bethany no pudo evitar sonreír y tener ganas de besarlo, pero no lo hizo. En su lugar, le preguntó algo:

—¿Has venido hasta aquí solo por mí? —Necesitaba saberlo.

—¿Solo por ti? —Su voz se volvió más grave—. He venido hasta aquí por ti, Bethany, porque lo eres todo. Nada de solo. Lo eres todo, maldición... —susurró—. Estás en todos los lados, Beth. —Ella dejó de respirar, cuando alzó su mano y le acarició una mejilla con lentitud—. Eres el mayor motivo que hay para hacer esto, y cualquier cosa —indicó, lleno de alegría—. No hay otro motivo para luchar que la libertad, mi Beth, y esa eres tú. —Su voz vibró—. Porque me enamoré de ti, en el mismo momento en el que nuestros corazones conectaron. —Ella se estremeció—. Porque, sin tus ojos, ya no quiero volver a mirar nunca más el mar. —Suspiró—.

Y donde tu corazón esté, también lo estará el mío. Sin importar dónde sea.

Bethany se quedó mirándolo.

—Dilo otra vez —pidió ella, en una leve súplica.

Gian supo a lo que se refería, sin apenas oírla hablar por los nervios.

—Te quiero con toda mi alma, Bethany Fisher —repitió él, como bien quería escucharlo decir ella—. Mi corazón es enteramente tuyo, y siempre lo será.

Ya no tenía miedo de decirlo.

Ya no tendría nunca más miedo. No, si ella estaba junto a él.

Y Bethany, entonces, sintió exactamente lo mismo.

—Pase lo que pase ahora —alegó él, ante su silencio—. Mi amor por ti, cada momento vivido a tu lado, es lo mejor que me ha pasado en la vida. —Sonrió, bajando la mirada a su boca. Luego, devolviéndola a los ojos, una vez más—. Y que hayas decidido compartir todas esas cosas junto a mí, es el mayor regalo que jamás recibiré. Que jamás querré recibir, Bethany.

Ella no tenía ni la menor idea de qué decir.

No sabía cómo hacer de eso un momento inolvidable, y es que no necesitaba hacerlo. Tenían todo el tiempo del mundo para hacerlos de esa manera. Todos los que desearan. Millones de ellos.

Solo si ella respondía.

Solo si ella lograba confesarse.

Y es que pensaba lo mismo que él.

Joder, quería besarlo, abrazarlo, una vez más. Quedarse junto a Gian, donde fuese.

Todo aquello solo tenía sentido para ellos; quienes habían experimentado lo que aquello era. El amor.

Solo tenía sentido para quienes veían el hecho de amar a otro como una completa fortuna.

Y Gian había ido a recordárselo una última vez, hasta allí.

Bethany se separó un poco y lo miró a los ojos. Quiso decirle lo que llevaba queriendo decirle desde hacía mucho, mucho tiempo.

—Al principio, tuve más miedo que ahora —confesó ella, al fin, con lentitud, pero sin apartar la mirada de la suya—. Sin embargo, el momento en el que me miraste a los ojos de aquella manera, algo cambió dentro de mí. Lo supe entonces, y lo sé ahora. Gian, lo sé cada maldita vez que me miras. Cada vez que me hablas. —Él contuvo la respiración, lleno de alegría—. Solo quiero estar contigo, porque nadie me hace tan feliz. Nadie me hace sentir tan querida y libre como tú lo haces, Gian Ruggiero. —Su corazón traqueteó con fuerza—. Todavía no sé muy bien cómo enfrentarme a todo esto; a todo esto, tan maravilloso, que nos ha ocurrido, pero sé que estoy totalmente enamorada de ti, Gian, desde hace mucho tiempo.

El pecho de este se contrajo y, antes de que ninguno pudiera decir ni una sola palabra más, los dos se abalanzaron respectivamente.

Bethany chocó sus labios contra los suyos y se perdió en su sabor. En su magia.

Él le devolvió el beso de inmediato, y fue increíble.

Todo lo fue entre ellos.

Ambos lo sabían bien, y lo sabrían todavía mucho mejor. En pasado. En presente. Y en futuro.

Gian y Bethany estaban en todos los tiempos para ellos.

En todas partes. En todos los lugares. En todo.

Bethany se agarró a su cuello, como si fuera el lugar más seguro del mundo, y lo era. Pues

en sus brazos siempre estaría a salvo. Incluso de sí misma.

Gian la apretó contra él, casi sin importarle si podía o no respirar, mientras ella estuviera su lado, y volvieron a besarse con suavidad.

Se quedaron abrazados en ese instante y en el siguiente.

Y, aunque no habían determinado lo que iban a hacer a partir de ese momento, no les importaba. Estaban juntos. Era suficiente.

Pero Gian no tardó mucho más en confesarle algo:

—Es aquí, en Reino Unido, donde empiezo mis clases de cocina, Beth.

—¿Qué? —exclamó gratamente sorprendida.

Los dos sabían que él había tomado la decisión hacía tiempo. Tanto que casi parecía increíble.

—Podremos visitar a nuestros chicos juntos —le anunció, y ella se abalanzó sobre él.

Después, cogió su mano y comenzó a caminar hacia la tienda de arte a la que quería haber ido, antes de que él apareciera.

Seguro que su amiga estaba por allí.

Antes de seguir, Gian le depositó un suave beso en la mejilla.

Bethany sonrió y lo detuvo, dándole un beso de película.

—Te amo, Bethany Fisher —había dicho él, sin poder soportarlo más.

Bethany sonrió tanto que le dolían las mejillas.

—Te amo, Gian Ruggiero —confesó ella, mientras el brillo de sus ojos lo inundaba todo.

Él casi creyó que volvía a soñar, cuando escuchó su nombre junto a sus sentimientos.

Entonces, reanudaron el camino. Un camino que no tendría fin. Uno que empezaba en ese mismo instante. Un camino que era uno y dos, al mismo tiempo. Que tenía libertad, calma y muchos sueños. Y amor.

Desde luego que tenía amor, y nunca más volvió a sentir aquel vacío.

Nunca lo había sentido con él.

Nunca con Gian.

Bethany le dio un empujoncito, mirando al cielo, esperando el momento en el que llegaran sus ansiadas estrellas.

Gian le sonrió con el corazón a punto de estallar al verla, cuando indicó:

—Aquí empieza nuestro nuevo viaje, Beth.

Epílogo

Seis años después.

Gian Ruggiero tenía veinticinco años cuando le estaban galardonando por ser el mejor cocinero de Tropea.

Llevaba viviendo en Italia desde que terminó sus estudios y, cuando acababa su jornada laboral, solo había tres cosas que deseaba hacer con todas sus fuerzas:

Una era estar con sus amigos.

Alessandra, Luka y Angelio lo recibieron con los brazos abiertos, y los años que habían pasado, habían sido como si nada. Pues Gian cumplió su palabra y fue a verlos todas las veces que pudo.

Incluso ellos hicieron lo mismo.

Alessandra había conseguido trabajar como organizadora de eventos, y vivía con Luka y Angelio en la casa de su primo Dante. En un piso compartido.

Sonaba mejor al principio, pues Luka y Dante compartían la habitación que daba justo en el lado de su cama.

No era agradable oírlos gemir cada noche.

Al menos, se alegraba de saber que su historia acabó siendo más intensa de lo que al principio podía parecer.

Angelio se hizo con uno de los puestos más importantes de la cadena de Medicina, y hacía años que no fumaba. Acudió a terapia y fue su salvación.

También aceptó su asexualidad, y empezó a disfrutar de sus relaciones, de la manera que de verdad él deseaba; con quienes lo aceptaban y querían.

Además, se la recomendó a Alessandra, para superar la pérdida de sus padres, ya que nunca la había tratado.

Todos se pusieron al día y, desde entonces, no había más que alegría y noticias buenas.

Como era obvio, cuando no era así, cuando algo malo ocurría en sus vidas, se apoyaban. Siempre lo habían hecho. Eran los mejores amigos.

Eso Gian lo sabía de sobra.

Otra de las cosas en las que pensaba, al terminar de cocinar en su trabajo, era en dar unas vueltas con su moto de *cross*. Circuitos abiertos y cerrados. Quedaba con Angelio muchas veces para practicar. Incluso habían participado en algún concurso que otro.

Sin embargo, lo que más deseaba hacer Gian Ruggiero, cuando llegaba a su casa, era ver a su amada: Bethany Fisher.

Beth se graduó la primera en su promoción en la carrera de Traducción e Idiomas. El italiano fue el idioma que acabó controlando mejor. El boxeo continuó siendo aquella afición que la mantenía desestresada.

No había competido en nada porque no estaba entre sus planes.

Ella solo deseaba poner su máxima atención posible en la mejora de la pintura, y lo hizo; vaya que sí lo hizo.

El mismo año que premiaron a Gian, también galardonaron a Bethany como la mejor pintora de Tropea.

Exacto: Tropea. Italia.

Ella se había mudado con Gian al terminar la carrera, tres años después.

Entonces, Bethany Fisher tenía veinticuatro años, y ese mismo día iba a cumplir los veinticinco. Un once de abril.

No solo había invitado a sus amigos de allí. Sino que Isobel, Ethan, Ellie e Isaac fueron, como habían hecho desde que su amiga se había mudado, una vez al mes.

Y ella hacía lo mismo, otra vez al mes.

Dos veces, era bueno para ponerse al día y verse.

Además, así Bethany aprovechaba y veía a sus padres, quienes le habían hecho un gran regalo a su hija, además de ir a la fiesta.

Con Roy tuvo un par de años de distanciamiento, hasta que consiguieron sentarse y hablar de todo con mucha más madurez.

Hicieron las paces y él también se presentó al cumpleaños.

A ellos también les iba genial.

Isobel continuaba con el balé. Al parecer, había conocido allí a una hermosa chica, de la cual se había enamorado. Lucy.

Ella también estaba en la fiesta, por supuesto, y su amiga se veía realmente feliz a su lado.

Isaac y Ellie habían hecho bastantes migas con el laboratorio y los videojuegos, y se habían convertido en mejores amigos. Además, él era quien más la entendía con su transexualidad, y eso la hacía sentir como en casa.

Ethan y Roy tardaron bastante en centrarse.

Estuvieron saltándose las clases para ir a jugar al fútbol, como hacían los viernes de normal, pero todos los días.

Hasta que sus padres se enteraron y los castigaron.

Más tarde, ambos decidieron ponerse a trabajar y abandonar la carrera, porque, al parecer, no era lo suyo. Ni lo que querían realmente.

Eran compañeros en una sala de ocio nocturno.

A veces se picaban por ver quién lanzaba más lejos una de las bolas de las mini canchas.

Pero, al fin y al cabo, todos consiguieron su paz, su calma. Su libertad. A su manera.

Los padres de Bethany le habían regalado un coche color rubí, hermoso.

Se lo podían permitir, ya que Arthur había vendido todas las casas y se había podido jubilar con antelación; y Holly se había montado un negocio por sí misma, en la que vendía ramos de flores. Los cuales, mimaba muchísimo.

Al barrio le encantaba.

Beth estaba repleta de regalos, pero, lo más importante, de sus seres queridos.

Todos sus amigos más cercanos estaban allí, sus padres y su amado Gian.

Todavía le sonaba extraño mencionarlo de esa manera, y, para él, no había mejor sonido que el de ella pronunciando su nombre.

Lo sabían de sobra.

La madre de Gian, aunque no había podido acudir, los había visto millones de veces por videollamada y les había dado la enhorabuena.

Esas Navidades la pasarían, al fin, con ella, en Japón, y, de paso, explorarían todo lo posible el país.

Gian había estado esperando a que ella soplara las velas para darle su regalo, pero no pudo esperar más. Cuando Bethany abrió los regalos, vio aquello que tanto amaba. Era material de pintura.

De hecho, hacía un tiempo se había montado una habitación solamente para eso, para su material y ella.

Sus momentos de pintura se habían vuelto parte de su rutina habitual, y eso le encantaba.

Bethany había intentado besar a Gian, en modo de agradecimiento, pero este había negado con la cabeza, y había señalado otra cosa.

Otro regalo.

Uno que se había despistado de su visión, por un momento.

Ella sonrió y, entonces, lo abrió.

Era una cajita. Una cajita que estaba envuelta en una tela marrón, que despertó numerosos recuerdos de ellos dos juntos.

Cuando vio el interior de la caja, no se lo pudo creer.

Sus rodillas temblaron de la emoción.

Nunca se había planteado aquello.

Nunca había querido siquiera ser partícipe de la tradición, pero, cuando él se lo pidió, no tuvo la menor duda.

Era un anillo. Uno de compromiso.

Y tenía algo sumamente especial para los dos.

—Nuestras estrellas, Gian... —susurró ella, con los ojos vidriosos, frente al aro de color negro, con las estrellitas plateadas en la piedra. Era un anillo de estrellas; de sus estrellas—. Siempre están con nosotros.

Gian se acercó a ella y se lo preguntó.

Ella asintió feliz.

—Las estrellas siempre han estado junto a nosotros, Beth, y siempre lo estarán... —continuó diciendo él, mientras le colocaba el anillo en uno de sus hermosos dedos.

Besó su mano con delicadeza y ella lo agarró del cuello de la camisa, y lo besó en los labios, con pasión y dulzura.

Todo al mismo tiempo.

Las estrellas habían presenciado cada parte del camino de Bethany y Gian, y seguirían haciéndolo el resto de los años.

Todos y cada uno de ellos.

Sus amigos y familiares, allí presentes, les felicitaron de inmediato.

Gian y Beth habían encontrado la libertad y la calma, no solo en ellos dos, sino en ambos. Separados y juntos.

Aunque juntos, irremediablemente, eran mucho mejor.

—Te amo, Bethany Fisher. —La besó y le acarició la mejilla con suavidad.

—Te amo, Gian Ruggiero. —Se lo devolvió y suspiró.

Dieron un brindis en su honor, y él alzó su copa mirándola.

Ella lo siguió. Siempre lo haría. Igual que Gian la seguiría a ella.

—Por la libertad y la calma en aquello que nos apasiona...

—Y por nuestros sueños.

Y bebieron, por todos ellos. Por los dos. Por todo lo que quedaba detrás y vendría por delante.

Entonces, Gian la abrazó y le susurró de nuevo su feliz cumpleaños.

Alessandra e Isobel llegaron con una gigantesca tarta para Bethany, por su veinticuatro cumpleaños.

Esta tenía tres gigantescos pisos y sabía a frutos del bosque.

Gian la había encargado de esa manera, porque era a lo que le había olido el cabello a Beth, siempre que estuvieron juntos, en esos tres meses de verano. Cuando se conocieron. Cuando se enamoraron.

Y, pese a pensar que podría ser imposible, no lo era.

Gian y Bethany se amaban cada día más.

Se besaron fugazmente una última vez, antes de que él volviera a hablar. Después de soplar las velas, Gian le preguntó:

—¿Qué has pedido?

—No he pedido nada —respondió ella con los ojos llenos de luz.

—¿Por qué? —quiso saber, sonriendo de oreja a oreja.

Bethany sonrió junto a él y expresó lo que tanto ansiaba oír, una vez más:

—Porque tengo todo lo que quiero y necesito ahora mismo.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer, en primer lugar, a mi familia. Por apoyarme en este proceso y confiar en mí. En especial a mi madre.

Ella fue mi primera lectora y quien, sin importar en qué formato fuese, me leía. Y me lee. Gracias. Por leerme, por vivir mis historias, como si fueran tuyas, y por creer en que lo lograría.

Lo he hecho. Lo hemos hecho.

Y todavía no me creo que esto sea real. ¿Lo es?

Abuelo, tú también sabías que lo lograría.

Gracias por preguntarme cómo iban mis libros, cada vez que me veías. Sé que me estás viendo en alguna parte, y, aunque no estés aquí físicamente, siempre estarás conmigo.

Gracias a Teresa, por creer que esta historia tenía algo de especial como para apostar por ella. Bethany te lo agradece. Gian también. Y, sobre todo, yo lo hago. Gracias.

Gracias a mis amigos y a mis compañeros de trabajo por emocionarse con cada pasito que daba y por desearme lo mejor.

Gracias a quienes me animaban por redes sociales y a quien me acompañaba en el camino tanto por ahí, como por Wattpad. *Una mentira oculta o paralela* fue la primera historia que vio la luz de alguna manera, a través de la plataforma, y ganar un Premio Watty y..., aunque no tiene nada que ver con el género de *Dos corazones en Italia*, ambas han sido las primeras en ser leídas y queridas. En sumarme granitos de arena en este camino. El cual, ojalá, sea muy largo y bonito.

Ahora esta historia es un poco más vuestra, aun teniendo mucho de mí. Así que, gracias a ti, lector, por darle una oportunidad a mi libro. Espero que lo disfrutes tanto como yo lo hice escribiendo.

Que todos lo hagáis.

Gracias. Gracias. Gracias.

Muchas gracias, de verdad.

Y, por último, gracias a ti: Bethany Fisher. La protagonista de esta novela. Gracias, por demostrarme tantas cosas en tan pocas páginas. Por ser mi guía de muchas maneras. Y, sobre todo, por acompañarme en esta nuestra aventura. Gracias.

Millones de gracias.